

A romantic scene between a man and a woman in front of a city skyline at night. The woman is on the left, looking down at the man. The man is on the right, looking down. The background shows a city skyline with a bridge and water.

*Security Ward 7*  
**El honor**  
*de Elijah*

*N.Q.PALM*

EL HONOR DE

Elijah

N. Q. Palm

Copyright © N.Q. Palm  
Obra Registrada Safe Creative: 1904040536125  
Diseño y portada: N.Q. Palm  
Primera Edición: Abril 2019  
Correo electrónico: [nqpalmescritora@gmail.com](mailto:nqpalmescritora@gmail.com)  
Twitter: @NQPalm  
[www.facebook.com/NQPalm](http://www.facebook.com/NQPalm)  
Instagram: @NQPalm\_autora

La siguiente historia ha salido de la mente de la escritora y es totalmente inventada. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia. Algunos de los lugares, acontecimientos y personajes incluidos en ella no existen y son enteramente ficticios.

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita del titular del Copyright y bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, así como la utilización de los personajes que intervienen en ella.

## Índice:

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Epílogo](#)

[Agradecimientos](#)

[Biografía.](#)

*“Cualquiera que defienda un argumento apelando a la autoridad,  
no está usando su inteligencia, solo está usando su memoria”.*

**Leonardo Da Vinci.**

## *Prólogo*

*Seis meses antes.*

*Nueva York.*

Elijah la miró a los ojos, esta chica cada vez lo atraía más. Le quitó el vestido y admiró su cuerpo lleno de curvas, cada una de ellas donde debía estar. Era alta y delgada, aunque no demasiado.

—Deshazte del sujetador.

Ella lo hizo con delicadeza, dejando que la prenda resbalara por sus brazos hasta caer al suelo. Su mirada se quedó atrapada en sus voluminosos pechos por bastantes segundos, siguió hasta el ombligo y después descendió por su vientre plano hasta la diminuta tela del tanga rojo.

—De eso me ocupo yo —dijo levantándose del borde de la cama completamente desnudo.

Pocas veces se arrodillaba ante una mujer, pero ella merecía la pena. Era tan dulce y tan atrevida al mismo tiempo, que lo volvía loco.

Apoyó las manos en las femeninas caderas y las hizo descender llevándose la prenda consigo. Después ella levantó un pie y después el otro y el tanga terminó también en el suelo.

—Me gusta tu cuerpo.

—Y a mí el tuyo —contestó ella apoyando las manos en su cabeza y acercándose más.

Su sexo quedó a la altura de su rostro, le estaba pidiendo sin palabras que la besara allí. Y lo hizo, con hambre, con deseo y degustando sus pliegues, su lengua rodeó el clítoris y ella soltó un gemido.

Se incorporó y la levantó para dejarla en la cama.

—No pares.

—No pensaba hacerlo, nena.

Besó su cuello, lamió detrás de su oreja y tiró del lóbulo con los dientes; observó como su piel se erizaba y disfrutó de ello.

Ella acariciaba su espalda con las manos arriba y abajo mientras le daba acceso a la curva antes de llegar al hombro.

—Oh, Dios —murmuró—. Eres un torturador.

Sonrió sin despegar los labios de su piel.

—Y de los buenos —se jactó él.

Ella se rio.

—Estoy explorando tu cuerpo, creo que nunca me cansaré de hacerlo —explicó mirándola.

Una mano fue a uno de sus pechos y acarició el pezón lentamente, tal vez sí le gustaba torturar, pero perderse en su cuerpo era un maldito sueño que solo ocurría de vez en cuando.

Cuando ella arqueó la espalda sus labios atraparon el fruncido y duro montículo. Lo saboreó y lo pellizcó con los dientes por lo que ella dio un respingo, aunque su cara era todo placer. Sus dedos bajaron rozando su estómago y siguieron más abajo hasta sumergirse en su interior.

Estaba mojada, pero eso ya lo esperaba. En las otras ocasiones en las que se habían acostado ya había notado que ella era muy receptiva. Se movió en su interior mientras la besaba de manera apremiante, haciendo que le costara respirar hasta que decidió descender y utilizar la lengua en su clítoris.

—Sí.

Sus manos apresaban las sábanas y abrió más las piernas. Él tenía la suficiente experiencia como para saber lo que tenía que hacer para que ella explotase.

—¡Oh!

El orgasmo que arrasó su cuerpo hizo que él quisiera más, así que cuando ella se calmó buscó el preservativo que había dejado sobre una de las mesitas y se lo puso.

Iba a entrar en ella cuando lo empujó.

—Siéntate y apoya la espalda en el cabezal —dijo con firmeza.

—Te gusta encima, ¿eh, nena?

—Me gusta encima —admitió sonriendo.

Se sentó sobre él y su miembro entró en ella poco a poco.

—¿Quieres acabar conmigo? —preguntó apretando los dientes.

—También sé torturar. —La chica atrapó sus manos y las puso sobre sus pechos, él los amasó dejando que ella llevara el ritmo.

—Ya veo.

Lo besó cuando empezó a moverse lentamente.

—He aprendido del mejor —dijo contra sus labios.

—Aquí «el mejor», necesita algo más de acción. —Enganchó sus caderas con las manos y aceleró las embestidas.

Ella echó la cabeza hacia atrás y abrió la boca.

—Oh, sí.

—Córrete, nena.

Gimió y después gritó clavando las uñas en sus hombros. Él también se dejó ir soltando un profundo gruñido y, cogiéndola por la nuca, la besó entre jadeos.

Los giró a los dos y terminaron tumbados en la cama uno al lado del otro mirando el techo blanco.

—Esto es genial —dijo ella con un suspiro.

—Deberíamos hacerlo más a menudo —contestó Elijah mirando sus ojos grises.

—Ya sabes dónde encontrarme.

Elijah intentaba que ella le diera alguna pista de cómo se llamaba o dónde vivía. Pero habían llegado a un acuerdo la primera vez que se habían encontrado, y mantenido relaciones sexuales: nada de datos personales.

—Lo sé. Aunque parece que nos cuesta coincidir últimamente.

—La semana pasada no apareciste —dijo ella.

—Estuve fuera del país.

Elijah acarició su cabello oscuro y observó sus grandes ojos grises.

—Me echaste de menos, ¿eh? —preguntó socarrón.

—No creas, había hombres más que dispuestos.

Y eso le sentó como una patada en el estómago.

Ella se levantó y se fue al baño. Oyó correr el agua y él se dejó caer boca arriba.

Siempre acababan en el mismo hotel. Otra de las condiciones que ella había puesto. No iban a casa de ninguno de los dos, solo a ese hotel que estaba a diez minutos caminando desde el pub donde se solían encontrar los sábados. Y no todos.

Y ahora parecía un puto quinceañero con las hormonas disparadas por los celos solo con pensar en su frase. «No creas, había hombres más que dispuestos».

No quería que hubiera más hombres en su vida. Era egoísta, ya que él había hecho lo mismo; los sábados que no estaba ella, se había liado con otra. Y también era cierto que ninguna le atraía tanto como esta chica.

«¿Cómo te llamas?», le hubiera gustado preguntar, pero sabía que no se lo diría. Y aunque él tenía los medios para investigarla no quería hacerlo. No iba a traicionar su confianza, esperaría a que ella se decidiera. Tal vez podrían llegar a ser más que unos conocidos que follan para pasar el rato.

—¿Sigues con eso puesto? —preguntó ella señalando su polla que aún tenía el preservativo.

—¿Hoy no hay segundo *round*? —contestó él preguntando a su vez.

—No. —Se soltó el pelo que se había recogido para ducharse—. Mañana madrugo y es tarde.

Perfecto.

—Está bien, vete. Yo pagaré, me toca.

Otro de esos acuerdos suyos: pagaban el hotel de manera alternativa.

—Espera, quería decirte algo.

Nunca se despedían de manera cariñosa, simplemente salían y cogían un

taxi diferente. Sin besos ni palabras que pudieran comprometerlos.

Así que la miró extrañado mientras se quitaba el preservativo a punto de entrar en el baño.

—Tú dirás.

—Hoy es la última vez.

Arrugó la frente.

—¿No nos volveremos a ver?

Ella negó con la cabeza mientras se acababa de abrochar el sujetador y buscaba su vestido.

—He conocido a alguien.

«Hay que joderse», pensó contrariado. ¿Acaso no lo había conocido también a él?

—Ha sido divertido estar contigo —continuó ella al notar su mutismo—. Pero él me atrae y parece que va en serio. Lo siento.

«Divertido», pues ahora se sentía como un maldito mono de feria.

—Está bien, lo entiendo. No hay problema.

Ella se puso los zapatos de tacón y cogió su bolso de encima de la mesa donde estaba la pantalla del televisor.

—Gracias por todo. Ahora debo irme.

Cuando ella cerró la puerta se sentó en la cama y se miró los pies. Siempre había sido él el que terminaba las relaciones cuando la chica se ponía pesada. ¿Habría sido él un tanto pegajoso?

—Y una mierda —dijo en voz alta—. Nunca la busqué, nunca interferí en su vida privada.

Y ahora hablaba solo. Esta chica había conseguido que se sintiera como un despojo humano.

Sacudió la cabeza y se levantó. Entró en el baño, tiró el condón al inodoro y abrió el grifo del agua.

Iba en el taxi, camino de su apartamento, cuando vio a Michael en línea en

la aplicación de WhatsApp. Sonrió, ese cabrón salía a menudo con Ian y con él. Pero desde que había conocido a... como fuera que se llamara la mujer que lo acababa de desechar como a un puto pañuelo usado, había dejado de salir con Michael.

Le envió un emoticono de una mano con el dedo medio levantado.

«Que te den a ti también», escribió Michael a los dos minutos.

«¿Sabes qué hora es?», preguntó Elijah.

Eran casi las cuatro de la madrugada.

«La hora de... ¿vamos a joder a Michael?»

«Exacto, ¿dónde estás, capullo?»

«En el *Ice*, te invito a una cerveza».

Le dio la nueva dirección al taxista.

«Copiado y llegando».

Aquella noche bebieron más de la cuenta. Se le soltó la lengua y habló por los codos. Michael era como un hermano para él, pero ni siquiera se conmovió con la historia de su chica desconocida. Al contrario, se descojonó a su costa y se divirtió mirándolo como si fuera un bicho raro.

Maldita sea.

## Capítulo 1

*En la actualidad.*

*La taberna de Julio, Nueva York.*

—¿Dónde coño está Wyatt? —preguntó Elijah.

—Problemas personales, le he dado unos días de descanso.

Estaban sentados en su rincón favorito de La taberna de Julio.

—¿Y nada más? —inquirió Dan antes de beber de su botella de cerveza.

—Nada más —afirmó Slade.

—¿Es por eso que desapareció de la última misión? —Esta vez la pregunta vino de Ian.

—Exacto.

—Vamos jefe, danos algo más. ¿Debemos preocuparnos? Hace un mes que no sabemos nada de él.

Slade seguía con los pies apoyados sobre una pequeña mesa sin inmutarse por el interrogatorio al que lo estaban sometiendo sus hombres.

—No Jacob, no hay nada de qué preocuparse.

—Está bien.

Aunque Doc no parecía muy convencido. Elijah lo miró y sus ojos se cruzaron unos segundos en los que pudo ver la preocupación en el médico de la unidad.

—Así que a los pocos días de nacer tu hijo ya la has liado —dijo Michael continuando con la conversación.

—Estábamos en pelotas —afirmó Killian.

—¿Qué? ¿Quiénes?

—Will y yo.

—¿Y qué se supone que haces en casa desnudo con un bebé? ¿Quieres que

termine traumatizado? —dejó caer Elijah.

—Siempre voy desnudo por casa. Dejé a Will en el sofá y hubo un accidente, manchó el mueble. No es para tanto.

—Era bastante probable que eso ocurriera, es un bebé, ¿en que estabas pensando? —Pam no daba crédito.

—A Will le gusta ir en cueros —afirmó tajante.

—Serás capullo, vas a conseguir que enferme.

—Sí, eso dijo Mia cuando nos encontró a los dos en la bañera. Aunque fue más creativa a la hora de calificarme —contestó haciendo una mueca que los hizo carcajearse a todos.

—Will va a tener una infancia dura —decretó Slade sin dirigirle la mirada.

—¿Por qué estamos aquí? Y no me digas que, «para tomar unas copas», estás de todo menos relajado. —Era más que evidente que Killian era el nervio del grupo.

Slade le echó un vistazo, pero no contestó. Todos habían notado el estado de ánimo del capitán, era un hombre tan templado en sus acciones que a veces daba miedo. Pero hoy estaba inquieto.

—¿Cómo está Mia? —preguntó Jacob.

—Bien, aun recuperándose, pero bien. Es una mujer fuerte.

—¿Y el pequeño?

—Will es un saco de nervios que no deja de levantar los puños cada vez que me acerco, va a ser un gran soldado.

—Un culo inquieto como su padre; te jodes —soltó Dan riéndose a carcajadas.

—Muy gracioso. Algún día nos vamos a reír todos.

—Estamos en ello, Killian —se cachondeó Michael acercándose con su propia cerveza.

—¿Falta alguien? —Preguntó Slade que parecía no estar con ellos.

—Tavalas.

De repente se abrió la puerta.

—Por ahí viene. —Michael apuntó por encima del hombro sin mirar.

—Perfecto.

—Hola tíos, disculpad el retraso.

—No pasa nada. Estábamos visualizando a Killian cambiando pañales, ha sido de lo más caótico.

—Hay que joderse, olvidadme tíos —declaró el teniente.

Slade pareció darse cuenta de algo.

—A todo esto... ¿qué haces tú aquí?

Todos se miraron entre ellos y después siguieron la mirada de Slade.

—¿Killian? —preguntó Ian.

—Avisé de una reunión, pero a ti no te incluí —continuó el capitán.

—Yo se lo dije jefe, estaba en su casa cuando recibí el aviso —se disculpó Elijah.

Slade levantó los pies de la mesa, se incorporó y cabeceó.

—Lárgate, Phoenix.

—¿Qué? ¿Qué cojones?

—No estás incluido en la próxima misión.

Killian se levantó y encaró a su jefe.

—¿Qué has dicho?

—Lo que acabas de oír. Acabas de ser padre, disfruta de tu hijo o sufre insomnio gracias a él, pero no vendrás con nosotros. Se lo dije a Mia.

Killian levantó un dedo y señaló a Slade ante el asombro de todos.

—Me voy a fumar un pitillo —dijo con calma para sorpresa de sus compañeros.

Se dio la vuelta y salió al exterior cerveza en mano.

—Lo siento, jefe —se disculpó Elijah.

—No hay problema. —Siguió con la mirada a su teniente y chasqueó la lengua—. En seguida vuelvo.

Acto seguido se encaminó hacia la salida detrás de su amigo.

Cuando salió, Killian estaba sentado en las escaleras de madera que daban

acceso a la taberna con un cigarrillo en los labios y la cerveza junto a él.

—Killian —lo llamó.

Phoenix levantó la cabeza y después de observarlo un momento volvió a su posición inicial; con la mirada perdida en el horizonte, más allá de la autopista.

—Lo siento, no llevo muy bien eso de no participar en una misión. Va de eso, ¿no? Ibas a hablar del próximo trabajo.

—Sí. Y solo pretendo que pases más tiempo con Mia, Marie y Will —argumentó Slade sentándose a su lado.

—Creo que tengo derecho a opinar sobre eso.

—Lo tienes, pero acabas de ser padre y supongo que pienso en mis propios fallos, no quiero que cometas los mismos errores. Cuando nació Nathan no deje de ir a ninguna misión, estaba demasiado comprometido con el ejército y terminé perdiéndolos a los dos.

Killian lo miró y entrecerró los ojos.

—Vamos, Slade, no puedes comparar...

—Podía haber vuelto y no lo hice —confesó.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Tenía hombres a mi cargo, los apreciaba demasiado como para dejarlos solos en aquella mierda de lugar. Alguien debería haberme dado una patada en el culo y haberme obligado a volver, pero nadie lo hizo. Así que tú mereces saltarte esta misión y estar al lado de tu familia.

Slade se pasó la mano por el pelo, ese gesto tan característico suyo.

—Mia no es Victoria. Ella sabe de qué va esto. Me puedo comportar como un salvaje, según ella, pero sabe que cuida de mí mismo y de mis compañeros.

—No se trata de eso y lo sabes —contradijo el capitán.

Killian resopló.

—Lo sé, también lo hago por ella —continuó Slade—. Cuando tuvo a Marie estuvo sola, no quieres eso para ella, Killian.

Phoenix se levantó y se puso enfrente de su jefe, dos escalones más abajo.

Adelantó un pie y lo apoyó un escalón más arriba agachándose un poco.

—¿Cuánto va a durar la misión?

—No lo sé, ahí está el problema.

—¿Tienes miedo de que no vuelva? ¿De qué Mia, Marie y Will se queden solos?

Slade apoyó los codos en los muslos y apretó las manos en un puño.

—Si te pasara algo...

—Si pensáramos así nunca saldríamos de casa, jefe. Es mi trabajo y lo tengo asumido. Mia también, por si te lo preguntas.

El capitán estaba demasiado sumido en sus pensamientos.

—¿Lo vas a soltar ya?

Slade fijó su mirada en él.

—No hay manera de convencerte de que te quedes, ¿verdad?

—Joder, Slade. Theresa se pasa la vida metida en casa. Yo solo soy el que hace el payaso para mi hijo.

—Eso se te da bien.

—Vaya, salió la vena graciosa del jefe.

—¿Acaso he mentado?

—No voy a contestar a eso —contestó fingiéndose ofendido.

El capitán se levantó.

—Vamos, no voy a explicarlo dos veces.

—Hay algo más, ¿desde cuándo hacemos reuniones en La Taberna? —preguntó Killian extrañado.

—Desde que necesito un lugar donde no pueda pensar con claridad —confesó entrando de nuevo.

Killian no tuvo opción a réplica. Slade se tomaba su trabajo muy en serio y que no se hubieran reunido en el nuevo complejo era preocupante.

—Aylan, reúnelos a todos —pidió el capitán ya de vuelta.

Unos jugaban al billar y otros estaban en la barra. Aylan y Elijah eran los únicos que estaban despatarrados en sus sillas.

—Voy.

Se sentaron en un viejo sofá al fondo y los otros trajeron sillas y se sentaron enfrente.

—Esto es nuevo —apuntó Michael.

—A mí me parece perfecto, en el complejo no podemos beber cerveza —argumentó Dan.

Slade dio una palmada para hacerlos callar.

—Atended.

La música no sonaba demasiado alta y estaban a salvo de oídos indiscretos. Elijah seguía extrañado de que estuvieran aquí para debatir una misión, pero decidió cerrar la boca.

—Tenemos un trabajo, es privado y hablamos de mucha pasta —dejó caer el capitán.

—¿De qué se trata? —preguntó Killian interesado, parecía que había llegado a un acuerdo con Slade.

—Recuperación de un rehén.

—Esto empieza a ser rutinario —apuntó Killian.

Slade se pasó la mano por el cabello echándolo hacia atrás, señal inequívoca de que estaba preocupado.

—¿Es complicado? —se aventuró a preguntar Elijah.

—Denis Vides nos ha contratado.

Nadie dijo nada, pero la sorpresa se reflejó en todos los ojos que se posaron en Slade.

—¿Vides? ¿El constructor? ¿El amigo de Sue? —preguntó Ian, no sin cierto rencor.

Él sabía que Sue y Denis Vides habían estado a un paso de liarse, y por el aprecio que le tenía a su jefe, ese tipo no le caía demasiado bien.

—Sí a todo —contestó Slade.

—¿Qué problema tiene?

—Han estado extorsionándolo, a él y a su familia. Ha podido darles cobijo

aquí en Estados Unidos y después enviarlos a Europa.

Killian arrugó la frente, contrariado.

—¿Entonces?

—Alguien, que él creía a salvo, ha sido capturada. Se llama Mara Lima, es una amiga de la infancia y se han encargado de hacérselo saber de la peor manera.

Los rostros de sus compañeros reflejaban el mismo malestar que él sentía.

—Joder —maldijo Matt.

—La familia de Vides vivía en Brasil, si no recuerdo mal. ¿Esa chica ha sido secuestrada aquí o en Brasil? —preguntó Jacob.

—En Brasil.

—¿Iremos allí? —inquirió Matt.

—Sí.

Y aquí estaba la razón de la preocupación de Slade. Brasil no le debía traer demasiados buenos recuerdos. Su difunta esposa, una furcia con ganas de joderle la vida al capitán, era oriunda de ese país.

Los ojos del capitán y del teniente se encontraron, y en los de Killian había un gran reproche.

—¿Y pretendías que no fuera? —inquirió cabreado el teniente.

—Déjalo.

—Siempre estás cuidando de nosotros, deja que te respaldemos en esto —argumentó Matt.

—Ya lo hacéis, simplemente no quiero tocar el tema.

—Perfecto, pero estamos contigo. No lo olvides, jefe —claudicó Jacob.

Estaban acomodados en sus asientos mirando al capitán y asintieron.

—¿Hay un rescate? —preguntó Aylan rompiendo el silencio.

—Sí, contactaron con Denis; le enviaron un vídeo y pidieron un cuarto de millón.

Las dos cejas de Michael se levantaron.

—No me parece desorbitado.

—Lo es al cambio, créeme —explicó Ian.

—Exacto —confirmó Slade.

—Bien, ¿y cuándo nos ponemos en marcha? —volvió a preguntar Aylan.

—Necesitamos apoyo logístico, encárgate de eso. Mañana al mediodía deberíamos salir hacia Salvador de Bahía.

—Me pongo a ello —anunció Aylan levantándose.

—Bien, gracias por acudir a la llamada, sé que no es lugar para una reunión, pero... necesitaba esto —dijo el jefe después de titubear un poco.

—No hay de qué. ¿Wyatt estará aquí para mañana? —preguntó Michael.

—Hablaré con él, pero no os prometo nada.

Charlaron un rato más. Elijah sabía que el capitán necesitaba el apoyo de sus hombres, aunque no lo estuviera reconociendo abiertamente.

—Tavalas, sé que conoces bien el territorio.

Slade contaba ya con Adrian Tavalas para todo, y lo cierto era que se había convertido en uno más.

El hombre asintió, pero no dijo nada.

Terminada la reunión, cada uno tomó una dirección distinta. La de Elijah fue ir directamente a un pub, necesitaba distraerse.

## *Capítulo 2*

La chica rubia cabalgaba sobre su miembro como si al día siguiente se fuera a terminar el mundo, demasiado efusiva, demasiado descarnada. Y algo le decía que pensando en algún ex amante. La cara de satisfacción no era por el sexo, más bien parecía una venganza en toda regla.

—Suelo enamorarme de imbéciles —le había soltado en la barra del pub.

No es que le importara, al fin y al cabo, él solo buscaba lo que estaban teniendo. Aun así, no lo estaba disfrutando como pensaba que lo haría. Si se hubiese aliviado el solo habría hecho el mismo efecto.

Le gustaba duro, y a él también.

La cogió por la cintura y la hizo rodar colocándose encima, la penetró con avidez mientras amasaba sus pechos llenos. Ahora era él el que marcaba el ritmo y a la rubia parecía gustarle. Pero de repente ella volvía a estar sobre él.

—¡Oh, sí! —gritó en pleno orgasmo.

Perfecto. Se dejó llevar y dejó que ella se derrumbara sobre él.

—¿Todo bien?

—Ajá —contestó convencida.

La apartó con cuidado y se metió en el baño. Tiró el preservativo y se duchó. Con un poco de suerte ella se habría largado para cuando terminara.

—¡Joder! —masculló en un susurro cuando la encontró profundamente dormida en su cama.

Se pasó la mano por el pelo y soltó el aire.

—De puta madre.

Se acostó apartando el brazo de ella, estirado sobre su almohada, y se dispuso a dormir, tenía que viajar al día siguiente y más valía que cerrara los ojos. Pero la imagen de otra chica bailaba ante él, la echaba de menos, pero ella tenía otra vida y él no podía inmiscuirse en ella. Se había enamorado de

otro hombre.

—¡Oye! —La voz femenina penetró de golpe en sus oídos.

Abrió los ojos, pero al momento tuvo que entrecerrarlos, protegiéndolos así de la penetrante luz que entraba por la ventana de su ático. ¿Quién coño había corrido las cortinas? Estaba de lado y su rostro totalmente desprotegido de los primeros rayos del sol. Le había costado demasiado dormirse.

—¡Despierta! Deberías llevarme a casa.

¿Qué?

Ah, sí. La chica que invitó a su casa ayer. Restregó su rostro con las manos mientras se tumbaba boca arriba en la cama.

—Voy a usar tu cuarto de baño —anunció ella.

El portazo que dio al entrar para asearse terminó de despejarlo. Joder qué energía se gastaba la mujer.

Se sentó en el borde del colchón y buscó sus vaqueros, que estaban tirados en el suelo; se los puso y fue a la cocina.

Estaba sirviendo unas tostadas cuando ella entró, con unos vaqueros y una camiseta. El pelo recogido en una cola alta y la cara lavada. Entrecerró los ojos, ahora parecía una adolescente. Juraría que la noche anterior iba maquillada y vestía un trozo de tela que a duras penas tapaba algo de su magnífico cuerpo.

—Buenos días —saludó cantarina.

—Buenos días, ¿todo bien?

—¿Y por qué no iba a estarlo?

—¿Por las prisas? Es domingo, relájate.

La chica levantó ambas cejas sorprendida.

—Mis padres...

—¿Qué edad tienes? —la cortó sin miramientos.

—Veintiuno. ¿A qué viene eso?

«A que pareces una maldita niña, y yo no me tiro a crías, maldita sea, ¿en

qué coño estaría pensando ayer?».

Levantó una ceja y se echó hacia delante en la barra.

—¿Estás segura de eso?

Se levantó del taburete completamente cabreada y fue a coger su bolso que estaba abandonado en el suelo, al lado de la puerta de entrada.

Sacó una identificación y se la lanzó a la cara.

—Toma, ¿eres policía o algo así? ¿Ves? ¡Anne Lonely, veintiún años! ¿Contento?

No contestó mientras miraba la fecha; estaba a punto de cumplir los veintidós. Lo observó con ojo crítico, no parecía falso.

—Está bien, me disculpo —dijo devolviéndole el documento.

—¡Vete a la mierda! Todos sois iguales.

Entrecerró los ojos. No sería una menor, pero actuaba como tal.

—Cuida esa boca, nena.

—¡Que te den! Pediré un taxi.

Recogió sus cosas en un montón y salió dando un portazo que consiguió que su cabeza retumbara al mismo tiempo.

—¡Joder! —gritó a la nada.

Miró el reloj, eran las diez de la mañana, había dormido cuatro horas escasas. Le daba tiempo a bajar y asegurarse de que la chica cogía el taxi, tal como había dicho. Se puso la cazadora de cuero y tras coger las llaves, bajó en uno de los dos ascensores, en el otro aún debía estar ella.

Al llegar al vestíbulo la vio subir ya al taxi, debía pasar por allí en aquel momento. Perfecto, había quedado como un idiota, pero al menos ella no se iba andando.

Una vez estuvo en su ático de nuevo, empezó a empaquetar las cosas y después se duchó, en dos horas tenía que estar en el aeródromo para partir hacia Brasil.

Se aseguró de conectar la alarma y cerró la puerta. Iba a subir al ascensor cuando *Sexy and I know it* empezó a sonar como llamada entrante en su

teléfono móvil. Debió cortarle las trenzas a su hermana cuando tuvo la oportunidad por haber manipulado su móvil, ahora ya no las llevaba, siempre estaba metiéndose con él, decía que era un conquistador nato. La última vez que la vio le lanzó una maceta que casi le abre el cráneo y todo porque se había acostado con una amiga suya cuando fue a ver a su familia a Canadá, donde se habían mudado hacía dos años. ¿Y qué coño sabía él?

La jodida melodía no dejaba de sonar mientras soltaba el petate y buscaba en los bolsillos de su cazadora, que llevaba colgada del brazo.

La puerta de la vecina rarita se abrió, la que vivía enfrente, una loca de los motores que le caía bien. Llevaba un par de moños altos que la hacían parecer un maldito oso panda, gafas oscuras rectangulares y mascaba chicle como si estuviera machacando piedras con los dientes. Vestía su mono de mecánico y unas deportivas negras con líneas amarillas. Lo miró por encima de las gafas al mismo tiempo que levantaba el pulgar y bailaba mientras cerraba la puerta con llave. La saludó con la cabeza y miró la pantalla.

«¿Wyatt?»

—¡Qué! —contestó cabreado por haber tardado tanto en detener esa maldita canción.

—*Joder, Slade os está pegando las malas costumbres.*

—Eh... Disculpa tío. ¿Dónde coño estás?

—*Esperando a que pases a recogerme por casa.*

—¿Eh? ¿No tienes coche?

Oyó a Wyatt soltar el aire al otro lado de la línea.

—*Tengo algo que contarte y no lo voy a hacer en el avión.*

—¿Va todo bien? ¿Viajas con nosotros?

Su vecina le estaba haciendo gestos para que entrara en el ascensor sujetando las puertas.

—*Sí, te espero* —contestó Wyatt

—Captado, hasta ahora.

Cortó la comunicación y cargó de nuevo con sus cosas.

—Gracias —dijo entrando en el ascensor y dejando la bolsa en el suelo.

—No hay de qué, ¿te vas de viaje?

Se cruzó de brazos y la observó sin contestar.

—¿Te estás haciendo el interesante? —preguntó al ver que no contestaba.

—Lo soy, Lo.

—Siguen sin gustarme los hombres, asúmelo, Elijah.

Le gustaba provocarla.

—¿Estás segura?

—Totalmente, idiota.

Compuso su sonrisa más sexy.

—Entonces, ¿no tengo ninguna oportunidad contigo?

Lo hizo rodar los ojos.

—El *coñito* de esta mañana estaba un poco histérica, me ha dado un buen susto con la puerta, ¿siempre las cabreas así?

—Dímelo tú, ¿siempre me espías?

—Casi siempre, sí.

La chica era sincera, tenía que admitirlo.

—Algunas necesitan poco para cabrearse, Lo.

—Colócale el anillo a una de ellas y dejará de gritar —le aconsejó.

—Lo dudo.

—¿Qué les ofrezcas un anillo? ¿O que dejen de gritar?

—Las dos cosas.

Lo se apoyó al fondo, contra el espejo, y entornó esos oscuros ojos que tenía, que siempre asomaban por encima de la montura. En ellos había reproche.

—Tío, era una cría.

«Mierda».

—No, no lo era.

—A simple vista...

Había estado espiando, ahora ya era oficial.

—¿Y qué hay de ti? —preguntó Elijah para desviarla del tema.

—Yo no quiero líos, si sospecho que pueden ser menores las apartó de un manotazo.

Y tratándose de Lo, se lo creía.

—Te preguntaba cómo estabas.

—Ah, bien. Por cierto, tu moto está arreglada.

Aunque el piso de Lo parecía la maldita NASA, ya que tenía el título de informática, no había encontrado trabajo al salir de la universidad, así que tenía un taller de coches y motos que un familiar le había ayudado a montar. Según ella, eso era el otro amor de su vida.

—La recogeré la semana que viene.

—Ya. No te preocupes la traeré y la dejaré en tu plaza de *parking*.

—Gracias, preciosa. ¿Puedo besarte?

—Ni de coña, joder, qué asco.

Las puertas del ascensor se abrieron mientras él se carcajeaba.

—Diviértete, vecino.

—Eso haré.

Cuando ella salió del cubículo y las puertas se cerraron de nuevo para llevarle hasta la planta del *parking*, pensó en la chica que había pasado la noche en su casa. Con tanto maquillaje no habría acertado ni en mil años su edad; parecía tener veinticinco, o eso creyó cuando hablaron. La vena infantil le había salido esta mañana.

Fue en busca de su coche y después de meter el petate y la cazadora en el maletero, arrancó el motor. Su Dodge Grand Caravan rugió rompiendo el silencio del *parking*.

Enfiló la calle para buscar la autopista que lo llevaría a las afueras de Nueva York, al hogar de Wyatt y Nayeli.

Iba escuchando al grupo Rudimental, cuando su mente viajó a la reunión de la noche anterior. Debía ser difícil para Slade volver al país en donde por fin había recuperado a su hijo Nathan. Victoria se lo había arrancado fingiendo un

accidente de avión, hasta que necesitó dinero. El capitán era un tipo fuerte, pero todos sabían que interiormente se había roto y vuelto a recomponer a base de pura voluntad.

Sue ya estaba en su vida cuando eso pasó y, por supuesto, ella fue de gran ayuda. Slade volvió a ser el mismo, aunque demasiado protector, tanto con su familia como con sus hombres. Había intuido que no quería que Killian fuera a Brasil. Aunque después de haber hablado entre ellos, el capitán había aceptado al teniente en la misión.

Slade no lo admitiría, pero estando todos a su lado, tenía apoyo de sobras. No entendía por qué había aceptado llevar a cabo la misión, pero todos sospechaban que el nuevo complejo donde entrenaban, en el que incluso había una recreación de *La semana del infierno*, debía tener un mantenimiento descomunal.

Entró por el camino de acceso hasta llegar a la mismísima puerta de Wyatt. El hombre estaba esperándolo sentado en las escaleras de la entrada.

### *Capítulo 3*

—Hubiera llamado... —dijo nada más abrir la puerta del copiloto para que Wyatt entrara.

—Jared se enfada cada vez que me ve partir, así que estoy aquí de incógnito —explicó su compañero.

—Entiendo.

Cuando Wyatt lanzó el petate al asiento de atrás y se sentó a su lado, lo miró de reojo mientras arrancaba y daba marcha atrás.

—Estás jodidamente cansado —soltó Elijah.

—Buena apreciación.

—No deberías venir...

—Vamos a Brasil —decretó Wyatt.

—Sí.

—Entonces voy, nada me lo impedirá —dictaminó su compañero—. Ni siquiera un hermano idiota dejando embarazada a una menor que se presentó en su casa y se lo explicó, con pelos y señales, a mi cuñada, la cual primero tuvo un ataque de histeria, después intentó agredir a la chica y más tarde entró en un estado catatónico, que se le pasó de golpe cuando apareció mi hermano quien se vio encañonado con una pistola y a una esposa alucinada pidiendo explicaciones.

Elijah frenó de golpe antes de incorporarse a la carretera principal.

—¿Qué coño? —inquirió girándose para mirar a Wyatt.

—Lo que has oído. Conduce. Si llegamos tarde, Slade nos arrancará los huevos.

Elijah obedeció, básicamente porque eso era cierto, el jefe quería puntualidad. Pero aún estaba asimilando lo que Wyatt acababa de soltar.

«Vaya culebrón, joder».

—¿Y cómo terminó la cosa?

—Con mi hermano herido de bala e ingresado en un hospital de Seattle.

Estuvo a punto de frenar de nuevo.

—Joder, ¿está grave?

—No, pero casi se queda sin huevos, es ahí donde apuntaba Laura, mi cuñada. No acertó, pero le ha destrozado la rodilla, los médicos dicen que lo más probable es que cojee de por vida.

—Y esa tal Laura..., tu cuñada...

—Detenida.

—Tío, parece surrealista.

Puso el intermitente para coger el siguiente desvío.

—Lo es...

Elijah, se imaginaba el cuadro que se debió encontrar Wyatt al llegar.

—Que puto desastre —murmuró sin apartar los ojos de la carretera.

—Tú lo has dicho.

Se quedaron en silencio un buen rato.

—¿Tiene permiso de armas?

—¿Mi cuñada? Sí. Lleva un negocio y después de varios atracos, decidió sacárselo.

—Hay que joderse.

—Lo que no entiendo es qué coño hacía mi hermano con una menor, joder, él tiene cuarenta. Y dos hijos...

Elijah decidió confiar en él.

—Wyatt, ayer tuve un rollo con una tía que aparentaba más años de los que en realidad tenía.

Su compañero arrugó el entrecejo.

—¿También era menor?

—No. Esta mañana, cuando la he visto con la cara lavada, me ha hecho dudar y acojonarme, para qué negarlo. Así que le he pedido la documentación.

—Qué romántico.

—Joder, la tía se ha cabreado y se ha largado soltando culebras por la boca; tenía que asegurarme de no haberla cagado.

—Deberías asegurarte antes de...

—Lo sé.

—¿Y qué edad tenía? —inquirió Wyatt.

—Veintiuno.

Su compañero soltó un silbido.

—No volverá a ocurrir.

Wyatt, miró por la ventana.

—No te la juegues, si alguna logra engañarte, podrías meterte en un buen lío, Elijah.

—Eso también lo sé. Solo te lo he contado para hacerte una pregunta.

Wyatt se giró de nuevo, esta vez para observarlo.

—Dispara.

—¿Tu hermano era consciente de la edad de esa chica?

—Sí.

—Mierda, definitivamente es idiota.

—Bastante.

Estaban aparcando cerca del acceso a la pista privada, cuando Elijah decidió soltar lo que le rondaba la cabeza.

—Si me lo permites... Tus hermanos mayores te hicieron culpable de la muerte de Raoul. No has sabido nada de ellos en todo este tiempo. Pero, cuando tienen un problema, ¿te buscan? No lo entiendo.

Estaba convencido de que su compañero ya sabía todo eso, pero tenía que quitarle la preocupación de encima.

—¿Y crees que no lo he pensado? Mi hermano pretendía que fuera a verla y le ofreciera dinero para el aborto. No puedo hacer eso. Va en contra de mis principios y Nayeli no me lo perdonaría.

—Joder, si es eso lo que quiere que dé la cara y no te involucre a ti, no habrás ni siquiera pensado...

—Fui a verla, pero no le di dinero para un aborto. Mi hermano ha salido vivo de un disparo, lo que tiene que hacer es cargar con sus problemas...

—Que él solo se ha buscado —terminó por él.

—Aun así, intento ayudarlo ...

—Es tu hermano, lo sé. Pero te dio la espalda, tenlo presente, todos fuimos testigos de la reacción de tu familia en el entierro de tu hermano Raoul. Su vida no corre peligro, no como para que tengas que ponerte en esta situación. Tienes un trabajo y familia. No te la juegues. Ese es su jodido asunto. El hecho de que te hayas desplazado hasta su ciudad y te hayas pegado un mes allí, ya dice mucho de ti. Si no sabe apreciar eso es que es estúpido.

—Lo sé.

—Entonces, vamos. Slade lo sabe, ¿cierto?

—Solo tú y él —admitió Wyatt.

—Bien, gracias por la confianza. Espero que todo se solucione, pero mantente al margen. Te ha tenido a su lado durante días, tu hermano no se puede quejar.

Wyatt asintió y salió del coche cabizbajo mientras caminaba hacia el avión privado de la empresa.

¿Había algo más que no le había contado?

—¡Wyatt! Me alegra verte, hermano —saludó Dan desde lo alto de la escalerilla.

—Hola.

Todos y cada uno de sus compañeros lo saludaron. Algunos le preguntaron por su situación personal, a pesar de no saber nada en concreto, pero un «estoy bien» fue su única contestación.

Cuando el avión estuvo en el aire. Slade mostró un plano.

—¿Salvador de Bahía? —preguntó Wyatt.

—Sí.

Slade ya había puesto al tanto de la misión a su compañero.

—La ciudad y alrededores —puntualizó el jefe—. Este barrio es Monte

Cristo. —Señaló en el mapa—: donde Vides pasó su infancia y en donde vive nuestra rehén, la señorita Lima. En Itabuna, para ser exactos.

—¿Es ahí donde la secuestraron?

—Sí, eso dicen los testigos. Nadie habla abiertamente, todos tienen miedo a las represalias.

—¿Y la policía? —preguntó Matt.

—Denis Vides no quiere involucrar a la policía, pero tiene contactos en el barrio. Gracias a ellos ha podido llegar a saber el tipo de vehículo que conducían los secuestradores y cuántos eran. Aunque no me ha facilitado datos de ninguno de los testigos. Los quiere proteger.

—Entiendo que se oculten de los secuestradores, pero ¿de nosotros? —inquirió Pam.

—De todos, son gente humilde que ya tiene bastantes problemas para sobrevivir como para añadir más preocupaciones a sus vidas. Imagino que Vides aprecia a su gente.

—Entiendo.

—De todas formas, no hay mucho más que aportar. Tendremos que movernos por nuestra cuenta.

Elijah miró a Killian levantando una ceja. Esperando que el teniente hablara por todos.

—Jefe, deja que rastreemos ese barrio y te informemos, no tienes porqué...

—¿Desde cuándo me quedo atrás en una operación?

—No estás a gusto con la situación...

—Mara Lima no es ninguna niña, tiene treinta y cinco años; pero me preocupa que la maten. Así que déjalo, no tengo ningún trauma. Vides nos ha contratado, así que haremos el trabajo.

«Y una mierda que no tienes ningún trauma», pensó Elijah.

—Slade... —Killian intentó apelar a la amistad que los unía.

—¡Phoenix! Basta.

Killian solo alargó un poco más la mirada clavada en su jefe y después

volvió a mirar los papeles.

—¿Es ella? —dijo señalando una fotografía.

—Sí.

Se fueron pasando la imagen de unos a otros. Cuando Elijah la tuvo en sus manos no pudo evitar mirar los hermosos ojos verdes de la mujer, unos ojos muy expresivos que le recordaban a los de otra chica, aunque fueran de otro color. Tenía la piel oscura como el café, una gran sonrisa de gruesos labios y su pelo, ensortijado y oscuro, le llegaba más allá de los hombros. Era una mujer espectacular.

—¿Es algo más que una amiga de la infancia para Vides? —preguntó sin dejar de observar los hoyuelos en las mejillas de Mara Lima.

—No lo sé, y no creo que eso sea crucial para la misión.

—A veces, el grado de implicación marca la diferencia.

—No en este caso —aseguró el jefe.

—Perfecto, la recuperamos y volvemos a casa. —Dan chasqueó los dedos en cuanto terminó de hablar.

—Antes hay que encontrarla —admitió Pam.

Slade les echó un vistazo.

—Esa es la parte complicada de la misión. Deberemos usar un perfil bajo. Ir como turistas sería lo adecuado.

—Perfecto —convino Killian.

—Pero antes iremos a ver a Vides, que está esperándonos en su despacho de Salvador de Bahía.

Nadie dijo nada. Pero Elijah imaginó que Denis quería saber cómo iban a actuar y Slade debía estar de acuerdo con la demanda.

Cuando aterrizaron en la zona destinada a vuelos privados del aeropuerto Dois de Julho, recogieron sus cosas de los distintos compartimentos, y cuando Slade dejó de hablar con las autoridades aeroportuarias, pudieron descender por la escalerilla.

—Eh, jefe, no me jodas.

Todos miraron en la misma dirección a donde miraba Killian. Dos turismos Skoda los esperaban, uno amarillo y otro rojo. Demasiado pequeños para ellos.

—Es lo que he podido conseguir de la manera más rápida. Pasaremos desapercibidos.

—No lo creo... Seguro que Dan tiene que sacar la cabeza por la ventanilla —se carcajeó Michael.

—Muy gracioso. Así te dejes los huevos en...

—¡Basta! A los coches —cortó el capitán.

—Desde que Sue lo obligó a entrar en su Smart ha aprendido a contorsionarse —declaró Killian.

—Que te den, teniente.

Pero el propio Slade se dio un buen golpe en el hombro cuando accedió al asiento del piloto.

—Mierda —murmuró.

Todos se echaron a reír. Joder, ese hombre era un tipo grande. Elijah empezaba a pensar que el jefe creía que podía hacer contorsionismo.

—Yo conduzco el otro —se ofreció Pam.

—Será lo mejor —concedió Jacob.

Dan miró a Pam y después enfrentó a Doc.

—¿Lo mejor para quién? —preguntó

Pam se carcajeó mientras entraba después de haber dejado su petate en el maletero.

—Ya la conoces, las vamos a pasar putas —protestó Dan compungido al ver que Jacob no le hacía el menor caso.

—No exageres, tío —dijo Elijah.

—Vamos Dan, estás a punto de soltar la lágrima, joder —soltó Killian.

Pam arrancó el motor.

—Por eso tú te vas con Slade, ¿cierto? —inquirió Dan.

—¿Algún problema? —preguntó Pam poniéndose el cinturón de seguridad a su lado y echándole una mirada inquisitiva.

—No, ninguno, nena.

Killian soltó una carcajada y se fue al vehículo rojo en el que Slade llevaba un par de minutos ajustando el asiento. Al ritmo que iba, terminaría arrancándolo de sus railes y lanzándolo al asfalto.

—Reconocerás que...

—No voy a reconocer una mierda. Sube, joder —cortó el capitán haciendo que los otros se rieran entre dientes—. ¿Cómo tengo que explicarte que no había nada más disponible?

—Está bien, pero tenemos un problema serio de logística. Aylan debió encargarse de esto, no tú.

—Cierra. El. Puto. Pico. Aylan tenía que encargarse de muchas otras cosas —masculló el jefe remarcando cada palabra y esforzándose en acomodarse.

—Captado.

—Tavalas, Matt y Elijah, con nosotros —ordenó Slade sacando la cabeza por la ventanilla.

Pam, Dan, Jacob, Ian y Michael irían en el otro coche a una distancia prudencial.

—Killian, pásales las coordenadas —pidió mientras trasteaba el GPS.

Cuando el teniente se sentó al lado del capitán soltó un silbido de admiración.

—Avenida Tancredo Neves, no está nada mal. Vides está jodidamente forrado, que cabrón.

Nadie comentó nada, seguramente no tenían ni idea de lo que estaba diciendo.

—Sí, es el distrito financiero. Está lleno de oficinas y de prepotentes, por no hablar de los que utilizan ese lugar para ocultar empresas fantasma —declaró Tavalas.

Pues sí que estaba puesto, pensó Elijah.

—Eh, mirad a Dan —soltó de pronto Matt.

El enorme hombre de ascendencia cubana iba con el cinturón de seguridad asegurado y las dos manos abiertas apoyadas en el salpicadero; parecía esperar un impacto inminente.

—Será payaso... —decretó Killian.

Dan les echó una mirada rápida que Elijah no supo muy bien cómo interpretar; parecía pedir auxilio y querer llorar al mismo tiempo.

Terminaron por reírse dentro del coche, Slade sonrió también y negó con la cabeza.

## Capítulo 4

Llegaron al distrito financiero antes que el vehículo que conducía Pam. Slade los llevó hasta el *parking* y juntos subieron al último piso donde estaban las oficinas del constructor. El otro coche debía esperar fuera con dos de sus compañeros y sin llamar la atención, aunque ver el acojonamiento de Dan no ayudaba demasiado. Elijah sonrió, la conducción de Pam solía ser agresiva y estaba seguro de que los que iban con ella habrían rezado a todos los Dioses, actuales y antiguos.

—Slade Ward, el señor Vides nos está esperando —le dijo el capitán en portugués a la chica pelirroja que estaba detrás de un mostrador que había nada más salir del ascensor.

Michael la miró con aprobación. Elijah intuía que su relación con Theresa estaba pasando por un mal momento, pero qué coño sabía él; no había preguntado.

—En seguida le aviso, por favor esperen —dijo sin dejar de mirarlos extrañada. Aunque a Slade lo devoró con los ojos, algo que al jefe le traía sin cuidado, ya que este le dedicó la atención justa para anunciar su llegada.

—Joder, aquí hay mucha pasta —soltó Dan ante la mirada de desaprobación de Slade.

Y es que Dan nunca filtraba. Si él creía conveniente dar su opinión sobre algo lo hacía, y ni siquiera Pam había querido frenar ese impulso innato en él. Ella lo conoció así y Elijah sabía que el estar tan enamorados y compenetrados con la otra persona, como lo estaban ellos, no debía suponer cambiar el carácter del otro.

La mirada de Slade no tenía nada que ver con el comentario en sí, sino con el tono que Dan había utilizado para hacerlo: una mezcla de admiración y repulsión.

El capitán podía rivalizar perfectamente con Denis Vides: también poseía una planta completa de un edificio en el centro financiero de Manhattan, que ahora estaba en venta. Al morir su padre, Edgar Ward, su hermano Lucas y él habían decidido dejar de operar desde el centro de la ciudad, trasladando las oficinas a un local comercial a pie de calle y sin ninguna relación aparente con el complejo que usaban a las afueras de Nueva York en dirección norte. El capitán los protegería siempre de ser el centro de atención de algún idiota con ganas de vengarse. Todos, menos el jefe, usaban apellidos falsos y todos miraban sus espaldas cuando iban por la calle. No tenían una calidad de vida saludable, pero era la que habían escogido.

—Pueden pasar —anunció la pelirroja.

Slade abrió la marcha y los ocho accedieron al despacho de Denis Vides. La estancia era amplia, con enormes ventanales que daban a la avenida, la decoración era minimalista, en blanco y gris, y no se oía nada que procediera del exterior.

—Gracias por venir —dijo Vides saliendo de detrás de su mesa de cristal y estrechando la mano de cada uno de ellos.

La estancia olía bien, a una mezcla de flores. Si él se caracterizaba por algo era por captar los diferentes olores. Cuando estaba en Kabul, era capaz de saber si alguien había manipulado algún tipo de explosivo al entrar en algún sitio. Por eso siempre entraba junto a su capitán.

—Elijah, me alegro de verte —lo saludó el anfitrión cuando llegó su turno, con ese acento suyo tan característico.

—Igualmente, siento por lo que estás pasando.

La relación entre ellos y Denis Vides se reducía a algunos encuentros en reuniones que había orquestado Sue. Una barbacoa y alguna celebración, no mucho más.

—Espero que podáis ayudarme.

Asintió mientras él volvía a sentarse tras la mesa y abría un cajón de un mueble auxiliar. Elijah no pudo evitar fijarse en su mirada atormentada, el

hombre lo estaba pasando mal, aunque intentaba ocultarlo.

—Aquí tienes las llaves y los teléfonos que me pediste. —Le entregó un sobre y una bolsa de fieltro negra.

—¿Son seguros? —preguntó Slade.

—Por supuesto.

—Perfecto, te iré informando, pero evita llamarme. —El capitán había entrado en modo profesional.

—Lo sé, pero si necesitas algo...

—Contactaré.

Slade se dio la vuelta y salió sin despedirse, algo que era habitual en él cuando la persona o personas con las que debía tratar no eran de su agrado. Debía reconocer que, con sus propios hombres, el jefe tampoco malgastaba palabras bonitas, pensó divertido mientras salían de nuevo hacia el ascensor.

—¿Qué opináis? —preguntó Slade ya en el *parking*.

—Vides es un blanco fácil —dijo Dan.

—El edificio de enfrente está demasiado cerca, le diré a Aylan que investigue quiénes ocupan las diferentes plantas. —aportó Killian buscando su teléfono en el bolsillo de sus pantalones.

—Bien. Que se ocupe también de este edificio y de cada una de las personas que trabajan para él, tengo el listado facilitado por Denis.

—Esa mujer es importante para Vides si ni siquiera teme por su vida —conjeturó Michael.

—Me he dado cuenta —admitió el capitán.

—Y ha perdido peso —soltó Killian.

—¿En serio, teniente? —Slade levantó una ceja.

—Era solo un apunte.

Y era por eso que habían acudido todos menos Pam y Matt, que vigilaban a los transeúntes o coches sospechosos en la avenida. Debían valorar la situación de Denis Vides.

—¿Hay que vigilarlo a él? Si hay un fuerte vínculo con la víctima puede

inmiscuirse en la operación —advirtió Tavalas.

—De momento no. Lo está pasando mal, pero confía en nosotros.

Ante las palabras tajantes del capitán, Elijah no tuvo otra opción que contradecirlo mentalmente. Si ese tipo era amigo íntimo de la mujer secuestrada, podía cargarse la operación. Aun así, se guardó la opinión para sí mismo.

—Bien, manos a la obra, jefe —animó Killian.

Unos salieron hacia el otro coche, el que estaba aparcado fuera del edificio, y los otros se subieron al vehículo que conducía Slade. Se rieron a carcajadas cuando, en un alarde de agilidad, Dan terminó sentado en el asiento trasero detrás del capitán.

—Maldito tarado —masculló el jefe mientras arrancaba.

A Elijah no le importó ir con Pam que, efectivamente, era capaz de poner al Skoda a dos ruedas.

\*\*\*

Denis no se volvió a sentar cuando Slade y sus hombres abandonaron el despacho. Miró hacia las montañas, más allá de los edificios que bloqueaban su vista, pero él sabía que estaban ahí. El lugar a muchos kilómetros de distancia donde él se crio junto a Mara, su vecina y cómplice de sus idas y venidas.

Él siempre se adaptó a la forma de vida que le había tocado y Mara lo sabía. Cuando no encontraban ni una mísera moneda para comprar leche, se conformaban con ir a bañarse a la piscina de Jude, que era hijo de un irlandés y vivía con su madre en el barrio desde que su progenitor había olvidado que el niño existía. La madre de Jude trabajaba como camarera en un bar de carretera cerca del núcleo urbano y el pequeño se pasaba horas en la calle. Así fue cómo se conocieron. Siempre iban los tres a una.

En su barrio, tener una piscina, aunque fuera de goma, era todo un

acontecimiento. La pobreza se podía palpar en el ambiente, sus ropas y sus desgastadas deportivas hablaban por ellos, aun así, eran felices y sabían cómo entretener al estómago.

A pesar de haber tenido una infancia difícil, Denis nunca había abandonado la idea de ser algo más que albañil. Le gustaba ver a su padre trabajar, cuando salía del colegio corría junto a Jude y Mara para ir a ver cómo avanzaba la construcción del edificio en donde su padre, junto a otros hombres, entre ellos el padre de Mara, levantaban paredes y daban forma a la estructura.

Hasta que un día todo se vino abajo, literalmente. Estaba cerca de su casa cuando la policía llamó a la puerta y su madre abrió. Él no podía escuchar lo que decían mientras corría hacia la casa dejando el partido de fútbol a medias, pero ella se llevó la mano al pecho y soltó un grito ahogado antes de desmayarse. Su padre y otros diez hombres habían quedado sepultados al derrumbarse el edificio de tres plantas. Había un hilo de esperanza, pero al cabo de cuatro días encontraron los cadáveres.

Por aquél entonces, él tenía trece años y Mara y Jude doce. Y sus vidas se convirtieron en un maldito infierno.

—Señor Vides, su prometida por la línea uno.

La voz de su secretaria lo arrancó de golpe de su pasado. Se dirigió a su mesa y apretó el botón.

—Gracias Aída, díglele que la atiendo en dos minutos.

Necesitaba recomponerse, volver a pensar con claridad. Nadia no sabía nada de lo que estaba ocurriendo en su vida. Ward le había aconsejado que los últimos acontecimientos no salieran del ámbito familiar y eso se reducía a su hermana, a su madre y a él. Las prometidas no eran de la familia.

—Nadia —contestó intentando mantener un tono cordial.

—Hola, cariño. ¿Cómo estás? Esperaba que ayer me llamaras...—Su tono era dulce y no había reproche en él.

—Salí tarde de la reunión, pensé que estarías durmiendo. —La disculpa estaba implícita y no pensaba dar más detalles.

No iba a decirle que no había tenido ganas de hablar con ella. La quería, pero en algunas ocasiones conseguía cargarlo.

—No pasa nada, ¿va todo bien? ¿Volverás pronto?

—En cuanto termine —contestó escueto.

—Tu madre y tu hermana aún no han vuelto de vacaciones, ¿no volvían hoy?

«Mierda».

—Se han quedado un poco más, les ha gustado el lugar y a mi madre le viene bien ese descanso.

Nadia pensaba que ellas estaban de vacaciones en un resort de México, pero no era cierto. Él las había llevado personalmente a España en su avión privado. No creía que estuvieran a salvo en ningún sitio, pero tenía un buen amigo en España, Jude, que ahora vivía allí por trabajo. La única persona en la que confiaba con los ojos cerrados.

—Solo espero que regresen para la boda —espetó Nadia riéndose.

—No se la perderían por nada, cariño.

No estaba siendo todo lo amable que debería, pero en su cabeza había cosas más importantes y aún faltaban dos meses para la boda.

—Lo sé.

—Tengo que dejarte, te llamaré en cuanto pueda.

—De acuerdo. Te quiero.

No contestó, colgó y cogió su maletín.

—Aida, no me pases llamadas de nadie. —Recalcó esta última palabra a su secretaria—. Tengo todo el día ocupado.

Si Slade Ward o alguien de confianza quisiera localizarlo, ya sabía cómo tenían que hacerlo.

Se encaminó al ascensor dispuesto a ir a su piso y cambiarse de ropa.

\*\*\*

—Cobarde —Le susurró Pam a Dan cuando pasó por detrás de él.  
Elijah los miró.

—Espera que te pille a solas —susurró Dan.

Sonrió. Pam siempre le había atraído, incluso había intentado algo con ella. Pero llegó un momento en el que abrió los ojos a la realidad. Dan y Pam habían vivido demasiadas cosas y tenían un vínculo difícil de romper. Aunque los muy tarugos no lograban encontrarlo. Ahora se alegraba por ellos; eran felices y todos eran testigos de ello.

—Solo hay una cámara de seguridad en esa zona. —Estaba explicando Aylan—. Es de un restaurante chino y se puede ver con nitidez a Mara pasar por la acera de enfrente. Dos cruces más adelante la secuestraron.

Estaban en una casa del barrio donde se había criado la chica, bastante destartada, pero era lo que había exigido Slade. Denis se había hecho con ella en menos de una semana, el hombre no había puesto pega a nada.

—¿Vuelvo a poner el vídeo que le enviaron a Vides? —preguntó Killian.

—Sí, Wyatt no lo ha visto.

Esta vez, Elijah buscó más detalles y no se centró tanto en lo que el tipo decía, que era básicamente, una amenaza en toda regla hacía Vides: mataría a toda su familia si no entregaba la cantidad de dinero exacta de la que el constructor se había beneficiado.

—Solo se le ven los ojos y son bastante comunes —comentó Ian.

—¿De qué dinero habla? —preguntó Wyatt.

Slade se sentó en el reposabrazos de un sillón al lado de Pam.

—El padre de Vides murió en un accidente de trabajo hace veintitrés años, en el que también perecieron otros trabajadores. Las familias de las víctimas no tenían recursos para enfrentar a Construcciones Taylor y los hacían responsables de la falta de medidas de seguridad. Un abogado estadounidense se ofreció a representarlos sin ningún bufete detrás y ganó. Cada una de las familias fue compensada con trescientos mil dólares.

Wyatt abrió los ojos con sorpresa.

—No está mal para haberlo llevado un solo tipo.

—Ya. Las familias cobraron y él se llevó la fama —concluyó Michael.

—Pero... Hay un «pero», ¿cierto?

Wyatt adivinó lo que todos vaticinaron al momento.

## Capítulo 5

—El abogado que los representó, Nelson Teles, apareció muerto a navajazos y maniatado en su despacho de Nueva York la semana pasada. Dos días después, Denis recibió este vídeo y la fotografía de Mara Lima.

—Parece estar relacionado —dijo Matt.

—Sí. El FBI está investigando la muerte del abogado, no tardará en atar cabos.

—Las otras familias, ¿también han recibido esto? —pregunto Wyatt.

—No, solo Vides.

Wyatt levantó una ceja.

—Digamos que Denis Vides supo aprovechar ese dinero. Pudo acceder a la universidad y después sacó adelante su propia empresa constructora. Perdió amigos y familia por el camino, pero nada lo detuvo: lanzó una OPA hostil contra la empresa para la que trabajaba su padre y los hundió en la miseria —explicó el capitán.

—Joder con Denis —murmuró Dan.

—Fue su manera de vengarse. Los directivos son dos hermanos, uno de ellos fue a prisión por homicidio imprudente a raíz del accidente, pero el otro siguió adelante con la empresa. Según Vides, la constructora continuaba haciendo trapicheos con los materiales, así que él los borró de un plumazo.

—¿El otro ya ha salido de la prisión? —preguntó Ian.

—Solo estuvo seis años —informó Killian.

—¿Están localizados? —preguntó Pam.

—No. Rondan los cincuenta años, se llaman Gerald y Ryan Taylor. Tienen hijos y dos de ellos también están en paradero desconocido —dijo Slade.

—Y ahora van a por él. Supongo que ver que Construcciones Vides es una de las empresas más fuertes del mercado debe de doler —asumió Michael.

Slade asintió.

—¿Alguna duda sobre este caso?

Nadie habló, a todos les había quedado claro que ir detrás del constructor era solo por venganza. Algo que Denis Vides ya había llevado a cabo con anterioridad contra ellos.

—Deduzco que la chica secuestrada, Mara, además de ser amiga de la infancia...

—Su padre también murió en el mismo accidente —aclaró Slade.

—Mierda. Pues ya son dos las familias involucradas —dijo Tavalas.

—No, solo ella. No tiene familia.

—¿Aún tenía relación con Denis? —preguntó Pam.

—No, me explicó que ella nunca estuvo de acuerdo con que él quisiera irse del país para empezar una nueva vida en Estados Unidos. Se vieron unas cuantas veces cuando él venía a ver a su familia y al final cada uno siguió su camino.

El capitán los observó suspicaz.

—Nos pagan para recuperar a esa mujer, la relación que haya entre ellos no importa, de momento. Además, Denis Vides está a punto de casarse, tiene dinero y conoce a Mara Lima desde la niñez. Es bastante normal que quiera ayudarla. Su familia está a salvo y quiere que Mara también lo esté. ¿Qué coño os pasa?

—¿Cuándo supo que tenían a la señorita Lima? —preguntó Jacob.

—Vides recibió el vídeo con las demandas y después una carta con la fotografía de ella —entrecerró los ojos—. Si estáis barajando la posibilidad de que todo esto sea una trampa, os informo de que yo también lo he pensado. Pero esa chica se gastó todo el dinero que recibió en hacer construir un albergue para pobres, en esta zona hay muchos y, casualmente, fue Construcciones Vides quien se encargó del proyecto. Está limpia y está sola, su madre murió hace un par de años por un cáncer que se la llevó en apenas unos meses.

—Vides la ayudó poniendo más pasta —añadió Killian.

—Voy a ser sincero con vosotros. —Slade se echó el pelo hacia detrás y se levantó—. Tengo la sospecha de que los secuestradores saben más que nosotros.

—¿Se puede saber por qué Denis no da más detalles? —Esta vez fue Elijah quien preguntó.

El capitán soltó el aire.

—Quiere proteger también a Nadia, su prometida.

Dan se echó a reír.

—Yo lo veo así: como Nadia se entere de que se está gastando una desorbitada cantidad de dinero para ayudar a una tía, le corta los huevos. Conclusión: mejor dejarlo en manos de Security Ward con la certeza de que esos tarados no soltarán prenda.

Ahora se rieron todos.

—Es un buen punto de vista —concedió Michael.

El jefe dio una palmada en el aire.

—Vamos a designar los cuadrantes.

\*\*\*

Elijah caminaba junto a Wyatt por una de las calles estrechas de Monte Cristo. Lo miró de reajo un par de veces mientras vigilaba a su alrededor. Críos jugaban en la calle a pelota.

—De un grupo de críos así debió de salir Pelé —comentó de pasada.

Wyatt no contestó, sus ojos seguían fijos al frente. Continuaron paseándose entre las casas destartaladas.

—Ayer me tiré a la hermana soltera de Dan —soltó Elijah de pronto.

De repente Wyatt se paró y arrugó la frente.

—¿Qué? ¿Quieres morir a manos de ese tarado? Como se entere de que has tocado a su hermana....

Elijah soltó una carcajada.

—Yo no me reiría —gruñó Wyatt—. Dan es muy protector con...

—¿Ya tengo toda tu atención? —le cortó.

Wyatt se giró lo empujó y poniendo la mano en su hombro.

—Maldito idiota. No bromees con eso.

—Joder, te estoy hablando y no me haces ni puto caso.

Wyatt volvió a emprender la marcha.

—Que te den, Elijah. Por un momento he visualizado tu entierro.

—¿Qué coño te pasa? ¿Estás dándole vueltas a lo de tu hermano? —anduvo tras él sin dejar de observar a cada persona y coche que pasaba.

—No te lo he contado todo —confesó Wyatt.

—Eso ya lo sé, solo estaba esperando a que lo soltaras.

—Capullo.

—Sí, ese soy yo.

Al final de la calle divisaron la casa donde vivía Mara Lima.

—Tenemos una conversación pendiente. —Elijah lo señaló con un dedo.

—Está bien, vamos. Tiene que haber una ventana trasera.

Cuando rodearon la casa tuvieron que saltar varias vallas antes de acceder a un pequeño patio interior.

—Espera.

Elijah miró a su compañero sin entender. Pero este le señaló una ventana con cortinas blancas de lunares verdes, que daba al patio de Mara. La vecina era una señora mayor que estaba cocinando y cantando al mismo tiempo. Ya estaba oscureciendo.

—Vamos a tener que esperar un rato —susurró Wyatt.

Elijah dejó resbalar la espalda por la fachada y se sentó en la hierba.

—Joder, que bien huele.

—Va a ser un poco raro que le pidas comida.

Elijah sonrió.

—¿Ahora lees la mente?

—Te conozco, Elijah.

—Pues el que come como si no hubiera un mañana es Killian, no me jodas. De pronto un perro ladró y no andaba muy lejos.

—Mierda.

—Hay que joderse —Dijeron al mismo tiempo.

La señora dejó lo que estaba haciendo y les dio la espalda.

—Abre esa ventana, yo la vigilo —estableció Wyatt sin moverse.

Elijah se levantó y el perro volvió a ladrar. No sabía en dónde cojones estaba el chucho, pero como le diera por saltar las vallas iban a tener que salir corriendo.

Sacó una navaja del bolsillo e hizo saltar el cierre metiendo la hoja entre las dos maderas.

—Agáchate —Wyatt tiró de sus pantalones.

—El perro...

—Prepárate. A mi señal entra, yo te seguiré. No parece acercarse.

Elijah se puso de espaldas a su compañero.

—Ahora, vamos, vamos —susurró Wyatt.

Abrió las dos hojas, ya que su cuerpo no pasaba solo por una y saltó.

—Estoy dentro.

Wyatt solo tardó un minuto en entrar, lo mismo que tardó la mujer en desviar la mirada hacia abajo.

—Cierra y echa la cortina —le dijo a su compañero.

Olía a aire enrarecido, no era agradable.

—El jefe dijo que no había alarma.

—Lo sé, aunque debería.

—Vamos, es un barrio, todos se conocen —argumentó Wyatt.

Seguían utilizando un tono de voz bajo.

—Bien, voy a ver si encuentro la correspondencia en la entrada, tu mira por aquí —le dijo a Wyatt.

Habían accedido a un pequeño salón, dedujo al encender una linterna de

baja intensidad. Debían buscar alguna carta amenazante, algo que los condujera a los secuestradores.

No había dado ni dos pasos cuando alguien introdujo la llave en lo que supuso que era la puerta de entrada. Wyatt saltó detrás de un sillón y él acabó detrás de la puerta, al lado de una vitrina que apenas le cubría. Los dos sacaron las armas que llevaban escondidas bajo las camisetas.

¿Quién coño tenía llaves de la casa? ¿Mara tenía novio? Según el informe, no.

Sus ojos se habían acostumbrado a la oscuridad, que no era absoluta ya que los aparatos electrónicos que había debajo del televisor les ofrecían una luz tenue.

Observó a una persona entrar después de haber comprobado la calle, era un tío, por la altura y complexión. Miró su ropa, iba demasiado tapado para la temperatura reinante, incluso llevaba capucha. Esto no pintaba muy bien, el tipo estaba entrando a hurtadillas. Si era uno de los secuestradores, iba a sacarle la información a golpes.

Pero, ¿para qué iba a arriesgarse uno de esos tipos? El hombre cerró con cuidado y soltó el aire, parecía aliviado de que nadie le hubiera visto entrar; se iba a llevar una sorpresa.

Mientras el tipo permanecía de espaldas, Elijah salió de su escondite y apuntó al hombre en la nuca, sabía que no podía disparar o terminarían en la comisaría más próxima, pero el hombre no tenía porqué saber eso.

—No te muevas y levanta las manos —dijo despacio y susurrando mientras lo cacheaba con la mano libre.

No encontró armas.

—Date la vuelta y camina.

No tenía ni idea de hablar portugués, pero el tipo parecía entenderlo.

Wyatt seguía sin salir de detrás del sillón cuando el tipo echó a correr hacia la ventana.

—Joder —murmuró.

Wyatt le salió al paso y apuntó al tipo directamente en la frente.

—¿A dónde crees que vas? Quítate la capucha, quiero ver tu cara. Ahora.

El hombre se llevó las manos a la cabeza, pero se detuvo.

—¿Wyatt? —preguntó susurrando.

Se quitó la capucha lentamente.

—¿Vides? —preguntó Wyatt a su vez.

—¿Qué coño? —preguntó Elijah.

Los tres se miraron.

—No sabía que estabais aquí, lo siento —se disculpó el constructor.

—No deberías haber venido —contestó Wyatt.

—¿Podemos saber qué andas buscando? —inquirió Elijah.

Vides se dejó caer en el sillón.

—La echo de menos, no puedo quedarme en casa esperando a que aparezca, necesito estar cerca de ella.

Wyatt y Elijah se miraron.

—¿Ella te dio una llave?

Vides se restregó la cara con las manos.

—Viví un tiempo aquí, con Mara. Solo he probado...

—No ha cambiado la cerradura —se adelantó Elijah.

—No.

—¿Cómo que viviste con ella? ¿Sois algo más que amigos de la infancia?

Denis Vides soltó el aire.

—Fuimos pareja durante unos años.

Y ese era el cabo que faltaba, el que Vides no había destapado.

## Capítulo 6

—¡Inspectora Weston!

La voz de Ashton le llegó por la espalda. Tenía que hacer un informe y después irse a casa. No estaba para tonterías, y Ashton Fenn tenía muchas.

—¿Qué quieres Ashton? —inquirió girándose antes de entrar.

El hombre la alcanzó en pocas zancadas. Era alto y bastante atractivo, llevaba a medio departamento femenino de cabeza y él lo sabía.

—Teniente Fenn para ti, inspectora —la corrigió sonriendo.

Erin miró su reloj.

—Ashton. Nuestro turno ha terminado, ¿qué quieres? —Sonaba cansada, pero es que hoy había sido un día terrible.

—A mi despacho —anunció él pasando de largo y levantando una carpeta de color marrón en el aire mientras caminaba decidido.

Erin se llevó la mano a la frente mientras miraba su ancha espalda y después de unos segundos lo siguió.

—Siéntate —invitó Ashton después de cerrar la puerta.

—¿Hay algún problema? —¿Cómo se atrevía a darle órdenes?

—Estamos fuera del caso. Wilson me lo acaba de decir. Te ha estado buscando.

Iba a sentarse, pero se enfrentó a él.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Urge otro caso. Wilson le ha pasado el nuestro a Patterson y Luffman

Apretó los puños.

—Joder, estaba casi resuelto —se lamentó ella.

—Lo sé, se lo hemos puesto en bandeja y se van a llevar los honores. Pero esto te va a interesar. Vamos, siéntate.

Mientras Ashton daba la vuelta a la mesa con sus andares seguros, ella

tomó asiento enfrente. Él abrió la carpeta nada más tomar asiento y la giró hacia ella.

Una chica joven y rubia aparecía con marcas de cuerdas en el cuello y aún tenía los ojos abiertos. Era muy bonita y le habían arrancado la vida, dedujo cuando observó el resto de fotografías, en ellas aparecía de cuerpo entero con la ropa interior hecha trizas y atada a una cama. En el vientre había una palabra escrita con un objeto punzante, sin sangre que se derramara en la piel, clara señal de que el asesino lo había escrito después de haberla matado.

—«Mía» —susurró Erin leyendo.

—¿Te suena?

Erin enfrentó la mirada verde de Ashton, ¿estaba de coña?

—Claro que me suena. ¿Es un imitador?

—Esperemos que sí o el cabrón que encarcelamos lleva dos años purgando por algo que no ha hecho.

—Las pruebas fueron irrefutables.

—Sí, pero algo ha cambiado. Nunca dijimos públicamente que Veerek no violaba a sus víctimas; el público lo dio por sentado.

—¿Cómo se llamaba?

Ashton rebuscó en unos papeles que tenía justo delante.

—Anne Lonely. Su familia pertenece a la alta sociedad neoyorkina.

Y eso solo significaba que iban a estar muy presionados.

Erin volvió a observar las fotos. La ropa interior continuaba en su lugar, bastante rota, los pantalones y la camiseta yacían destrozados en el suelo.

—¿La ha violado? Veerek solía jugar con ellas, hacerles creer que iba a abusar de sus cuerpos, al final nunca lo hacía.

—La forense está en ello.

Erin prefería no pensar en la forense, Alix volvía a ser ahora la pareja de Ashton.

—¿Y qué hay de Lindsay Rubin? ¿Alguien la está protegiendo? —interrogó. Ashton se apoyó en el respaldo de su sillón.

—Wilson ha enviado a la nueva psicóloga y a dos agentes, no creo que se tome muy bien la noticia.

—Quiero informes —ordenó.

Ashton asintió.

Lindsay había conseguido salir viva de la casa en donde la retuvo Veerek, amoratada por la paliza que había recibido, consiguió llegar hasta un pequeño pueblo a las afueras de Nueva York y pedir ayuda. Pudo dar una descripción de su atacante, a pesar de que él le ponía una capucha todo el tiempo, pero ese día vio su rostro antes de que la dejara sola por unos minutos que ella supo aprovechar.

Gracias a ese descuido por parte del secuestrador pudieron dar con él, ya que había dejado atrás demasiadas evidencias que pudieron cotejar.

—En cuanto termine el informe estudiaré las pruebas —dijo Erin.

Ashton se pasó la mano por el pecho. También estaba exhausto, lo conocía, y aunque intentara ocultarlo no lo lograba del todo.

—Cuando termines ve a casa, te recogeré a primera hora.

—No, voy a dar un vistazo.

—Vamos a dar tiempo al equipo forense, por la mañana tendrán más información, Erin.

Se levantó de su asiento, reunió los documentos de encima de la mesa y los volvió a meter en la carpeta antes de dirigirse a la puerta.

—Iré a casa cuando tenga esto claro —declaró señalando la carpeta.

—Erin.

Se giró y esperó a que hablara.

—Puedo esperar a que termines y llevarte...

—No —contestó tajante.

Cerró la puerta y entró en su propio despacho. Ya le había cabreado bastante que Wilson ni siquiera le consultara a ella y le hubiera dado el caso directamente a Ashton.

\*\*\*

—La han secuestrado por mi culpa.

Wyatt miró al hombre que tenía delante.

—No te culpes, Denis. No vas a solucionar nada. Puedes seguir ahí sentado o ayudarnos a registrar la casa.

Denis se levantó.

—¿Qué buscáis?

Elijah abrió un cajón de una mesa auxiliar al lado de la entrada.

—Cartas amenazantes o algo que nos dé una pista de si tuvo algún encuentro, anterior al secuestro, con alguien sospechoso —explicó.

—Está bien, miraré en su habitación.

—Si encuentras algo no lo manosees demasiado —advirtió Wyatt buscando la cocina.

—La policía local no tiene ni idea de lo que le ha pasado a Mara y aquí no ha entrado nadie. Si hay algo lo encontraremos —aseguró Elijah.

Buscó entre revistas y los tres cajones que estaban llenos de facturas, nada parecía fuera de lo común.

—¿Nada? —preguntó entrando en la cocina.

—Nada —contestó Wyatt cerrando el cajón de los cubiertos.

—Deberíamos salir, llevamos demasiado tiempo aquí.

Wyatt asintió.

—Tenemos que sacar a Vides de esta casa.

—Todavía está en la habitación.

Wyatt se paró delante de una puerta mientras se encaminaban hacia Denis.

—Es el baño, voy a echar un vistazo —advirtió.

—Perfecto.

Abrió la puerta de la habitación y se encontró a Denis sentado en una cama de matrimonio rodeado de recortes de revistas y periódicos. En el suelo también había papeles bajo una iluminación mortecina

—No deberías haber encendido la luz.

—La persiana está bajada, a Mara le molestaba la luz por la mañana y es la única habitación en donde la hicimos instalar.

Se acercó y miró los recortes, en todos aparecía Denis Vides. En inauguraciones de nuevos edificios, en fiestas benéficas o en los nuevos locales de moda. Y en todas aparecía con alguna mujer colgada de su brazo.

—Alguien ha estado aquí, están por todas partes —Denis señaló los recortes—. Ella guardaba mis cartas, las que le enviaba desde la universidad, y no están.

—¿Estás seguro? Pudo tirarlas en un arrebato.

—Es una posibilidad —admitió Vides derrotado.

—Supongo que ibais sabiendo el uno del otro. ¿Estabais en buenos términos?

Denis levantó la mirada dejando a un lado las fotografías.

—No, todo acabó mal y tampoco sé nada de su vida, ella nunca quiso volver a verme.

—¿Cuánto hace de eso? —preguntó Elijah dándole la vuelta a una silla que había en un tocador y sentándose a horcajadas.

—Unos diez años. Cuando decidí fundar la empresa, después de la universidad. Lo hicimos entre cuatro, los otros tres eran compañeros de facultad.

—Te fuiste a Estados Unidos —adivinó Elijah.

—Mi madre me tuvo allí, aunque después regresamos a Itabuna y al barrio, cuando mi padre se quedó sin trabajo. Tengo doble nacionalidad.

Los ojos de Vides mostraban una profunda tristeza.

—Ya estábamos muy unidos emocionalmente cuando me fui a estudiar a Salvador de Bahía, y siempre que podía regresaba para verla.

—Pero no quiso seguirte después.

—No, siempre decía que su vida estaba aquí, en Monte Cristo. Quería ayudar a la gente del barrio.

Elijah soltó el aire.

—Tú ya tenías las ideas muy claras.

—Sí, la dejé atrás.

—Tal vez ella lo sintió así, pero parece que no te ha perdido la pista. —Elijah señaló los recortes de revista con la barbilla—. Incluso sabe lo de tu boda.

Vides cogió el recorte donde se anunciaba en grandes letras su próximo enlace, debajo estaba la fotografía de los futuros esposos besándose.

—No importa que me odie, no importa que no quiera hablarme. Solo necesito que esté a salvo, Mara es demasiado importante para mí.

—Denis, la encontraremos. Pero ahora debemos irnos. Slade acaba de llamar, hay buenas noticias.

Los dos se sorprendieron al oír la voz de Wyatt, Elijah no tenía ni idea de cuánto tiempo llevaba apoyado en el marco de la puerta.

—¿La han encontrado? —preguntó Vides esperanzado.

—No, pero hay un testigo fiable.

Era noche cerrada cuando llegaron al piso que habían ocupado a las afueras del barrio.

—Vides, tú no deberías estar aquí —sentenció Ian nada más verlo entrar.

—Creo que eso no lo decides tú —contestó Denis enfrentándolo.

Los dos eran igual de altos, aunque Vides era de complexión más delgada.

—Corta esa mierda, Ian —gruñó Elijah que había visto el desprecio en la mirada de Ian.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó Wyatt.

—A punto de llegar. —Ian contestó sin dejar de mirar a Denis.

De repente Killian salió de una de las habitaciones con varios folios en la mano.

—Hola, tíos. —Observó a Ian—. Tú, a la cocina, ya.

Ian tardó más segundos de lo normal en seguir al teniente y Elijah fue tras

él. Tenía la excusa perfecta, tenía que beber algo.

—¿Se puede saber por qué tratas así al tipo que nos paga? —inquirió Killian sin molestarse en esperar a que Elijah cerrara la puerta. De hecho, la dejó entornada.

—No aguanto a ese tío —contestó Ian cruzando los brazos sobre el pecho.

—No jodas...

Killian lo miró.

—Elijah, no te metas en esto.

Levantó una mano en señal de rendición y bebió directamente de una pequeña botella de agua.

—Habla —espetó el teniente a Ian.

—Digamos que Vides intentó aprovechar la situación desesperada de Slade, cuando os capturaron aquí en Brasil.

—Joder, ¿ahora te acuerdas de eso?

—Si no llego a subir a su ático...

—No habría pasado nada, Ian. Sue está conmigo, no con él.

Ian miró sorprendido al capitán que entraba en ese momento.

—No me mires con esa cara, Sue me lo contó. No es para tanto. Mi mujer está buena, es normal que ese cabrón intentara algo. ¿Crees que le hubiera quedado algún diente si se hubiese propasado?

—Hay que joderse —Ian iba a salir de la cocina, pero Slade lo cogió por el brazo.

—Olvidalo, Ian. Han pasado años. Estamos aquí para trabajar y en cuanto terminemos, seré el primero en abandonar el país y volver junto a Sue y mis hijos. Y créeme, ese hombre es amigo de Sue, y solo por eso y porque una mujer inocente está sufriendo, estoy aquí.

Ian miró a los ojos de su capitán, el hombre hablaba en serio, sin lugar a dudas.

—Está bien.

«Solo yo sé cómo los encontré», pensó Ian. Pero no iba a ir por ese camino.

Elijah se sorprendió, aunque lo disimuló, ¿Denis y Sue? ¿Y ese tío seguía vivo?

—¿A quién hay que matar? —preguntó Dan entrando en la estancia.

—Joder, es de disparo rápido —dijo Michael carcajeándose.

—Deberíamos preguntarle a Pam —añadió Wyatt.

—¿Preguntarme? ¿Qué? —inquirió la aludida.

Uno a uno, iban entrando en la cocina.

—Que os jodan —gruñó Dan.

Slade los miró a todos.

—¿Qué coño hacéis aquí?

—¿No deberíamos estar aquí? —preguntó Jacob en tono jocoso.

Slade entrecerró los ojos.

—Has levantado la voz y hemos venido a ver qué se cocía —explicó Dan.

—¿En serio?

—Totalmente —argumentó Tavalas.

—¿Tú también? Que estos tarados tengan la fea costumbre de meterse en donde no los llaman lo tengo asumido...

Elijah se posicionó al lado de Tavalas.

—Es un alumno aventajado, admítelo, jefe —soltó cortando a Slade ante el simulacro de sonrisa de Adrian Tavalas y Matt.

Slade soltó algo parecido a un gruñido.

—Todos al salón. Ahora.

## Capítulo 7

—Denis.

Slade se dejó caer en una silla frente al hombre que estaba sentado en el sofá y se restregaba los puños en los pantalones.

—¿Hay algo nuevo? —preguntó Vides, cauto.

—Te pedí que no interfirieras.

Denis miró a Elijah y a Wyatt.

—No era mi intención.

—Lo sé, pero si estás aquí quiero conocer todos tus pasos.

Denis le aguantó la mirada a Slade.

—De acuerdo.

—Asunto aclarado.

El capitán se levantó y señaló a Matt.

—Cuéntanos lo del testigo.

—Pam y yo hemos ido al albergue —empezó, señalando a Pam con el pulgar—. Me he hecho pasar por un familiar lejano de Mara Lima que la buscaba por la muerte de otro familiar.

—Pero no fue allí donde la secuestraron...

—No, Denis. Pero alguien podría haberla visto acompañada de alguna persona.

—¿Y fue así?

—Un adolescente que va a comer allí con su madre a temporadas, según me contó, oyó una conversación entre Mara y un tipo. Hablaban de una tercera persona, y estoy seguro de que eras tú. Ella decía que no ibas a mover un dedo y que ya nada os unía. Por lo visto, intentaban que ella mediara para pedirte dinero.

Denis se puso de pie y se echó el pelo hacia atrás dejando la mano

apoyada en su nuca mientras su mirada se perdía en alguna parte del suelo.

—Cuando le conté mis planes a Mara no los aceptó, me dijo que era mejor dejarlo todo como estaba. Pero seguía muriendo gente, y a raíz de los accidentes ocurridos aquí, los Taylor sabían cómo encubrirlo y fingir que, en realidad, era negligencia del trabajador y no de la empresa. Eso me retorció las tripas. Y ahora es Mara la que está pagando por una venganza que yo mismo planeé.

—Tenemos una descripción del tipo, la encontraremos. No te fustigues, no podías saber que al cabo de los años la tomarían con ella —intentó tranquilizarlo Matt.

—Su padre también murió en ese edificio, pueden pensar que ella tuvo algo que ver en la desaparición de Construcciones Taylor. —Se encamino hacia la salida—. Déjalo Slade, pagaré. Es lo que quieren.

El capitán le cortó el paso.

—Lo que quieren es acabar contigo y con tu empresa. Estoy seguro de que la primera opción fue tu novia, Nadia se llama, ¿cierto? Pero, por lo que sé, siempre va rodeada de guardaespaldas por lo que no lo hubieran conseguido. Indagaron en tu vida y encontraron a Mara. Puedes pagar su rescate, sí. Pero me temo que no recuperarás a tu amiga.

Denis frunció el ceño.

—Dijiste que faltaban unas cartas —intervino Elijah.

—Y tú dijiste que ella misma las podía haber tirado a la basura.

Elijah soltó el aire.

—Piénsalo, tenemos a un tipo preguntando a Mara por ti e intentando que le hicieras un préstamo y si esas cartas contenían información sobre vuestra relación, ataron cabos. A ella no la creyeron y entraron en su casa. No puedes negar que es fácil acceder. Pueden saber que os conocíais de antes, pero hasta que esos escritos no lo han confirmado, no han podido enterarse de cual fue realmente vuestro vínculo.

—Tiene sentido —concedió Matt.

—Killian, busca el todoterreno Pathfinder negro y destartado, que vieron los testigos. Aylan te puede dar acceso al satélite, ¿verdad? —preguntó Pam —. Tengo un presentimiento. Para ellos, esta es una zona segura, la policía no está involucrada y, aunque lo estuviera, no se meterían a buscar casa por casa. Creo que está aquí, en el barrio o cerca.

Slade miró a Killian.

—Hazlo, Phoenix. Llama a Aylan y buscad, informad en cuanto lo encontréis.

—Bien, yo me voy —anunció Denis.

—No debería perderte de vista, podrías tener la brillante idea de hacer algo a mis espaldas.

Denis se giró.

—No voy a hacer nada si de todas formas la voy a perder, confiaré en tu experiencia. Me voy a casa y trabajaré desde allí. Ya sabes la dirección.

Salió a la calle, una calle que había pisado mil veces cuando era un niño.

—Denis, espera. —La voz de Slade lo detuvo.

—¿Qué?

—Vuelve a Estados Unidos, aquí no puedes hacer nada, prometo mantenerte informado.

Denis se puso la capucha.

—No, no puedo. Mara sabe dónde encontrarme, si lograra escapar, tal vez...

—¿Acudiría a ti?

—No estoy seguro —admitió.

—Aun así, no vas a volver...

—No, quiero estar aquí. Quiero ser la primera persona que vea cuando la rescatéis, para eso os pago.

Y sin más, dio la vuelta y continuó caminando.

—Me tomo en serio mi trabajo, no lo dudes, así que no me jodas —espetó Slade a su espalda intentando controlarse ante la prepotencia del constructor.

Vides no contestó y Slade, después de observarlo unos segundos, entró de nuevo en la vivienda.

—Maldita sea.

—¿Todo bien? —preguntó Ian con cierto sarcasmo.

—Perfecto —gruñó el capitán.

—Es complicado —dijo Aylan en ese momento hablando desde una ventanita que estaba abierta en un lado de la pantalla.

—No nos vamos a acojonar porque el satélite pasara más al norte, en algún momento tuvo que ver algo —aseguró Killian.

—Tíos tenéis una hora, aprovechadla —los empujó Tavalas.

Adrian había echado mano de sus influencias para lograr que les enviaran imágenes de los satélites que habían barrido la zona. Por lo visto, siempre había alguien debiéndole favores. El pasado de este hombre era bastante enigmático. Elijah solo sabía que había trabajado como infiltrado para el FBI, que había cruzado la línea y que su familia había pagado las consecuencias con su vida.

Y eso era jodidamente triste.

—Hay tres posibles candidatos, por suerte no es un vehículo muy común en este barrio —anunció Killian.

Todos lo rodearon.

—¿Podemos ver a dónde van? —preguntó Matt.

—Estamos en ello.

Mientras Aylan hacía el seguimiento de uno desde el complejo, Killian lo hacía con el otro, y los dos se dirigían al norte. Killian observó detenidamente al tercero.

—Este no parece seguir ningún patrón, va dando vueltas por las calles y levantando polvo, como si no fuera a ningún sitio en concreto.

—Los otros parecen hacer la misma ruta a diario, retrocede un par de semanas —pidió Slade.

Al cabo de una hora ya tenían al posible secuestrador en pantalla, Tavalas

había movido ficha con sus más que discutibles contactos.

El tipo era grande y musculoso, y tenía una ceja partida por una cicatriz.

—¿Tiene relación con los Taylor? —inquirió Elijah.

—No —contestó Aylan sin dejar de teclear. Lo veían en directo a través del monitor.

—Eso no significa nada —decretó el capitán—. Pueden haberle robado el coche.

Tavalas se acercó a la pantalla.

—Hay que joderse —masculló.

—¿Lo conoces? —preguntó Wyatt.

—Es un antiguo mercenario, grupos antidroga y narcos lo han estado buscando por igual.

—Me voy a arrepentir de hacer la pregunta, ¿pero él te conoce a ti?

Tavalas miró a Slade.

—Digamos que lleva un recuerdo mío exactamente en la rodilla.

—Mierda, si te ha visto...

—Jefe, si me ha visto, es lo mejor que le ha podido pasar.

Slade levantó una ceja.

—Estuvo metido en el mismo grupo que yo, trabajábamos para el mismo tipo, aquí en Brasil —explicó Tavalas—. No voy a dar más detalles, pero él no sabe nada de mí, puedo hacerle creer que estoy en su misma situación.

El capitán se pasó la mano por la rasposa mandíbula.

—¿Vas a fingir que necesitas su ayuda? —preguntó incrédulo.

—Exacto.

—Se supone que le disparaste, ¿por qué cojones te iba a ayudar? —preguntó Michael extrañado.

—Salvé a su hermana de morir a manos de un traficante de poca monta que la prostituía.

—Punto a tu favor...

—Pero después me acosté con ella.

—Mierda —declaró Jacob que acababa de concederle el punto.

Las carcajadas de Killian y Dan no se hicieron esperar. Elijah estuvo a punto de seguirles, pero intuía que el jefe iba a patear los traseros de esos dos energúmenos.

—Tío, vaya cagada —soltó el teniente.

—Ya —admitió Tavalas.

—Veamos... —comenzó Slade—. No voy a dejar ir a uno de mis hombres a su suerte sin saber a qué me enfrento. ¿Te va a ayudar o te va a pegar un tiro?

—Eso depende de lo que su hermana le haya explicado —argumentó Tavalas.

—Ciencia pura —soltó Dan riéndose.

—Si escondierais vuestras pollas de vez en cuando...

Todos miraron a Pam, pero nadie dijo nada.

—Cariño...

—Dan, tú estás incluido, cielo.

Las risotadas llegaron incluso antes de que Pam terminara la frase.

—¡Basta! —Slade, como siempre, acababa de zanjar el tema a su manera.

—En el supuesto de que buscaras a ese tío, ¿cómo se supone que lo has encontrado? —inquirió el capitán.

Tavalas cambió el peso de un pie a otro, era evidente que no quería dar más explicaciones de las necesarias.

—Sabe a lo que me dedicaba, puedo convencerlo de que lo he localizado y que me han pagado para que lo entregue, y entonces hacer un trato.

—O puede pegarte un tiro y terminar con el peligro que tú representas para él —apuntó Ian.

—Es una posibilidad —se sinceró Tavalas.

—Entonces no hay nada más que hablar, lo haremos de otro modo.

—Es la vía más rápida —expuso Tavalas.

—No. —decretó el capitán.

—¿Y si voy con él? —se ofreció Elijah.

—Si vamos los dos, nos verá como una amenaza —dedujo Tavalas.

—¿Qué parte de la palabra «no», no entendéis? —gruñó el capitán.

—Si vas solo, ya eres una amenaza —se defendió Elijah haciendo caso omiso del jefe.

Killian se levantó de su asiento y se plantó ante Slade.

—Podemos ponerles un dispositivo de seguimiento, los nuevos son invisibles y no se descubren con ningún escáner.

Slade lo miró fijamente.

—Los demás podemos andar cerca y cubrirlos —añadió Wyatt.

—Vamos, jefe, es pan comido —remató Dan.

—Dejadme pensar.

Slade abandonó la habitación dejándolos perplejos.

## Capítulo 8

Erin salió a la calle, una ráfaga de viento le dio la bienvenida y empezaba a llover. No había cogido paraguas, así que aceleró el paso, levantando las solapas de su cazadora negra contra su cuello, hacia el coche que la estaba esperando con su compañero en su interior, aparcado en doble fila.

—He puesto la calefacción —dijo él a modo de saludo.

—¿En septiembre?

Él se encogió de hombros y arrancó, ella le echó un vistazo. El teniente siempre iba con vaqueros y alguna camiseta de manga larga que siempre le quedaba apretada en su ancho pecho, el conjunto terminaba con una de sus innumerables cazadoras de cuero. Era atractivo, vestido y desnudo. Ella lo sabía bien.

—¿Has podido descansar? —preguntó Ashton sacándola de sus pensamientos.

—Sí.

—Erin...

—¿Has hablado con la forense? —Le cortó, los dos evitaban llamarla por su nombre de pila.

Sabía que era fría y distante con él, pero aún no había olvidado las circunstancias que los habían llevado a tener una fuerte discusión quince días atrás. Pero no tenía otro remedio que seguir trabajando con él. Si pedía un cambio de compañero, Wilson, el jefe al mando de su departamento, exigiría explicaciones y no estaba dispuesta a dárselas, a nadie.

El teniente soltó el aire resignado ante su actitud.

—Ha encontrado vello púbico y están comprobando si el ADN corresponde a algún agresor sexual fichado en nuestra base de datos.

—¿La violó?

—Tuvo relaciones sexuales, pero no está claro que fueran forzadas.

Erin observó las calles de Nueva York, la gente se dirigía hacia sus puestos de trabajo, unos caminaban con determinación, otros iban a la carrera con la esperanza de llegar a tiempo. Personas que seguían con sus vidas mientras que ellos se dedicaban a buscar al culpable o culpables de que otras vidas se apagarán. Siempre había querido dedicarse a esto, detener a los monstruos que sesgaban el destino de inocentes. Y cuando lo conseguían, el alivio era tan grande que a duras penas lograba ocultarlo.

—¿Erin?

Se giró para mirar a su compañero.

—¿Estás bien?

—Sí, solo estaba pensando —se justificó ante su compañero.

—En...

Resopló, ¿acaso debía darle explicaciones?

—En el caso, por supuesto —aclaró.

No iba a permitir que el ego de Ashton se interpusiera entre ellos, ya había tenido bastante de eso. No quería que él sospechara que ella podía dedicarle ni un solo pensamiento. Aunque sí lo hacía, demasiado a menudo.

—¿Vamos a revisar el lugar? —preguntó, a pesar de que ya sabía la respuesta.

—Sí, estamos cerca.

—Después quiero hablar con Reitman —soltó Erin de pronto.

Ashton frenó un poco cuando ya estaban entrando en el Bronx.

—¿Con Alix?

—Sí, es la forense en este caso, ¿verdad? —contestó con sarcasmo y bastante seca.

Ella era inspectora y él teniente, estaba claro quién estaba por encima de quien. A Ashton le costaba asumirlo la mayoría de las veces. Aunque en la práctica ella no imponía su rango, nunca.

—Sí, lo es, pero...

—Solo hablaremos del caso, tranquilo —declaró.

Ashton no contestó, pero apretó el volante. Sus nudillos blancos evidenciaban la fuerza con que lo apresaba entre sus dedos.

—Es aquí —anunció el teniente pocos minutos después aparcando en una zona para carga y descarga.

Cuando Erin bajó del coche miró la fachada que tenía delante, era de ladrillos marrones bastante desgastados y el edificio era de siete plantas.

Entraron en el portal, en el que, por cierto, no había puerta y un intenso olor a orina, basura y excrementos inundaron sus fosas nasales. Por el hueco de la escalera les llegaban los gritos de alguna pareja discutiendo y niños llorando.

—Joder —se quejó Ashton cubriéndose la nariz y la boca con el antebrazo. Un policía salió a su paso.

—Inspectora Weston, los estábamos esperando.

—Salid a respirar, enseguida terminamos.

—Teniente Fenn —saludó mientras salía

Él asintió y saludó al oficial.

Subieron un tramo de escaleras y enseguida vieron la cinta policial en una de las puertas del primer piso. Las paredes estaban llenas de grafitis y el pasillo, antes de entrar, estaba lleno de porquería que dudaba mucho que se despegara con una limpieza rutinaria.

Ashton levantó la cinta para dejarla entrar después de saludar al otro policía que custodiaba la puerta, y ella pidió a otros dos agentes que abandonaran el piso.

A la derecha había una cocina bastante descuidada; llena de platos sucios y vasos repartidos por todas las superficies. El frigorífico estaba abierto, aunque no había nada más que latas de cerveza.

Cruzaron un pequeño salón lleno de envoltorios de comida para llevar desechados. Eran de comida china, en su mayoría.

—Solo hay una habitación —dijo Ashton señalando una puerta—. Nadie ha tocado nada después de que se fuera la policía científica. Pero se han llevado

muchas pruebas.

—De acuerdo, tenemos que hablar con los vecinos —murmuró Erin entrando e intentando no rozar nada.

—Sí. Pero supuse que primero querrías ver el escenario del crimen.

Sobre el somier solo quedaba el colchón, no estaba muy sucio dadas las circunstancias.

—Parece nuevo —declaró.

—Sí, uno de los chicos ya está buscando las tiendas o grandes superficies en donde pudo haberlo comprado.

—Perfecto.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo de su abrigo e hizo unas cuantas fotos.

—Está todo fotografiado... —advirtió él.

—Lo sé, pero a veces se nos escapan cosas, prefiero tenerlas y poder revisarlas cuando estoy en casa.

—Ya.

Ashton salió de la habitación y miró los envases de cartón. Erin salió tras él y miró por la ventana. De pronto se dio cuenta de algo.

—Lo sé, es el restaurante de ahí enfrente —dijo Ashton leyendo su pensamiento.

—Vamos.

Erin salió la primera y Ashton dio algunas órdenes al agente que estaba en la puerta.

Rápidamente alcanzó la acera y tomó una bocanada de aire. Los dos cruzaron la calle y entraron en el restaurante.

—¡Está cerrado, maldita sea! ¡Cho, te dije que cerraras la puerta! —Un gruñido ininteligible llegó desde el fondo, Erin supuso que era en donde estaba la cocina.

El acento de la mujer que gritaba era bastante pronunciado. Salió de detrás de un biombo y los miró frunciendo el ceño. Una chica joven que no era asiática estaba engalanando las mesas y colocando bien las sillas, los miró de

reajo y siguió a lo suyo.

—¡Está cerrado! —repitió—. Salgan, abrimos a las doce.

Ashton caminó hacia ella y plantó su placa ante las narices de la señora, que debía rondar los cincuenta.

—Somos el teniente Fenn y la inspectora Weston...

—¿Qué quieren? Hoy ya han venido unos polis.

—Hacerle unas preguntas.

—Ya he respondido a sus compañeros, no tengo nada más que decir — declaró frunciendo el ceño.

—Seremos rápidos —aseguró Erin para calmarla, ya que no parecía estar de humor para atenderlos.

—No, váyanse.

—Señora o responde aquí o responde en comisaría, usted elige. —A Ashton se le estaba terminando la paciencia.

—¡Cho! —gritó la mujer de nuevo.

Un hombre de baja estatura, también asiático, entró en el comedor, cubierto con un delantal rojo y limpiándose las manos en un paño de cocina. Y nada más ponerse a la altura de la mujer empezaron a discutir en su idioma. Erin no entendía absolutamente nada y miró a la chica que, como una sombra, iba haciendo su trabajo. En ese preciso instante ella también la miró, pero enseguida desvió los ojos y siguió con su tarea. Aunque Erin pudo apreciar las miradas furtivas que le dedicaba a Ashton.

Hizo rodar los ojos.

«Cómo no», pensó.

Tenía rasgos sudamericanos; con grandes ojos oscuros, lucía una melena azabache que le llegaba más allá de la cintura. Era voluptuosa y muy guapa. Algo más baja que ella.

—¡Eh! ¡Oigan! Dejen de discutir.

Mientras Ashton intentaba mediar, ella se acercó a la chica.

—Hola, soy la inspectora Weston.

—Sí, eso he oído.

—¿Y tú eres?

—Julia Tejada. Trabajo aquí.

—Bien, Julia. Me gustaría preguntarte algo...

—¿Es sobre el asesinato de esa pobre chica?

—Supongo que habrás visto a la policía ahí enfrente.

Ella asintió con la cabeza y después echó un vistazo a los dos que seguían discutiendo.

—Sí, aunque he llegado hace media hora. Ayer fue mi día de descanso. Mi jefa me ha explicado lo del asesinato.

Con la barbilla señaló a la mujer que seguía gritando.

—¿Hace mucho que trabajas aquí?

—Cinco años, desde los dieciséis.

—¿Sabes quién vivía en el primer piso del edificio? Por lo que hemos comprobado, compraba su comida aquí.

—Venía un hombre alto y fornido que después entraba ahí —explicó señalando el portal—. De unos treinta o tal vez treinta y cinco años, rubio y con ojos claros. Bastante borde, por cierto. Vino durante tres días seguidos, aunque, como ya le he dicho, ayer no estuve aquí. No estoy segura de que hablemos del mismo. Pero durante esos días vestía una cazadora vaquera y los pantalones también.

Erin se sorprendió de que le diera tanta información sin apenas preguntar. Normalmente a la gente tenía que sacarles las palabras con figurados ganchos.

—Gracias, eso ha sido...

—Mi padre era policía y siempre me decía: «sé clara y concisa».

—Buen consejo, ¿está jubilado?

—Murió en acto de servicio hace tres años.

—Lo siento.

—Lo sé.

Miró a Ashton y tuvo que reprimir una carcajada, tenía las manos en la

cintura y miraba el suelo apesadumbrado, negando con la cabeza.

—¡Ashton! —Alzó la voz para que la oyera.

—Voy a acabar deteniéndolos por intentar terminar conmigo, joder. — masculló cuando llegó junto a ellas.

La chica lo miró embelesada.

—¿Tienes idea de lo que están diciendo? —le preguntó él.

—No es que hable chino, pero los he oído demasiadas veces. Odian a la policía, y mientras él quiere cooperar para sacárselos de encima, ella dice que podría trocearlos y servirlos para la cena.

—¿En serio? —preguntó Erin levantando una ceja.

—Básicamente es eso, sí.

—Vaya —susurró alucinada.

—No pienso pedir comida china en mucho tiempo —declaró Ashton.

Julia le regalo una sonrisa taimada.

—¿Necesitan algo más?

—No, gracias por tu ayuda —contestó Erin—. ¿Si te necesitamos te encontraremos aquí?

—Turno de almuerzos en los próximos seis días —contestó ella mirando a Ashton.

—De acuerdo.

Caminó de nuevo hasta la puerta cuando se dio cuenta de que su compañero no la seguía. Ashton se dirigía hacia la cocina mientras los otros dos dejaban de discutir para observarlo.

El teniente metió la cabeza en la cocina y se dio la vuelta.

—¿Qué hace? —preguntó la mujer.

—En unas horas tendrán una inspección —dijo sin dejar de caminar hacia la salida y señalándolos con un dedo.

Los gritos aún se oían cuando salieron a la calle.

—Creo que para eso no necesitamos traducción.

## Capítulo 9

—Tavalas y Elijah, vosotros dos iréis a visitar a ese tipo, con chalecos por debajo de la ropa. Coged los que están limpios.

Aylan que seguía trabajando desde Nueva York con los satélites a su alcance, había dado finalmente con una casa al final de una polvorienta calle, ese vehículo iba allí a menudo. Elijah buscó los chalecos sin identificación y los llevó al salón.

—No os pongáis en peligro, no entraréis hasta que os dé la señal, ¿estamos?

—De acuerdo —contestó Elijah.

Tavalas estaba ensimismado con su ropa.

—Adrian —demandó el capitán.

—Sí, no hay problema. Esperamos a tu señal.

—Perfecto.

Una hora más tarde, con Tavalas mascando chicle, una gorra de *beisbol* y unos auriculares con música rock demasiado alta, llegaron hasta las inmediaciones de la casa.

Lo de los auriculares era una pantomima, uno era para escuchar al equipo. Pero según Tavalas, él siempre iba de esa guisa cuando estaba infiltrado.

—Buscaré la otra puerta. —Y tal como habían quedado, Tavalas fue a la principal.

—Te doy un minuto.

—Qué generoso —contestó Elijah irónico.

Estaba plantado en una puerta lateral, que Killian le había explicado que había en la casa, cuando oyó los gritos.

—¿Tú?!

—Guarda la pistola, capullo —contestó Tavalas.

—¡Qué te jodan!

Elijah levanto las dos cejas. Pues sí que se conocían, sí.

Se oyeron golpes y algo cayó al suelo. De pronto la puerta se abrió y un tipo enorme salió como un tren de mercancías en su dirección. Estaba a un metro escaso cuando lo tumbó de un puñetazo en la nariz.

—Perfecto, Tavalas ya está dentro —dijo Slade cabreado en los auriculares de todos.

No había esperado la señal.

—¡Joder! —se quejó Elijah sacudiendo la mano.

—Adentro. —Tavalas lo atrapó clavando los dedos en la barbilla del hombre y arrastrándolo hacia atrás.

—¡Para, idiota! —se quejó el tal Roberto Cremes, que así se llamaba, o se hacía llamar.

Elijah entró y cerró la puerta. Mientras, Tavalas lo levantó del suelo y lo empujó sobre un raído sillón de cuero marrón, después cogió una camiseta que estaba tirada sobre una silla y se la lanzó a la cara. Recogió una pistola del suelo y se cruzó de brazos.

—Busca al otro —le dijo a Elijah sin dejar de mirar al hombre que sangraba por la nariz y que intentaba taponar la hemorragia con la camiseta.

Con la cámara térmica, sus compañeros habían intuido a dos personas en la casa.

La última puerta que abrió era la de un dormitorio con muebles de madera y una chica morena que se miraba las uñas de manera insolente. Desnuda y apoyada en el cabezal de la cama.

—Terminemos con esto —dijo ella en su idioma y sin mirar.

—Mejor quédate en donde estás, y todo irá bien.

La chica levantó la cabeza de golpe sorprendida.

—Oh, tú estás mucho mejor, ¿qué quieres que te haga? —preguntó en cuanto se recuperó del *shock* inicial.

—No hablo tu idioma. —Aunque la había entendido.

—No importa —dijo cambiando al inglés y gateando por la cama de sábanas llenas de manchas.

—No te muevas.

Miró la ventana, tenía barrotes. Por suerte en este barrio todo el mundo había decidido actuar contra los ladrones, aunque algunos de ellos se dedicaran a eso precisamente.

—¡Roberto! —gritó de repente.

—Está ocupado, y tú te mantendrás callada, ¿de acuerdo?

Ella se levantó y camino hacia él.

—¿Eres americano? Me gustas, eres hermoso.

Elijah tenía la mano apoyada en la pistola, aunque no pensaba usarla contra una mujer desarmada. Cuando la chica se acercó demasiado y sus pechos casi lo rozaron dio un paso atrás; era bonita y él no era de piedra, joder.

«Últimamente follas poco y mal», se dijo mentalmente.

De pronto la chica se agachó, y pasando por debajo de su brazo, echó a correr hacia el pequeño salón. Y él no pudo evitar fijarse en su culo.

—¡Maldita sea! —masculló yendo tras ella y reaccionando al segundo.

La alcanzó agarrándole el pelo en un puño mientras ella gritaba.

—¿Algún problema? —preguntó Tavalas sin inmutarse.

—Ninguno —gruñó intentando inmovilizarla entre sus brazos—. Te dije que te quedaras en la habitación.

Apretó la vena carótida de su cuello y ella se desvaneció.

—Joder, dejadla —dijo el tipo con voz nasal.

—Despertará en un rato.

La llevó de nuevo a la habitación y la tapó con la sábana.

—No te creo. —La voz de Roberto Cremes retumbó en la estancia cuando él volvió—. ¿Y ese quién es? —preguntó señalándolo con la barbilla.

—El que me ayudó a escapar —explicó Tavalas.

—¿Y ahora quieres hacer un trato? —Señaló a Elijah—. ¿Es de fiar?

Elijah imaginó que mientras él hablaba con la joven prostituta, Tavalas ya

había puesto al día al tipo.

—Sí.

—¿Y dices que huyes de Barbosa? —preguntó Roberto en tono jocoso.

Algo no iba bien. Por el rabillo del ojo comprobó que Tavalas no se inmutaba.

—¿El mismo que me buscaba a mí? Eres un hijo de puta mentiroso. ¿Por qué crees que me has pillado con la guardia baja? ¡Barbosa murió hace una semana, pedazo de cabrón! —explotó ante Tavalas.

«Mierda». Elijah se concentró en no parecer contrariado.

Adrian Tavalas inclinó la cabeza, haciendo que la cicatriz en su rostro brillara con la luz que entraba por la única ventana, y se echó a reír. Por lo que Elijah también sonrió, sintiéndose bastante estúpido, por cierto.

—Entonces, su fantasma me ha ofrecido tres millones por tu cabeza y no te quiere vivo, te lo aseguro. Y de eso hace solamente tres días, haz cuentas. —Elijah admiró el aplomo de Tavalas, se lo estaba jugando todo a una carta.

Roberto frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir? Él no...

—Simuló su muerte, tenía a demasiados federales detrás. No eres un tipo listo, lo sé, pero ya te informo yo para que estés al día. Ahora intenta atar cabos tú solo.

—¡Qué te jodan!

—Te repites, Cremes.

—No me vas a entregar.

—No, si me ayudas.

—¿Y qué obtengo a cambio?

—¿Cuánto te pagan por el trabajo que estás haciendo?

Roberto se removió en su sitio.

—¿Cómo sabes...

—¿Cuánto te pagan? No me hagas preguntarlo otra vez.

—Cien mil dólares.

Tavalas sonrió.

—Te vendes por poco.

—Tengo que vivir.

—Te ofrezco un millón y medio de dólares.

Roberto se incorporó y tosió.

—Vaya, debe de ser algo importante para ti —dijo con la camiseta aún en la nariz.

—No creas...

—Trato hecho —el tipo cortó a Tavalas bastante entusiasmado.

—Bien. Bajo mis condiciones o no hay trato.

Roberto se levantó y Elijah pudo apreciar que cojeaba, supuso que a causa de la bala de Tavalas.

—Bajo tus condiciones, pero si me traicionas te mataré.

—Perfecto. Nuestro amor es irrompible —masculló Adrian.

—Ya, ¿me vas a explicar por qué huyes de Barbosa, Culebra? —preguntó incorporándose.

«¿Culebra?» ¿Así llamaban a Tavalas?

—No.

—Tengo dos teorías —dijo levantando dos dedos.

—Métete tus teorías...

—Perdiste un transporte o te pilló con su mujer.

Tavalas cogió su bolsa y se encaminó hacia la habitación donde estaba la chica.

—En cuanto haya terminado con ella, esa habitación es mía —anunció metiéndose dentro y cerrando la puerta.

—¡Será cabrón! Y ahora se tira a mi puta.

Elijah se sentó en una silla y apoyó el brazo en una mesa estirando las piernas y cruzando los tobillos.

—Eres un idiota muy callado —lo increpó el hombre una vez se quedaron solos.

—Tráeme algo para beber.

—¿Tengo cara de sirvienta?

—Tienes cara de saber en dónde está el whisky.

Roberto lo miró y levantó el puño, Elijah fue más rápido y paró el golpe atestándole un puñetazo en el estómago.

—¿Qué coño crees que estás haciendo? —preguntó Elijah confundido.

—Te...lo...debía —contestó el tipo doblando medio cuerpo.

—Ah, eso es pasado. Y, además, no estás en forma.

Elijah se levantó y abrió un frigorífico rojo que había en un rincón. Sacó un par de cervezas y volvió a sentarse.

—Siéntate —ordenó al idiota.

Resollando hizo lo que le dijo.

—¿Conocías a Culebra antes de salvarle el pellejo? —preguntó a Elijah después de dar un trago a su cerveza.

—No.

—¿Y confías en él?

—Me pagó, eso ya le da credibilidad.

—¿Tienes idea de lo que quiere de mí? —inquirió Roberto.

Elijah miró hacia la puerta de la habitación. Lo cierto es que podía ganar tiempo.

—Estás metido en un asunto bastante turbio por el que no creo que vayas a cobrar ni un mísero dólar.

—Eso es discutible.

—Los Taylor no son conocidos precisamente por su transparencia.

—¡Cuidado! —Le advirtió Slade por el casi inapreciable auricular que llevaba en el oído.

Roberto se envaró.

—¿También sabéis el nombre de los tipos por los que estoy jugándome el pellejo?

Elijah sonrió de lado.

—Eres consciente.

—Sé que están intentando chantajear a un tipo con mucho dinero y que ese tipo no se va a quedar de brazos cruzados.

—¿Pero? Porque hay un «pero», ¿verdad?

—Están seguros de que pagará, está desesperado por recuperar a alguien.

—A Mara Lima.

Roberto lo miró con los ojos muy abiertos.

—Sí, lo sabemos, Roberto —añadió al ver su cara de consternación.

—No sé tu nombre.

—No necesitas saberlo.

La puerta de la habitación se abrió y Tavalas salió con la chica a medio vestir y con los zapatos de tacón colgando de sus dedos. Cuando llegó con ella hasta la puerta, sacó unos cuantos billetes del bolsillo y se los entregó.

—Largo —dijo abriendo la puerta—. Y recuerda lo que te he dicho.

La chica asintió y salió a toda prisa.

—Tío, eres rápido —se mofó Roberto.

—¿Para sacar a la gente del sitio equivocado? Sí, lo soy.

Roberto se echó a reír.

—No me refería...

—Sé a qué te referías. —Dio la vuelta a una de las sillas y se sentó apoyando los antebrazos en el respaldo—. Ahora vamos a hablar de negocios, ¿dónde está Mara Lima?

## *Capítulo 10*

Salieron del edificio buscando aire limpio que llevarse a los pulmones, después de interrogar a los chinos debían hablar con los vecinos.

Ashton le pasó las llaves del coche a Erin.

—Tengo que hacer una llamada.

Cuando se incorporaron a la abarrotada calle, ella escuchó toda la conversación. En el laboratorio estaban cotejando huellas y buscando coincidencias de ADN.

—Ningún vecino se había fijado en el inquilino del primero —dijo Ashton en cuanto colgó.

—Solo llevaba una semana ahí, y estaba ocupando el piso de manera ilegal.

—Con alguien se tuvo que cruzar, no intentó tapar su rostro. La chica del restaurante lo vio.

—Y parece ser que es la única —apuntó ella.

—Los malditos chinos también debieron verlo.

Erin se echó a reír.

—Se niegan a hablar contigo, ya veremos la declaración que hicieron con anterioridad al llegar a la oficina.

—No son los únicos que se niegan a hablar conmigo —declaro él.

Erin hizo rodar los ojos.

—No vayas por ahí. Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

—Erin...

—Ashton, te lo dije. Fuiste un error muy lamentable, mi vida sigue y la tuya también.

Ashton miró su teléfono.

—No quise hacerte daño.

—Es tarde para eso.

—No calibré las consecuencias...

—Eso está claro, ahora deja el asunto, te lo ruego.

Puso la radio y la grave voz de Anastacia inundó el habitáculo, no se lo podía creer cuando *Left outside alone* salió de la boca de la cantante. Sí, ella también se sentía sola y abandonada.

Por el rabillo del ojo vio la mano de Ashton tocar la radio. Gracias, prefería otra canción. Pero, para su sorpresa, la apagó.

—Ashton...

—Erin, la cagué y lo siento.

—Estás perdonado, ahora pon la radio de nuevo.

Ashton la miró, aunque ella solo lo veía de soslayo.

—¿Y ya está? ¿No significó nada para ti?

Puso el intermitente y aparcó a un lado. Apagó el motor, pero dejó las llaves en el contacto.

—Vamos a dejar las cosas claras de una vez, teniente Fem. Estamos en horario de trabajo y no me apetece hablar de esto.

Levantó la mano para que él no dijera lo que fuera que iba a soltar.

—Se trata de Alix —continuó—. Tú ex, Ashton. ¿En serio pensabas que no acabaría sabiéndolo? Llevábamos seis meses juntos y decidiste que Alix estaba muy sola, ¿verdad?

—No fue así.

—¡Me da igual! Tú y yo hemos terminado. Acordamos que no diríamos nada de nuestra relación, así que, ya que tenemos que trabajar juntos, házmelo más fácil.

Ashton alargó la mano para acariciar su rostro.

—Eres preciosa, nunca debí... hacer lo que hice.

Ella se echó hacia atrás.

—Vives con ella, acéptalo o sepárate. Pero déjame en paz, teniente. Porque si no acatas esto me vas a obligar a hablar con Wilson y tu culo quedará al descubierto.

Ashton bajó la mano y se la quedó mirando.

Ese hombre ni siquiera se plantearía jugarse el puesto de trabajo. Ella no había sido más que un juego excitante para salir de la monotonía de su matrimonio. Lo había sabido demasiado tarde. Sí, Alix y él se habían separado, pero ella lo había atrapado de nuevo, y a él no le habían importado nada sus sentimientos.

Que se fuera a la mierda.

«Cobarde», pensó Erin arrancando de nuevo el motor y dirigiéndose a la comisaría. Esta vez en la emisora sonaba Eric Clapton, y su voz decía que debía ser fuerte y continuar, y eso pretendía hacer exactamente.

Aún no lograba entender cómo había podido caer en sus redes. Sí, era atractivo, demasiado tal vez. Pero había sido tan respetuoso con ella y había estado tan pendiente que había terminado enamorándose como una idiota. «Nota mental: olvídate de las caras bonitas y cuerpos trabajados, suelen pensar que todas caeremos directamente a sus pies con palabras bonitas».

Cuando aparcó en la zona reservada para ellos se bajó del coche sin mediar palabra. En el sótano estaban las dependencias en donde trabajaba Alix Reitman o Fenn, ¿se habían casado alguna vez? ni lo sabía ni le importaba, y se dirigió hacia allí.

Ashton ya había recuperado su estado de perfecto caballero abriendo las puertas y dándole paso, sonriendo a las chicas con las que se cruzaba y saludando a los hombres. Ella no, no estaba preparada para cambiar su rostro a uno más amable.

—Hola pareja —los saludó Alix al entrar.

«Si tú supieras».

Reitman, como todos la llamaban, menos Ashton, era rubia y tenía unos bonitos ojos color miel. No era excesivamente guapa, pero en un conjunto, era atractiva.

—Hola Alix, veníamos a buscar el informe forense de Anne Lonely. —Se adelantó Ashton.

Siempre se comportaban de manera profesional dentro de las dependencias policiales, y por eso precisamente, Erin nunca sospecho que hubiera nada entre ellos.

—Enseguida os lo doy.

Se sacó los guantes y buscó una carpeta marrón con el nombre de la chica asesinada escrito en un recuadro encima.

—¿Hay algo que nos quieras comentar? —preguntó Erin.

—Si te refieres a si hubo o no violación, yo me decanto por el «no». Tuvo relaciones sexuales, pero fueron consentidas, aunque más duras, tal vez era así como le gustaban. Tenía marcas de manos en las caderas, la sujetaban con fuerza mientras mantenía el encuentro sexual.

—Bien, Erin y yo vamos a ver a Fock, he hablado antes con él— declaró Ashton.

—Con suerte ya tendrá los resultados. Hace horas que está en ello.

—Gracias, Reitman. —Erin salió hacia el pasillo para ir a buscar el ascensor.

Ashton se demoró un poco, pero después la alcanzó en el ascensor. Tal vez se habían dado un beso de despedida.

«No debería importarte», se maldijo por dentro.

—Estamos en un callejón sin salida, ve a recopilar los informes de los primeros agentes que llegaron al lugar del crimen y reúnete con nosotros en el laboratorio de Fock —le ordenó seca.

Ashton salió del ascensor en la tercera planta y ella continuó hasta la sexta. Efectivamente, su compañero volvía a ser el mismo. En el coche parecía estar arrepentido de sus acciones y se mostraba vulnerable, pero ahora, su cuerpo erguido y su paso ligero le decían que volvía a ser la misma persona que estaba al mando de su vida: un ególatra insoportable. Lástima que se dejara engañar por él cuando le mostro su mejor cara.

Fock no le estaba dando buenas noticias cuando Ashton apareció en el

laboratorio. Escuchó atentamente y después se dirigió con ella a la puerta.

—Gracias Fock. Teniente, vamos a mi despacho.

Tal como entró, tres minutos antes, volvió a salir, siguiéndola.

—Pasa. —Como siempre, él le sostenía la puerta dándole paso.

Cuando ella dio la vuelta a la mesa, se sentó en su sillón y expuso el asunto.

—Dos clases de ADN de dos personas que no tienen lazos de sangre. Una no está en la base de datos y la otra está metida en una mierda de esas clasificaciones y fuera de nuestro alcance, por lo que dudo que podamos hacer mucho a menos que un juez nos lo permita.

—Lo hará. Wilson tendrá que moverse —dijo él.

—Eso espero, el jefe puede ser muy molesto en ciertas circunstancias.

Y eso le recordaba la determinación que tuvieron que tomar cuando empezaron a salir juntos. Wilson hubiera puesto el grito en el cielo y habría amenazado con enviarlos uno a cada punta del país, y eso era algo que los dos querían evitar ya que tenían una vida en Nueva York.

—Sé lo que estás pensando. ¿Y si te digo que tengo una explicación para todo esto? Antes no me has dejado...

Erin se levantó del sillón como un resorte.

—Hemos terminado, puedes irte. Voy a ordenar mis ideas sobre este caso.

Él asintió y se dispuso a salir.

—Erin. —se detuvo con la mano en el pomo—. Está embarazada.

Cerró los ojos con fuerza intentando contener las lágrimas. Eso ya lo sabía, así fue cómo supo que se había acostado con ella cuando ya vivían juntos en su apartamento... y dolía demasiado.

—Me alegro mucho por vosotros, pero Alix dio la noticia hace tiempo —soltó de golpe antes de volver a sentarse sin ni siquiera mirarlo.

Cuando estuvo segura de que Ashton había entrado en su despacho y oyó cerrar la puerta se derrumbó.

Algunas lágrimas lograron escapar. ¿Qué hubiera pasado si ella no se hubiera enterado de todo de la manera en que lo supo? ¿Ashton hubiera jugado

con sus sentimientos hasta el final?

—Maldito cabrón —exclamó en voz alta.

¿Tenía una explicación? ¿En serio? ¿Qué explicación tenía haberse acostado con su ex mientras estaba con ella?

—¡Qué te den! —gritó.

No merecía ni un solo pensamiento más. Ya no merecía que ella llorara cada noche imaginándolo en los brazos de Alix. Demasiado daño le había hecho como para que siguiera hurgando en la herida.

—Basta —dijo apretando los dientes—. A lo mejor la paternidad lo pone en su sitio y deja de hacer daño a las mujeres que lo rodean.

Miró su reloj, era mediodía y aún no había comido nada, no es que tuviera hambre, pero era una excusa para salir de allí. Necesitaba tomar el aire y volver renovada.

Cogió su cazadora y se encaminó hacia el ascensor.

Una vez en la calle caminó tres manzanas y entró en un pequeño restaurante en donde servían todo tipo de ensaladas, solo había venido alguna vez con Carmen Gloria, una administrativa chilena que trabajaba en la primera planta y que, aunque hablaban muy de vez en cuando, habían hecho muy buenas migas. Ella no tenía demasiadas amigas debido a su dedicación en su trabajo. Todas habían terminado por espaciar sus llamadas y apenas tenía noción de lo que era de sus vidas. Con Carmen Gloria se sentía a gusto.

Ashton no la buscaría allí, él solía ir a una hamburguesería y llenarse el cuerpo de comida basura que después quemaba en el gimnasio a altas horas de la madrugada, eso le ayudaba a pensar, según decía. El gimnasio en su edificio estaba abierto las veinticuatro horas del día. Y ahora que lo pensaba, follarse a Alix a sus espaldas también debía ayudarle.

Maldita sea.

La mayoría de veces comían en cualquier sitio donde les pillara investigando.

Buscó a Carmen con la mirada y allí estaba, la chica que la acompañaba

estaba recogiendo ya su bolso, pero ella seguía comiendo. Fue hacia la barra y pidió una ensalada mixta, enseguida la atendieron y se dirigió a la mesa de su amiga y compañera.

—Hola, ¿puedo? —dijo señalando la silla al otro lado de la mesa.

—Oh Erin. Claro que sí, hace días que no nos cruzamos, ¿qué tal estás?

—Bien, gracias. Que aproveche.

Ella asintió agradecida mientras comía.

La camarera le trajo la ensalada.

—¿Y tú, qué tal va todo? —preguntó a Carmen.

—Como siempre, mi jefe apretando y yo aflojando. La vida está para vivirla, cariño.

Se echó a reír mientras aliñaba la ensalada, tenía muy buena pinta y pareció que se le abría el apetito.

—Me gusta tu filosofía de vida —admitió.

Una preciosa sonrisa afloró en su bello rostro.

—No tienes buena cara, ¿un mal día, hoy? —preguntó su amiga mirándola fijamente.

Se encogió de hombros quitando importancia. No estaba preparada para hablar de su compañero, aunque sabía que podía confiar en Carmen, no quería sacar el tema, no hoy.

Iba a excusarse, acusando al cansancio acumulado en su mala cara, cuando la pantalla de televisión mostró la fotografía de Anne Lonely. La CNN estaba dando la noticia de su asesinato, hablada de su familia de buena posición y se permitían el lujo de hacer suposiciones sobre su muerte.

—No me digas que Ashton y tú lleváis ese caso —murmuró su compañera de mesa.

Asintió.

—No me extraña que estés cansada.

De repente unas imágenes de vídeo casero inundaron la pantalla.

«La policía está investigando, se especula con que pueda ser un

escarmiento hacía la familia de la víctima ya que el padre, Garion Lonely, posee una de las mayores empresas mineras...»

—Mierda —susurró para sí misma dejando de escuchar.

Ella y Ashton salían del portal del edificio y sus rostros se reconocían perfectamente en el vídeo.

—¿Cómo se ha podido filtrar ese vídeo? —Preguntó Carmen.

—No lo sé. —Se levantó sin haber probado la ensalada—. Tengo que irme, lo siento.

—Voy contigo.

Dejaron unos billetes en la mesa y salieron disparadas hacia el departamento de policía.

## *Capítulo 11*

Eva se quedó mirando los cinco palitos y resopló haciendo volar su flequillo.

—A ver... —dijo en voz alta poniendo una mano en su frente.

Tomaba la píldora y había dejado los otros métodos anticonceptivos porque, según Sue y su doctora, no eran necesarios si tenía una pareja estable, aún podía recordar la cara de estupefacción de la ginecóloga cuando supo que utilizaba más de un método para evitar el embarazo. La píldora era suficiente, a no ser que quisiera utilizar también preservativo para prevenir las enfermedades de transmisión sexuales, le dijo como si le estuviera hablando a una jodida adolescente.

Maldita sea.

—Las mataré a las dos, retorceré sus cuellos hasta que oiga crujir los huesos. —Salió del baño y se paseó descalza de un lado a otro de la habitación, con solo una camiseta de tirantes y unos pantalones cortos, no era un pijama, pero lo utilizaba para dormir.

Max, el perro de Brad, la seguía arriba y abajo.

Por suerte estaba sola, y aunque era sábado, Brad había salido a primera hora hacia su despacho y ella no hacía más que vomitar día tras día desde hacía una semana. Se lo había callado, se negaba a imaginar lo que estaba pasando. Y ni hablar de comentarlo con Brad, lo más probable es que se riera de ella y después la abrazara feliz. No, no estaba preparada, tenía que digerirlo.

—Putas pastillas. Las mataré a las dos —repitió—. Y empezaré por Sue.

Slade podía buscarla en el fin del mundo. Sí, eso haría, la mataría y desaparecería para siempre, ese SEAL no la encontraría. Adiós al amor que sentía por su amiga. Ya no la quería, la odiaba con toda su alma.

—¡Joder! —gritó dando una patada al suelo.

En ese momento llegó un mensaje a su móvil. Y como si fuera una premonición, el nombre de Sue apareció justo encima del texto.

«*Vamos visitar a Mia y Will, ¿vienes?*»

—Oh, claro que sí, bruja —soltó en voz alta.

«*Voy*», escribió escueta.

Se arregló y sacó a Max, que no hacía más que seguirla por toda la casa.

Para cuando bajó del taxi y llamó al piso de Mia y Killian desde la calle, ya se había calmado un poco, solo un poco.

Subió al ascensor y cuando salió, Sue estaba en la puerta.

—Qué rapidez, nena.

Le dio un beso a su amiga y siguió adelante.

—¿Eva?

Pero no contestó, levantó su bolso y lo colgó en una silla. Cuando se giró vio a Thomas sentado en el sofá con el pequeño Will en brazos, maldito traidor, a él no le gustaban los niños, ¿o sí? A su lado estaba Sarah con su pequeña, y Mia le estaba dando agua a la pequeña Alexia.

—Hola Eva —saludaron al unísono.

—¿Qué te pasa? —preguntó en ese momento Sue detrás de ella.

No podía apartar la mirada de Will, tan pequeño, tan... sumamente delicado. Tan babeante, tan frágil, tan...

—Pareces una lunática —apuntó Sarah—. No lo mires así que lo vas a asustar.

Sue puso una mano en su hombro.

—Suéltalo, Eva —la animó.

—¿Qué pasa? —preguntó Mía acercándose con Alexia de la mano—. Cógelos sin miedo...

Eva dio un paso a un lado y Sue dejó caer la mano, tenía la atención de todos puesta en ella.

—Voy a tener uno de esos —soltó a bocajarro.

Nadie dijo nada, si hubiera grillos en la casa, seguramente este era un buen momento para que empezaran a cantar o lo que fuera que hicieran esos bichos. Mucho se temía que ninguno la había creído, y sus sospechas se concretaron cuando Sarah soltó la primera carcajada y Thomas la siguió.

—Pero si tú ni quieres críos —dejó caer Sarah riéndose aún.

—¿Y qué ha sido del cóctel de anticonceptivos que usabas? —se mofó Thomas.

—Eso mismo me preguntaba yo —masculló.

Sue carraspeo y la miró.

—Hablas en serio, ¿verdad? —La conocía demasiado bien.

—Me estoy mareando —cogió la silla más cercana y se sentó.

—Habla en serio —se percató Mia.

Los otros dejaron de reírse y Thomas puso a Will en su cunita que estaba cerca de la cama al fondo del *loft*.

—¿Desde cuándo lo sabes? —preguntó Sue abanicando su cara con la mano.

—Desde esta mañana.

—Deberías repetir la prueba o ir a tu ginecólogo —añadió Mia.

Eva resopló y se puso en pie, repitiendo las caminatas que había empezado en su piso.

—Cinco veces —dijo al fin.

—¿Cinco veces? ¿Cinco coitos? —preguntó Thomas extrañado.

—*Cotos* —repitió Alexia que empezaba a cazarlas todas al vuelo.

—¡Thomas! —lo recriminó Sue.

—He repetido cinco veces la prueba, con cinco marcas distintas, con media hora de distancia entre una y otra. Estoy embarazada... muy embarazada, jodidamente embarazada. Y no estoy preparada, no puedo, no debo... —Le faltaba el aire, en algún momento empezaría a hiperventilar.

Sue corrió a abrazarla.

—Vamos, Eva, cálmate. Es una noticia estupenda, deberías saltar de

alegría.

Ella la miró conteniendo las lágrimas.

—Entonces, ¿por qué no me estoy riendo?

—Porque tienes miedo.

Thomas se acercó.

—Estás entrando en pánico, nena.

Sarah y Mía también se acercaron.

—¿Lo sabe Brad? —preguntó Sarah.

—No, y no pienso decírselo —balbuceó reanudando la marcha.

—¿En serio? —Sarah levantó una ceja.

—Eva, no seas dramática, aquí la *drama queen* soy yo, ¿recuerdas? —  
bromeó Thomas.

Eva se detuvo con ojos llenos de lágrimas.

—Son de alegría, creo —dijo levantando la mano.

Se echaron a reír.

—¿Veis? Ya tiene las hormonas revolucionadas —soltó Sarah.

Sue se sentó junto a su hija y suspiró.

—Madre mía, lo que nos espera...

—¿Qué quieres decir con eso? —inquirió Eva con el ceño fruncido.

\*\*\*

Isabella salió del trabajo y pasó por el supermercado antes de ir a su apartamento. Echaba de menos a Ian, hacía unos pocos días que se había marchado, pero después de haber estado juntos prácticamente las veinticuatro horas del día, el hecho de que los dos se hubieran incorporado a sus respectivos trabajos se le hacían cuesta. Parecía una adolescente enamorada.

Ian se había recuperado bien de las heridas sufridas en Budapest, y parecían dos lapas pegados el uno al otro. Habían ido al cine, a cenar a unos cuantos restaurantes de la zona del SoHo y a ver a su madre. Aunque la mujer

seguía sin reconocerlo.

Hacían el amor a diario, recuperando el tiempo perdido y dando gracias por la segunda oportunidad que la vida les había brindado.

Ian se había trasladado a vivir con ella. Más adelante, habían acordado, buscarían un apartamento más grande y más cerca del hospital donde ella trabajaba. Ian se había puesto fuerte en ese sentido, la quería proteger. Y aunque le parecía exagerado, ella no pondría ningún impedimento. Si tenía que atender alguna emergencia, estando de guardia, la distancia ayudaría a asistir con más premura al paciente.

La noche antes de que él tuviera que partir hacía... No tenía ni idea. Él dijo que era mejor así. Cenaron en un restaurante y después de unas copas de más llegaron a casa riéndose. Ian la arrinconó en la pared del recibidor y con las manos envolviendo sus costillas la había levantado y besado como si no tuviera bastante de ella, y ella se sentía igual. La incipiente barba abrasaba su piel, pero no le importaba. La había desnudado tironeando de su ropa y habían acabado haciendo el amor en el sofá.

Cuando Ian entraba en ella la miraba a los ojos con tanta intensidad que el mundo exterior desaparecía. Se movía de manera pausada y profunda haciéndola volar incluso antes de haberlo pensado siquiera. El cuerpo de Ian era enorme y musculoso, pero ella lo apretaba contra el suyo con firmeza.

No podía olvidar que había estado a punto de perderlo. El recuerdo de su imagen encadenado en aquella asquerosa celda la perseguiría siempre. Con todo, él no había sido vulnerable, había matado a la mujer que abusó de él con sus propias manos y la mirada de un animal. Pero Isabella lo había entendido y nunca lo juzgaría por defenderse.

Mientras sus manos acariciaban su cuerpo, la poderosa sensación de tristeza se disipaba junto a los recuerdos y solo podía centrarse en las sensaciones. Los lugares que recorría con su lengua la llevaban al orgasmo más arrollador. La saboreaba y succionaba en los puntos más sensibles.

—Te quiero, nena.

—Y yo a ti, Ian.

Después se habían quedado dormidos uno en los brazos del otro.

Ian era su hogar, el hombre cariñoso que había vuelto a ser. Temía que la experiencia traumática lo cambiara, por suerte, no fue así. Volvía a ser el chico del que se enamoró en el lago, al que le gustaba bromear y tomarle el pelo de vez en cuando.

—Ve con cuidado —advirtió Ian al día siguiente.

—¿Eso no debería decírtelo yo a ti?

—Sé cuidarme solo.

Isabella frunció el ceño.

—Mierda —gruñó él.

—Qué poético, cielo —giró sobre sus zapatillas y salió de la habitación.

Ian la cogió por la muñeca cuando la alcanzó.

—Lo siento, Isabella. Sé que tú también sabes cuidarte...

Ella lo miró alzando la cabeza.

—Exacto, grandullón. Asúmelo.

Ian hizo una mueca que le recordó a la de un niño que acababa de meter la pata. Lo que a sus ojos le pareció adorable.

—Vamos, Ian. No te preocupes. Seguro que mi hermana no me dejará en paz mientras estés fuera, ya amenazó con esperarme al salir del hospital —lo tranquilizó acariciando su recién rasurada mandíbula.

—Perfecto.

—Y Sue, la mujer de tu jefe —aclaró como si él no lo supiera—, dijo que me llamaría para reunirnos en su casa.

Ian levantó una ceja y se echó a reír.

—Sospechaba que Sue estaba haciendo eso.

Isabella arrugó la frente.

—Haciendo, ¿qué?

—Ven, te prepararé el desayuno.

La obligó a sentarse en uno de los taburetes de la cocina y sacó el pan de

molde del frigorífico, lo introdujo en la tostadora y puso en marcha la cafetera.

Se giró apoyándose en la encimera y clavó sus ojos azules en ella mientras cruzaba los brazos sobre su pecho.

—Verás, Slade tiene una enfermiza tendencia a proteger a sus polluelos, que vendría a ser nuestra unidad.

Isabella miró su pecho desnudo, lo poco que quedaba a la vista y que no tapaban sus brazos, su mirada siguió hacia abajo. Ian no se había molestado en abrochar el botón de sus vaqueros al salir de la ducha, y además iba descalzo.

—¿Isabella?

—Ajá —contestó volviendo a su rostro.

—¿Ajá? Conozco esa mirada...

La sonrisa ladeada de Ian estuvo a punto de hacerla saltar sobre él.

—¿Qué mirada? —Impregnó su voz de inocencia fingida.

—Me quieres follar contra la mesa —soltó él del tirón.

Ella abrió la boca escandalizada.

—¡Eso no es cierto! —exclamó.

Pues sí que era transparente para Ian, se lamentó.

—¿Quieres que lo comprobemos? —Se llevó las manos a la cremallera de los pantalones.

—¡No! —contestó riéndose—. Ian, en solo una hora tienes que irte, y deberías desayunar.

Carraspeó incómoda por haber sido pillada in fraganti.

—Slade os protege, ¿y qué más? Te escucho.

Ian se la quedó mirando como si se estuviera asegurando de que escucharlo era lo que realmente quería.

—Pues que parece que Sue hace lo mismo con nuestras parejas. Es como si se hubieran puesto de acuerdo para impedir que nos pase algo. Son mamá pato y papá pato —dijo al fin.

Isabella no pudo contener una carcajada.

—¿Y? ¿Qué tiene eso de malo?

—Es ridículo.

—Os aprecian.

—Sue me gusta, me recuerda a ti —soltó Ian de pronto.

Ella dejó vagar la mirada por su rostro.

—Te sentiste atraído por ella. —Adivinó.

—Sí.

—¿Porque te recordaba a mí?

—Ahora lo sé.

—A mí también me gusta Sue... y Slade.

—A veces nos ahogan, a mis compañeros y a mí.

Isabella cayó en la cuenta. Ian no había tenido nunca una familia de verdad. Su madre nunca lo había amado como hace cualquier madre y esto debía descolocarlo.

—Ian, de eso se trata.

—¿De que nos ahoguen?

Se levantó y puso las manos sobre sus antebrazos que seguían pegados a su pecho.

—No, cariño. Por lo que he podido comprobar, sois como una gran familia. A veces los amigos son más que eso. Pasan tanto tiempo juntos que no importa que su sangre no lleve el mismo ADN, estoy convencida de que tú también los aprecias, y sé que, aunque no lo acabas de entender, la gente actúa así cuando el cariño está por encima de las diferentes personalidades. ¿Acaso no darías tu vida por uno de tus compañeros?

—Sin dudarlo.

—Pues aplícalo a cuando no estás en una misión, al día a día. Ellos son tu familia.

—Tú eres mi familia, nena.

Ella se rio.

—Los quieres...

—Te quiero más a ti.

Se puso de puntillas y besó sus labios.

—Más te vale. Pero admite que no podrías estar sin ellos. Lo he visto en tu mirada muchas veces, y me alegra saber que toda esa manada ha cuidado de ti, siempre les estaré agradecida.

Una sonrisa lenta y lobuna apareció en el rostro de Ian antes de acunar su rostro y besarla.

Isabella salió de su ensoñación y deseó que Ian, estuviera donde estuviera, volviera sin un solo rasguño.

## Capítulo 12

—Estoy seguro de que aquí hay una rata muerta —dijo Elijah encogiéndose en el asiento de atrás del coche de Roberto.

—Es una posibilidad —contestó el energúmeno.

—Joder, no has cambiado, sigues siendo un cerdo, tío —soltó Tavalas.

—Y vosotros oléis como si acabarais de salir de un puto salón de belleza —atacó Roberto.

—Qué coño sabrás tú de cómo huele un salón de belleza —contraatacó Tavalas.

Elijah se rio. Se notaba que esos dos se conocían demasiado bien.

—Deja de soltar gilipolleces y dime cuál es el plan —exigió Tavalas.

—Sois dos amigos de confianza, si no hacéis preguntas no sospecharán. Son bastante idiotas. Los Taylor deben andar justos de presupuesto para haber contratado a esos inútiles.

—Si solo son dos podemos eliminarlos.

Roberto apartó un momento los ojos de lo que parecía ser una calle llena de polvo.

—Relájate, Culebra. No están solos, hay algún idiota superior que nos puede dar problemas, aparte de los Taylor.

—¿Y cómo sé que no vas a ser tú el que nos de problemas? —cuestionó su compañero.

—Pagas mejor —concedió Roberto como única explicación.

Elijah esperaba que Adrian, o el señor Culebra para los bajos fondos, tuviera un plan, porque estaba claro que Roberto no iba a recibir ni un puñetero dólar. Y ese tipo parecía peligroso, inestable y poco dado a las negativas.

Miró su reloj, sí, el localizador estaba funcionando. La unidad andaba

cerca.

Llegaron a un punto a las afueras del barrio, se trataba de un montículo de tierra en medio de algunos árboles.

—Abajo —señaló Roberto descendiendo del coche.

Abrió el maletero y sacó las bolsas que había comprado de camino.

—Les traigo la comida —explicó.

—¿A eso te han relegado? ¿A ser su sirvienta? —preguntó Tavalas sarcástico.

—Que te jodan. No podía estar ahí metido, me ofrecí y aceptaron.

Tavalas sonrió, una de esas raras sonrisas que nunca nadie lograba observar en su impertérrito rostro.

Elijah, no entendía por qué parecía intentar pinchar al otro hombre.

Roberto dio dos golpes y después entró por la parte trasera del montículo abriendo una puerta de madera que chirriaba. Esos tipos estaban metidos bajo tierra y desde el camino nadie hubiera adivinado que ahí había una especie de zulo subterráneo. Bajaron unas escaleras, tal vez diez peldaños.

—Bajad las armas. Son amigos.

Roberto se impuso en cuanto los tipos se pusieron a la defensiva nada más verlos entrar. Estaban jugando a cartas sobre una mesa destartalada y una luz de camping en medio de los dos. El sitio no debía medir más de cinco metros cuadrados; olía a moho y a algo más que no lograba identificar pero que le resultaba familiar. El calor reinante abrasaba la piel.

—Tened, salid a estirar las piernas, yo me ocupo.

Los dos hombres cogieron los sándwiches y las latas de cerveza y salieron sin decir ni una sola palabra. Eran dos tipos enjutos con sendas barbas y miradas turbias.

En un rápido reconocimiento del lugar, Elijah vio una cortina marrón al fondo. Roberto la señaló con la cabeza.

—Podéis mirar, pero no tocar. Las órdenes han sido muy específicas —susurró.

Y eso era una clara señal de que a Mara Lima la habían amenazado con hacerle daño si no obedecía. Malditos idiotas.

Tavalas lo miró, así que Elijah entendió que debía entrar él. Tavalas no dejaría solo a Roberto en ningún momento.

Cuando abrió la cortina de tela gruesa tuvo que esperar a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad, aunque pudo oír perfectamente la abrupta inspiración de la chica. Él debía doblar en tamaño a esos tíos y la chica debió asustarse al verlo entrar.

Echó un vistazo a su reloj y se aseguró de que no había ningún dispositivo de escucha, El maldito cacharro servía para algo más que para dar la hora. Killian se había superado esta vez.

Cuando pudo discernir un bulto encima de un colchón, se acercó y se agachó. Unos grandes ojos lo miraban con cautela y sus manos estaban atadas con bridas, igual que sus tobillos. Una cuerda rodeaba su cuello y el otro extremo estaba atado a una argolla en el techo, había arena en el colchón, a su lado, seguramente ella había intentado arrancar la argolla. La chica no parecía estar herida; miró sus vaqueros y después la camiseta que llevaba pegada al cuerpo a causa de las altas temperaturas; la ropa no estaba rota, aunque sí sucia.

Sus ojos viajaron de nuevo a su rostro ovalado de tez oscura, era muy bonita. Los largos rizos negros enmarcaban su cara y le dieron ganas de apartar uno que con rebeldía cruzaba su frente, pero se contuvo.

—Dime tu nombre —susurró.

Ella lo miró desde su rincón, a escaso medio metro de distancia, pero no habló. Se mantenía erguida a pesar de la situación.

—Vamos, sé que hablas mi idioma.

—Tengo sed —dijo con voz ronca como respuesta.

Le sostuvo la mirada unos segundos antes de contestar.

—Está bien.

Elijah se incorporó con movimientos lentos, no quería que lo viera como

una amenaza, y salió.

—¿Hay algo más para beber en esta pocilga que no contenga alcohol? —  
Pero al mismo tiempo que preguntaba divisó una nevera portátil.

—No vas a darle agua. Las órdenes...

—Puedes impedírmelo —contestó sin mirarlo mientras abría la nevera  
manteniendo la mano cerca de su pistola.

—Yo de ti no lo haría. —La voz de Tavalas inundó la estancia.

Elijah se giró, su compañero tenía una mano en el pecho de Roberto.

—Por si no lo has notado, hace calor, capullo. ¿Quieres que se muera por  
deshidratación? Dudo que entonces te pague —amenazó Tavalas.

Eso pareció contener al idiota y él entró de nuevo con la chica. Abrió una  
pequeña botella de agua y la llevó a sus labios. Ella bebió casi la mitad de una  
sola vez.

—Despacio —advirtió retirándole la botella de la boca.

La chica lo estudió mientras se pasaba la lengua por el labio inferior. Su  
polla dio un brinco en sus pantalones, parecía un puto enfermo.

—Necesito que me digas tu nombre y apellido —insistió centrándose en la  
misión.

—Mara... Mara Lima.

Sí, había visto su fotografía, pero debía asegurarse.

—Identificada —dijo la voz de Slade en su oído y en el de Tavalas.

—Gracias. —agradeció ella cuando dejó la botella a su alcance—. ¿Quién  
eres?

Elijah se puso un dedo en los labios, pidiendo así que permaneciera  
callada, antes de volver a reunirse con Tavalas y Roberto.

Al volver hizo una imperceptible señal hacia Tavalas, confirmando así que  
se trataba de la señorita Lima.

—Bien, deberías deshacerte de esos dos —Tavalas señaló la salida.

—No —contestó Roberto.

—¿No? ¿Prefieres que lo haga yo?

Roberto sacó su pistola y apuntó a Adrian. Elijah hizo lo mismo apuntando a Roberto, pero Tavalas levantó una mano pidiéndole calma.

—¿Qué ha cambiado? —preguntó Adrian dirigiéndose a Roberto con total tranquilidad.

—Págame y me largaré, no quiero involucrarme más, desapareceré y vosotros os ocupáis del resto. Querías a la chica; ya la tienes.

—Ese no era el trato. Baja el arma o te vas a arrepentir.

—Estamos peinando la zona, retenedlo un poco más —anunció Killian.

Roberto hizo caso a Tavalas y bajó el arma.

—¿Y ahora qué? —preguntó.

—Ahora vamos a marcharnos, tú y yo. Te pagaré en la ciudad. —Adrian señaló a Elijah—. Nos veremos en el punto acordado dentro de unas tres horas.

«¿Qué punto?».

Si Adrian Tavalas estaba tomando decisiones por su cuenta iba a tener un grave problema con el jefe.

—¡Tavalas! —La voz de Slade tronó en los dispositivos insertados en sus orejas, Elijah hizo una mueca.

Miró extrañado a Tavalas, pero cambió su semblante antes de que Roberto se diera cuenta.

—Tenéis visita —anunció el capitán—. Un vehículo se acerca, lo ocupan cuatro hombres. Os cubrimos.

—Confía en mí, vámonos antes de que esto se convierta en un infierno —dijo Tavalas para consternación de todo el equipo.

—¿De qué estás hablando? —inquirió Roberto.

—Eso, ¿de qué coño estás hablando? —preguntó Elijah acercándose a un punto de cabreo extremo.

—Ocúpate de la chica —soltó dirigiéndose a la puerta.

Maldito cabrón.

De pronto el dispositivo en su reloj emitió un pitido. Y la sangre se drenó

de su rostro cuando vio de lo que se trataba. El moho había encubierto el característico olor de los explosivos.

—¡Explosivo! —gritó antes de mirar a Tavalas y correr hacia la chica.

—¿Creías que iba a dejar pruebas? —se mofó Roberto.

—Eres un hijo de puta, vamos, sal. Solo tenemos unos pocos segundos. —  
La voz de Tavalas se oía a lo lejos, estaban saliendo.

Entró corriendo a donde estaba Mara Lima y levantó el colchón con la chica encima, se lanzó a su lado y la cubrió también con su cuerpo, rezando a todos los Dioses habidos y por haber, para que eso fuera suficiente para salvar el pellejo.

Mientras ella gritaba por la sorpresa, su último pensamiento fue hacia Tavalas, ¿ese cabrón estaba salvándole el culo a Roberto y a él lo acababa de dejar a su suerte?

El sonido de la explosión fue lo último que oyó con claridad. Eso, y el grito de sus compañeros llamándolo.

## *Capítulo 13*

Denis se estuvo paseando por Isla de Taparica recordando sus años de estudiante, cuando alquiló una casa para estar más cerca de la universidad, a pesar de que tenía que coger un transbordador cada día. Nunca olvidaría cómo corría después de la última clase del viernes, para no perder el transporte, y presentarse en su barrio para ver a su madre y a Mara, sobre todo a Mara. Solía llegar pasada la medianoche, pero a ellos les daba igual. Ella siempre lo esperaba sentada en la puerta de su casa.

Aquellos fines de semana eran estupendos, se pasaban horas abrazados, besándose y hablando de todo un poco. Con el tiempo, alquilaron la casa, donde ella vivía ahora, y convivieron durante unos años.

La ruptura fue lo que hizo que él no volviera a Brasil. Pagaba los billetes de avión a su madre y hermana para que fueran ellas a visitarlo a Estados Unidos. Se negaba a saber de ella, si había rehecho su vida junto a otro hombre, prefería seguir en la ignorancia. Y dejó de escribirle cartas.

Hasta que recibió el vídeo de los Taylor.

Cuantas noches había soñado con ella, su dulce voz aún resonaba en sus oídos cuando despertaba. Últimamente esos sueños se habían transformado en pesadillas. Ella sufría a manos de esos hombres y él intentaba alcanzarla sin éxito. Cuando despertaba anegado en sudor y encontraba a su prometida a su lado, intentaba salir de la cama sin despertarla. Nadia era muy propensa a hacer preguntas indiscretas. Nunca le había hablado de Mara y no tenía intención de hacerlo. Estaban en igualdad de condiciones; él no preguntaba por sus ex amantes, nunca.

En cuanto a su vida, desde entonces había sido una montaña rusa en el plano sentimental. Nunca miraba más allá de una relación de horas. No le apetecía en absoluto sentar cabeza. Hasta que conoció a Nadia, la consideraba

una buena chica y le había gustado su dulce personalidad. Con el tiempo, había visto sus arranques de niña mimada, pero nada que no pudiera sobrellevar. La vida de Nadia no había sido la suya, él había trabajado duro para llegar a tener lo que tenía. Su prometida había nacido en una cuna de oro y, aunque a él no le importaba, todo lo tenía muy fácil. Tal vez demasiado.

«Incluso tú has sido una presa fácil para ella», se dijo a sí mismo.

La única preocupación de su futura esposa, en estos momentos, era saber de qué color debían ser las cortinas del salón en dónde iban a ponerse hasta las cejas de comida el día de su boda. Por supuesto, debían ir conjuntadas con los manteles y los cubre sillas.

Imaginaba que debía ser así en el mundo femenino, aunque Sue le dijo claramente que no, en una de las ocasiones en que había ido a verla con la excusa de ver a la pequeña Alexia. Intentaba ir cuando Slade se hallaba fuera del país o en alguna misión, Denis era consciente de que ese hombre le odiaba por haberse acercado demasiado a su mujer. En algunos momentos le daban ganas de carcajearse a gusto. Slade tenía suerte de tener a Suemy a su lado. Habían formado una estupenda familia, y sí, él los envidiaba de una manera sana.

En cuanto a Sue, no lo había expresado abiertamente, pero él sabía que Nadia no era la mujer que ella esperaba para él. Su amiga era demasiado discreta como para soltar algo así.

Se sobresaltó cuando su teléfono móvil empezó a sonar.

—¿Slade?

—*Vides, vuelve al barrio, la hemos encontrado.*

No pudo decir nada más, cortó la comunicación y echó a correr hacia el coche pensando en lo eternos que se le iban a hacer los kilómetros que lo separaban de Mara.

\*\*\*

Mara sintió el peso del hombre que estaba sobre ella y abrió los ojos para encontrarse con una oscuridad total. Olía a tierra y al intentar coger aire tuvo un ataque de tos. ¿Dónde estaban? ¿Enterrados? Oía un lejano pitido en los oídos y no podía moverse.

Este hombre olía bien, no como los otros. Pero también era su captor, ¿verdad? Sintió las manos atadas y de repente recordó la explosión y a este hombre entrando a toda velocidad para darle la vuelta al colchón. La había protegido.

Pero estaban enterrados, y él no se movía. ¿Estaba enterrada junto a un cadáver?

«Oh, Dios, no me hagas esto».

Gritó e intentó sacarse de encima a ese tipo removiéndose bajo su cuerpo inerte.

—Eh, no grites —dijo una voz ronca.

—¿Estás...? Estás vivo.

—Sordo, pero vivo.

El colchón les daba algo de espacio, pero no sabía cuánto tiempo aguantaría el peso de lo que fuera que había encima de él.

Una mano la palpó.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Lo siento, estoy buscando mi paquete táctico.

¿En serio? ¿Este hombre llevaba eso encima por si algo explotaba? ¿Quién era?

—Soy Elijah, y he venido a ayudarte —se presentó como si hubiera estado dentro de su mente.

Ella soltó una carcajada seca.

—Siento decirte, Elijah, que no lo estás haciendo muy bien.

—Hago lo que puedo, lengua afilada.

Después de un soberano esfuerzo por dejar hacer a ese hombre, sin morir aplastada, él logró encender una luz; era una de esas barras que se rompían, la

dejó en el suelo a su lado.

—Hola —saludó mirándola directamente a los ojos.

Lo miró un momento; era guapo, con ojos claros y pelo rubio. Y grande, muy grande, aunque eso ya lo había comprobado cuando lo vio entrar por primera vez.

¿Cómo podía este tío estar tan calmado con lo que tenían entre manos?

—Por favor, desátame.

—Ah, sí, eso.

Levantó una ceja. Estaba claro que lo estaba dejando para el final.

—Ya está —dijo cortando la brida con un cúter—. No creo que llegue hasta tus pies.

—Genial —contestó irónica.

Intentó quitarse la soga del cuello.

—¿Podrías...

—Espera.

Tuvo que dejar caer el peso de todo su cuerpo sobre ella para poder utilizar las manos, hasta el momento, él se apoyaba sobre una para no aplastarla.

—Lo siento, intento aflojarla, no tardaré.

Perfecto, tenía a un tío encima el cual estaba aplastándole el pecho y ella podía notar todas sus... protuberancias. Como se le ocurriera excitarse lo iba a hacer llorar como a un bebé, solo tenía que levantar una rodilla.

—¡Ay! —se quejó.

—El pelo, tienes mucho.

—Vaya, no lo había notado —contestó haciendo una mueca.

—Ya está. Mocosa.

«¿Mocosa?»

—Oye...

—Elijah. Tengo un nombre —la corrigió con sorna.

—Felicidades. ¿No estás ni un poco preocupado? Juraría que estamos

enterrados bajo un montón de escombros. Y no me llames mocosa, ni lengua afilada, soy Mara. Para ti, señorita Mara.

Elijah se puso de lado y ella también, ahora estaban cara a cara con el tubo de luz en medio.

—No hay mucho espacio —se quejó él.

—Dame el cúter, puedo doblarme hasta mis tobillos.

—¿Quién eres? —preguntó con esfuerzo después de haber liberado sus pies.

Elijah resopló.

—Deberías reservar oxígeno... señorita Mara.

Pues bien, el señor Elijah podía seguir tumbado, pero ella empezaría a cavar, o al menos intentar encontrar algún otro lugar al que acceder. Miró a su alrededor y encontró la argolla que había sujetado la cuerda al techo, la misma tenía el otro extremo de la cuerda que envolvía su cuello hasta hacía unos minutos.

La clavó justo detrás de la cabeza de Elijah, el único lugar que no estaba cubierto por el colchón, e hizo caer tierra arrastrando la parte puntiaguda.

—¡Alto! ¡Alto! No enrarezcas más el aire, nos están buscando, pronto nos sacarán —dijo él después de toser.

—No pienso quedarme aquí hasta que alguien recuerde que puede haber personas aquí abajo, ¿y si creen que hemos muerto?

—No estaba solo, mis compañeros nos buscarán. Pero no puedo contactar con ellos, me temo que esto no funciona ahora. —Se sacó el pinganillo de la oreja.

El hombre cogió su muñeca. Y acercó la mano a su rostro.

—Estás sangrando, ¿dónde tienes la herida? —preguntó preocupado.

—¿Qué?

Observó su mano. No, ella no estaba herida, pero en la argolla había sangre.

—No es mía.

Lo miró y vio un pequeño reguero de sangre en su cuello.

—Te habrá golpeado esto cuando se ha derrumbado el techo —dijo levantando la argolla—. Eres tú el que sangra.

Elijah se llevó una mano al cuello y después la miró.

—Mierda.

—Déjame ver, debes tener algo en esa cosa de primeros auxilios, ¿no?

Elijah señaló su pantorrilla.

—Cógelo tú misma, si intento alcanzarlo te aplastaré de nuevo.

—Está bien. —Se dobló y estiró la mano. Sí, había una especie de paquete enganchado en su muslo, abrió el velcro y tiro del paquete hasta dejarlo entre ellos.

Elijah sacó una gasa y un espray.

—Creo que no es muy profunda, solo límpiala con el desinfectante y la gasa.

—¿Dónde está la herida?

—En la nuca.

—¿Puedes ponerte boca abajo? Yo me pondré encima —propuso ella.

Elijah sonrió y lo cierto es que era una sonrisa bonita.

—No sé en qué estás pensando, pero no tiene gracia.

—Sí, sí la tiene. ¿Preparada? Voy a moverme.

Después de varios movimientos lentos ella terminó sobre su espalda boca abajo.

—No veo.

—Pon la barrita química sobre mi espalda.

—¿Tienes más? ¿Cuánto tiempo permanecerá encendida? —preguntó con la barrita en la mano.

—Doce horas, pero tengo más, no te preocupes.

Limpió la herida y echó el espray sobre ella.

—Tienes razón, es poca cosa.

Cogió la pequeña mochila.

—No, espera, ¿qué buscas? Yo te lo daré —dijo Elijah intentando atrapar la bolsa de nuevo.

—¿Por qué? La tengo más cerca.

Él hundió los hombros. Y ella buscó un apósito, pero encontró tres envoltorios cuadrados, eran tres preservativos.

—Vaya, pues sí que vas preparado —dijo lanzándolos por encima de su hombro.

—Un hombre siempre tiene que prever las distintas situaciones que se puedan presentar.

—Ya.

Sacó un apósito y se lo puso en la herida.

—¿Volvemos a movernos? —preguntó sabiendo que él aguantaba su peso.

—Has tirado mis preservativos, no pienso moverme.

Le dio un manotazo en la espalda.

—No vas a utilizarlos aquí.

—Era cuestión de tiempo que terminara conquistándote.

Eso la hizo sonreír.

—Si esta es tu manera de hacerme olvidar en dónde estamos metidos...

Ahora fue él que se rio.

—Pillado.

## Capítulo 14

Conforme Denis se iba acercando a la ubicación que Slade le había enviado no podía creer lo que veían sus ojos. La zona estaba acordonada y la policía había hecho acto de presencia.

«Joder».

Bajó del coche deprisa, ya había anochecido y grandes focos iluminaban la zona. Buscó a Mara con la mirada, no la veía por ningún sitio, aunque todo eran sombras a contraluz y el aire estaba cargado de humedad y calor, había demasiada gente. Se asomó a la parte trasera de una ambulancia, pero ella tampoco estaba allí. Iba a levantar la cinta que impedía el acceso cuando oyó un grito.

—¡Denis!

Killian venía corriendo hacia él.

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Mara? —preguntó en cuanto lo tuvo cerca. El teniente lo cogió del brazo y lo apartó.

—Te voy a hacer un resumen rápido: la encontramos, Tavalas supo cómo llegar hasta ella y se enredó con uno de los secuestradores...

—¿¿Qué?!

—Elijah también estaba como apoyo. Pero todo se torció cuando de pronto apareció uno de los hermanos Taylor. Lo reconocimos por las fotografías que nos mostraste.

Denis se estaba poniendo cada vez más nervioso.

—¿Apareció? ¿Mara está bien?

—Creemos que sí

—¿Creemos?

—Hubo una explosión, Elijah y ella están bajo los escombros. Ese cabrón sigue dando señales de vida, Jacob está pendiente de sus signos vitales. Denis,

él estaba con ella, es probable que también siga viva.

—¿Una explosión? Pero si esto no es más que campo.

—Ellos detonaron una bomba, creemos que casera. No tenía demasiada fuerza, pero el lugar debajo del cerro era inestable...

—Y todo se vino abajo —terminó Vides.

—Exacto.

—¿Por qué, Killian? Debíais sacarla de ahí, joder.

—Todo ocurrió muy deprisa. Vimos al coche acercarse y esperamos para poder cogerlos a todos. No había ninguna señal de que hubiera explosivos, cuando la activaron fue demasiado tarde. Gerard Taylor, junto a dos de sus hombres están muertos, pudimos abatirlos.

Denis se pasó la mano por el pelo.

—Me alegra saber que ese cabrón ha muerto.

—Alguien debió avisar a las autoridades —continuó Killian—. Están peinando la zona en busca de más explosivos. Slade nos ha ordenado apartarnos, así que ahora somos meros espectadores curiosos.

—¿Y ya está?

—No, Denis. Slade está con la policía, como testigo. Me dijo que hablara contigo en cuanto llegases. Puedes dirigirte a uno de esos —señaló con la barbilla a un agente—, y decir que eres algún pariente. Solo así podrás hacerte cargo de ella cuando la saquen. Pero es tu decisión, también puedes acudir después al hospital.

—Espero que no saquen un cadáver, porque juro por Dios que Ryan Taylor pagará por esto. Tengo que sacar a Mara de ahí.

Le temblaban las manos y un sudor frío le recorría la espalda.

—Están en ello. Slade ha explicado que vio entrar a una pareja en lo que parecía ser una cabaña subterránea. Todo esto quedará como un ajuste de cuentas entre bandas rivales y ellos dos se cruzaron en su camino.

—Bien, voy a hablar con ese —dijo señalando al mismo agente que seguía plantado para impedir el acceso de los curiosos, que cada vez se acercaban

más.

Killian volvió a atraparlo por el brazo antes de que se fuera.

—No hemos logrado cogerlos a todos, es más que seguro que están observando la escena desde algún lugar cercano. El resto de la unidad, a excepción de Jacob y yo mismo, están vigilando los alrededores. ¿Quieres exponerte?

—Me da igual, Killian. Necesito que Mara esté bien, ya nos ocuparemos de pillar a ese cabrón de Taylor, si su hermano ha muerto estará bastante cabreado y puede ser que la cague.

—También le hemos disparado, pero ha huido junto a dos tipos.

Killian sacó el móvil y le enseñó una fotografía de un cadáver con un disparo en la frente.

—Sí, es Gerard y me sigue gustando verlo tan muerto —soltó cabreado—. Voy a informarme.

Cuando caminó hacia un agente, su miedo a perder a Mara iba en aumento.

—Atentos.

La voz de Killian quedó atrás, imaginó que estaba avisando a sus compañeros.

—Agente. No encuentro a mi novia, me dijo que iba a estar en esta zona —intentó hablar con calma.

Dio la descripción de Mara.

—Espere aquí.

Debió creerle o su descripción coincidía con la que tenía de ella. Facilitada por Slade Ward, supuso.

—Los han encontrado, por suerte no tenían más de un metro de tierra sobre ellos —le informó el capitán de la policía media hora más tarde—. Están recibiendo oxígeno y pronto los traerán para trasladarlos al hospital. No tienen heridas significativas.

Respiró tranquilo. A pesar de que no le dejaban acercarse al lugar del siniestro, al menos sabía que ella estaba bien.

—¿Conoce usted al otro hombre que la acompañaba? ¿Sabe qué estaban haciendo en un lugar tan apartado? ¿Le contó ella algo?

—No.

La mueca que hizo el detective no le pasó desapercibida, casi podía ver la compasión en su mirada. A la mierda, pasaría por un novio ridiculizado por su novia, pero estaría a su lado.

Slade caminó hacia él, pero pasó por su lado sin mirarlo. La cara de cabreo que llevaba lo decía todo. La misión no había salido como él quería. Sí, habían encontrado a Mara, pero no la habían podido sacar. Además, estaba el hecho de que se suponía que ellos no debían estar ahí, era algo que Slade dejaba claro cuando tenían que trabajar en un país extranjero. Así que en este momento, no se conocían.

Después hablaría con él. Ahora, su prioridad era Mara.

La llevaban en una camilla con una máscara de oxígeno y una vía intravenosa. Se acercó a ella y cogió su mano mientras seguían avanzando hacia la ambulancia. En ese momento llegaba otra para Elijah.

—Mara —pronunció su nombre mientras observaba sus ojos verdes y su pelo enmarañado y lleno de tierra.

Ella lo miró extrañada.

—¿Denis? —Su voz sonó extraña a través del plástico.

—Sí, siento todo esto. Voy a ir contigo, no me separaré de ti.

Ella tosió y se apartó la máscara.

—No, vete —consiguió decir antes de que uno de los camilleros le volviera a poner la máscara en su sitio.

Mara retiró su mano y la dejó apoyada en su propio vientre. Y él sintió un vacío enorme, no solamente porque lo hubiera soltado; ella lo estaba dejando fuera. Fuera de lo que había pasado y fuera de su vida. Una vez más.

Y eso no iba a pasar.

—Iré con ella —dijo tajante a uno de los paramédicos cuando ya la habían subido a la parte de atrás de la ambulancia.

—Lo siento, señor. La van a trasladar en helicóptero a Salvador, puede tener lesiones internas.

—¿A qué hospital?

—Al general.

Así era cómo era conocido el Hospital da Bahia, por la gente de Salvador.

—Perfecto.

Se encaminaba hacia su vehículo cuando oyó a alguien despotricar.

—Pero ¡¿qué coño?!

Buscó la procedencia de la voz, juraría que se trataba de Elijah. Efectivamente, a su derecha, el hombre se negaba a tumbarse en la camilla. Slade estaba a su lado.

—Simplemente hazlo —gruñó el capitán.

—Estoy bien.

—No lo repetiré —masculló Slade.

—¡Joder!

Slade pareció calmarse cuando su hombre claudicó y se metió en la ambulancia por su propio pie soltando culebras por la boca.

Sin cruzar ni una sola palabra cada uno se fue por su lado. Sabía que acabaría encontrándose a Slade en el hospital.

Aun así, lo llamó por teléfono.

—Killian me ha explicado lo que ha pasado —dijo en cuanto el hombre descolgó.

—*Perfecto.*

—Slade, lo importante es que Mara está magullada, pero bien y Elijah también. No hay más heridos entre tus hombres, ¿verdad?

Lo oyó soltar el aire.

—No, están todos bien. Pero algunos de esos tipos han logrado escapar.

—Ella sigue en peligro...

Ya lo sabía.

—No debería volver a casa, tarde o temprano la buscarán —aconsejó

Slade.

—Les pagaré.

—No, no lo harás.

—Slade...

—Sé que la quieres tener a salvo, pero créeme, no lo vas a solucionar así. Cuando no sea ella será tu esposa, y algún día tus hijos. Siempre te van a tener agarrado por los huevos. Conozco a este tipo de calaña.

Tal vez el capitán tenía razón.

—¿Y qué pretendes?

—Esos ya deben estar de camino a Estados Unidos. Los investigaré a fondo, daremos con ellos.

—¿Qué le has contado a la policía?

—Que Elijah y yo estamos de pasada en el país mientras recorremos mundo. Que tu chica y él habían entablado una relación y que estaban explorando mientras paseaban. Yo vi a unos tipos rondando y después todo explotó.

—De acuerdo. —Aunque lo de la «relación» le estaba picando en la nuca.

—Diré en favor de la unidad, que Elijah intentó protegerla.

Y Denis entendió a Slade.

—Slade, lo sé y como ya te he dicho, Mara está a salvo... sé que habéis hecho lo que habéis podido por ella...

—No considero que esta misión haya salido bien, Vides. Quedan cabos por atar —le cortó.

—Está bien, nos vemos en el hospital.

—Allí estaré, aunque es mejor que no nos relacionen o la policía nos va a hacer más preguntas de las que ya vamos a poder responder.

Después de colgar, Denis ya había tomado una decisión. Y la llevaría a cabo, quisiera Mara o no.

## *Capítulo 15*

Denis esperó pacientemente, apoyado en la pared, a que terminaran de hacerle las pruebas a Mara. Cinco horas habían pasado desde que ella había ingresado y ahora estaba amaneciendo. A Elijah ya lo habían dejado ir, y él y Slade estaban sentados al fondo de la sala sin dirigirle la mirada. ¿Por qué no se largaban?

La policía ya los había interrogado a los dos, a Mara y a Elijah. Por lo visto, ellos sí podían pulular por dentro del hospital mientras se hacían las pruebas, entre unas y otras los habían acribillado a preguntas. Se lo había comentado una enfermera en una de las mil veces que había preguntado por Mara.

—Señor, ¿es usted el acompañante de la señorita Mara Lima?

Ni se había dado cuenta de que otra enfermera se había acercado.

—Sí —respondió incorporándose.

—Acompáñeme, por favor.

Echó un vistazo a los dos hombres que en ese momento sí miraban.

—¿Está bien?

—Ahora hablará el médico con usted, pero parece ser que sí.

Soltó el aire que había estado reteniendo mientras caminaba e intentó prepararse para el rechazo de Mara, de nuevo.

—Pase, enseguida vendrá el doctor Mendes.

—Gracias. —Pero él ya estaba mirando a su chica, ella siempre sería su chica.

Mara estaba sentada en el borde de una camilla y lo miró fijamente.

—Ya puedes irte, Denis. Como puedes ver, estoy bien.

—Primero tendrás que escucharme.

—No entiendo qué haces aquí, ni cómo te has enterado de lo que ha pasado.

—Es una larga historia...

—Buenos días —les cortó el médico cuando entró en ese preciso instante, estaba enfrascado mirando los papeles que tenía en un portafolios mientras ellos dos se retaban con la mirada.

—Buenos días —contestó Denis.

—Bien, señorita Lima. Todo está correcto. Sus pulmones no han sufrido daños y sus ojos, aunque irritados, están bien. ¿Sigue sin sentir mareos?

—No, no tengo mareos. Entonces, ¿puedo irme?

Firmó unos documentos y se los entregó.

—Aquí tiene el alta. Cuídese, y en caso de encontrarse mal, vuelva.

—Gracias.

—Gracias, doctor.

Contestaron los dos al mismo tiempo.

Iba a hablar cuando la puerta se abrió de nuevo y Slade y Elijah entraron como un par de fantasmas silenciosos.

—Señorita Mara —saludó Elijah sonriendo.

—¡Elijah! —exclamó ella feliz de verlo—. Estás bien, ¿verdad? Pregunté por ti.

Elijah se acercó y cogió sus manos plantándose delante de ella. Denis era un mero espectador incrédulo ante la dulzura que ella le dedicaba al hombre, y lo seca que había sido con él.

—Soy un tipo duro, ya sabes...

Slade puso los ojos en blanco.

—Quiero agradecerte lo que hiciste por mí, evitaste que entrara en pánico.

—No ibas a entrar en pánico y, además, fuiste tú la que cuidó de mí.

La sonrisa de Mara casi lo hizo babear, hacía tanto tiempo que no la veía que quedó prendado de ella.

—¿Cómo está la herida?

—Bien, es solo un arañazo —contestó Elijah llevándose una mano al vendaje en su nuca—. Pero no se infectó gracias a ti.

—La postura era algo complicada.

Elijah se rio.

—Debieron encontrar los preservativos —soltó de pronto el hombre en un susurro bastante audible.

Ahora la que soltó una carcajada fue Mara, y Denis empezaba a estar hasta los huevos de la cursi conversación que estaban teniendo esos dos. En parte estaba contento, pues reconocía a su Mara; alegre y risueña, tal como la recordaba. Pero también quería partirle el cuello a Elijah y terminar con esto de una maldita vez. Por muy ex SEAL que fuera.

¿Preservativos? ¿Qué preservativos?

Slade Ward carraspeó.

—Oh, lo siento —dijo Mara asomándose por un lado de Elijah—. Usted debe de ser «el jodido jefe». Elijah me habló de la unidad y de lo que estaban haciendo...

—Nena... esa era una conversación privada —advirtió Elijah.

Ella alargó su mano, aun sonriendo, en cuanto Elijah la ayudó a bajar de la camilla... y ese privilegio se lo había dado a Elijah y no a él.

—Soy ese, sí. Slade Ward para el resto del mundo —contestó mirando de reojo a su hombre—. Me alegro de que estés bien, por favor, tutéame.

—Gracias por desplazaros hasta Brasil. ¿Cómo supisteis...

—No hay de qué. Te dejo con Denis, él te explicará lo que debes saber —la cortó amablemente.

Mara frunció el ceño.

—Espero volver a verte, preciosa. —Elijah le plantó un beso en la mejilla y le guiñó un ojo a Denis.

Si le rompía la crisma lo atenderían rápido, estaban en un hospital, pensó cabreado con la situación.

—Contactaré contigo.

Dicho esto, Slade salió por la puerta seguido de Elijah.

\*\*\*

—¿Se puede saber qué coño ha sido eso? —preguntó Slade mientras salían del hospital para dirigirse al aeropuerto.

—¿Qué ha sido el qué? —preguntó Elijah de manera inocente.

—Has conseguido sacar a Vides de sus casillas.

—¿Has visto su cara? Parecía un perro apaleado. Solo le estaba echando un cable.

—Muy sutil por tu parte, capullo.

—Joder, jefe...

—«Jodido jefe», me han dicho.

Elijah iba a entrar ya en el coche que Slade había dejado en el puesto de las ambulancias.

—Ah, eso.

Slade entró en el vehículo. Y arranco el motor dispuesto a llevarlos al aeropuerto.

—Sí, eso. ¿Tienes algún problema?

—Sí, que no follo y esa Mara está muy buena —dijo Elijah a modo de explicación.

Slade levantó una ceja mirándolo fijamente.

—¿Qué te hace pensar que necesito esa información?

—Es información gratuita, agradécelo.

—Si no fuera porque estas convaleciente te pondría en tu sitio, pero lo voy a dejar pasar.

Elijah se carcajeó.

—Admítelo, lo de volver a verme el careto te ha alegrado el alma.

Slade arranco sin poder evitar sonreír. Era cierto, lo había pasado realmente mal y aún estaba cabreado consigo mismo.

Pero, sobre todo, estaba cabreado con Adrian Tavalas. Ese tipo iba a salir de la unidad con la cola entre las piernas.

—No metas mierda en la relación de Denis y Mara, ese hombre está a punto de casarse... —dijo para no pensar en las mil maneras de tortura que ya se le habían ocurrido para terminar con Tavalas.

Ese tío iba a pagar cara su deserción.

—Sí, con esa tal Nadia, la misma que un día se comió un limón y se le quedó esa cara.

Slade frunció el ceño y lo miró un momento antes de volver su atención a la carretera.

—Leo las revistas esas. Pero si lo repites lo negaré todo —continuó Elijah.

—Hay que joderse.

Slade se hacía esta pregunta bastante a menudo: ¿alguno de sus hombres estaba en sus cabales?

—¿Te encuentras bien?

—Por enésima vez, sí jefe. Aunque, he estado sepultado con una mujer y eso me ha dejado...

—Déjalo, no quiero saberlo. ¿En serio había preservativos?

Elijah soltó una carcajada. Sí, el tarado estaba en plena forma.

Slade no pudo sentirse peor durante el viaje de vuelta a Estados Unidos, debían estar localizables, tanto él como Elijah. Habían conseguido pasar desapercibidos para las autoridades brasileñas, por esa razón no le había dicho la verdad a Mara Lima sobre su presencia allí. Mejor que lo hiciera Vides.

—Jefe. —Killian se sentó a su lado.

—No digas ni media palabra —gruñó bajo sin dejar de mirar el cielo brillante por la ventanilla.

—Pues la cosa es... que deberíamos hablar de esto.

Slade lo miró, giró el cuerpo hacia él y entrecerró los ojos.

—Veamos, ¿cuál es tu tema de hoy? ¿Que casi pierdo a un hombre? ¿Que por poco perdemos a una protegida? ¿Que no supimos ver el peligro de un

explosivo oculto? ¿Que nos ha faltado esto —juntó el índice y el pulgar delante de su rostro—, para que nos descubrieran? O ¿Que se nos han escapado unos cuantos criminales en potencia? Y eso por no vomitar todo lo que pienso de que la señorita Lima se niegue a que Vides se la lleve de Brasil, va a seguir en peligro. No hicimos bien nuestro trabajo, Killian. De hecho, no ha sido más que una chapuza.

—Joder, que interiorizado lo llevas.

—No seas capullo.

—No lo seas tú tampoco.

Y nadie le hablaba así excepto su teniente, al que, por cierto, terminaría estrangulando.

—¿Alguna de mis palabras han faltado a la verdad? —preguntó suspicaz.

—No. Pero has olvidado algo —contestó su teniente.

Killian se metió la mano en el bolsillo y sacó un paquete de chicles.

—Lo sé.

—¿Y?

—Se ha convertido en un ex integrante de este equipo.

—¿Qué te dijo?

—Que debía arreglar un asunto. A mi modo de ver, Tavalas es un puto enfermo. Sea lo que sea lo que tiene que solucionar está entre toda esa calaña para la que un día trabajó.

—Entonces es su problema, algún día encontrarán su cadáver en alguna cuneta —decretó Killian.

—Aun así, me cabrea.

\*\*\*

En la parte delantera del avión, Elijah y Wyatt estaban sirviéndose café. Cuando viajaban por trabajo no había ningún asistente de vuelo. Solo Slade y Sue tenían ese privilegio, y últimamente viajaban bastante por el trabajo de

Sue.

—¿Me lo vas a contar ya?

—Elijah, te lo conté todo en el coche antes de coger el vuelo a Brasil.

—No es cierto. Algo te preocupa.

Wyatt miró hacia detrás, todos estaban amorrónados menos Slade, que fruncía el ceño, y Killian que parecía disfrutar con eso.

—No creo que debamos hablar de eso aquí.

—No nos oye nadie. Confía en mí.

Wyatt se apoyó en la separación de la cocina y el baño.

—¿Recuerdas que mi hermano me pidió que fuera a ver a la chica que dejó embarazada?

—Sí, y te dijo que le pagaras para que abortara, menudo gilipollas tienes por hermano.

—Lo sé.

—Pero no lo hiciste.

Wyatt soltó el aire.

—Sé que quiere hacer daño a mi hermano, me dijo que no abortaría, pero que entregaría al niño nada más nacer.

Elijah se lo quedó mirando.

—¿No es mejor eso que abortar, bajo tu punto de vista?

—Sí, pero me niego a que regale a esa criatura, así que le pagué para que me entregue el niño.

Los ojos de Elijah se abrieron como platos.

—Joder, eso es ilegal.

—Del todo —dijo Jacob saliendo de la cabina del piloto.

—Mierda —dijo Wyatt.

—Estabais hablando justo delante y la puerta no estaba cerrada del todo.

Wyatt se rascó la cabeza.

—Nayeli no sabe nada, imagino. Te va a cortar los huevos —dijo Elijah retomando el tema.

—¿Por qué debería cortarte los huevos? —preguntó Michael que avanzaba hacia ellos.

—Otro —se lamentó Wyatt.

—No he podido evitar oírlo iba a... —señaló la puerta del baño con la cabeza —. Pero puede esperar.

## Capítulo 16

—Mara...

—Llévame a casa, Denis.

—Te acabo de decir que sigues en peligro.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió molesta con la situación.

Había accedido a subir al coche de Denis, pero estaban yendo en dirección contraria al ferry.

—Si accedes a pasar unos días conmigo te lo contaré todo.

—No me interesa.

Eso hizo reír a Denis.

—Vaya, ¿dónde está la curiosa Mara?

Lo miró seria, sus grandes ojos se clavaron en él. No podía dejar de mirar la carretera, pero vio la decepción en su mirada.

—La dejaste atrás hace mucho tiempo.

Denis apretó el volante. Maldita sea, no habían hablado más del tema, porque ella nunca quiso escucharlo.

—Ven a casa y hablaremos —dijo apretando los dientes.

—Creo que no tengo otra opción. Esto se parece bastante a un secuestro.

—Esos tíos no te tocaron y yo tampoco lo haré, si es eso lo que te preocupa.

Mara apretó los labios, esos tipos la habían tenido retenida y atada en un cuartucho y sí, era cierto que ninguno se había propasado, pero aún no comprendía que era lo que querían de ella.

Su corazón se encogió ante sus palabras «y yo tampoco lo haré». No había desprecio en su voz, pero ella lo sintió así.

—Lo que me preocupa es que no tengo ni idea de lo que pretendían secuestrándome, tampoco sé porque Elijah me dijo que no podía informar a las

autoridades y mucho menos tengo la más mínima idea de lo que haces aquí.

Frenó un poco para acceder a un edificio, había reconocido el barrio: Horto Forestal, no estaba nada mal. Al hombre le iban bien las cosas, muy bien.

Denis entró en el *parking* del edificio donde tenía su apartamento de lujo y abrió la puerta de su coche de alquiler sin mediar palabra.

Sacó una bolsa del maletero y cuando ella salió del coche le cogió la mano.

—¿Qué haces? —dijo tirando para soltarse.

—Espero que no tengas la descabellada idea de huir antes de que te haya contado lo que ha pasado durante estos días.

—No soy ninguna cría, iré a tu casa y después me marcharé.

Denis no pudo evitar sonreír.

—Al final te puede la curiosidad.

Ella bajó la vista y se encaminó hacia el ascensor. No iba a admitir nada.

Plantados de lado, uno junto al otro, no volvieron a dirigirse la palabra hasta que Denis marcó un código nada más salir del ascensor. Y una puerta se abrió haciendo un clic.

—Pasa, estás en tu casa. —La invitó con la mano.

—No lo creo —dijo pasando por su lado y repasando un gran salón con grandes ventanales que dejaban pasar la luz de la mañana—. Debe de ser fácil acostumbrarse a esto.

—Nunca se tiene todo lo que se desea, Mara —contestó enigmático.

—Pues parece que tú lo has conseguido —respondió acercándose a uno de los ventanales.

La vista era fantástica, parecía que estaban aislados del mundo exterior, no se oía el sonido característico de la ciudad.

—Mientras te estaban haciendo pruebas he ido a buscar algo de ropa para ti, espero que sea de tu agrado. —Denis cambió de tema radicalmente.

—Me vendría bien una ducha —murmuró cogiendo la bolsa con el logotipo de una marca conocida—, gracias por comprarla.

—No hay de qué. Voy a pedir comida a domicilio y también me ducharé.  
¿Alguna preferencia?

—No, cualquier cosa estará bien. ¿Dónde está el baño?

—Ven.

Caminaron hasta unas escaleras y subieron a otra planta donde había varias puertas. Abrió una de ellas y entró.

—Esta es la habitación de invitados, puedes utilizarla mientras estés aquí.

—De momento solo necesito asearme, gracias.

No se quedó a su lado, imaginó que la única puerta que había sería el baño. Entró y se encerró. Denis tenía el don de alterarla, ya fuera verbalmente o con su esculpido cuerpo. Había cambiado con respecto a su físico, seguía estando tan guapo como recordaba, pero siempre había estado delgado y ahora parecía que hacía vida en algún gimnasio. Las fotografías que había visto en las revistas del corazón no le hacían justicia. Y estaba a punto de casarse... el hombre que tanto amó ahora ya no le pertenecía, era otra la que iba a compartir su vida. Cerró los ojos con fuerza.

«Lo habías superado, no dejes que el pasado te domine», se dijo a sí misma. Había derramado demasiadas lágrimas entonces y no volvería a caer en eso, era irracional.

Dejó correr el agua y empezó a quitarse la ropa llena de manchas de tierra, con el pelo no sabía muy bien cómo iba a hacerlo. Pero, para su sorpresa, había acondicionador en una estantería, ¿sería de su prometida? ¿En la habitación de invitados?

Perfecto, no pensaría en eso. Le daba igual, usaría lo que había a su alcance.

Mientras se enjabonaba su mente volvió al secuestro. Iba de camino al albergue cuando un vehículo negro se detuvo cerca y un hombre la cogió y la metió en la parte de atrás, no había tenido tiempo de nada, se defendió como pudo, pero ese tipo era fuerte y la inmovilizó. Después le clavó una aguja en el brazo y lo siguiente que vio fue un agujero con un colchón. Al principio entró

en pánico, las paredes eran de tierra y hasta que no oyó el sonido de una puerta no estuvo segura de que no la habían enterrado viva, la oscuridad era total. Pero después le llegó el resplandor de una tenue luz blanca a través de una pesada cortina.

Preguntó mil veces qué era lo que querían de ella, pero nunca respondieron a sus preguntas y tampoco vio sus rostros. El único tío que entraba a darle comida una vez al día, lo hacía con una capucha y la cara cubierta con un pañuelo. Sus ojos eran oscuros y... aterradores.

Se sorprendió de cómo Denis había acertado con la talla, cuando quitó las etiquetas de la ropa para vestirse. Se puso unos vaqueros cortos y una camiseta blanca de tirantes. Incluso la ropa interior le iba bien.

Se secó el pelo con el secador.

—Buena memoria, Denis —susurró—, ¿o es que tu amada tiene la misma talla?

«No vayas por ahí».

Se calzó unas deportivas y se miró en el espejo. Su cabello rizado y algo húmedo aún, ya no era una maraña y ahora marcaba unos pequeños tirabuzones perfectos que le llegaban a media espalda. Se sentía mucho mejor. Ahora solo hablaría con él y se marcharía.

Salió de la habitación y detuvo sus pasos cuando oyó una voz femenina.

—¿Por qué vas vestido como un pordiosero?

—Es una larga historia, Nadia. Te acabo de hacer una pregunta. —El tono de Denis no era muy amistoso.

¿Nadia? La mujer que aparecía en las revistas como su futura esposa se llamaba así, o eso recordaba.

—Quería darte una sorpresa. Sabía que estabas solo y mi madre no hace más que darme la lata con los invitados. Dice que no puede ser que no tengas más familia y ya me he hartado de explicarle que tú no eres como nosotros.

Mara levantó una ceja parada en el primer escalón. «Tú no eres cómo nosotros». Vaya estúpida esnob. ¿Por qué Denis no se defendía? Él se había

convertido en un alto ejecutivo, ¿a qué se refería esa mujer?

Tal vez no debería bajar. Pero ella nunca se había escondido de nadie. Y si ese idiota la había llevado a su casa y ahora tenía problemas con su novia, Mara no era la responsable.

—Tengo trabajo, asuntos que solucionar. Vuelve a Estados Unidos, en unos días me reuniré contigo.

—Denis, quiero quedarme aquí, si tienes problemas con el trabajo...

—¡Nadia! No te lo estoy pidiendo. Por favor, vuelve.

Por el sonido de los tacones supo que ella caminaba cerca del pie de la escalera. Y entonces Mara la vio.

Una chica de pelo oscuro, liso y largo hasta media espalda se detuvo de espaldas a ella, desde arriba, pudo observarla sin ser vista. Llevaba un vaporoso vestido azul claro que se ensanchaba a partir de la cintura y unas sandalias con más centímetros de tacón de lo que ella había llevado jamás.

—¿Por qué no me explicas lo que pasa? Tienes mala cara —le preguntó a su novio.

Oyó resoplar a Denis y de pronto él también entró en su campo de visión. La miró sin decir una palabra y la mujer siguió su mirada; sus ojos claros la repasaron de arriba abajo.

—¿Quién es? —La dulzura en su voz, la que había utilizado antes para hablar con Denis, había desaparecido.

Mara fue consciente en ese momento que llevaba en las manos la ropa sucia que iba a tirar directamente a la basura.

—Nadia, te presento a Mara, es una vieja amiga. —La miró de nuevo—. Mara, ella es mi prometida.

La chica arrugó el entrecejo y sus perfectas y depiladas cejas se juntaron e hizo un mohín con los labios pintados de un extremado rojo. Después dejó de mirarla con evidente desprecio para encararse con su novio.

—¿Qué hace aquí? —inquirió cortándola antes de que incluso pensara en saludar.

—La he invitado...

—Acaba de salir de la ducha. ¿Os habéis acostado?!

—Cálmate, Nadia. No ha pasado nada de eso, como ya te he dicho: es una amiga. —El aplomo de Denis era envidiable.

—¿Por eso querías que me fuera?

—No es lo que piensas. Deja que solucione ciertos asuntos...

—¿Tienen que ver con la negra esos asuntos? —El susurro fue bastante audible.

Vaya, había tardado en soltar la perla.

—¡Nadia! —exclamó Denis contrariado.

—Como el setenta por ciento de la población brasileña, sí, mi piel es oscura —explicó Mara bajando las escaleras con aparente tranquilidad—. Por lo que te recomiendo que cuides ese cutis blanco, empieza a tener unas horribles manchas que desmejoran mucho tu gran belleza.

—¡Mara! —Denis se estaba volviendo loco, algo que a ella le traía al paio.

—Esto es inadmisibile, échala. Podéis hablar por teléfono —declaró Nadia. Mara pasó caminando entre ellos.

—Mira que bien, te ha dado permiso para hablar por teléfono, estarás contento.

—¡Basta, Mara! —Denis trataba de detener lo que sabía que acabaría ocurriendo, conocía a Mara. Y en algunas circunstancias no tenía filtro.

Mara soltó la ropa en un rincón y se giró para mirarlos. El rostro de Nadia mostraba tal satisfacción que estuvo a punto de cargar contra ella y arrancarle las extensiones.

Maldita bruja.

—Que os quede clara una cosa, ni tú ni ella me causáis ninguna impresión. —Mintió, porque Denis sí la turbaba, demasiado—. Arreglad vuestras cosas, no tengo porqué aguantar esto y no lo haré. Me largo. Gracias por comprarme la ropa, te haré llegar el dinero que te ha costado.

—¿Le has comprado ropa? —inquirió Nadia.

—Mara, no puedes irte —decretó Denis.

—Oh, sí puedo —dijo Mara.

—Oh, sí puede —dijo Nadia.

Las dos hablaron al mismo tiempo. Y ella se estaba preguntando por qué no estaba hablando su propio idioma.

—Sigue con tu vida, Denis. Que las cosas te vayan muy bien y que seas muy feliz —dijo en portugués.

—Ay Dios, como odio ese idioma —soltó Nadia haciendo una mueca.

—Aquí la única odiosa eres tú. —Se dirigió de nuevo a Denis—. Tienes mucho trabajo por delante, amigo. —La última palabra la dijo con una marcada sorna y sin abandonar su idioma natal.

—No la conoces, Mara. Solo está...

—Marcando su territorio —terminó por él—, cuidado no termine meándote encima.

Los dos estaban hablando en portugués.

—Me parece una falta de respeto que hagas esto, Denis —se lamentó Nadia.

—Lo siento, cariño. —La disculpa del hombre le supo a Mara a decepción.

¿De qué se extrañaba? Era la chica a la que amaba, con la que iba a casarse, no podía esperar que se pusiera del lado de una exnovia.

—Tengo a mi chofer abajo, voy a dar una vuelta por el centro. No quiero que esté aquí cuando vuelva. —Nadia la señaló con la barbilla.

Se acercó y besó a su novio en los labios.

El silencio de Denis dolió tanto que a punto estuvo de salir corriendo de allí y no volver jamás, pero su orgullo y las ganas de fastidiar a esa energúmena la obligaron a quedarse en el sitio.

## Capítulo 17

—Dejad paso, y ocupad vuestros asientos, estamos a punto de aterrizar — dijo el capitán antes de entrar en la cabina del piloto.

Se movieron hasta sentarse y Elijah se puso al lado de Wyatt.

—Deberías hablar con Brad, él te guiará en todo el asunto de ese bebé — aconsejó.

—Lo haré.

—Y con Nayeli...

—Lo sé, lo sé. Deja de darme el coñazo, capullo.

Wyatt desvió la mirada hacia los edificios de Nueva York a través de la ventanilla.

—Aprecio tus huevos —continuó Elijah.

—¿Y qué te hace pensar que yo no?

—¿Tus actos?

—*Touché.*

Elijah soltó una carcajada.

En ese momento salió Slade de la cabina del piloto y los miró a todos con cara de pocos amigos.

—Nos espera la poli a pie de pista.

—¿Algún problema? —preguntó Jacob.

Elijah miró a Wyatt, este parecía preocupado.

—No creo que esto vaya contigo —susurró para tranquilizar a su amigo.

—¿Has cometido algún delito? —preguntó Wyatt en voz baja—. Porque yo sí.

—No sé nada más —continuó Slade ajeno a la conversación entre ellos—, pero están obligados a informar al piloto, cuando aterricemos debemos permanecer en nuestros asientos.

—Hay que joderse —se lamentó Dan—. ¡Jefe! ¿Podemos Pam y yo instalarnos en el dormitorio? —preguntó señalando hacia detrás con el pulgar.

Pam hizo rodar los ojos ante la risa de los otros.

—A no ser que seas de disparo rápido, no tienes ni cinco minutos —acotó Slade.

Las carcajadas resonaron por toda la cabina.

—Pam, habla —animó Michael entre carcajadas.

—A veces puede ser muy rápido, solo a veces —explicó Pam totalmente seria.

—¡Nena! —gritó Dan descompuesto.

Ian y Matt sonreían desde sus asientos.

—¡No jodas! —exclamó Killian— Hay unas pastillas para eso, tío. Doc, deberías ayudarlo...

—Paso del tema, que consulte a un especialista —se escaqueó Jacob.

—Tú solito te lo has buscado, cariño —dijo Pam con su falsa voz dulce.

Elijah se removió en su asiento.

—Me niego a seguir con esta conversación —dijo muy serio—. ¿Tu hermana Mercedes sigue libre?

Dan se envaró.

—Olvídate de mi hermana, es intocable para ti, espero que algún día se case con alguien que tenga la cabeza sobre los hombros...

—¿Cómo su hermano? —preguntó de manera inocente Michael.

—Déjalo, Dan. —Killian se rio.

Slade miraba por la ventanilla pensativo, seguramente intentando adivinar a qué venía todo esto.

Cuando las ruedas tocaron tierra todos estaban expectantes ante la presencia de la policía. ¿Sería por Tavalas? Elijah esperaba que así fuera. Ese cabrón había desaparecido y, según el capitán, era por algo que había ocurrido en Brasil. Ian parecía afectado por la deserción de Tavalas, habían creado un buen vínculo en Budapest y había tratado de llamarlo por teléfono en repetidas

ocasiones en las últimas horas.

Cuando el avión se detuvo por completo, el piloto salió de la cabina y abrió la puerta para desplegar la escalerilla. Saludó a alguien, que Elijah no podía ver porque estaba en el lado opuesto del avión, y le dio paso.

Una mujer morena con gafas de sol, delgada y alta entró por el pasillo central y se detuvo. Elijah le dio un buen repaso empezando por abajo, cuando se le abrió un poco la chaqueta del traje que vestía, pudo ver la placa enganchada en el cinturón de los pantalones.

Cuando ella se quitó las gafas sus ojos se encontraron y, joder, eran aquellos ojos grises que tanto le gustaban. Seguía igual de atractiva.

El corazón empezó a martillearle en el pecho, era ella. Y hacía meses que no la había visto. Desde que la chica decidió que debían dejar de follar.

Otro hombre alto y bastante musculado apareció por detrás de ella.

Slade se levantó y se acercó a ellos.

—Slade Ward —se presentó— ¿Hay algún problema?

La mirada de la mujer se clavó en él, no sonrió ni se la mantuvo más de unos segundos. Se soltó el cinturón e intentó relajarse en su asiento sin perderla de vista.

—Soy el teniente Ashton Fenn y ella es mi compañera —Miró a la morena —, la inspectora Erin Weston. Sentimos presentarnos así, pero son órdenes. Conozco su trabajo y sé que sus hombres deben estar cansados por el viaje...

«Así que te llamas Erin».

—Vaya al grano —lo increpó Slade sin miramientos.

La inspectora le dio un documento.

—Buscamos a Elijah Cranston.

«¿Qué coño?»

Elijah se levantó de su asiento mientras oía las palabras sorprendidas de sus amigos.

—¿Qué?

—Se están equivocando.

—Y una mierda.

—Aquí hay un mal entendido.

—Vaya cagada.

—¿De qué coño hablan?

Todos preguntaban al mismo tiempo mientras se levantaban también.

—Quietos —ordenó el capitán levantando el papel en alto.

—Yo soy Elijah Cranston... —aprovechó para decir cuando todos se callaron.

—Queda usted detenido como sospechoso del asesinato de la señorita Anne Lonely, debe acompañarnos, señor Cranston. Por favor, dese la vuelta.

—La inspectora sacó unas esposas de la parte de atrás de sus pantalones.

Slade levantó la vista del papel y lo miró levantando una ceja mientras él se daba la vuelta y exponía sus muñecas.

—Un agente le leerá sus derechos enseguida —continuó Erin.

—Esto no es necesario. —Slade señaló las esposas.

—Es totalmente necesario, solo seguimos el protocolo —advirtió el teniente Fenn, que igualaba en altura al capitán.

—No tengo ni puta idea de lo que está hablando, inspectora. Pero si me prefiere esposado, no me opondré.

Sí, estaba bromeando, pero el maldito nombre de la víctima le sonaba de algo.

—Llamaré a Brad. Mientras tanto, guarda silencio —lo amenazó Slade.

\*\*\*

—Hola cielo —Brad dejó su maletín, las llaves y el teléfono móvil sobre la mesita frente al televisor.

Se acercó a Eva que estaba sentada en el sofá de lado, con las piernas encogidas y los pies bajo su trasero, mirando detenidamente la pared desnuda a su derecha.

—¿Estás pensando en colgar un cuadro?

—No precisamente.

En el equipo de música sonaba *It will rain* de Bruno Mars.

—Baila conmigo —dijo alargando la mano.

Ella sonrió y cuando se puso en pie la besó profundamente cogiendo su rostro entre sus manos.

—¿Qué pasa, nena?

Sus manos se deslizaron hasta sus caderas y las dejó allí mientras la incitaba a bailar. Eva era la mujer más inquieta del planeta. Sabía que algo pasaba y juraba por lo más sagrado que si su madre había llamado a Eva para decirle lo mismo que le había dicho a él, Chicago iba a temblar en cuanto pusiera los pies allí.

—Te quiero, Brad.

—Y yo a ti, Eva —contestó sin dejar de moverse, guiándola por el salón con lentitud.

—Tengo algo que decirte.

Ella dejó de bailar y apoyó las manos en su pecho, sintiendo el calor que desprendían a través de la camisa blanca. Fijó la mirada en el nudo, ahora flojo, de su corbata y... no dijo nada.

—Eva, ¿me vas a pedir el divorcio?

Ella levantó la cabeza de golpe, pero él estaba sonriendo.

—No te librarás de mí tan fácilmente, nene.

—Entonces, ¿por qué estás tan seria?

—Intento estar contenta...

—Pues has llorado.

—Sí.

La abrazó mientras la música había cambiado a *Dancing with a stranger* de Sam Smith y Normani.

—¿Has hablado con mi madre? —preguntó cauto.

Ella se envaró.

—No me apetece hablar con tu madre, Brad. ¿Por qué debería hablar con ella?

—Porque pareces triste.

Ella puso los brazos en jarras.

—Tu madre no me pone triste; me cabrea, que es distinto.

Brad se echó a reír.

—Perfecto, mi madre queda descartada.

—Descartada, sí. Del todo.

Brad le acarició el cabello y deslizó un largo mechón oscuro entre sus dedos.

—¿Me lo vas a decir?

Ella apoyó la frente en su pecho.

—Estoy embarazada.

¿Lo había oído bien?

—¿Embarazada? —se atrevió a preguntar a riesgo de desatar la furia de su chica.

—Sí, vamos a ser padres.

La sorpresa debió reflejarse en su mirada ya que ella sonrió.

—Ha sido un fallo técnico. Ya sé que deberíamos haberlo planificado...

De repente la levantó del suelo y volvió a buscar sus labios. Ella envolvió las piernas en su cintura.

—¡Brad! —chilló cuando él empezó a dar vueltas.

—¿Planificar? Pero si nunca hemos planificado nada, nena. Me acabas de hacer el hombre más feliz de la tierra.

La besó en los labios, en el cuello y volvió a su boca hasta dejarla sin respiración.

—Deja de moverte, me estoy mareando.

Se detuvo en seco.

—Lo siento, nena. ¿Es por eso que estabas triste?

Eva bajó las piernas y él dejó que se alejara para terminar sentada en el

sofá otra vez.

—Eva, no habrás pensado en...

—No, no es eso. Nunca me desharía de nuestro bebé.

Brad soltó el aire. Sabía que Eva no quería tener hijos y, por un momento, tenía dudas de que ella quisiera seguir adelante.

—Sé que eres contraria a tener hijos.

Eva cogió su mano cuando él se sentó a su lado y lo miró a los ojos.

—Debo dar la imagen de mujer frívola, soy consciente.

—Eso no lo conseguirás nunca, cielo —dijo acariciando su rostro—. Siempre sonríes y la palabra «frívola» no te va para nada.

—Vale, quizás no es la palabra adecuada. Pero, aunque siempre me han asustado los críos, es nuestro bebé y tengo dudas, muchas, sobre cómo cuidarlo.

Brad se rio.

—¿Y crees que yo no? —preguntó él aun riendo.

—¿Y si no lo hago bien? —preguntó ella a su vez.

—¿Y si se cae de cabeza? —inquirió serio.

—¡Brad! No me estás ayudando. —Se separó de él con el ceño fruncido.

—Ven aquí, tonta. —La tomó de la mano y volvió a abrazarla contra su pecho—. Lo haremos bien.

Ella lo envolvió con los brazos.

—Eso espero.

—¿Has ido al médico? ¿O te has hecho la prueba en casa?

—Las pruebas —lo corrigió pegada a su camisa.

—¿Las?

—Cinco, cinco palitos que han dado positivo.

Brad la apartó y la miró a los ojos.

—Cariño...

—Tenía que asegurarme —se explicó avergonzada.

—Por eso no te encontrabas bien...

Eva asintió.

—Vamos a celebrarlo a mi manera —dijo Brad quitándole la camiseta por la cabeza.

—Buena idea. —Eva empezó a desabrochar los botones de su camisa cuando el teléfono móvil vibró sobre la mesita donde lo había dejado Brad.

Los dos miraron la pantalla: era Slade.

—¡Qué oportuno! —exclamó Brad.

—Maldito hombre. —Se quejó Eva, pero lo cogió y se lo pasó a su marido.

—¿Slade?

El rostro de Brad cambió, miró a Eva y empezó a abrocharse de nuevo los botones de la camisa dejando el teléfono entre su hombro y la mejilla.

—En seguida estoy ahí, que no haga ninguna declaración hasta que yo llegue.

## *Capítulo 18*

Elijah Cranston se sentó, tal como se lo había pedido Erin. Le había quitado las esposas y, a través de la ventana, miró a Ashton Fenn que hablaba con el señor Ward; este negaba con la cabeza y echaba vistazos a su hombre.

Un hombre que simulaba no conocerla, así que ella optó por hacer lo mismo. De todas formas, las cámaras de seguridad los estaban vigilando y no estaría bien que vieran algo entre ellos, por no decir que se grababan todas las conversaciones.

—Señor Cranston, nos han avisado de que su abogado está a punto de llegar.

—Perfecto.

Erin lo miró detenidamente, aunque había estado bromeando, ahora no estaba muy hablador y solo contestaba con monosílabos.

—No acostumbro a hacer esto, pero si quiere un café se lo puedo traer —se ofreció.

—No, gracias.

El pelo rubio, algo más largo de lo que recordaba, le caía sobre la frente ocultando esa mirada enigmática por la que se había sentido atraída en cuanto lo vio en aquel pub, le daban ganas de apartárselo de su rostro. Seguía siendo aquel hombre atractivo.

Algo le decía que no había tenido nada que ver con el asunto del que se le acusaba; le había conocido un poco durante sus encuentros, pero ella haría su trabajo.

Se quedaron en silencio, aunque fue consciente de que la miraba cuando creía que ella no estaba atenta.

De pronto, un hombre trajeado llegó junto al teniente y al señor Ward. Los saludó y entró en la estancia.

—Soy Brad Holmes, el abogado del señor Cranston —se presentó estrechando la mano de Erin.

—Inspectora Weston. Por favor, siéntese.

Cuando Holmes se sentó al lado de su cliente lo miró.

—¿Cómo estás?

—Jodido.

—No digas eso. Pagaremos la fianza en cuanto el juez se pronuncie, y te sacaré de aquí.

Fenn se despidió de Ward y también entró. Dejó un portafolios encima de la mesa.

Erin se sentó frente a Elijah y Fenn a su lado, frente al abogado.

—¿De qué se le acusa exactamente? —preguntó el abogado sin perder el tiempo.

—Es sospechoso del asesinato de Anne Lonely —dijo ella.

Fenn sacó una fotografía y después de darle la vuelta la arrastró por la mesa hasta dejarla frente a Elijah.

—Mierda. —Ahora ya sabía por qué le sonaba el nombre, lo había visto en la documentación de la chica cuando se la pidió, sospechando que era menor de edad.

—¿La conoces? —preguntó el abogado.

—Sí.

—¿De qué la conoce? —inquirió Fenn.

—Nos conocimos en un bar de copas —contestó echando una mirada significativa hacia ella.

—¿Qué pruebas tienen contra mi cliente? —intervino Brad.

—La señorita Lonely fue secuestrada, atada a una cama y finalmente estrangulada. El forense ha encontrado evidencias de que tuvo relaciones sexuales la misma noche en que fue asesinada. Su ADN apareció en la base de datos del FBI, señor Cranston.

—Fuimos...

—Espera, Elijah. —El abogado puso una mano sobre el brazo de su cliente —. ¿Alguna prueba que vincule al señor Cranston con el lugar de los hechos?

—No.

—Pues entonces no tienen nada, retendrán a mi cliente el tiempo que tarde en pagar la fianza, ni un minuto más.

—Debemos hacerle algunas preguntas —dijo ella en tono severo.

—De acuerdo —Miró a Elijah—. No contestes si no quieres.

Él solo asintió.

—La conoció en un bar de copas, y después, ¿qué paso? —interrogó Erin.

La mirada de Elijah se ancló en la suya, no parecía asustado por la acusación, ni siquiera nervioso. Había visto su historial, era un ex SEAL. Esos tipos sabían actuar ante cualquier situación y enmascarar sus gestos de manera que nada los delatara. ¿La habría engañado también a ella?

—Tomamos un par de copas en el Chic y después la llevé a mi apartamento. Tuvimos sexo y nos quedamos dormidos. Al día siguiente ella se duchó y después cogió un taxi y se marchó. Y eso es todo lo que pasó, no la he vuelto a ver puesto que ese mismo día tenía que trabajar fuera del país.

En el mismo pub donde ellos se habían conocido. A Erin se le retorcieron las tripas.

—Entonces, ¿admite que tuvo relaciones sexuales con la señorita Lonely la misma noche en que fue asesinada? —preguntó Erin de nuevo.

—Lo admito abiertamente. —Su mirada parecía desafiarla.

—¿Le dijo ella a dónde se dirigía cuando se fue? —Esta vez la pregunta vino de Fenn.

—A casa de su familia, comentó que sería una comida aburrida, pero que tenía que ir.

—¿Tiene alguna relación con alguien de la familia Lonely? —preguntó Ashton.

—No, solo me la follé, no me apetecía nada más que eso. No veo la razón de esa pregunta —soltó de manera abrupta.

¿Intentaba cabrearla? Porque lo estaba consiguiendo.

—¿Alguna pregunta más? —inquirió el abogado.

—No, de momento, no. Pero una vez quede libre deberá estar localizable y no puede abandonar el país —informó ella.

—Perfecto. Deberán darme una explicación de cómo accedieron al expediente de mi cliente, está clasificado y necesitaron mover hilos. Si el señor Cranston es declarado inocente, van a tener que enfrentarse a una demanda —Holmes se levantó y miró a su cliente—. Voy a ocuparme de sacarte de aquí.

Ninguno de los dos contestó. Pero Erin sabía que el jefe Wilson podía ser muy capaz de acceder a esa información de manera poco ortodoxa.

—Gracias, Brad.

\*\*\*

Erin regresó a casa con ganas de darse una ducha y cenar tirada en el sofá. No dejaba de pensar en Elijah, cuando vio su fotografía antes de detenerle se le había caído el mundo encima. Se había arrepentido tanto de haberlo echado de su lado, que lo echaba de menos continuamente. Hasta que su imagen salió como sospechosa de un asesinato y ella no daba crédito.

Estaba ya con la comida preparada cuando su teléfono empezó a sonar.

—Hola, Dana —saludó sin muchas ganas.

—¿*Hola, Dana?*

Apartó el aparato y lo miró extrañada.

—Es lo normal cuando contesto una llamada tuya, ¿no? —preguntó volviéndoselo a colocar en la oreja.

—*Y, ¿qué tal hermana? ¡Feliz cumpleaños!*

—Mierda. —Lo había olvidado—. Felicidades, cariño. Lo siento.

Su hermana resopló al teléfono, lo que hizo que ella se lo apartara de la oreja.

—*Vas a compensarme.*

—Lo haré. —Dana merecía lo que fuera que le pidiera.

—*Esta noche.*

Lo que fuera, menos eso.

—Dana...

—*Vamos a ir Sil, tú y yo de fiesta.*

—Oye, no hace mucho que he llegado y acabo de salir de la ducha, iba a cenar...

—*¿Ya te has duchado? Pues mejor, ya tenemos medio camino hecho. Guarda la cena en la nevera y ponte guapa que pasamos a buscarte. Cenamos en el Orient dentro de media hora.* —Y dicho esto colgó.

—¡Maldita sea! —Se levantó y entró en su habitación a toda prisa.

Rebuscó percha por percha y se decidió por un vestido negro, corto y sin mangas, encima se puso una cazadora de imitación de piel roja y zapatos de tacón también rojos.

Se maquilló un poco y se recogió el pelo en una cola alta. No tenía tiempo de mucho más, Dana estaría al llegar.

«Estamos abajo».

Guardó el móvil, después de mirar el mensaje, en un pequeño bolso junto a su documentación y algo de dinero.

—Hola, preciosa. —Silvia la abrazó con entusiasmo en cuanto bajó y se acercó al coche. Dana y ella estaban fumando un cigarrillo mientras la esperaban.

Silvia era la pareja de su hermana y un amor de mujer. Tenía la misma edad que ella, treinta y cinco. Dana..., hoy cumplía tres menos.

—Felicidades —volvió a felicitar a su hermana dándole un beso en la mejilla.

—Vaya, creí que tardarías más.

—No quería exponerme a tu furia, me llevo bien con los vecinos.

—Muy graciosa, me debes un regalo o dos.

—Lo tengo en mente, ahora vámonos. No quiero volver tarde.

Tres horas después estaban en el Chic, el pub era bastante aceptable, la gente que acudía solía ser tranquila y raras veces había tenido que acudir estando de servicio. Algún borracho molestando, o alguna pelea de pareja. Nada más, ni drogas ni trapicheos.

Y solo por eso había aceptado ir allí, a pesar de ser el lugar en donde Elijah siempre la buscaba... y ella a él.

—¿Otro chupito de tequila? —preguntó Sil.

—¡Claro! —exclamó su hermana.

Silvia nunca bebía, así que ella era la que conducía casi siempre.

—Uno más y ya basta, me siento algo mareada —dijo Erin.

—Vaya, mi hermana, la poli, va borracha —soltó Dana con una risita tonta.

—Algo alegre, nada más.

Silvia levantó dos dedos y señaló las copas para que la viera el camarero. Había bastante gente, pues era un sábado por la noche. Pero se estaba bien.

Cuando el camarero trajo los chupitos junto a unos cacahuets lo agradeció. Se comió unos cuantos y se bebió el chupito de un trago haciendo una mueca.

Las chicas la arrastraron al centro del local, no había pista de baile, pero en esa zona todos bailaban. Cuando la canción *Nevermind* de Dennis Lloyd empezó a sonar, levantó los brazos y bailó desinhibida.

\*\*\*

Elijah estaba irritable, que lo hubieran acusado de algo así le había minado la moral. Y después estaba el hecho de que algún animal había acabado con la vida de una chica joven.

Se detuvo al oír el sonido de su móvil.

—¿Michael? —preguntó.

—¿Es ella verdad? He visto tu mirada. Es la chica que pasó de tu cara.

—¿Para eso me has llamado?

—Ya sé que te han soltado, así que sí, para eso te he llamado.

—Sí, es ella, capullo. —Acto seguido colgó y siguió caminando hacia el pub.

Estaba entrando en el local donde conoció a Anne, a pesar de las advertencias de Brad y Slade, que le decían que no se expusiera, que eso era trabajo de la policía. Así que había mentido y aquí estaba. Tal vez lograra encontrar a la persona que había hecho tal crueldad. ¿Los habría seguido al salir del pub? Bajo su punto de vista, así había sido. No había parado en ningún otro lugar. Había ido derecho a su casa con ella al lado.

No entendía demasiado que algunas mujeres aceptaran ir a casa de un desconocido, pero muchas lo hacían, exponiéndose así a cruzarse con algún tarado que terminara lastimándolas. Puesto que nunca haría daño a ninguna de esas chicas, no se había parado a pensar en lo que ellas podían ver en él, aparte de pasar un buen rato. Todas parecían confiadas. Con Erin siempre iban a un hotel, aunque no por eso estaba exenta de ser atacada.

Pidió una cerveza y se acomodó en la barra. Observó a la gente, nadie parecía fuera de lugar, y nadie llevaba un cartel en la frente anunciando que era un maldito idiota que solía atacar a las mujeres. El camarero que le acababa de servir la bebida fijó su atención en la gente que bailaba y sonrió, él siguió su mirada.

Erin levantaba los brazos y se contoneaba de manera tan sensual que los hombres a su alrededor no dejaban de mirarla con atención, sus largas piernas quedaban a la vista cada vez que ella se movía y el vestido negro subía varios centímetros. Él se convirtió en uno más de esos hombres que la admiraban y deseaban al mismo tiempo. Lo cierto era que no había dejado de pensar en ella desde que había abandonado el departamento de policía, esa misma tarde. Brad había actuado rápido.

Cuando Erin giró sobre sí misma tenía los ojos cerrados y parecía concentrada en la música. Volvió a su posición inicial, de espaldas a él, pero supo que lo había reconocido porque dejó de bailar y se giró para observarlo

desde la distancia de unos diez metros que los separaba.

No pudo evitar sonreír al ver la contrariedad en su rostro. Acto seguido el sorprendido fue él cuando ella empezó a caminar hacia la barra decidida.

—¿Elijah?

—El mismo.

—¿Qué haces aquí? ¿Me has seguido?

—¿Por qué debería hacer eso? —preguntó apoyando los codos en la barra.

—Hay muchos locales en Nueva York...

—No es la primera vez que vengo a este, supongo que lo recuerdas.

La inspectora lo miró fijamente, parecía valorar si él estaba mintiendo.

—¿Puedo invitarte a una copa? Imagino que es tu noche libre...

—Lo es...

—¿Estás sola?

—No.

Sin más explicaciones. ¿No confiaba en él? ¿En serio lo hacía culpable de ese asesinato?

—Seamos sinceros, los dos estamos aquí por lo mismo —dejó caer Elijah.

—¿Por sexo? —inquirió ella.

—No, y hablo por mí.

—He venido con mi hermana y tampoco busco sexo —explicó arrugando la frente.

—Ya, ahora tienes pareja.

## *Capítulo 19*

Erin aceptó la copa y se negó a contestar a eso. Esta vez, una cerveza. Y no tenía muy claro qué hacía sentándose con un sospechoso en una mesa en un rincón.

Lo observó mientras caminaba hacia él, cuando lo había visto. Tal vez debería haber seguido bailando con Dana y Sil, pero Elijah llamaba poderosamente su atención. Iba vestido muy distinto de cuando había bajado de aquel avión esposado, ahora llevaba unos vaqueros oscuros, una camiseta gris y una cazadora de cuero negra. Y se había fijado en cómo lo miraban algunas chicas.

Erin había visto sus credenciales, había accedido a toda la información sobre su carrera militar y sabía en lo que trabajaba. Tenía una ficha imaculada y varias medallas al mérito. No, él no había matado a la chica, se jugaría su puesto con esa certeza. Pero estaba dispuesta a investigar y sacar a la luz la verdad.

—Es casualidad que yo esté aquí hoy; es el cumpleaños de mi hermana.

—Debo confesar que yo estoy aquí para intentar entender lo que ocurrió aquella noche —confesó.

Ella miró sus ojos claros y ladeó la cabeza.

—Ese es nuestro trabajo —dijo seria.

—No voy a interferir.

—Ya lo estás haciendo.

—Hablar contigo no es interferir —decretó él.

—Creo que mi compañero no lo vería así.

—Pero él no está aquí.

Dio un trago a su botella y observó a su hermana y a Sil que seguían bailando. Sí, con Ashton también había estado aquí y habían bailado y se

habían besado...

—Erin, ¿puedo exponerte lo que pienso?

Ella asintió saliendo de la maraña de imágenes de su mente.

—Estoy casi seguro de que la persona que agredió a Anne nos siguió desde aquí. Es mucha casualidad que ese criminal estuviera en la puerta de mi casa y viera salir a la chica para seguirla. Me aseguré de que entraba en el taxi que ella misma había pedido.

—Hemos interrogado al taxista.

—¿La dejó en su casa?

—No, ella le dio otra dirección.

—¿Adónde fue?

—No puedo darte esa información, ya lo sabes.

Elijah sonrió, una sonrisa que haría temblar a la mujer más fría de la tierra.

—Tenía que intentarlo.

No pudo contener una sonrisa ella también.

—¿Así que hoy no vienes aquí para follar? —inquirió ella insolente.

—¿Te estás ofreciendo?

—No, solo he repetido tus palabras de esta tarde.

Elijah la miró serio.

—Siento haber sido tan brusco, pero tu compañero me ha cabreado.

—Tiende a cabrear a todo el mundo, Ashton es así.

Él la contempló pensativo.

—Creo adivinar que incluso a ti.

—La mayoría de las veces —confesó ella.

Bebía la cerveza lentamente, ya no notaba el mareo y supuso que haberse encontrado con él había disipado el alcohol de su organismo a una increíble velocidad.

—¡Aquí, Dana! —Silvia estaba ante ellos gritando y señalándola.

—Nena, pensaba que te habías perdido. —Su hermana llegó resollando—.  
Llevamos un rato buscándote.

—No es cierto, estabais en la pista.

—Mierda, siempre se me olvida lo observadora que eres —se lamentó Silvia.

Elijah las miró sonriendo.

—Y mírala, estaba ligando —soltó Dana.

—Espero que tus intenciones sean buenas. —Sil amenazó con un dedo a Elijah—. Por muy mono que seas no me lo pensaré ni un segundo para romperte la cara.

—Eso... —empezó a decir él.

—¿Estáis borrachas? —preguntó Erin cortándolo y levantándose.

Sabía que Sil no había bebido.

—Me parece justo. —Elijah también abandonó su asiento mientras contestaba a Sil.

—Joder, ¡qué alto! —exclamó la chica.

Algo que a ella la hizo sonreír.

—Él es Elijah un... amigo —lo presentó—. Ellas son Dana, mi hermana, y su novia, Silvia.

—Pero puedes llamarme Sil. Y no, no estoy borracha Erin, solo cansada. Ya nos íbamos.

—Me siento algo... —Dana se tapó la boca con la mano y salió corriendo hacia el baño.

—Ella sí está algo tocada, voy a buscarla. ¿Nos esperas fuera? —preguntó Sil.

Erin asintió.

—Enseguida voy con vosotras. —Primero se despediría de Elijah.

—Yo me encargo de ella, Erin.

Ya sabía que cuando se trataba de Dana, Sil era la primera en correr.

—Salgamos, me quedaré contigo hasta que vuelvan —propuso él.

Cada vez había más gente y se estaba haciendo tarde, pero siguió a Elijah que iba abriendo paso.

—¿Has traído coche? —preguntó él una vez fuera.

—No, he venido con ellas, ¿y tú?

—No vivo muy lejos, solo a tres manzanas.

Erin ató cabos.

—¿Es por eso que piensas que el asesino os pudo seguir?

El porqué de que a ella le doliera que él buscara compañía femenina no lograba entenderlo, al fin y al cabo, era la que había terminado la relación. Que se equivocó, estaba clarísimo, y que Ashton era un desgraciado, también.

—Sí, aquella noche fuimos paseando hasta mi apartamento.

—Hagámoslo.

Elijah levantó una ceja.

—¿Qué hagamos, qué?

—Vamos caminando hasta tu casa. Después cogeré un taxi.

Elijah la miró extrañado.

—¿Quieres actuar de cebo?

—Algo así.

—¿Vas armada?

—No, pero tú sí.

—Muy observadora.

Ella sonrió.

—Te has ceñido la cazadora al cuerpo mientras pasábamos entre la gente, sin embargo, ahora no lo haces. Eso solo quiere decir que estabas protegiendo el arma que llevas en la parte de atrás de la cintura.

—Eres muy perspicaz, inspectora.

—No siempre. —Con Ashton no había sido muy inteligente.

Dana y Sil salieron del local y ella levantó la mano para que los pudieran localizar, ya que varias personas estaban fumando en la entrada.

—¿Dana? —preguntó cuando se acercaron.

—Estoy bien, solo un poco mareada.

Erin la abrazó.

—Venga cumpleañosera, a dormir la mona.

—¿Te vas con él? —preguntó Dana en su oído sin molestarse en bajar la voz.

—Sí, daremos un paseo.

Acto seguido besó la mejilla de Silvia.

—Que se joda Ashton.

Otra que hablaba sin filtro. A veces, se preguntaba si había alguien a los mandos de los cerebros de esas dos. Y pensar que había confiado en ellas para confesar que se había liado con su compañero y que iban a vivir juntos. Aunque, teniendo en cuenta las veces que se presentaban en su casa, hubieran dado con Ashton al final. Prefería pensar que esa había sido la razón por la que había hablado.

Carraspeó y se giró.

—Buenas noches chicas. Feliz cumpleaños, Dana. —Elijah se despidió también.

Llevaban un buen rato caminando cuando él le dio un golpecito suave en el hombro.

—Te has cuidado mucho de no decir a tu hermana que me has detenido esta misma tarde.

Ella sonrió sin ganas.

—¿Cómo podría explicar algo que ni yo misma entiendo?

—Eres poli, tienes que haber barajado ya hace un buen rato la posibilidad de si soy o no culpable...

—Lo he hecho, y también te he investigado.

Elijah metió las manos en los bolsillos de sus vaqueros.

—Me lo imagino. ¿Y cuál ha sido tu conclusión?

—Ninguna, he hablado con tu jefe esta tarde y resulta que conoce a Carter, que había sido mi jefe, os conoce desde hace mucho. También he hablado con él.

—Vaya, has estado ocupada.

—Carter no se anda por las ramas, si hubiera tenido que apartarme de ti, lo habría hecho, puede mover los hilos y nos apreciamos mutuamente.

—Ese hombre nos ha apoyado en multitud de ocasiones.

Erin asintió. Aunque el detective de la policía no se lo había dicho con esas palabras, había dicho que Security Ward había colaborado con el departamento en varios casos.

—Ashton Fenn, ¿es el mismo Ashton que ha nombrado tu hermana?

Ello lo miró levantando una ceja.

—Yo también investigo y el teniente Fenn no se iba a librar —admitió encogiéndose de hombros.

—Nadie en el departamento lo sabe.

—Y por mí seguirá igual. Pero no comprendo que no esté contigo ahora. Se supone que tenéis los mismos descansos...

Ella frunció el ceño.

—Ah, no. Ya no estamos juntos.

¿Se lo había parecido a ella? o él había dejado asomar un ligero signo de alivio en su rostro.

—Me alegra saber eso. Digamos... que no me gusta la competencia.

—¿Qué competencia?

—La de la conquista, por supuesto —soltó él riéndose.

—¿Estamos en la edad media o algo así?

—Solo estaba bromeando, Erin.

Ella se relajó.

—¿Sabes? Has tenido un aterrizaje un tanto extraño y, ¿aún te quedan ganas de bromear?

—Lo superaré, tengo la conciencia tranquila.

—Quiero ser sincera contigo —dijo parándose frente a él—. No acostumbro a pasear con un hombre que es sospechoso de algo tan grave como de lo que se te ha acusado. No te voy a mentir, las pruebas te hacen culpable y tanto mi compañero como una gran parte del departamento te tienen en el punto

de mira. Pero mi intuición me dice que hiciste lo que dijiste que habías hecho, tener una noche de sexo y ya está.

—Lo sé.

—Ella era muy joven...

—Iba muy maquillada y al día siguiente, y puestos a ser sinceros, me asusté. Le pedí la documentación y ella se puso furiosa. Después se largó en el taxi, como ya sabes, y no supe nada más de ella. Verme involucrado en esto no es plato de buen gusto. Así que agradezco que me creas.

—Creo a Carter —apuntó.

El teléfono de Erin sonó en su bolso. Seguramente era su hermana para saber si todo iba bien.

Pero se sorprendió al ver el nombre de Ashton en la pantalla. Era su noche libre, si realmente tuviera que acudir al trabajo, primero le enviaría un mensaje, como siempre hacía. Así que cortó la llamada.

—¿No contestas?

—No —dijo escueta.

—Ya hemos llegado —dijo Elijah señalando una entrada unos metros más adelante.

—Así que vives aquí.

—Así es.

Los dos miraron disimuladamente por encima del hombro del otro.

—No veo a nadie.

—Yo tampoco —dijo él.

## Capítulo 20

Elijah había llegado a ver el nombre de Ashton en la pantalla del móvil de Erin, y que ella no hubiera contestado le acababa de dar una buena excusa.

—¿Quieres subir a tomar algo? Prometo llevarte a casa después.

Ella frunció el ceño.

—Mándale mi dirección a tu hermana —ofreció él.

—No hace falta. No voy a subir.

La decepción anidó en su pecho. Pero, por otro lado, lo comprendía.

—Nuestra estrategia no ha dado resultado —apuntó.

Y se alegraba. Que ella quisiera ponerse en el punto de mira de ese tarado no le había hecho ninguna gracia.

—No, pero la investigación sigue abierta, daremos con el culpable.

—No lo dudo.

En ese momento un rayo atravesó el cielo y unas gotas enormes cayeron sobre ellos.

—Voy a pedir un taxi.

—Te vas a empapar. Deja que te lleve a casa. —Levantó las dos manos—.

Prometo no propasarme.

Eso la hizo sonreír.

\*\*\*

Estaban llegando a su casa cuando recibió un mensaje.

«Erin, salgo hacia tú casa, tenemos datos nuevos sobre el caso Lonely».

Guardó el teléfono en su bolso y miró a Elijah.

—Gracias por traerme. Es aquí. —Señaló una esquina.

—De nada, ¿te puedo pedir un favor?

—No te aseguro nada. —contestó sorprendida por la petición.

—Me gustaría saber cómo va la investigación...

—Te contaré lo que pueda, pero ya sabes que hay detalles que no puedo explicarte.

Elijah, cogió su mano y besó la parte interna de su muñeca.

—Aceptaré lo que quieras darme.

Y eso parecía tener un doble sentido.

—¿De qué estamos hablando? —preguntó cauta y sonriente.

—No suelo ser tan directo, pero nunca dejé de pensar en ti, me gustas.

Perfecto, ella también podía ser sincera.

—Y tú a mí, pero...

—Sigo siendo sospechoso de un caso abierto —terminó él.

—Sí, y eso es algo a tener en cuenta.

—Tengo que irme —dijo separándose y buscando una tarjeta en su bolso—.

Ten, es justo que tengas mi número, yo tengo el tuyo.

—Gracias por la confianza, lo usaré con respeto —prometió Elijah.

Ella sonrió y cuando iba a abrir la puerta para salir vio a Ashton esperándola a unos metros de su portal.

—Espero que al menos me deje cambiarme —murmuró bajo.

—¿Quién? —preguntó Elijah.

—El teniente Fenn me está esperando —señaló—. En la esquina.

Elijah se puso de lado y la miró.

—¿Tienes que ir a trabajar?

—El deber me llama —señaló a Ashton con la barbilla.

Elijah frunció el ceño.

—¿Vivís juntos aun?

—¿Qué? No. Solo ha pasado a recogerme.

—¿Lo hace a menudo?

—No, solo cuando hay prisa.

—Él es...

—¿Por el que aposté que iba a tener una relación seria? Sí.

—Pero salió mal.

—Muy mal.

Elijah cogió su barbilla y se acercó lentamente, dándole la opción a apartarse. Pero no lo hizo, quería ese beso y él no la decepcionó. Fue suave al principio y cuando su lengua invadió su boca un deseo, que hacía tiempo que no sentía, se instaló en su organismo.

Ella llevó la mano a su nuca y apretó profundizando el encuentro. Su lengua la acariciaba y era exigente al mismo tiempo.

Tenía que parar o le daría alas para llegar a algo más y, de momento, eso era imposible.

Ashton pareció darse cuenta de que ella estaba en el coche con Elijah y anduvo derecho hacia ellos.

—Esto va a ser divertido —susurró Elijah.

—No lo creo —contestó ella.

Bajó la ventanilla.

—Me alegro de verte, teniente —Elijah lo tuteó intencionadamente.

—Señor Cranston.

Ashton lo saludó, pero no se acercó más, su mirada la estaba taladrando.

—Adios, Elijah. —Salió del coche y miró a Ashton—. Bajo en diez minutos.

—Te he avisado hace un rato —le recriminó él.

Ya había empezado a caminar, pero se giró.

—Era mi noche libre, pero estoy aquí, ¿no?

Ashton asintió sin dejarse engañar, estaba segura de que los había visto besarse. Y lo cierto es que a ella no le importaba. Se había portado como un cerdo, no podía esperar ningún miramiento ni respeto por lo que habían tenido una vez. Y mucho menos por lo que había hecho.

«Que te jodan, Ashton».

Subió a su piso y se puso unos vaqueros y una camiseta de manga larga,

sacó su arma de la caja fuerte y se puso una cazadora negra.

Cuando salió solo estaba Ashton con cara de pocos amigos.

—Es un sospechoso, ¿qué coño crees que estás haciendo?

Erin se metió en el coche.

—¿Qué crees que estás haciendo tú? ¿Me pides explicaciones?

—Esto no es personal...

—¿Estás seguro?

—Joder, Erin. No lo conoces, no sabes...

Erin soltó un bufido.

—Lo conozco más de lo que crees.

—¿Qué?

—Tenía una vida antes de liarme contigo y descubrir que eras idiota. Y ahora, si no te importa. ¿Me puedes informar de lo que pasa?

Ashton se incorporó en su asiento y miró al frente.

—La cagué, Erin.

—A lo grande, Ashton. Te he hecho una pregunta.

Él entornó los ojos y arrancó el motor.

—Otra chica asesinada.

—¿Qué?

—Del mismo modo, en diferente lugar. Y parece ser que nuestro sospechoso tiene coartada.

—La tiene.

—No sabes cuánto me alegro —masculló Ashton.

Erin lo observó mientras conducía.

—Ashton, los dos sabemos que Elijah no tiene nada que ver con esto.

—Yo no estaría tan seguro. Uno de los agentes me ha enviado esto.

Toqueteó el móvil con una mano mientras que con la otra sujetaba el volante, iban despacio, pero Ashton miraba la calle y el móvil de manera alternativa.

—Léelo.

Cogió el teléfono y miró la fotografía de una nota escrita a mano con letras mayúsculas.

—«Eres el último, Cranston. Pagarás por lo que hiciste» —leyó ella en voz alta.

—Es mucha casualidad, ¿no?

—Ese tío intenta involucrarlo en los asesinatos —lo defendió sin saber muy bien por qué.

—Eso parece, pero ¿por qué? ¿Qué es lo que hizo para cabrear al asesino? ¿Y qué culpa tienen esas mujeres?

—Tendremos que volver a hablar con él.

Ashton asintió.

—Primero vamos a ver el escenario, en esta ocasión ha sido en casa de la víctima.

—¿En casa de la chica?

—Sí, vivía sola.

Cuando llegaron aparcaron cerca del bloque de apartamentos de Brooklyn, en donde habían pasado los hechos. El juez estaba entrando en ese momento y los del CSI tenían su vehículo fuera.

—¿Es Carter? —preguntó Ashton señalando al viejo policía.

—Sí, hablé con él. Supongo que ha estado al tanto de la investigación.

—¿Por qué se interesaría en este caso?

—Porque conoce a Cranston.

Ashton chasqueó la lengua.

—Parece que el niño bonito tiene amigos en todas partes.

—Eso parece, lo cual le hace ganar puntos, ¿no crees? —bajó del coche sin esperar contestación.

—Detective Carter —saludó a su antiguo jefe.

—Inspectora Weston, espero que no te moleste que esté por aquí.

Se estrecharon la mano.

—No, al contrario, siempre es bueno contar con su experiencia.

Ashton se acercó también.

Detective —dijo a modo de saludo—. Vamos inspectora.

El escenario era el mismo, sí. En un piso distinto pero el mismo. La chica tenía marcado el abdomen con la palabra «Mía» y estaba atada en ropa interior a la cama. Tenía moretones y un brazo parecía roto.

—Luchó —acertó a decir.

—Joder, hay que pillar a ese cabrón. Salgamos de aquí.

Ashton pidió el informe que uno de los agentes tenía con los datos personales de la chica, según los documentos que estaban en su bolso.

Cuando se reunieron de nuevo con Carter, este los miró ceñudo.

—Según los testigos vieron al mismo hombre, ¿verdad?

—Sí, aunque, a estas horas, pocos había. La descripción es la misma, un tipo alto y rubio, con los ojos claros y vestido con ropa vaquera de arriba abajo.

En el momento que vio el nombre de la chica se le ocurrió algo.

—Voy a llamar a Cranston —dijo sacando el teléfono de su bolsillo—. Tenemos que saber si la conoce cuanto antes.

—Buena idea —dijo Carter.

—¿Tienes su número en tu agenda? —preguntó Ashton molesto.

—Sí, lo copié de su informe.

La mirada severa de Ashton no tuvo ningún efecto en ella mientras le daba al botón de llamada.

—Habla —Erin se apartó el teléfono de la oreja y lo miró frunciendo el ceño.

—¿Elijah Cranston?

—¿Erin?

—Sí.

—Lo siento, creí que era alguien del trabajo. Ni he mirado la pantalla.

Oía los coches en la calle, ¿aún no había vuelto a casa?

—Tengo que preguntarte algo —continuó.

—Dime.

—¿Conoces a una chica llamada Claudia Fanning?

—Sí, trabaja como secretaria en el taller de una amiga.

Erin suspiró.

—Siento decirte que es otra de las víctimas.

Él no dijo nada, Erin solo oía el sonido de fondo.

—¡Joder! —dijo de repente.

—Lo siento.

—Creo que el teniente Fenn y tú deberíais venir a mi piso, hay algo que vais a querer ver.

## Capítulo 21

Elijah vio llegar a Erin y a ese teniente mientras hablaba con Slade. La policía estaba reuniendo pruebas en su piso y él estaba en la calle con Slade. Se sorprendió al ver a Carter salir por la puerta trasera del coche que conducía Fenn.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella al verlo.

—Alguien ha entrado en mi apartamento.

—¿Estás bien? —preguntó Carter.

—Bien, me alegra verte, detective.

—Carter —Slade estrechó su mano después de él.

—Voy a hablar con esos agentes —dijo Ashton Fenn que parecía no querer ni mirarle a la cara.

—¿Por qué no me has llamado? —le recriminó ella.

—Porque acababais de marcharos, tenías trabajo.

—Aún no sabemos si esto tiene alguna relación con lo que está pasando —comentó Slade.

—Señor Ward, ¿sigues sin dormir nunca? —preguntó Carter sonriendo.

—Con un ojo abierto, ya sabes.

—¿Claudia ha sido asesinada? —preguntó Elijah sabiendo la respuesta.

Erin lo miró y sopesó lo que podía contar o no.

—De la misma manera que la señorita Lonely. —Carter se adelantó a ella contestando.

—Mierda, era una buena chica. Lorraine no se lo va a tomar nada bien. —dijo apenado.

—¿Quién es Lorraine? —preguntó Erin.

—Mi vecina, ella posee el taller de motos para el que Claudia trabajaba como administrativa.

—¿Tuviste alguna relación con ella? —preguntó Carter salvándola así de tener que hacer ella la pregunta.

—¿Con Claudia? Sí, hace unos meses, pero fue algo fugaz y sin compromiso.

Elijah entrelazó las dos manos en la nuca. Y soltó el aire, ¿qué coño estaba pasando? Erin parecía mirarlo con reprobación en la mirada. Joder, tenían que hablar. Al fin y al cabo, ella también buscaba rollos de una noche, ¿Por qué coño lo miraba así?

—Hay algo que deberías saber —dijo ella en ese momento.

—¿Hay más?

—Sí, el asesino de la señorita Fanning dejó una nota, decía que ibas a pagar por lo que habías hecho y que eras el último.

Todos fruncieron el ceño.

—¿Pagar? No sé de qué está hablando ese tarado.

—Parece que hay más. —Fenn se puso a su lado y le mostró una bolsa transparente con una nota dentro.

—«No podrás librarte de esto» —leyó en voz alta el teniente.

—Perfecto —dijo él cabreado.

—Tenemos a un tío imitando a un asesino en serie que está en el corredor de la muerte y que se ha propuesto involucrarte a ti en los asesinatos recientes. No lo está haciendo muy bien. —Carter parecía pensar en voz alta.

—A no ser... —comenzó Fenn.

—... que no le importe ser descubierto. Solo quiere hacerte daño, Elijah. ¿Hay alguien más a quien debemos proteger? —terminó ella.

Él la miró. Debería decirle que..., a ella; que seguramente, ese tipo los habría vigilado en algún momento, ahora o con anterioridad, pero no iba a ponerla en ese compromiso ante los otros hombres. Slade ya sabía la historia y por el rabillo del ojo pudo ver como lo miraba.

Sacó su teléfono móvil y envió un mensaje.

«Tenemos que hablar».

Observó disimuladamente a Erin y la vio escribir. No lo miró y él no buscó el mensaje.

—¿Te han tomado declaración? —preguntó Carter.

—Sí.

—¿Faltaba algo en tu apartamento?

—En un primer momento no he entrado para facilitar la labor de los agentes, pero después de echar un vistazo rápido creo que no, solamente estaba todo revuelto. Y esa nota ni siquiera la he visto.

—Estaba en el buzón.

Por eso no la había visto, tenía memoria fotográfica, se habría dado cuenta de que había algo fuera de lugar, de la misma manera que sabía que el idiota había movido un cuadro.

—No trabaja solo —decretó Slade.

—Cuando sepamos la hora exacta de la muerte de esa chica, sabremos si está solo o no. —El tono de Fenn no era nada amigable, ese tío tenía serias dudas sobre su inocencia.

—Quiere poner todos los focos sobre ti, así que adivino que primero mató a la chica y después hizo esto para exponerte.

—Tenemos que irnos —anunció Fenn.

Se despidieron y Erin le echó una última mirada.

Una vez en el departamento entraron en el despacho del teniente. No se habían dirigido ni una sola palabra, aunque Ashton sí le lanzaba miradas de soslayo.

—¿Me quieres explicar por qué os he encontrado juntos?

—Ayer fue el cumpleaños de Dana, fuimos a cenar y a bailar, no hay más explicaciones.

—¿Y él estaba allí?

—Sí.

Ashton dejó caer los papeles que llevaba en la mano sobre la mesa.

—Eres una inconsciente, Erin.

—Te lo voy a decir otra vez solo para que quede claro. Conozco a Elijah desde hace tiempo, ¿estamos?

—¿Desde cuándo? —preguntó confundido.

—Desde antes de liarme contigo.

Ashton se sentó en su sillón y se pasó la mano por el pelo.

—Así que lo nuestro fue un lío.

—Lo fue, solo tienes que echar la vista atrás, volviste a ella.

Ashton levantó la cabeza.

—Fue un error, ya te lo he dicho muchas veces.

—Un error con consecuencias, unas consecuencias que debes asumir.

—No tengo porqué renunciar a ti. Voy a ser padre, pero no volveré con Alix.

Erin apoyó las manos en la mesa acercándose un poco más a él.

—¿Y ella lo sabe, Ashton? ¿Sabe que le vas a dar patada en cuanto nazca vuestro hijo?

—No he hablado con ella aún. Pero lo haré, le hablaré de ti.

Erin estaba cada vez más furiosa. Ningún hombre, por muy atractivo que fuera, tenía derecho a jugar con los sentimientos de las personas.

—No lo hagas. Me hiciste demasiado daño y conmigo no tienes ninguna oportunidad. Respeta al menos su embarazo, pero si decides dejarla no me metas a mí. Tú y yo no somos nada, ¿lo has entendido?

Ashton se levantó de golpe.

—Y todo esto por un tipo con una más que dudosa reputación.

—Eres tú el que se está poniendo nervioso.

—Te quiero, Erin.

Ella dio un paso atrás hacia la puerta.

—No eres más que un hipócrita. No te preocupes, hay muchas mujeres dispuestas a caer a tus pies sin que a ti te importe el daño que puedas hacer. Olvídame, Ashton. Si no eres capaz de aceptarlo hablaré con Wilson.

Él adelantó un paso.

—¿Me estás amenazando?

—No, al contrario que tú, no quiero lastimar a Alix. Pero si me obligas, todo el departamento acabará enterándose de que estabas conmigo mientras ella decía a los cuatro vientos que íbais a ser padres.

—No creo que eso te convenga.

—No tengo nada que perder. Mi reputación se verá afectada, pero tú serás el cabrón que te acostabas con dos mujeres al mismo tiempo y después de dejar embarazada a tu ex te deshaces de ella.

Ashton giró sobre sus talones y fue a sentarse de nuevo.

—Ve a casa, estás cansada.

—Es lo que iba a hacer, en unas tres horas estaré de vuelta.

Estaba saliendo de la ducha cuando sonó el timbre de su apartamento. Sabía que era Elijah, ella misma lo había invitado a ir cuando le había enviado el mensaje. Se puso un albornoz y corrió hacia la puerta.

—Hola —saludó haciéndose a un lado—. Pasa.

—Gracias.

Le señaló el sofá.

—Sé de qué quieres hablarme —comenzó ella.

—Puede que estés en peligro.

—Lo sé. En cuanto has dicho que estuviste con la última víctima hace unos meses, he sabido que yo estaba entre esas fechas.

—Lo siento.

—No, no lo hagas, voy a dejar el caso —soltó de golpe.

—¿Qué? ¿Ha sido Fenn? ¿Te ha dejado fuera?

—No, lo he decidido yo. En el trabajo somos incompatibles. Pediré el traslado.

Él levantó una ceja.

—¿Quieres un café? —preguntó ella cambiando de tema.

—Sí, te ayudaré.

La siguió a la cocina.

—¿Y no puedes simplemente pedir un cambio de compañero? No serías la primera que lo hace... espera, ¿te está acosando?

El tono de voz de Elijah se hizo más grave.

—No, es... complicado.

—Cuéntamelo.

—No, no estoy preparada.

—Supongo que no tiene nada que ver con el trabajo, fue por vuestra relación personal.

No contestó mientras servía las tazas y él las ponía sobre la mesa.

—Y tú, ¿qué piensas hacer? —le preguntó sentándose frente a él.

—Mi capitán ha decidido desempolvar todos los casos en los que he participado, operaciones encubiertas, privadas o los casos en los que he ejercido como guardaespaldas. Tiene la certeza de que es una venganza.

—Tiene toda la pinta, sí.

—Por mi parte voy a llamar a mis excompañeros del DEVGRU, estuvimos juntos en Kabul y otros enclaves bélicos. aunque no creo que eso sea relevante, no quiero dejar ningún cabo suelto.

—Te puedo ayudar con eso.

—Te lo agradezco, pero si estás fuera del caso te podrías meter en un buen lío.

—Eso déjalo de mi cuenta.

Elijah la miró serio.

—Si no me trasladan enseguida pediré una excedencia. He trabajado duro, me lo deben.

Elijah estudió su rostro.

—¿Por qué lo haces? Lo de querer ayudarme.

—Porque te lo debo, fui una idiota...

—No me debes nada...

—Nunca debí alejarme de ti, pero me asustabas.

Elijah puso una mano sobre la de ella.

—Nunca hice nada...

—No, no es eso.

Elijah esperó a que hablara.

—Ibas a los bares a buscar compañía femenina, yo solo era una más y eso no me daba confianza.

Él ladeó un poco la cabeza.

—¿No hacías tú lo mismo? En una ocasión me dijiste que cuando no coincidíamos encontrabas hombres más que dispuestos.

Ella sonrió. Sí, recordaba esa frase.

—Te mentí.

—¿En serio?

—Volvía a casa con la esperanza de encontrarte el siguiente fin de semana.

Ahora fue él el que sonrió.

—Tengo que confesar que sí hacía eso, buscar sexo de una noche, pero cuando te conocí nunca más busqué a otra.

—Hasta que lo dejamos.

—Fui varias veces al pub por si te arrepentías, pero nunca te encontré, con la única chica que estuve fue con Anne Lonely después de ti.

Ella lo miró a los ojos.

—Lo siento, no fui sincera contigo y me enamoré del hombre equivocado, supongo que buscaba estabilidad, pero no lo conseguí.

—¿Qué pasó?

Se lo podía explicar, ¿verdad? Podía confiar en él en esto, Elijah había demostrado que la respetaba, había aceptado sus términos y se había retirado cuando ella se lo pidió.

—Solo duró cinco meses, Ashton vino a vivir conmigo. Se había separado unos meses antes y habíamos empezado una relación que parecía sólida. Una noche, Alix, su ex, lo llamó diciendo que tenía un problema y él acudió empujado por mí; le dije que arreglaran sus asuntos de una vez y que le hiciera

comprender que ya no estaban juntos.

Vio como el semblante de Elijah cambiaba.

—Ella tenía depresión, pero cuando él volvió aquella noche me explicó que no era para tanto, que habían estado hablando y nada más.

—Pero...

—Al día siguiente ella comentó feliz que habían vuelto, le pedí explicaciones a Ashton, pero él lo negó. Hace un mes, Alix dijo que estaba embarazada y saqué sus cosas de mi casa. No lo tiene asumido y quiere que olvide el asunto porque no la quiere. Pero yo me sentí ninguneada, se aprovechó de mí y de Alix. No puedo perdonarlo y no lo quiero a mi lado.

—Te entiendo.

—Creo que ni siquiera he estado enamorada de él. Solamente me sentía sola y me aferré a un clavo ardiendo. Me equivoqué.

—Ese tío es idiota, hay que serlo para dejarte escapar.

Sonrió.

—Tú lo hiciste.

—Yo respeté tu decisión, que es distinto.

—Fui muy cortante y me disculpo.

—Si pensabas lo que pensabas de mí, no me extraña que salieras huyendo.

Se levantó y miró su móvil.

—Tengo que buscar a Lo, es una buena amiga y lo estará pasando mal con la muerte de Claudia.

Los celos volvieron a hacer acto de presencia, pero no podía pedirle a Elijah que se olvidara de todo y la aceptara. Tenía que darle tiempo.

## Capítulo 22

—¿Todo esto ha sido para vengarse de ti? ¿Los Taylor estaban detrás de todo esto? —preguntó Mara conmocionada.

—Sí, me estaban extorsionando, y también a mi familia. Nunca pensé que te buscarían, lo siento.

Mara se levantó del taburete donde había estado desayunando.

—¿Que lo sientes? Denis, nadie me dijo nada, no sabía lo que estaba pasando y de repente apareces de nuevo en mi vida.

—Tenía que sacarte de allí.

—¿Cargo de conciencia?

Denis también se levantó y dio la vuelta a la isla de la cocina.

—Nunca pienses eso de mí —tronó—. Sabes que siempre he querido protegerte, me volví loco cuando me enviaron ese vídeo y tu fotografía...

—Tienes mucho dinero, haberles pagado y me habrían soltado.

—No teníamos la certeza de que eso ocurriera.

—¿Quiénes? ¿Esos mercenarios a los que contrataste?

—Joder, Mara, no son mercenarios. Se dedican a la seguridad privada y no dudaron ni un instante en ayudarme. Sabes que la policía no hubiera movido ni un dedo. Además, parece que disfrutaste de tu encierro con Elijah.

Mara hizo una mueca divertida.

—Si disfruté o no, solo me incumbe a mí.

—Perfecto, Mara.

—Perfecto, Denis. Y ahora que está todo aclarado me largo antes de que vuelva la víbora racista.

Denis levantó una ceja. Estaba a tan solo un palmo de ella y tenía que obligar a sus manos a estarse quietas y no acariciar su preciosa melena y continuar hacia su bello rostro. Era tan bonita como recordaba y esos labios

tan llenos lo llamaban a gritos.

Su mirada se centró en ellos. Y en un arrebato, dejó de controlarse para lanzarse a coger su cara entre las manos y besarla. Para su sorpresa ella respondió, sus lenguas se encontraron enseguida y las manos de Mara se aferraron a sus brazos con fuerza. Se buscaron en todos los sentidos, con las manos, con sus labios, incluso se pegaron el uno al otro como si el tiempo se hubiera detenido, mordisqueó sus labios para volver a besarla con fuerza y finalmente ella lo empujó.

Se apartó lentamente ya que ella no había logrado moverlo ni un milímetro.

—¿Se puede saber qué estás haciendo? —preguntó Mara tocándose los labios.

—Lo siento...

—Yo no.

Él frunció el ceño.

—¿Entonces por qué estás furiosa?

—Por ella —dijo señalando la puerta.

—¿Está ahí? —preguntó sin comprobarlo.

Pero al momento escuchó un sonido bastante parecido a un sollozo. Mara asintió.

—Nadia...

—¡Olvídame! Me marcho de aquí, voy a suspender la boda. Había confiado en ti...

No pudo continuar debido al llanto desgarrado y subió hacia la habitación corriendo. Nunca la había visto así y se sintió como un verdadero cabronazo. Nadia no merecía esto.

—Tengo que hablar con ella —le dijo a Mara.

—Perfecto.

Subió a la habitación y encontró a Nadia hecha un mar de lágrimas mientras echaba ropa en una maleta rosa, bastante horrible para su gusto.

—Nadia, lo siento.

—No me digas que no es lo que parece, Denis.  
—Mara fue... tuvimos una relación hace tiempo —intentó explicarse.  
—¿Y? Yo no voy besando a mis exnovios.  
Le cogió las manos para que dejara de meter trapos en la maleta.  
—No sé lo que ha pasado, no era mi intención besarla. No ha sido nada.

\*\*\*

«No ha sido nada», Mara oyó perfectamente la frase y su mundo se vino abajo.

—Maldito seas, Denis —murmuró abriendo la puerta de entrada.

Iba a salir ofuscada cuando chocó contra un amplio pecho, levantó la cabeza y un tipo de color, tan grande como un armario, le cortaba el paso.

—Apártate, tengo que salir de aquí.

—Lo siento, señorita Lima, pero eso no va a ser posible.

—¿Cómo? Que yo sepa no estoy obligada a estar aquí.

—Tal vez debería hablar con el señor Vides.

Mara resopló.

—Mal momento.

El grandullón sonrió.

—Deje que pase la tormenta —aconsejó.

—¿Y no puedo dejarla pasar en el rellano?

Por la cara que puso el hombre supo que no lo había engañado.

—Me temo que no.

—Tengo que salir a fumar —insistió sabiendo que tenía que escapar de allí como fuera.

—Tú no fumas. Siempre odiaste el humo.

La voz de Denis a su espalda la sobresaltó.

«Mierda».

—Tengo que salir de aquí, Denis. No puedes obligarme a nada...

—Estoy esperando a que reacciones, Mara.

Se dio la vuelta y lo miró.

—¿Que reaccione? ¿A qué?

Denis dio un paso y la cogió de la mano.

—No has explotado aún, o llorado o lamentado por la situación que has vivido.

—He tenido que pasar por muchas cosas de las que tú ni siquiera te has enterado, Denis. —expuso tirando de su mano—. Porque no estabas allí para ver cómo me levantaba de nuevo, así que no me vengas con idioteces.

Miró a su alrededor.

—¿Dónde está?

—¿Nadia? Se ha ido, hay otra salida.

Puso las manos en la cintura y se encaró a él.

—¿Y no sería más lógico que me fuera yo? Esta es su casa también.

—No, no lo es. No estamos casados, aún. Por si lo has olvidado.

—T tecnicismos —argumentó ella.

—No cambies de tema, Mara.

—¿Teníamos un tema?

—Sí.

—Vendrás conmigo a Estados Unidos.

—No.

—Sí.

—He dicho que no, Denis.

—Está bien... ¿Podrías viajar conmigo a Estados Unidos? ¿Por favor?

—No.

—Joder, Mara. Sigues estando en peligro, esos tíos te buscarán.

—Sé protegerme.

—Pues no lo has hecho muy bien.

Entrecerró los ojos.

—No estaba preparada para un secuestro.

—Lo sé.

\*\*\*

Denis la observó, tenía los ojos brillantes y en su rostro se notaba el cansancio por las horas vividas. Mara era muy tozuda, al contrario que Nadia, a la que solía convencer enseguida cuando discutían. Había echado de menos estas discusiones, la pasión que Mara ponía en todo lo que ella creía justo. No debía haberla besado, pero su cuerpo se lo pedía... y lo seguía haciendo.

Se acercó de nuevo y fue cauto cuando puso una mano en su rostro.

—No se te ocurra volver a besarme.

—No lo haré... si tú no quieres.

—No soy nada para ti. No lo soy...

Y se derrumbó, se abrazó a él y lloró. La levantó pasando un brazo por debajo de sus rodillas y la llevó escaleras arriba, a la habitación de invitados. Se acostó con ella apoyada en su pecho y la dejó desahogarse.

\*\*\*

Denis la observó mientras dormía, al final a Mara le había vencido el cansancio. A pesar de los años que habían pasado, la conocía demasiado bien. Lo había pasado mal, cualquier persona se habría derrumbado, ya fuera por las horas y días pasados en ese zulo o por el alivio de haber sido rescatada y ella había tardado más, pero lo había hecho también.

—Lo siento —dijo ella moviéndose.

Observó su bello rostro cuando lo miró a los ojos.

—No lo sientas, es algo que necesitabas.

—No te has ido...

—No. Quería estar aquí. Pero me iré en unos días...

—No quiero ir a Estados Unidos.

Ella se incorporó, se apartó un poco el pelo de la cara y se apoyó a su lado en el cabezal de la cama. Él resopló mentalmente, y empezó a odiarse por lo que iba a decir:

—Mi hermana y mi madre están en Europa, ¿prefieres ir con ellas? — preguntó cauto.

—¿Crees en serio que debo desaparecer?

—Por el momento, sí.

Ella miró el blanco techo y se mordió el labio, pensativa.

—Creí que los Taylor no harían nada después de tantos años.

—Ya ves que no lo han olvidado. Y siento que hayas pagado tú mis errores.

Ella lo miró.

—¿Ahora es un error?

—No tenían que haberte buscado. Es a mí a quien quieren arruinar.

—Denis, los hundiste, ¿qué esperabas?

Él le apartó el pelo pasándolo por encima del hombro para ver mejor su rostro.

—Lo merecían.

—Has perdido mucho tiempo para una venganza, me perdiste a mí por una venganza.

—Y eso es lo que más me duele.

Mara juntó las manos en su regazo y lo miró.

—Y ahora vas a casarte.

—Sí.

—Entonces prefiero pasar una temporada con tu familia. —levantó un dedo para que la dejase continuar—. Pero solo una temporada y no muy larga. Tengo asuntos que atender aquí.

Y eso le dolió, Mara elegía estar con su familia antes que con él. Sabía que Nadia no sería feliz teniendo a Mara en su casa de Nueva York. Aun así, él hubiera vendido su alma por estar con ella un poco más. Su madre y su hermana estarían contentas de que Mara estuviera con ellas.

—Yo me ocuparé de que el albergue siga funcionando el tiempo que estés fuera.

Ella asintió.

—Debí desconfiar cuando un hombre, que venía de vez en cuando a comer, me preguntó por ti. Me dijo que te pidiera más dinero para el albergue y yo me negué. Me pareció reconocer su voz cuando me secuestraron.

—Querían atraerme.

—Eso creo, días después robaron en casa. Se llevaron las cartas, las que tú me enviabas desde la universidad.

Denis atrapó su mano y la apretó un poco.

—Estuve en casa... en tú casa —rectificó—. Sabía en dónde las guardabas y no las vi. Slade Ward tiene la teoría de que así supieron cómo llamar mi atención. Secuestrándote a ti.

—Siempre será nuestra casa, Denis —dijo apoyando la cabeza en su hombro.

—Vivimos tiempos felices allí.

Hasta que él lo jodió todo.

—Gerard Taylor murió cuando pasó lo de la explosión —prefería no decirle que Slade y su equipo lo habían eliminado.

—No me afecta, no era un buen tipo.

—No, no lo era —dijo apretando su mano.

## Capítulo 23

—Pero, ¿qué has hecho? —preguntó Eva furiosa soltando la mano de su marido que estaba de pie a su lado mientras ella permanecía semisentada en la camilla.

—¿Yo? —Brad intentaba no reírse a carcajadas.

—No creo que su marido tenga la culpa...

Eva miró a la doctora con el ceño fruncido mientras esta seguía pasando el ecógrafo por su vientre.

—Esto es una conversación privada —refunfuñó Eva.

—Señora Holmes, no puedo dejar esto ahora, será mejor que hablen en casa.

—¿Dos? ¿Dos bolsas? ¿Dos bebés? —insistió mirando a Brad.

—Efectivamente, van a ser bendecidos con dos pequeñines —aseguró la doctora concentrada en la pantalla.

Eva miró a Brad de nuevo.

—Dime que no es cierto.

—Vamos, Eva. No puedo hacer eso, mira la pantalla.

Eva cerró los ojos con fuerza.

—No...

Una lágrima escapó por el rabillo de un ojo.

—Debería ser motivo de alegría —dijo la doctora que parecía apiadarse de ella.

¿Es que nadie sabía soltar otra frase?

—Soy muy feliz —aseguró llorando.

Vio a la doctora negar con la cabeza.

Brad le limpió las lágrimas con el pulgar.

—Nena, podremos con esto, no te asustes.

—Es normal sentirse así, muchos padres se sorprenden, pero salen adelante. Yo les propongo...

Eva soltó un bufido mientras se limpiaba el gel con una toallita.

—Perdone que la corte, doctora. Pero primero nos tenemos que hacer a la idea, después ya daremos los siguientes pasos.

Se levantó, dejó que el vestido se colocara en su sitio e hizo una señal a Brad para salir cuanto antes.

—Volveré a pedir cita, gracias por todo.

Brad y la mujer sonrieron.

Una vez en el ascensor, Eva apoyó la frente en el pecho de Brad.

—Oh Dios mío, oh Dios mío, oh Dios mío...

Brad la abrazó y apenas fue consciente de que el ascensor hacía diversas paradas en su descenso.

—Eva...

—No puede ser, pero si a duras penas sé cuidar de mí misma, ¿cómo voy a cuidar de dos criaturas?

—Cariño...

—Lo has hecho expresamente, ¿verdad? Así matabas dos pájaros de un tiro.

—Shhh.

—No me hagas callar, Brad. Después de tenerlos no tendremos relaciones sexuales nunca más —continuó hablando en la misma posición—. No habrá penetración ni juegucitos, tienes que hacerte un nudo o algo así —decretó.

Alguien carraspeó y no fue Brad. Levantó la cabeza sabiendo que ahora no estaban solos, y vio a dos hombres y a una mujer observándola como si estuviera loca. Y tal vez lo estaba, pero estas personas no tenían ni la más mínima idea de cómo se sentía.

Miró a Brad.

—Mierda —vocalizó sin emitir ningún sonido.

—Cierra el pico —vocalizó él a su vez.

Cuando salieron en la planta baja ella lo miró con rencor.

—¿Por qué haces siempre lo mismo?

—Que yo sepa es la primera vez que estás embarazada, Eva. Deja de divagar. ¿Crees en serio que puedo decidir si quiero tener mellizos? —Estaba furioso.

—Sé que no es así, pero alguien tiene que tener la culpa —explicó como si eso fuera lo más natural del mundo.

Entrecerró los ojos.

—Y no me refería a eso —continuó—. Has dejado que hablara delante de esa gente.

—Te he avisado.

—¡Pues hazlo de manera que te entienda, Brad! —estalló.

Él no volvió a abrir la boca. Se metió en el coche, que ya habían alcanzado, y arrancó el motor. Ella abrió la puerta del copiloto, pero no entró.

—Me voy dando un paseo hasta la oficina, Sue estará ya allí —le dijo agachándose un poco.

Brad asintió y esperó a que ella cerrara la puerta para salir a toda velocidad hacia su despacho.

—Lo has vuelto a hacer —se reprendió en voz alta.

No había hecho nada por impedir que Brad se fuera con mal sabor de boca. Sabía que no estaba siendo racional, pero un embarazo era algo a tener en cuenta y parecía que nadie la tomaba en serio.

Debería encontrar a alguien que educara a sus hijos hasta los diez años y después que se los devolviera. Podía hacerse cargo de unos niños de diez años, ¿verdad?

Eso también lo dudaba.

\*\*\*

—Cariño, ¿qué pasa?

Sue se sentó en la silla que estaba frente de la mesa de su despacho después de ponerla frente a la que ocupaba Slade.

—No pasa nada —contestó él apartando la mirada.

Ella acunó su rostro entre las manos.

—Te conozco...

—Lo de Brasil no salió del todo bien, solo es eso.

Esta vez Sue sabía cuál había sido la operación que habían llevado a cabo, ya que Denis se lo había explicado.

—Pero la chica está a salvo.

—No por mucho tiempo si no encontramos al otro hermano y logramos detenerlo.

—Lo haréis, sois buenos en vuestro trabajo.

Slade asintió y acarició su rostro.

—Vamos a comer algo.

Sue lo miró unos segundos de más y después asintió. Algo más le pasaba y no quería contarlo, tal vez no quería que se preocupara, pero eran una pareja, él debía dejar de ser tan reservado.

Bajaron a la calle en silencio. Él cogía su mano con determinación y saludaba con la cabeza a todo el que lo reconocía. Había tenido la sede de Security Ward muchos años en el mismo edificio, unas plantas por debajo del estudio de arquitectura Wells & Hunt donde ella seguía trabajando. Los más veteranos trabajadores del edificio lo recordaban y algunos se alegraban de verlo ya fuera en el ascensor o en el vestíbulo. Y lo cierto es que no iba mucho por allí, Slade prefería ir al complejo a entrenar o a supervisar el trabajo que llegaba a sus manos.

—¿Qué coño?

Sue se sobresaltó al escuchar a Slade. Iba a preguntar cuando vio venir a Jack, el mismo que había sido su pareja tiempo atrás. ¿Cuánto tiempo había pasado desde que lo habían ingresado en un centro de desintoxicación? ¿Cinco años?

—Vámonos, cariño —pidió a Slade.

Pero él había ralentizado el paso y miraba a Jack entrecerrando los ojos.

—Vaya, mirad a quien tenemos aquí —soltó Jack Wells parándose a una distancia prudencial de Slade.

Dos tipos, o más bien debería decir, dos gorilas, se pararon justo detrás de Jack. ¿Ahora llevaba guardaespaldas? No tenía la menor duda de que su ex había cabreado a mucha gente, pero ¿hasta el punto de tener que protegerse?

—Hola, Jack —saludó ella.

—¿Qué haces aquí? —Slade había entrado en modo militar y su pregunta sonó a interrogatorio.

Ella le apretó la mano, pero solo consiguió que él la obligara a retroceder sin soltarla.

—No es algo que te importe, sigo siendo el hijo del jefe, ¿recuerdas señor Ward?

Ella miró sus ojos, parecía estar limpio y ya no estaba tan delgado, tuvo que admitir que incluso era atractivo ahora, justo como cuando ella empezó a salir con él. Aun así, sabía que Don, su padre, no estaba por la labor de darle ningún tipo de trabajo importante dentro de la empresa. O, como mucho, el empleo que tenía como diseñador. Por suerte, ella seguía estando en el ala del edificio de Hunt. Don Wells ya no iba a la oficina tan a menudo como antes, trabajaba desde su despacho en casa. Pero seguía siendo el dueño absoluto de las decisiones que se tomaban y acudía a las reuniones importantes.

—¿Sabe tu padre que andas husmeando por aquí? —preguntó Slade, aunque Sue sabía que se estaba mofando de él.

—He venido las veces que lo he necesitado y no creo que sea de tu incumbencia. —Sue supuso que tener a esos gorilas detrás le daba cierta seguridad.

Cada músculo de Slade se tensó y ella pudo notarlo a través de su mano. ¿Jack había estado en el edificio con anterioridad? No lo sabía, nadie lo había comentado.

—No te preocupes, ni siquiera me he acercado a Suemy, ¿verdad, nena?

Lo estaba provocando, y a pesar de saber que Slade tenía un férreo control sobre sí mismo no las tenía todas consigo. Slade no se echaría atrás por dos tipos enormes.

—Olvídame, Jack —dijo tirando de la mano de su hombre, aunque no lo movió ni un centímetro.

—¿Qué acabas de decir? —inquirió Slade dando un par de pasos hacia él y apartándola a ella.

Los guardaespaldas también se acercaron flanqueando a su cliente.

—Que no me he acercado a tu puta —contestó Jack petulante.

Sue abrió los ojos con sorpresa.

—Eres un idiota, Jack, nunca cambiarás. Slade, déjalo...

—No te acerques —la cortó Slade.

Acto seguido un puño aterrizó en la mandíbula de Jack. Los guardaespaldas se cernieron sobre Slade y ella chilló alejándose. La gente que estaba en el vestíbulo les dejó espacio cubriéndose la boca y exclamando, una mujer gritó que alguien llamara a la policía.

—¿Qué coño pasa? —la voz de Eva llamó su atención—. ¿Ese es Jack? ¿Ese hijo de puta?

Slade ya le había roto la nariz a uno de los gorilas y le acababa de partir el brazo al otro, el crujido del hueso la hizo estremecer mientras tiraba de Eva hacia atrás. Su amiga estaba embarazada y no quería que saliera herida.

—¡Slade! —gritó con la esperanza de que él parara antes de llegar de nuevo a Jack, pero el muy cobarde se había escabullido entre la gente.

Aunque temía por Slade buscó con la mirada a su ex. Y lo vio venir hacia ella.

—Ni te acerques, tarado.

Sue no tuvo tiempo de detener a su amiga, que yendo directamente hacia Jack y le asestó una patada en sus partes.

—¡Qué te jodan, Jack Wells, eres escoria!

Jack se tambaleó y cayó de rodillas soltando maldiciones.

—¡Sujetadlos! —Slade estaba dando órdenes a los dos hombres de seguridad que habían aparecido corriendo.

—¡Eva! —gritó Sue de nuevo al ver que ella no se había quedado a gusto con la patada e iba a por él de nuevo —¡Basta! No merece la pena.

—¡Levántate, desgraciado! —chilló Eva por encima de su hombro mientras ella la apartaba.

—Estás embarazada —dijo Sue con rabia—. Eres una descerebrada.

—No soy ninguna inútil —declaró Eva.

—Lo sé, ahora no te muevas de aquí y déjame arreglar esto. —Y sonó como las órdenes que daba Slade, pero no le importó. Eva se había puesto en peligro y eso la había cabreado más que el insulto de ese gilipollas.

Dejó a Eva y se acercó a Jack que ya se estaba levantando.

—No vuelvas a acercarte a mí ni a nadie que me importe, ¿lo has entendido? Nunca debiste salir del agujero en el que estabas.

—Vete a la mierda, nada me impedirá venir a mi puesto de trabajo.

—Vuelve a insultar a mi mujer o a provocar algo así y terminaré contigo —declaró Slade poniéndose entre ellos.

Jack sonrió.

—¿Me estás amenazando en público?

—¿Crees que toda esta gente te tiene algún respeto? ¡No te lo has ganado! Ahora lárgate por tu propio pie. ¿O prefieres que te saque yo?

Jack los miró con rabia durante unos segundos antes de retroceder y salir del edificio. Slade siguió su avance hasta que se metió en un vehículo negro.

—Sue, ¿estás bien? —preguntó preocupado volviéndose hacia ella.

—Sí —contestó seca.

Los dos buscaron a Eva que ya iba hacia ellos.

—¿Eva? —preguntó Slade.

—Estoy bien.

—¿Y embarazada? —preguntó Slade levantando una ceja.

Eva hizo una mueca. Y Sue dedujo que no había controlado su voz cuando le había recordado a Eva su estado. Slade tenía el oído fino, a veces lo olvidaba.

—Un poco.

Slade la cogió del brazo.

—No se puede estar solo «un poco» embarazada, ¿qué haces exponiéndote así?

—Suéltame, iba directo hacia Sue mientras tú jugabas con esos tipos.

—Sé defenderme sola —declaró Sue.

—¿Jugaba? ¿Y en qué momento creíste que era una buena idea empezar una pelea? —Slade le estaba preguntando a Eva demasiado cabreado.

—¿En qué momento lo creíste tú? —contraatacó su amiga— Deberías felicitarme.

—¡Eh! —protestó Sue.

Ninguno de los dos la estaba escuchando.

—Te felicitaré cuando maduras, Eva —continuó Slade— ¿Cómo piensas que se lo va a tomar Brad?

—Eres un cavernícola, solo le estaba mostrando a ese tarado una buena razón para no acercarse a Sue. ¡Te recuerdo es un gran hijo de puta y que una vez la tocó!

El rostro de Slade se volvió más severo aún.

—No hace falta que me recuerdes nada, Eva. Vamos, te llevaremos a casa.

—La voz de Slade le llegó como un lejano eco antes de atravesar las puertas.

Sue se detuvo en la acera mirando al cielo y clamando por esos dos. Eran imposibles y estaba harta de que pensaran que no podía protegerse. Así que cuando vio venir un taxi lo paró y se subió en él.

—¡Sue! —los gritos de Eva y Slade le llegaron amortiguados cuando cerró la puerta.

Dio la dirección al conductor y envió un mensaje a Eva: «Dile a Slade que estoy bien, y por favor, informa a Hunt de que seguiré mi trabajo desde casa».

Apagó el teléfono móvil y lo lanzó dentro del bolso.

## Capítulo 24

Elijah abrazó a Lo que estaba hecha un mar de lágrimas. Claudia y ella habían hecho buenas migas, aunque fueran jefa y empleada.

Lo proyectaba la imagen una mujer dura, pero él sabía que tenía un gran corazón, y el asesinato de la chica la había afectado. No le había explicado nunca que él y Claudia habían pasado una noche juntos.

Y se disponía a decirle la verdad.

Estaban los dos sentados en el sofá delante de una cerveza fría y Lo estaba apoyada en su hombro mientras él no la soltaba de su abrazo. Ni siquiera habían cerrado la puerta de entrada y podía ver su propia puerta desde donde estaba.

—Lo —dijo después de dejar que ella se desahogara.

—¿Qué? No te preocupes, estoy bien, ya puedes irte.

Casi sonrió ante la dureza de sus palabras.

—No, no es eso. Hay algo que deberías saber.

Lo se incorporó y lo miró.

—Sé que te acostaste con ella.

Elijah levantó una ceja.

—Me lo contó, Elijah. Eres un cabronazo, pero a ella le gustabas.

—No fue nada serio —se defendió—. Así lo acordamos y solo pasó una vez.

—Se quedó algo pillada. —ella lo observó con frialdad—. Le expliqué que tú actuabas así.

—¿Así? ¿Cómo? —quiso saber.

—Te acuestas con las mujeres y después las deshechas.

Elijah se pasó la mano por la rasposa barba.

—Joder. ¿Qué tiene eso de malo si las dos partes están de acuerdo? Y no

las deshecho, Lo.

Ella cogió su rostro entre las manos y lo miró a los ojos.

—¿Por qué los hombres sois tan obtusos? Que una mujer diga que le vale eso es porque, seguramente, espera que cambies de opinión, que termines enamorándote de ella.

—Ya lo sé, maldita sea, Lo.

De repente y sin esperarlo, Lo se acercó y besó sus labios dejándolo sorprendido.

—Te conozco y sé que no vas nunca con mala intención. Aun así, puedes hacer daño, Elijah.

Alguien carraspeó en la puerta y los dos se giraron. Estaban tan absortos que no se habían dado ni cuenta de que Erin los miraba frunciendo el ceño desde el descansillo. Aunque viendo la cara de Lo, ella sí la había visto.

—¿Quién es, cariño? —preguntó Lo, sin soltarle la cara.

Elijah volvió a mirar a Lo y quitó las manos de su rostro.

—No seas mala —susurró.

—¿Yo? —preguntó de manera inocente.

—Es la inspectora Erin Weston.

Elijah se levantó y se acercó a Erin.

—Hola, Erin. Ella es Lorraine Cohan.

—Lo sé. Y si no le importa, señorita Cohan, me gustaría hacerle unas preguntas acerca de Claudia Fanning, para eso he venido.

—Pase, no hay problema —invitó Lo estrechando su mano.

—Siento mucho lo que le ha pasado a su empleada —ofreció Erin.

—Gracias, merecía una buena vida, solo espero que atrapen al desgraciado que le ha hecho esto.

—Lo haremos, no lo dude.

Erin miró a Elijah.

—Si no te importa, tengo que hablar con ella a solas.

—Perfecto, ya me voy.

Elijah cerró la puerta al salir y se metió en su casa.

Se fue directo a la ducha mientras su mente no paraba de dar vueltas a los asesinatos. En realidad, debía proteger a Erin, y le daba igual que ella estuviese preparada para un posible asalto. Pero esta mujer despertaba en él sentimientos dormidos. Fue por ella que quedó abatido cuando decidió romper esa relación que tenían meses atrás, lo había aceptado, pero no podía olvidarla.

Ese cabronazo estaba siguiendo sus pasos y estaba acechando a las mujeres con las que había estado, esperaba que se detuviera a tiempo. Si lograba dar con él lo haría sufrir hasta matarlo con sus propias manos. Esas chicas no merecían terminar así. Apretó los dientes.

Maldita sea.

Estaba secándose cuando su móvil empezó a sonar.

—Slade.

—*Ya hemos localizado los números de teléfono de tus compañeros del DEVGRU, ¿los llamas tú?*

—Sí, me pongo a ello. Gracias.

Una hora después estaba desesperado. Sus compañeros, en diferentes circunstancias de la vida, estaban bien. Pero tres de ellos habían muerto, uno en un accidente de tráfico, accidentes en la montaña, incluso había un accidente doméstico por electrocución. Él solo sabía de uno y fue al funeral de Greg.

—¿Qué coño? —dijo en voz alta.

Llamó de nuevo a Slade y este le aseguró que lo haría investigar, los tres no podían haber muerto en un lapso de tiempo de tan solo cuatro años. Algo no cuadraba.

El timbre lo sacó de sus pensamientos y miró el reloj. Eran casi las once de la noche.

Cogió la pistola de encima de la mesa y ocultándola a su espalda miró por

la mirilla. ¿Erin?

Dejó de nuevo la pistola en el mueble de la entrada y abrió.

—Hola, Elijah, espero que no te moleste...

—¿Hasta ahora has estado con Lo?

Ella arrugó la frente.

—¿Eh? No, no, Hace casi una hora que me he ido, pero he vuelto...

—Ya veo.

—¿Puedo pasar?

Se apartó para dejarle paso.

\*\*\*

Erin intentó, a duras penas, apartar los ojos de ese torso bien desarrollado y perfecto, que estaba cubierto solamente con una toalla atada a las caderas. Sabía lo que era estar entre sus brazos y para qué negarlo, le había gustado mucho.

Finalmente había decidido seguir con el caso y estaba segura de que Elijah tenía mucho que ver con eso, quería verlo cada día.

—Como ya habrás notado, sigo en el caso.

Él sonrió.

—Eres adicta al trabajo, nena.

—Eso parece.

—¿Quieres tomar algo? —le preguntó él.

Técnicamente, su turno había terminado.

—Una cerveza, si tienes.

—Perfecto.

Dejó dos botellines sobre la mesita delante del televisor.

—Voy a vestirme.

Aunque intentaba comportarse con normalidad estaba nerviosa, pues cuando él había abierto la puerta su semblante no era muy amigable.

—¿Por qué has venido? —preguntó él de sopetón.

Lo miró de arriba abajo; no se había puesto camiseta y solo llevaba unos vaqueros desabrochados y los pies descalzos.

—No lo sé... —Se estaba desinflando, perdiendo el valor del que se había armado para llamar a su puerta.

Elijah se sentó a su lado y cogiendo sus piernas las puso en su regazo y empezó a quitarle las botas.

—¿Qué haces?

—Relájate, Erin.

Lo dejó hacer y ella dio otro trago a su cerveza.

—Pregunta —la animó.

Parecía que podía leer su mente.

—¿Lorraine y tú...

—No —la cortó.

—¿No? Pues ese beso.

Elijah sonrió, se estaba divirtiendo con los posibles celos de Erin y le gustaba.

—Ah, ese beso —dijo inocentemente.

No dio más explicaciones mientras empezaba a masajearle los pies.

—¿Os besáis a menudo? —inquirió pasados unos minutos.

Bien, la chica ya no podía controlar su curiosidad.

—No.

Ella soltó el aire y lo miró entrecerrando los ojos.

—Te estás divirtiendo con esto, ¿verdad?

La observó sin dejar de tocar sus pies a través de los calcetines negros. Sus ojos azules brillaban y estaba algo sonrojada, lo que le daba un aspecto adorable. Su mirada aterrizó en sus labios y en ese momento deseó morderlos. Su melena oscura era muy lisa y el flequillo ladeado le daba a su ovalado rostro una marca personal que le gustaba.

—Te lo voy a preguntar otra vez.

—¿El qué? —preguntó ella.

—¿Para qué has venido, Erin?

El color de sus mejillas subió varios tonos y desvió la mirada.

—Quiero estar contigo... esta noche.

—Eres una mujer necesitada —bromeó a pesar de que lo había sorprendido con su sinceridad.

Ella recogió los pies y después se levantó.

—No voy a suplicar, si es eso lo que esperas...

Pero no pudo continuar, ya que él ya había atrapado su boca y la tenía firmemente inmovilizada entre sus manos, que habían aterrizado en sus caderas. La deseaba, y la deseaba ya.

—No esperaba ninguna súplica —dijo él mordiendo su labio inferior sin apretar del todo.

—Bien, porque no lo iba a hacer —dejó claro.

Elijah ya estaba tirando de su camiseta hacia arriba con una sonrisita de suficiencia en la boca y siendo consciente de que ella la veía.

—Vamos a pasarlo bien, nena. Solo eso.

La vio fruncir el ceño, pero no le importó. No le iba a poner las cosas fáciles. Quería sexo y lo tendría. No iba a volverse loco por eso, Erin ya había decidido por los dos una vez.

Cuando se sacaron toda la ropa y quedaron completamente desnudos, la obligó a sentarse en el sofá y él se arrodilló entre sus piernas.

—Me gusta tu cuerpo. —Deslizó un dedo entre sus pechos y siguió avanzando hasta el ombligo—. Lo he echado de menos.

Con las otras mujeres iba al grano; descargaba sus frustraciones y necesidades básicas y no miraba atrás. Pero Erin era distinta, la única que había mantenido su interés. También la única que lo había rechazado, dejando a un lado a Pam.

Su ego masculino clamaba venganza, pero con Erin era difícil, complicado e inaceptable. En definitiva: su maldito ego era bastante idiota.

—¿Piensas torturarme? —Erin lo miraba entrecerrando los ojos.

Elijah salió del trance en el que se encontraba y se centró en lo que tenía delante: un cuerpo tentador, en buena forma y delicioso.

—Tal vez —contestó sonriendo de lado.

Besó su vientre y deslizó la lengua hasta su pubis depilado. Separó un poco más sus muslos con las manos y besó su sexo con avidez. Un gemido de Erin lo animó introducir un dedo en su interior y después otro. Ella se arqueó apoyando las manos en su cabeza.

—Oh, sí —susurró.

Utilizó la lengua como sabía que a ella le gustaba y no dejó que estallara en su boca. Así que cuando ella protestó, porque él separó la boca de sus íntimos pliegues, le dedicó una sonrisa y posicionándose la embistió. Al momento se dio cuenta de que no había usado protección y enterrado en ella la miró.

—Siempre uso protección, estoy limpio.

—Yo también... sigue.

Salió de ella lentamente y volvió a entrar de igual manera. Hizo rodar las caderas y observó el rostro de Erin. Nunca se cansaría de mirarla; era preciosa. Y ahora se estaba retorciendo, esperando que él la llevara muy lejos.

Lo cierto era que él estaba igual de desesperado y comenzó a aumentar su ritmo bombeando mientras ella se incorporaba y lo abrazaba para besarlo, sus alientos se mezclaron y cuando notó que ella estaba a punto, la besó con fuerza.

—Ya... —Erin no pudo seguir hablando, el orgasmo la envolvió de inmediato.

—Sí, nena.

Logró aguantar un poco más sin dejar de moverse dentro de su cuerpo y también dejó que el placer lo alcanzara.

Los gemidos mezclados llenaron el salón y sin salir de ella los posicionó a los dos en el sofá. Ella debajo y él encima apoyando los codos a cada lado de su cabeza.

—¿Estás bien? —preguntó apartando un largo mechón de pelo de su rostro.

—Sí. —Su voz era débil, pero la acompañó de una preciosa sonrisa.

Quería decirle que la había echado de menos, pero las palabras se quedaron atascadas en su garganta, no estaba seguro de ser correspondido. Dejó correr el pensamiento y la besó. Tal vez era la mejor forma de demostrárselo sin hablar.

Erin acarició su rostro, en su mirada había algo que no supo descifrar.

—¿Estás segura de que todo va bien?

Puso las manos sobre su pecho y lo empujó levemente, él se apartó saliendo de ella.

—Necesito ir al baño.

Él asintió.

—Es esa puerta —dijo señalando detrás del sofá.

## *Capítulo 25*

Erin entró en el baño y abrió la mampara de la ducha directamente. Necesitaba despejar la mente. Decirle a Elijah lo último que habían descubierto en el departamento y esperar que él quisiera protegerse. Ese hombre ya tenía nombre y apellido y lo próximo sería ir a por Elijah o a por alguien de su entorno. Y en eso estaba ella incluida, se había arriesgado a venir sabiendo que el asesino podía verla. Ashton la había advertido y ella había hecho caso omiso.

Elijah la atraía demasiado. Y, aunque se le había pasado por la mente, no, no era por joder a Ashton. Elijah le gustaba de verdad. Cuando lo había visto en el avión, justo antes de su detención, no había podido evitar sentir algo, aparte de darse bofetadas mentales por haberlo dejado escapar.

Y ahora, él estaría en todo su derecho a esquivarla, a acostarse con ella y seguir con su vida. De hecho, él era más distante en estos momentos.

Se secó con una toalla que encontró en una estantería y salió al salón de nuevo. Pero él no estaba. Giró sobre sí misma y contempló el ático.

Aparte del sofá y una gran pantalla de televisión, no había demasiados muebles; la mesita delante del sofá y una cajonera en un rincón. Todo era moderno y sencillo. Vio unas escaleras metálicas al fondo de un corto pasillo e imaginó que estas llevaban a los dormitorios, si es que había más de uno.

Se dispuso a vestirse de nuevo. Su ropa, que había estado tirada en el suelo, ahora se encontraba apoyada en el reposabrazos del sofá. Echó de menos poder cambiarse la ropa interior, pero tuvo que conformarse.

—Erin, ¿quieres un café?

—Sí, gracias.

Lo acompañó a la cocina y se sentó en un taburete alto. Estaban rodeados de muebles metalizados y tan limpios que dudaba que Elijah utilizara esta

estancia para algo más que hacer desayunos.

—No debiste haber venido —dijo él mientras preparaba la cafetera.

Ella se envaró a su espalda, pero al momento comprendió que Elijah lo decía preocupado.

—Lo sé.

—Puede estar vigilándome y haberte visto entrar.

—Eso también lo sé, Elijah. Pero si está pendiente de mí, tal vez no busque a nadie más.

Elijah se giró de golpe.

—¿Te has puesto en peligro conscientemente? —pregunto con voz ronca y reteniendo una furia que se reflejaba en sus ojos.

Ella se tocó el cabello húmedo y lo retiró hacia su espalda por encima de los hombros.

—No soy tan idiota, Elijah. —Aspiró y se apretó las sienes con la punta de los dedos.

¿Por quién la había tomado?

—Eso ya lo sé. Pero no ha sido la mejor idea.

—No te parecía una mala idea hace media hora —contraatacó.

—Estaba distraído. —Elijah atrapó su barbilla entre los dedos haciendo con el gesto que sus ojos se encontraran.

—Te distraes mucho. ¿Debemos proteger a Lorraine Cohan?

—¿A Lo? Solo si corre peligro por ser mi vecina.

Se apartó echándose hacia atrás, los dedos de Elijah quedaron suspendidos en el aire. ¿Qué significaba esa «Lo» para él?

—¿Tú vecina... y amante?

—Mi vecina, que también es amiga y un grano en el culo. A la que, por cierto, aprecio. Llevamos viviendo, puerta con puerta, cuatro años. Y he sido testigo de todas y cada una de sus conquistas, entre las que no me hallo por tener polla.

Erin estaba escuchando atentamente cuando por fin digirió la última frase.

—Sí, Erin. Es lesbiana. Una lesbiana con muy malas pulgas, por si sirve de algo.

Soltó el aire y al momento se dio cuenta de que él sonreía petulante.

—Eres...

—Me divierte verte algo celosa.

Ella levantó una ceja.

—¿Celosa?

Elijah soltó una carcajada y ella no pudo reprimir soltar otra. Pero al momento se miraron de nuevo sentados como estaban frente a frente.

—Esto es algo serio.

Sabía que él hablaba del caso.

—Lo sé.

—Quiero que te sientas protegida y me gustaría ser yo el que lo haga.

Ella resopló.

—Elijah, él va a por ti y hay algo que tienes que saber. La investigación avanza.

Él permaneció en silencio.

—La base de datos ha arrojado un nombre —continuó Erin—. Después de encontrar ADN en la escena del primer crimen...

—Parecía ser cuidadoso con eso —la cortó.

—No del todo, aunque casi lo consigue. Estornudó o tosió sobre una toalla que estaba escondida detrás de un armario en el baño del piso. A un novato del CSI le dio por examinar la toalla, que aún tenía humedad al permanecer arrugada, y en ella había saliva. Imaginamos que su intención era llevársela, pero la olvidó. Dimos por sentado que llevaba algún tipo de mono, los pies cubiertos, igual que el cabello y las manos. Y mascarilla, ya que no se encontraron huellas ni pelos ni restos biológicos.

—Dicen que no existe el crimen perfecto —apuntó él.

—No, no existe. Gabriel Russo, ¿te suena?

No debería darle esa información, pero tal vez Elijah reconociera el

nombre, aunque lo encontraba poco probable.

—No, aunque no es la primera vez que oigo ese apellido.

—No damos con él. Fem ha estado levantando ampollas por todo el departamento y cabreando a los investigadores, pero no hay más datos que su nombre y una antigua dirección en la que, por supuesto, ya no vive desde hace años.

—Si alguien de tu departamento accedió a mis datos, que era información clasificada, pueden dar con él.

Había cierto resentimiento en su tono, y ella lo comprendía.

—Esperemos que lo hagan —contestó sin dar mayor importancia.

—Russo...

Percibió como los engranajes en la cabeza de Elijah funcionaban a toda pastilla.

—¿Sabes...

Cerró la boca cuando vio como la sangre abandonaba su rostro.

—Mierda... ¡Joder! —exclamó él dando un golpe en la barra y levantándose de golpe—. Déjame hacer una llamada.

Cuando él salió de la cocina no quiso seguirlo al salón. Prefería darle privacidad, si ella había confiado en él, esperaba que él también lo hiciera con ella.

No tardó ni cinco minutos en volver a entrar.

—Bien, creo que hay algo que debes saber —anunció él—. Y también es información clasificada, así que tendrás que fingir que la has encontrado por tu cuenta.

—No hay problema. —aunque no tenía muy claro cómo ella podía acceder a algo así y después decir que lo había encontrado.

—Yo pertenecía al equipo DVGRU...

—Sí, lo sé.

—No sé si estamos hablando del mismo hombre, aunque me temo que sí.

—¿De quién?

—Jonas Russo era el padre de Gabriel. Un ingeniero atómico que desarrolló un arma muy destructiva, estallaba a cien metros sobre el nivel del suelo y podía matar en el acto a las personas que estuvieran a diez kilómetros a la redonda y causar numerosas bajas entre las que estuvieran a la intemperie en un radio de veinte kilómetros, el resto moriría por la radiación en unos pocos meses.

—Dios mío...

—Quiso vendérsela al gobierno, pero el Pentágono no lo tuvo en cuenta y la rechazó por el Tratado de No proliferación de armas nucleares, ya sabes, lo que después se ha llamado «Tratado sobre la Prohibición de las Armas Nucleares».

—¿Y qué pasó?

—Lo obligaron a desmontar el tinglado que tenía en una nave a las afueras de Chicago y lo mantuvieron bajo el radar mientras salía el juicio por haber robado material peligroso. Hasta que, de pronto, desapareció durante unos días. La CIA lo encontró al cabo de una semana en China y las sospechas se dispararon. Estaba intentando vender su proyecto.

—¿Lo detuvieron?

Elijah, que permanecía de pie, apoyó los puños en la barra y la miró a los ojos.

—Nos ordenaron, a tres de mi equipo y a mí, asesinarlo. Joder, Erin, yo apreté el gatillo.

—Mierda, ya tenemos el móvil...

—Sí, nena. Pero esto no termina aquí. He intentado contactar con los miembros de mi equipo y los tres que vinieron conmigo están muertos.

—¿Qué? ¿Asesinados?

—Accidentes fortuitos o eso parecía, pero sabiendo lo que sabemos, la respuesta la tendremos cuando esos accidentes sean investigados a fondo. Yo solo me relacionaba con Greg y tuvo un accidente en la montaña. Con los otros no volví a tener relación después de aquello.

—Deberías darme sus nombres...

—Y lo haré.

Fue a la nevera y sacó otro par de cervezas.

—¿Por qué has intentado contactar con tu antiguo equipo justo ahora? — preguntó cuando él se sentó otra vez frente a ella.

—Porque cuando recordé la nota en la que ponía que yo era el último, pensé en ellos. Mi jefe me ayudó.

Erin levantó una ceja.

—¿Estáis llevando una investigación por vuestra cuenta?

Elijah soltó el aire.

—No voy a quedarme de brazos cruzados mientras se me acusa de dos crímenes, Erin.

—Tengo claro que no tienes nada que ver con ellos.

—Ashton Fenn, tu compañero —escupió—. No parece que confie demasiado en mí. No es que me importe, pero Security Ward es una buena empresa, fiable y con una magnífica reputación. Esto puede joder a mis compañeros. Y si no se aclara pronto el asunto presentaré mi dimisión. No permitiré que acusen a mi jefe de tener a un asesino entre sus filas.

—Entiendo. Deja que Ashton llegue a sus propias conclusiones, Elijah. — Puso la mano sobre uno de sus puños cerrados—. Pero si haces eso, si dimites, parecerás culpable.

—No me importa, ellos son mi segunda familia y no quiero que la mierda los alcance.

\*\*\*

—Es tarde —anunció Elijah mirando el reloj de la cocina.

—Las tres, se me ha pasado volando —contestó ella sonriendo.

—Puedo llevarte a casa —se ofreció.

Ella bajó la mirada a su botellín de cerveza.

—O no —dijo pensativa.

—¿No quieres que te lleve?

—No quiero marcharme.

Él sonrió. Todo lo que les rodeaba eran malas noticias, pero estar con ella en la intimidad de su casa le gustaba demasiado.

—Háblame de Ashton.

—Ya te hablé de él.

—Me refiero a nivel profesional.

¿A nivel profesional?

—¿Qué quieres saber?

—¿Siempre trabajáis juntos?

—Sí, ¿por qué?

—Porque hasta que Russo no sea detenido quiero que estés protegida.

Elijah hizo una mueca esperando que ella saltara como un muelle.

—Voy armada —contestó tranquilamente.

—A veces, eso no es suficiente.

—Para mí, sí.

El tono de su voz le indicó que hasta aquí había llegado y que daba el tema por zanjado.

—Se necesita una buena razón para acceder a mis datos —Cambió de tema él—. Cómo llegasteis hasta a mí, ¿solo por el ADN?

Ella se apartó el pelo de la frente por enésima vez.

—El taxista te vio y el retrato robot sacó a la luz tu fotografía. Supongo que Wilson movió los hilos necesarios.

¿Su superior había podido meterse en un archivo clasificado? Alguien tenía que poner remedio a eso, y sabía que Killian conocía métodos de encriptación bastante retorcidos. Hablaría con él.

—¿El taxista la llevó hasta el piso ocupado por Russo?

Ella soltó el aire.

—Sí, pero hemos sabido que fue allí engañada; lo supimos por un mensaje

que encontramos en su teléfono móvil. La invitaron a través de un mensaje privado de Instagram, ella pensó que iba a un *After hour*.

—¿Cómo pudo fiarse de algo así? —Pero al momento cayó en la cuenta—. No quería ir a casa de sus padres y pensaba librarse.

—Supongo que sí. Aunque Russo no debía tener la certeza de que ella fuera.

—Entonces, de alguna manera él se enteró de su nombre.

—Sí, pero no sabemos cómo.

—Joder, debí llevarla a casa yo mismo.

—No sabías lo que iba a pasar.

## Capítulo 26

—Quédate, es tarde. —Erin miró a Elijah, hacía unos momentos no parecía demasiado contento con la idea, ¿Y ahora la invitaba a quedarse?

—No creo que duerma, iré a casa a cambiarme de ropa —se excusó.

—Lo puede prestarte algo.

—No, prefiero marcharme.

Elijah le cogió la mano y la arrastró al sofá.

—Vamos, nos quedaremos aquí y descansaremos.

Pasó un brazo por encima de sus hombros y dejó caer la cabeza hacia atrás.

—Relájate, Erin —dijo sin moverse.

Ella apoyó la cabeza en su hombro y se quedó inmóvil. Se habían acostado y habían hablado, aun así, no terminaba de sentir que él confiara en ella. Y no se refería a lo que le había contado de su pasado, más bien se mostraba cauto en lo que a ella concernía.

Elijah era el hombre que toda mujer desearía; atractivo y guapo, te hacía sentir segura y protegida a su lado. Sin embargo, ella había elegido a Ashton porque, ahora lo sabía, era una idiota. Elijah le guardaba rencor a pesar de que ella le gustaba, eso lo veía en sus ojos.

El teléfono sonó en la mesa haciendo que la madera sonara como un eco de la vibración. Abrió los ojos de golpe y se incorporó. Elijah ya no estaba a su lado, salía de la cocina con una espátula en la mano. Cogió el teléfono y se lo acercó.

—Buenos días, inspectora.

Los dos miraron la pantalla y ella hizo una mueca. Era Ashton.

—Buenos días, tengo que contestar.

—Lo sé —su voz sonó fría a pesar de haberle dado los buenos días con más suavidad. Esperó a que él volviera a entrar en la cocina y aceptó la llamada.

—Joder, Erin. ¿Por qué tardas tanto en contestar?

—¿Qué pasa? —preguntó evitando contestar a eso.

Miró el reloj del teléfono solo eran las seis.

—Ponte en marcha, tenemos algo.

—En veinte minutos estoy en el departamento.

—Podría recogerte...

Ella puso los ojos en blanco.

—No, iré por mi cuenta. Hasta dentro de un rato.

—Estás con él, ¿verdad?

Cortó la llamada frunciendo el ceño. Todo el cariño que una vez había sentido por Ashton se había esfumado hacía semanas, pero se creía con derecho a indagar en su vida. Que le dieran, él ya había elegido con sus actos. Y ella ya había sufrido bastante.

Cuando entró en la cocina, Elijah había preparado huevos con beicon y tostadas. Y hablaba por teléfono también, su rostro le decía que algo no iba bien.

—¿Qué? —dijo a su interlocutor en el momento en que ella se sentó.

Bebió un trago de un zumo que había sobre la mesa y lo observó. Él la miró un momento y ella hizo un gesto para advertirle de que saldría de nuevo dejando que pudiera hablar, pero Elijah negó con la cabeza.

—Hablaré con su viuda, sí, por teléfono.

Cuando colgó fue hacía ella y poniendo un dedo debajo de su barbilla besó sus labios.

—Hola, encanto.

Ella sonrió.

—Gracias por el desayuno.

—No hay de qué, ¿tienes que irte ya?

—En quince minutos tengo que estar en el departamento.

—Bien, yo también tengo que salir, te acercaré.

Muy sutil.

—No hace falta.

—No me desviaré demasiado.

Quería que estuviera acompañada, no era tonta. Pero asintió.

—Está bien.

—Ahora come, se hace tarde.

Masticó una tostada.

—¿Va todo bien?

—Me ha llamado Aylan, es uno de mis compañeros. Dice que la viuda de Greg, uno de los componentes de mi antiguo equipo quiere hablar conmigo. Vive en Nueva York, de todo el equipo, solo su marido y yo vivíamos aquí. Nos veíamos de vez en cuando.

Ella arrugó la frente.

—Debiste sentirte solo cuando volvisteis.

—Sí y además no pude volver al ejército, me declararon inestable mentalmente.

—¿Qué? ¿Por qué?

No había visto ninguna señal que le dijera que él tenía secuelas o estrés postraumático, y habían dormido varias veces juntos. Lo habría notado. Las personas con esos síntomas podían tener pesadillas.

—Fue pasajero —explicó leyendo su mente—. Pero ya que están saliendo cosas de mi pasado, no quiero que te sorprendas.

—¿Qué paso?

—Viajamos a China por separado, si hubiéramos entrado de incognito y con armamento, podíamos haber puesto a nuestro país en un grave aprieto.

—Entiendo.

—Así que nos repartimos en varios hoteles, y llegamos en un intervalo de quince días para no levantar sospechas. Yo fingí ser periodista y terminé en un

hotel donde había muchos de ellos. Una noche oí ruido en la puerta de al lado y me asomé. Una chica gritaba y dos hombres vestidos de uniforme la estaban sacando a rastras de la habitación. Yo me disponía a ir a ayudarla cuando la puerta de enfrente se abrió y un hombre de nacionalidad holandesa me dijo que no me metiera.

—Pero lo hiciste —adivinó ella.

—¿Sabes a cuantos periodistas extranjeros han condenado a muerte en ese país?

—Sí, lo he leído muchas veces.

—Bajé las escaleras y los alcancé en el *parking*, no me lo pensé demasiado y en cuanto me apuntaron disparé.

—¿Murieron?

—No, disparé a sus rodillas, pero soltaron a la chica. Después supe que ella había publicado información sobre algo que el gobierno chino había vetado y por eso la detuvieron. Estaba muerta de miedo; me la llevé del hotel y la escondí en nuestro punto de extracción. Al día siguiente ejecutamos... ejecuté a Russo —se corrigió—, y ayudamos a salir a la mujer, que era inglesa, del país. Mis compañeros no supieron nada del incidente hasta que aterrizamos en Estados Unidos. Todos daban por hecho que me había liado con ella en el hotel y que por eso me la llevé conmigo.

—Era una misión suicida, Elijah.

—Lo sé y ellos me lo echaron en cara muchas veces. Uno de ellos, Scott Bullock, abrió la boca con la excusa de que nuestro gobierno debía estar al día del incidente. Y así terminé licenciado antes de tiempo.

—Lo siento, pero entiendo que quisieras ayudar a esa chica.

—No debí disparar...

—Ellos iban armados.

Elijah comió un trozo de beicon que cogió con los dedos mientras sacaba el aire por la nariz.

—Nunca más me relacioné con los otros, me sentí traicionado.

—Lógico, parece que entre los equipos siempre se tapan unos a otros.

—No fue el caso. Pero saber que han muerto me está matando. Yo fui el que disparó a Russo, no ellos.

—Tal vez su hijo no lo sabe. Lo extraño es que supiera quiénes fuisteis los que viajaron a China.

—Mi jefe está indagando.

Ella se levantó del taburete.

—Dame los nombres, mientras Ward busca por un lado nosotros lo haremos por otro. Tal vez demos con algo.

Elijah apuntó los nombres y apellidos de sus compañeros y escribió también sus direcciones.

—¿A cuál de las viudas vas a ver?

—A la esposa de Arnes.

—Bien, ¿nos vemos esta noche?

Elijah levantó una ceja.

—¿Quieres?

—Sí.

—¿Dónde?

—En mi casa. Te avisaré cuando esté allí.

—Erin, avísame cuando estés de camino.

Ella buscó su cazadora.

—Está bien, ¿vamos?

\*\*\*

Elijah dejó a Erin en la puerta principal y esperó a que entrara. Pero antes de ponerse en camino vio a Fenn alcanzarla en el vestíbulo, mientras iba hacia el ascensor. Ese tipo no estaba siendo demasiado sutil; le gustaba Erin y no la quería dejar escapar. Eso, pronto iba a cambiar.

## *Capítulo 27*

La casa de Greg Arnes seguía como la recordaba, vivía a las afueras de Nueva York en dirección norte y era la típica casa con valla blanca. El jardín siempre estaba bien cuidado, aunque hoy parecía más abandonado, la hierba demasiado alta y flores secas al pie de los arbustos.

Cuando la esposa de su compañero fallecido abrió la puerta y se echó hacia atrás para dejarlo pasar. Él iba a besar su mejilla, pero ella lo abrazó.

—Hola Beth, siento no haberte llamado desde.... —dejó la frase en el aire sosteniéndola durante unos segundos hasta que ella se apartó.

—No te preocupes Elijah. Te busqué hace una semana, pero estabas fuera del país. Él me contó en qué consistía tu trabajo y recordé el nombre de la empresa.

Se puso en guardia, ¿qué le habría contado? Greg era el único con el que había mantenido contacto y a Beth la conoció el día en que se casaron, calculaba que unos siete años atrás. El resto de sus compañeros se casaron poco después de licenciarse así que lo único que quedaba ahora era un puñado de viudas jóvenes a las que no conocía. Excepto a Beth.

—Pasa, haré café.

Accedieron a una salita llena de fotografías de Greg, en algunas él también estaba. Vestidos con las camisetas del ejército y los pantalones militares posaban pasándose los brazos sobre los hombros del otro. Había sido una buena época.

En otra, que parecía más reciente, iba vestido para hacer alpinismo. Era un deporte que le gustaba y que le había servido cuando ingresó como SEAL. Greg sonreía junto a tres hombres que no conocía, así que imaginó que eran sus compañeros escaladores.

Sacó el teléfono e hizo una fotografía a la imagen. Guardó el teléfono antes

de que ella lo viera.

—Sin azúcar, ¿verdad? —Beth lo sacó de golpe de los recuerdos cuando dejó una bandeja sobre la mesa del centro, delante del sofá.

—Sin azúcar, gracias —dijo sentándose en uno de los dos sofás.

Ella se sentó en el sofá de enfrente y juntó sus manos en el regazo. Elijah la observó, Su pelo rubio caía a cada lado de su rostro y aunque no era excesivamente guapa su cara aniñada era graciosa. Aún recordaba cuando Greg le mostró su fotografía en el campamento y ella lucía una gran sonrisa. Su compañero estaba totalmente colado por ella.

—Te habrá extrañado que te haya buscado de nuevo. No encontré tu número de teléfono personal entre las cosas de Greg, así que busqué la empresa en donde trabajas. Espero que no te importe.

—No hay problema.

Beth raspó las uñas sobre sus vaqueros, estaba nerviosa.

—¿Qué pasa, Beth?

—Greg recibió amenazas de muerte —soltó del tirón.

—¿Qué? —dejó la taza sobre la mesa y se sentó a su lado.

—Unas semanas antes del accidente, eran un par de notas escritas a mano.

—¿No lo pusisteis en conocimiento de la policía?

—Ya sabes cómo era, dijo que se trataba de un tarado. Pero sí, lo hicimos. Aunque los escritos no los ha llevado a ninguna parte en la investigación.

Sí, conocía a Greg, el único que había apoyado su decisión de comprometer la misión en China por salvar a una periodista. Nunca se lo recriminó e incluso argumentó que lo habían decidido los dos juntos ante su superior. Era muy bromista y supuso que esas notas, fueran de quien fueran, no las tomó en serio.

Él tampoco lo habría hecho, había mucho tarado suelto y con demasiado tiempo libre.

—¿Las tienes?

—Sí. Aunque son fotografías de las originales. La policía se quedó con

ellas durante la investigación del accidente.

Se levantó y fue hasta un mueble con cajones, abrió el segundo y sacó un sobre.

—Aquí tienes.

Elijah abrió el sobre y sacó las dos fotografías de las dos notas.

—Primero fue esta.

—«He sido yo, pronto me conocerás».

Elijah la miró.

—Alguien la dejó enganchada en el limpiaparabrisas del coche después de haber dibujado una calavera en la puerta, lo hizo con una llave, o algún objeto metálico.

La otra nota era más preocupante.

—«Estás muerto» —leyó en voz alta.

—Esta apareció una mañana sobre la alfombra de la entrada —explicó ella.

La letra parecía infantil. Estaba seguro de que Greg, al ver esas notas, se había reído a carcajadas.

—¿Qué intervalo de tiempo hubo entre una y otra?

—No lo sé exactamente, tal vez una semana.

—¿Puedo llevármelas?

—Iba a tirarlas cuando pensé en ti, a mí sí me preocuparon en su momento y quería saber tu opinión. Sé que la policía está investigando también la muerte de Primack, pero él no recibió nada de esto, según su viuda. Y la investigación sobre el accidente de Greg concluyó que no había cerrado bien uno de los mosquetones, no había marcas ni señales de manipulación, sus amigos estaban con él. —Su voz se quebró y él sintió un nudo en la garganta.

—Lo siento, Beth. Yo también lo echo de menos —murmuró apretando una de sus manos.

Ella pareció reponerse un poco.

—¿Tú has recibido algo de esto?

—No —mintió, no quería que Beth se preocupara, no por él, sino porque pensara que Greg hubiera sido asesinado. Prefería que ella siguiera creyendo que todo había sido un desafortunado accidente.

Él ya no tenía dudas. Le pediría a Erin que en el departamento comprobara la caligrafía.

—Tengo que irme, gracias por llamarme, Beth. Cuídate mucho, eres fuerte, saldrás adelante.

Greg y ella no habían tenido hijos, así que ella no tenía a nadie que le recordara a su marido. Era una lástima. Greg había sido un buen hombre y ahora se había ido sin dejar descendencia sobre la tierra y a Beth sola.

—Gracias a ti por venir.

Sacó una tarjeta de su cartera y se la entregó.

—Llámame siempre que lo necesites, ¿de acuerdo?

—Sí, gracias.

La besó en la mejilla y se metió en su coche, iba a mirar las notas de nuevo, pero Beth no había entrado en casa aún. Así que levantó la mano y, después de despedirse, se incorporó a la carretera.

\*\*\*

Erin miró la pantalla de su móvil y se extrañó al ver el nombre de Elijah en ella. ¿Antes de que ella se despertara había manipulado su teléfono? Él había registrado su número en la agenda. ¿Y además había memorizado el suyo?

—¿Elijah? —preguntó no muy segura.

Ashton frunció el ceño al oírla.

—Hola, nena. Metí mi número en tu agenda...

—Ya veo.

—Lo siento, estabas tan dormida...

Notó el tono socarrón. No, no lo sentía ni un poco.

—Está bien.

—Tengo algo para ti, ¿podemos vernos?

—Sí.

Y ganas de verlo sí tenía. Solo esperaba librarse de Ashton.

—¿Dónde estás? —preguntó él.

—Comprobando los informes de los accidentes de tus compañeros.

Ashton y ella se habían puesto en ello, después de que un testigo poco fiable hubiera vuelto a elegir a Elijah como presunto autor del último crimen. Pero estaba borracho cuando dijo ver a la chica y al hombre que se la llevó a la salida de una cafetería.

—Estoy cerca —dijo él.

—Bajo enseguida.

Se levantó, dejando a Ashton en su despacho.

—¿Vas a verle? ¿En horas de trabajo?

Ella se giró.

—Estoy trabajando y Elijah me ha llamado por algo que tiene que ver con el caso. —No lo sabía a ciencia cierta, pero mintió.

—Vas a terminar mal con ese tipo —auguró Ashton levantándose.

—Ocúpate de tus asuntos, teniente Fenn. Enseguida vuelvo.

Lo oyó maldecir mientras cerraba la puerta a su espalda. Más le valía a Elijah aportar algo después de ir a ver a esa mujer o tendría serios problemas con Ashton. Ya era mediodía y estaba deseando librarse de Ashton Fenn.

Cuando salió a la calle, Elijah caminaba hacia ella cruzando la calle con largas zancadas. Iba vestido como esta mañana; vaqueros desgastados, botas de motorista y una camiseta gris que se pegaba a su cuerpo o más bien a su ancho pecho. Tenía esa seguridad, elegancia y agilidad que solo un depredador salvaje podía tener. Sus ojos color miel se clavaron en ella, estaba serio y parecía preocupado.

—Erin.

—Hola, ¿cómo ha ido la visita?

—Extraña —contestó con una sonrisa triste.

Ella hizo una mueca triste.

—Ven, sentémonos ahí —dijo él señalando un banco.

Puso una mano en la parte baja de la espalda y la guio hacia él.

Elijah estuvo durante casi media hora explicándole la visita a la viuda de Gregory Arnes. Le sorprendió lo de las notas y la confianza que tenía con Greg, pero que había perdido en los otros hombres.

—Nada volvió a ser igual al volver de aquella misión. Ninguno de ellos quiso volver a trabajar conmigo y solo Greg permaneció a mi lado. Pero me licenciaron y él terminó herido en una operación encubierta en Kabul. Así que seis meses después también se retiró y se dedicó a escalar, viajó por todo el mundo y terminó muriendo en su propio país.

—Lo lamento —ella cogió su mano y la apoyó en su propio muslo.

—Desde esta mañana hemos estado revisando los casos de tus compañeros, hemos pedido los informes a cada uno de los estados en donde ocurrieron los accidentes, pero de momento no tenemos nada. ¿Sabías que los casos no estaban cerrados? Se sigue investigando, y un agente dijo que había unas notas. Seguro que las enviará también y serán estas.

Señaló el sobre donde las había guardado después de mirarlas.

—Sí, Beth, la viuda de Greg me lo ha dicho. Quédatelas.

—Está bien, lo siento, pero debo volver.

Le hubiera gustado decir que Ashton, ese imbécil engreído, podría ser capaz de salir a buscarla.

Se levantaron y caminaron juntos hasta la entrada del departamento.

—¿Elijah?

—Dime.

—¿Crees que podrías preparar algo apetitoso para cenar?

Él sonrió, aunque su semblante seguía siendo grave.

—¿Te estás autoinvitando?

—Habíamos quedado, ¿verdad? —pregunto insegura.

Elijah se acercó y le dio un beso fugaz en los labios.

—Cuenta con esa cena, y no vengas tarde, nena.

—Hecho.

Cruzó las puertas sabiendo que Elijah la observaba y obligándose a no volver la cabeza, cuando oyó un gritito a su derecha.

—Erin, Erin.

—Carmen, ¿vas a comer algo?

—Sí, ¿quieres que te espere?

—Dos minutos —dijo sin parar de caminar hacia el ascensor.

—Tienes que hablarme de ese tío— la señaló con un dedo—. Y ni se te ocurra decirme que no es nadie, lo he visto todo, ¡todo! —enfaticó una milésima antes de que se cerraran las puertas del ascensor.

Ella sonrió.

—Por lo visto alguien es capaz de hacer magia, tienes esa sonrisa que tanto echo de menos —le susurró Ashton al oído.

Había visto a gente en el ascensor, pero no se había fijado en Ashton, algo difícil debido a su envergadura.

Llevaba las manos en los bolsillos y se había inclinado para hablar con ella. Erin miró a su alrededor, dos mujeres estaban de pie tras ellos y se comían a Ashton con los ojos. Si por ella fuera, lo podían devorar y después vomitarlo en Alaska.

—¿Por qué has bajado?

—Tardabas demasiado...

—¿Ibas a buscarme? —inquirió furiosa.

—Algo así.

—Esto es acoso —susurró.

—Esto es protección —contradijo él.

—No la necesito.

—Yo creo que sí. No estás pensando con claridad.

Erin lo miró a los ojos.

—No te metas en mi vida, Ashton —masculló entre dientes.

Soltó el aire y observó como las puertas se abrían en su planta.

—Voy a comer algo. Dentro de media hora iré a tu despacho.

—Espera...

Iba a cogerla del brazo cuando la voz de Alix llegó hasta ellos.

—¡Cariño!

—Joder —susurró él dejando caer la mano.

Erin sonrió con suficiencia mirándolo a los ojos.

—Hola, inspectora —saludó la recién llegada.

—Reitman —saludó ella.

—¿Me permites que te lo robe durante el descanso? —preguntó la forense colgándose del brazo de Ashton y empujándolo de nuevo hacia el ascensor.

—Por supuesto, todo tuyo —contestó excesivamente amable.

Tal vez estaba llevando su actuación de actriz pésima demasiado lejos y la mirada del teniente se lo terminó de concretar: había desaprobación y resentimiento en ella.

En su mente se los imaginaba cayendo por el hueco del ascensor y no se sentía mal por eso, no.

Fue a su despacho y tras coger el bolso volvió a salir. Ellos seguían allí, así que pasó de largo y bajo por las escaleras.

\*\*\*

Elijah se detuvo a comprar el periódico, quería saber qué se divulgaba de los casos de los asesinatos. Estaba a punto de marcharse cuando Ashton Fenn se plantó ante él. Dobló el periódico debajo de su brazo y metió las manos en los bolsillos.

—Quiero tener una charla contigo, Cranston.

Sonrió por dentro.

—¿Es sobre Erin?

—Sí.

—¿Una charla personal sobre la inspectora Weston? Creo que eso no le va a gustar.

—No me importa cuando se trata de su seguridad.

Ah, era eso.

—¿Y quién la protegió de ti?

Ashton arrugó la frente.

—Eso no tiene nada que ver contigo.

—Ahora sí. Porque Erin está conmigo y como se te ocurra acercarte a ella más de la cuenta te partiré las piernas —soltó del tirón y clavando su mirada en la de él.

—No sé lo que te ha contado...

—Lo suficiente para saber que eres un tipo bastante retorcido, y, si me lo permites, bastante idiota.

—No he venido aquí a que me insultes. Yo podría tacharte de asesino.

—Pero no lo harás porque sabes que no tengo nada que ver con esos asesinatos, ¿verdad teniendo? No importa lo mucho que lo desees. No vengas a darme lecciones de cómo comportarme con Erin, porque alguien debería decirte que la cagaste, ella no merecía ese trato.

—Lo sé, aun así...

—Esta conversación termina aquí. Me considero una persona pacífica, no hagas que mi fama cambie. No eres nadie para darme lecciones, simplemente cuida de ella durante el trabajo, es lo mínimo que puedes hacer.

Pasó por su lado y siguió caminando hasta su coche dejándolo en la acera pensativo.

## Capítulo 28

—Vaya marrón, tío —dijo Michael entrando en el coche.

—Gracias, capullo —masculló Elijah arrancando.

Michael se echó a reír.

—Solo estaba siendo sincero.

—Lo he notado.

Michael se acomodó y miró el paisaje mientras salían de la ciudad en dirección al complejo.

—Sabes que te apoyamos —dijo Michael de pronto.

—Lo sé. Y tienes razón, es un buen marrón. ¿Cómo te va con Theresa?

Elijah se rio internamente, le gustaba poner a su compañero entre la espada y la pared.

—¿A qué viene eso?

—A que no follas. ¿Te parece suficiente?

—¿Me espías?

—¿Quieres que me sangren los ojos? Solo con imaginar cómo te la zarandeas en el baño me dan ganas de ahorcarme.

—Vete a la mierda. ¡Ah, no! ¡Espera! Ya estás en ella —exclamó Michael ofendido.

—Contigo.

Michael volvió a mirar por la ventana, dejando pasar los minutos.

—Ese tipo te quiere muerto.

—Ese tipo terminará muerto —corrigió Elijah.

—Eso ya lo sabemos, pero primero hay que encontrarlo.

—Buen punto —concedió.

—Parece que no te lo tomas en serio, Elijah.

—Parece.

—Joder, qué hablador que estás hoy.

—Está bien, hablemos de cosas serias —propuso mirando de reojo a Michael— Si antes sospechaba que uno de mi antiguo equipo había sido asesinado, ahora ya lo tengo bastante claro.

—Joder. Has ido a ver a su esposa. —Slade debía haberlo informado.

—Sí, y recibió, al menos, dos amenazas de muerte —explicó sin perder la vista de la carretera.

—¿Qué hay de los otros? Parece que Killian ha descubierto algo más.

Elijah frunció el ceño.

—No tenía ya relación con ellos.

—No todo fueron accidentes.

—Mierda, ya me lo imaginaba.

—Leucemia. Fulminante.

—Joder, no tenía ni idea.

Michael se acomodó y soltó el aire.

—En el informe decía que había tenido un accidente seis meses antes cuando se cayó del tejado de su casa, por lo visto estaba reparando algo, pero solo se rompió una pierna. Después vino el cáncer.

—¿Recuerdas su nombre?

—Scott... Ball

—Scott Bullock —lo corrigió.

—Sí, ese.

El hombre que acabó con su carrera en el ejército. Lo cierto era que no le guardaba rencor, a pesar de que volvería a ayudar a aquella chica, siempre fue consciente de que había puesto en peligro a sus compañeros y estos habían pagado las consecuencias teniéndose que enfrentar a sus superiores.

Se desvió hacia el complejo y metió el coche en el *parking*.

—Ya deben haber llegado todos —dijo Michael mirando los vehículos en su interior.

—Sí.

Abrieron la pesada puerta metálica, después de introducir el código, y accedieron al pasillo que les conduciría a la sala de reuniones.

—Eh, hola.

Aylan estaba aporreando un teclado y Killian otro, nada nuevo en el horizonte. Lo extraño fue ver a Dan solo.

—¿Dónde está Pam? —preguntó a Dan.

—Slade le ha dado unos días. Historias con su familia.

—Espero que no sea nada.

—No, creo que tiene que ver con uno de sus hermanos, pasará el fin de semana con ellos y volverá el lunes.

Se veía a kilómetros de distancia que Dan no estaba de acuerdo con la separación. Y Elijah apostaría lo que fuera, y no perdería, a que Slade no le había dado los días libres a Dan para acompañarla.

—¿Ya estamos todos? —preguntó el jefe entrando con una taza de café en la mano.

—No, Pam no está —masculló Dan.

—Soy consciente, Dan.

El hombre se dejó caer en una de las sillas y se cruzó de brazos. Elijah lo miró y lo comprendió. Por naturaleza Dan era muy protector y no tener a Pam cerca lo estaría matando.

—Pam estará bien —lo animó sentándose a su lado.

—Ya.

—Jefe, ¿puedo preguntar por ese golpe que luces orgulloso en tu cara? —preguntó Killian.

—No, y ya puedes empezar.

Sí, el capitán había tenido un encontronazo con alguien, pero sabiendo lo reservado que era solo Phoenix se había atrevido a preguntar.

Killian mostró en la pantalla gigante la portada de un periódico en la que aparecía un retrato robot de ¿él?

—¿Qué coño?

—Es el retrato robot que hicieron algunos de los testigos. Aunque lo parezca, no eres tú, pero el tipo lo hace bien —explicó Killian.

—¿De dónde la habéis sacado?

—Mejor que no lo sepas, te estás relacionando con alguien del departamento de policía —expuso Aylan.

—Paige se está ocupando de eso —dijo Jacob, ella era periodista, seguramente podía encontrar la fuente e incluso desmentirla.

Elijah arrugó la frente.

—Está bien —concedió.

Tenían un topo dentro del departamento y Carter no era, ese hombre había trabajado con ellos en alguna ocasión, pero estaba seguro de que nunca filtraría información al equipo de Slade.

—Vamos con lo que sabemos —animó Slade.

—Stephen Primack, treinta y cinco años y oriundo de Oregón. Murió hace dos años en un rodeo, fue durante un permiso. Cayó de cabeza y se partió el cuello, muerto en el acto —dijo Ian señalando la foto de un hombre blanco de pelo negro y barba abundante. —No hay indicios de que se haya podido manipular nada, fue fortuito.

Sí, recordaba a Primack, era un buen tipo, pero sin iniciativa propia. Se puso del lado de Scott cuando este decidió contar lo de China. No lo había vuelto a ver desde entonces.

—Scott Bullock, treinta y seis, nacido en Seattle, también seguía en activo cuando se le detectó leucemia. Un agente vio antes un accidente doméstico que la verdadera causa de su muerte en el informe, eso nos llevó a confusión. Pero está claro ahora.

En la fotografía que se mostraba ahora, Scott sonreía a una chica morena. Él llevaba el cabello rubio casi rapado y sus ojos azules la miraban soñadores.

—Y, por último, Gregory Arnes, de treinta y seis años y de Nueva York. Una caída de quince metros mientras escalaba en Las Rocosas terminó con su

vida. La investigación sigue abierta y la policía de Nueva York está al tanto de todo. Pero de momento no han encontrado indicios de nada.

—Recibió amenazas —dijo Elijah observando la imagen en la pantalla de su pelirrojo amigo.

—¿Qué tipo de amenazas? —preguntó Slade.

—Un par de notas, las tiene la inspectora Weston. Va a compararlas con las notas dejadas junto a las víctimas.

—Perfecto, vamos a dividir la unidad. Michael y Wyatt investigarán a la gente de tu entorno. El resto continuaremos con el seguimiento de Ryan Taylor. Denis Vides tiene intención de enviar a Mara Lima a Europa, pero quiere que se culpe a esos tipos de su secuestro. Así que tenemos trabajo.

—¿Y yo? —preguntó sintiéndose un inútil.

—¿Tú? Tú no puedes salir del país y, por el momento, tampoco trabajar. Mantente con el radar bajo y cubre tus espaldas.

—De eso ya se ocupará la señorita Erin Weston —se mofó Doc.

—Vamos Elijah, tengo cosas que hacer en la ciudad, iré contigo —dijo Wyatt.

De repente sonó un pitido.

—Esperad —pidió Matt.

—Es una fotografía. —Aylan abrió el archivo—. Nos la envía nuestro contacto.

Elijah miró la pantalla dándose la vuelta igual que sus compañeros.

—Es Jonas Russo, aunque más joven de cómo yo lo conocí.

—Sí, eso pone —advirtió Killian—. También informa de que no hay ninguna imagen de su hijo.

—Cuando vendió la casa familiar, al morir su padre, se llevó todas sus pertenencias, nos tememos que se ha cambiado el apellido —Le explicó Matt.

—Mierda —miró la foto con detenimiento, debía tener veinte años menos de la edad a la que murió, o debería decir a la edad en que él acabó con su vida.

—Vamos, Elijah, todo se solucionará. Déjalo en nuestras manos. —Dan parecía haber recuperado el tono.

Ninguno bromeaba y él sabía que todos estaban preocupados.

—Tienes a tus compañeros cerca, ante la más mínima sospecha que tengas, llámanos. Todos acudiremos, lo de Vides puede esperar, su chica está a salvo —animó el capitán.

—¿Su chica? —preguntó Jacob.

—Los vi en directo —explicó Elijah—. Es su chica, aunque él no lo quiera ver.

Slade asintió ante la sorpresa de todos.

—Vaya par de Celestinas, hay que joderse —masculló Killian adelantándolos hacia el *parking*.

Algunos se rieron.

De vuelta a la ciudad, Michael y Wyatt no abrieron la boca. Algo un poco raro, pero lo respetó.

—Tíos, ¿dónde os dejo? —preguntó al fin.

—En el hotel de enfrente de tu casa —contestó Michael.

Sus ojos se encontraron a través del retrovisor ya que su compañero se había sentado en el asiento trasero.

—¿Qué?

—Lo que oyes —contestó Wyatt—. Órdenes del jefe.

Joder, con razón no hablaban.

—De eso nada, no necesito niñeras —decretó.

—Se me ocurre que podrías llamar al capitán y decírselo tú mismo.

Elijah golpeó el volante con rabia.

—¿Estaba tan ocupado que no me lo ha podido decir directamente?

—Hay una razón para eso —Michael defendió a Slade.

—¿Ah, sí?

—Te estás cabreando, Elijah.

—Ya lo estoy.

—Pues ahí lo tienes —terminó Wyatt.

—¡Joder! Si ese tío se acerca a mí le levantaré la tapa de los sesos de un disparo. ¿Acaso lo dudáis?

Notó sus miradas sobre él.

—No hay ninguna duda de eso, pero ¿pretendes dispararle a un fantasma? No sabemos quién es, idiota.

En eso tenían razón, no podía disparar al primer repartidor de pizza que entrara en su portal. Mierda, se le estaba nublando el cerebro.

—No dices nada, ¿eh?

—Está bien. Hoy voy a cenar con Erin...

—No vamos a inmiscuirnos en eso —aseguró Michael.

—Eso espero. Aunque parezca una cita, en realidad intercambiamos información.

—¿A quién intentas convencer, capullo? —Michael salió del coche descojonándose a su costa.

Acababa de detenerse en la esquina antes de acceder a su *parking* privado.

—Disfruta, cariño —soltó Wyatt.

—Que os den.

—Tenemos un coche aparcado en la calle, si vas a salir, avisa.

Y la voz de Michael le sonó a amenaza, pero por mucho que le enfureciera, tenía que entender a sus compañeros.

Asintió y cuando iba a arrancar sonó su teléfono.

—¿Erin?

## Capítulo 29

—Necesito que te deshagas de ellos, estoy en tu *parking*.

—Estoy entrando, ya se han ido —dijo extrañado.

En cuanto aparcó su coche ella salió de entre dos columnas.

—¿Cómo has entrado?

—Con ayuda.

Se acercó a ella y puso una mano en su mejilla.

—¿Y si me está vigilando? No quiero que corras peligro, nena.

—Ni yo tampoco.

La voz de Pam le vino por detrás.

—¿Pam? —se giró dejando caer la mano de la mejilla de Erin y la vio ir hacia ellos— ¿Qué coño haces aquí? Dan dijo...

—Le mentí.

—¿Por qué? —preguntó alarmado.

—Contacté con la inspectora Weston en cuanto pude leer todo el informe de tu caso.

—Que yo misma le ofrecí —acotó Erin.

Elijah ató cabos enseguida.

—¿Tú eres el topo en el departamento?

—Así es.

—Joder, Erin, te estás jugando el puesto, tu carrera.

Pam le tocó el brazo.

—No, si no abrimos la boca, y eso no va a pasar.

—Maldita sea, ¿por qué, Erin? Lo estábamos haciendo bien...

—Ashton me pone trabas y está a punto de apartarme del caso, dice que esto se ha convertido en algo personal. Nos vio juntos, ¿recuerdas?

Elijah se envaró.

—Si ese tío tiene un ataque de celos es su problema, como te aparte...

—¡Elijah! —Pam lo cortó—. Céntrate, no la va a apartar si piensa que sigue las órdenes y que tú no estás haciendo nada para entorpecer la investigación.

Él miró a Erin.

—Nena...

—No va a pasar nada. Pero necesito que veas a alguien, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo a regañadientes fulminando con la mirada a Pam.

—Esto te puede costar caro a ti también —advirtió mientras Erin hablaba con alguien que estaba dentro de un coche, era el de Pam.

Levantó una ceja.

—El conserje aún me recuerda —dijo a modo de explicación—. Erin ha entrado escondida en el maletero.

—Pero a ti te puede conocer el asesino, has estado en mi casa miles de veces.

—De eso se trata, después hablaremos.

—¿Por qué creo que no me va a gustar? —dijo inclinándose hacia ella.

—Porque no lo hará. —Pam le guiñó un ojo.

Erin vino con una chica menuda pero bien proporcionada, morena y con unos ojos grandes y vivarachos.

—Elijah te presento a Julia Tejada, es camarera en el bar de enfrente del edificio donde encontramos a Anne Lonely.

—Hola —dijo estrechando su mano.

—¿Es él? —preguntó Erin.

Julia lo observó y negó con la cabeza.

—No, tiene un cierto parecido, pero no es él —Se acercó a Erin, que era más alta—. Este es más guapo —susurró.

Elijah levantó las cejas ante la sonrisa taimada de Erin.

—¿Viste al asesino? —preguntó cauto.

—En un par de ocasiones, lleva el pelo igual que tú y los ojos son claros,

pero no es como tú —se reafirmó.

—Se disfraza —declaró Pam.

—Sí. —Erin estuvo de acuerdo.

—Él lleva el color más rubio y quizás lentillas, pero no lo tuve tan cerca como para apreciarlo —dijo la chica.

—Mejor, Julia, es peligroso. —Erin la apartó a un lado—. ¿Sigue en pie nuestro trato?

—Por supuesto, tengo tu número, gracias por confiar en mí.

Pam dio un paso al frente.

—La voy a llevar a su casa y volveré —anunció metiéndose en el coche y Julia se sentaba a su lado.

—No, no vuelvas.

Erin lo miró frunciendo el ceño.

—Normalmente es más simpático, Erin —explicó Pam desde la ventanilla—. Pero hoy le ha salido la vena idiota.

Julia se rio y después se tapó la boca.

—¿Sabes, Pam? Debería dejar que salieras por esa puerta, te apuesto lo que quieras a que Dan te llama en menos de dos segundos pidiéndote explicaciones.

—¿Serías capaz de avisarlo? ¿Pero no me has dicho que no vuelva? Eres difícil de entender, nene.

—No, sí. Es tu problema —contestó a todo de carrerilla.

Erin los miraba como si estuviera viendo un partido de tenis.

Pam se quedó pensativa y de repente abrió los ojos con la sorpresa.

—¿Está Dan cerca?

—No, aunque no veo la diferencia. Michael y Wyatt, están protegiéndome. Podría pedirles que me protegieran de ti y asunto arreglado.

Erin soltó el aire.

—Pam, me dijiste que erais íntimos y que él se dejaría aconsejar por ti. —Lo miró a él—. Lo siento.

—¡Erin! Es un dramático. Te juro que he venido para ayudar.

Elijah se acercó a su oído.

—El problema es que está algo tarada —murmuró sin molestarse en dejarlo en privado.

—Vaya...

—Joder, Elijah, dame otra salida, tiene que haber otra.

Elijah se acercó a la ventanilla.

—Te la voy a dar porque si ellos te ven, Dan me cortará los huevos. Y eso es algo que no puedo permitir.

—Por lo que sea, espabila.

Cuando se despidieron, él le dio el código para entrar de nuevo en el *parking* sin que el conserje la viera de nuevo y sus compañeros no sospechasen de su presencia.

—Bueno, algo loca sí está —admitió Erin mientras subían al ascensor.

—Pues espera a que me cuente su plan, vamos a terminar llorando.

Erin se rio y esa risa le llegó al alma. Era todavía más bonita cuando sus labios formaban esa maravillosa sonrisa.

La arrinconó en un lateral y la besó, ella soltó un grito de sorpresa, pero le devolvió el beso apoyando las manos en sus hombros. Su lengua recorrió toda su boca y aunque se estaban quedando sin aire no se detuvo hasta que terminó por ceder, el oxígeno parecía ser importante, y mordisqueó su labio.

—Me gusta que hagas eso —dijo ella haciendo lo mismo.

—¿Solo eso? Porque podría mostrarte más.

—Hazlo —pidió ella atrapando su camiseta en un puño y atrayéndolo hacia ella.

Sus cuerpos estaban completamente pegados y la sangre se estaba acumulando en su polla de tal manera que iba a terminar explotando.

—Provocadora.

Ella volvió a sonreír.

—Solo estaba sugiriendo un pequeño paréntesis en medio de esta locura.

Salieron del ascensor a trompicones y a duras penas logró dar con el código correcto para entrar. Cerró la puerta y apoyó a Erin contra ella.

—No podemos pasar de aquí, mi piso no tiene persianas y no quiero hacerte el amor a oscuras. Este recibidor será un ángulo muerto para mis compañeros.

La luz de emergencia encima de la puerta los iluminaba tenuemente.

¿Qué acababa de decir? ¿Amor? ¿Con Erin hacía el amor? Eso sí que era nuevo... y excitante.

—¿Pasa algo?

—No.

Pero mientras la volvía a besar y levantaba su cuerpo no dejó de pensar en ello.

—Esto...

Erin se estaba peleando con su camiseta. Apretándola contra la madera logró deshacerse de la tela. Ella también se estaba quitando la suya y el sujetador. Las armas cayeron al suelo al aflojar los pantalones.

—Shhh —siseó riéndose.

Y así era como debía de ser, ¿verdad? Nunca había tenido este nivel de complicidad con ninguna otra mujer. Ni siquiera con Pam, que había sido la última chica por la que se había sentido atraído antes de conocer a Erin.

La dejó de pie y se agachó para ayudarla a quitarse los pantalones vaqueros y las botas. De rodillas delante de ella parecía que la estaba adorando; realmente era así. Erin merecía ser adorada y no infravalorada como había hecho ese cabrón de Fenn. Aún le debía una paliza por eso.

—Elijah, te debo una disculpa —dijo ella mirándolo desde arriba.

—No, no me la debes. —¿Le estaba leyendo la mente?

—Nunca debí marcharme de tu lado.

Él se incorporó poco a poco y la levantó por los glúteos para que envolviera las piernas en su cintura.

—No estábamos juntos.

—Sí, aunque no lo sabíamos.

—¿Eso piensas?

Su Erin era una mujer valiente y fuerte. Pero muy inocente en temas de cama. No se lo iba a quitar de la cabeza. Él follaba siempre, y con ella también lo había hecho.

—Sí —contestó ella poniendo las manos en sus mejillas—. Esos meses significaron mucho para mí.

—No tenemos mucho tiempo antes de que vuelva Pam...

—Qué romántico —se rio ella.

—Quiero estar dentro de ti lo antes posible.

Se desabrochó los pantalones y su miembro apuntó directamente a ella.

—Te deseo, Erin, siempre.

—Y yo a ti...

Quería entrar de golpe, pero se retuvo, tal vez Erin no estaba preparada aún, así que lo hizo despacio.

—Más —pidió apretando las piernas a su alrededor.

Había olvidado que ella estaba siempre más que preparada para él, empujó y los dos gimieron al mismo tiempo. Se apartó un poco para lamer uno de sus pezones.

—No dejes de moverte, Elijah.

Y no lo hizo, marcó un ritmo brutal mientras mordisqueaba su hombro.

—Déjate ir, cariño.

Su respiración se volvió caótica y el orgasmo los alcanzó al mismo tiempo.

—Oh, esto es...

—Joder, nena. Prometo buscar un lugar apartado del mundo cuando esto termine —dijo contra su cuello.

—No lo olvides.

Estaban besándose de nuevo cuando la voz de Pam llegó hasta ellos.

—Chicos, llevo cinco minutos aquí.

—¡Joder, Pam!

—Oh —Las mejillas de Erin se colorearon bastante—. Voy a vestirme.  
Iba a irse al salón, pero él lo impidió cogiendo su muñeca.

—No, nena. Hazlo aquí, esos locos te pueden ver.

—Ah, tus compañeros.

## Capítulo 30

Elijah esperó pacientemente a que ella se vistiera para abrir la puerta. Pero esa loca no estaba cerca.

—¿Pam? —susurró.

—Voy —La vio salir del hueco de la escalera—. Rápido alguien está subiendo en el ascensor y puede parar aquí.

En cuanto entró cerró la puerta.

—No pases del recibidor, Pam. Wyatt y Michael están al acecho.

—Lo sé —Los miró a los dos—. Pero no me siento muy cómoda aquí.

Elijah se rio. Pero vio la cara de culpabilidad de Erin.

—Pam... —advirtió a su compañera.

—Eh, solo estaba bromeando, chica. No es para tanto.

—Nunca bromea, Erin. Pero ha elegido este maravilloso día para empezar a hacerlo. Bendito sea. Estoy por besarte los pies, Pam.

—Vete a la mier...

—Shhh —la cortó cuando el ascensor hizo ruido al parar en su rellano.

Miró por la mirilla y vio a Lo acompañada de una chica rubia de largas piernas. Joder, su vecina no perdía el tiempo.

Su teléfono empezó a sonar con la maldita canción de siempre *Sexy and I know it*, aún no había cambiado el maldito tono. Pam arrugó la frente y Erin se tapó la boca sorprendida y seguro que temiendo ser descubierta o que descubrieran a Pam.

Mostró la pantalla con el nombre de Wyatt a las mujeres.

—¡Hola, Elijah! ¡¿Estás espiando?! —gritó Lo antes de abrir la puerta de su casa.

—¡Algo así, Lo! ¡Qué pases buena noche! —contestó a través de la madera levantando la voz.

Se puso un dedo en los labios y contestó a Wyatt.

—¿Piensas seguir a oscuras mucho tiempo? Déjate ver.

Una furia subió por su espalda y haciendo un gesto para que ellas permanecieran en el sitio encendió la luz y cruzó el salón, las cortinas estaban abiertas así que sin más preámbulos levantó el dedo medio sin saber exactamente en dónde estaban.

—Qué agradable —canturreó Wyatt.

—Me gusta la oscuridad.

—Haz el favor de facilitarnos el trabajo, tío.

—Deberíais vigilar la calle, no a mí. Me voy a la cocina.

—Venimos a tomar unas cervezas —gritó Michael para hacerse oír.

—Ni hablar.

Cortó la llamada y apagó la luz.

—A la cocina, rápido.

Las dos chicas se metieron en la cocina mientras su teléfono sonaba de nuevo.

—¿Qué coño? —contestó.

—Corre las cortinas si quieres, pero deja la luz.

—Sois un grano en el culo.

—Lo mismo digo, ya que no nos vas a invi...

Cortó la llamada de nuevo y encendió la luz, se metió en la cocina y encendió también la luz. La puerta las protegía.

—Esos dos me van a joder el plan —soltó Pam.

—Soy todo oídos.

—He estado aquí muchas veces, sobre todo de noche.

Erin se envaró, pero no dijo nada.

—¿A dónde quieres ir a parar?

—No sé si es buena idea hablar delante de Erin.

—Perfecto, entonces me voy. —En realidad no quería oírlo, saber de sus amantes anteriores no estaba entre sus prioridades.

—No, no te vas a ir. —Elijah atrapó su muñeca.

—Qué susceptible —soltó Pam.

—Es muy maja, como puedes comprobar, Erin. Lo suyo es la vida social a tope. —Miró a Pam—. No tengo nada que esconder.

—Por lo que he podido comprobar, las dos chicas asesinadas, habían venido a tu casa.

—Sí.

—Pero habrás estado con otras en sus casas o en otro lugar.

—Sí.

—Es por eso que no quería hablar, inspectora. Entre Elijah y yo nunca ha habido nada. —Se dirigió a él de nuevo—. Y no sé el nivel de confianza que tenéis.

—Gracias por tenerlo en cuenta, pero Erin conoce mi pasado. Y confío en ella.

Erin soltó el aire y él lo notó.

—Tengo la sospecha de que el asesino te vigila desde esta calle, no te sigue, solo te ve llegar y elige a su víctima. Se lo toma con calma y luego actúa.

—Algo así me temía —dijo Erin.

—Podría ser —admitió él.

—La idea es atraerlo.

—No pondré a Erin...

Pam sonrió y él entrecerró los ojos adivinando sus intenciones.

—¿Tú? ¿Tú lo harías?... Ahora sí estoy seguro de que quieres que Dan me mate.

Erin se plantó ante Pam.

—No puedo permitir que hagas eso, lo siento. Cuando me dijiste que querías ayudar a Elijah no adiviné que te referías a esto.

Pam le dedicó una sonrisa fría.

—Tú misma has dicho que en tu departamento no estaban poniendo

demasiado interés. ¿Prefieres que vaya a hablar con el teniente Fenn? Porque no va a necesitar nunca más un cepillo de dientes.

Erin la miró incrédula.

—Estas amenazando a un agente...

—Oye, estoy diciendo lo que voy a hacer, soy adulta y estoy preparada para romperle todos los huesos al tarado que ha matado a esas mujeres, no intentes impedírmelo y seremos amigas. Es más, puedes llevarte el mérito.

—Pam, no le hables así, joder. No te conoce.

—No quiero ningún reconocimiento —se adelantó Erin antes de que Pam contestara—. Elijah me importa, pero eso que propones es muy peligroso. —Erin no se estaba quedando atrás, Pam no parecía amedrentarla lo más mínimo.

—Entonces no lo hagas. Yo misma me he ofrecido.

Elijah se pasó las manos por el pelo.

—Esto es una locura, Pam. Dejemos que la policía haga su trabajo.

—Ese tío parece obsesionado contigo, quiere joderte, ¿a cuántas mujeres más va a atacar antes de alcanzarte? Es bastante probable que matara a tu amigo, según me ha contado Dan. ¿En serio vas a esperar a que se te eche encima? Nosotros siempre nos adelantamos a los acontecimientos y lo sabes. Eres mi compañero, no dejaré que ese energúmeno te ataque.

—No hay más mujeres...

—Sí, yo. Él no sabe nada de nuestra relación. Y podemos desviar la atención de la inspectora.

Erin levantó una ceja.

—No creo...

—Te ha visto, de eso estoy segura.

Erin se sentó en uno de los taburetes.

—¿Puedo proponer algo?

Ninguno de los dos contestó, pero había captado su atención.

—Tú estás preparada para llevar a cabo operaciones encubiertas —

continuó.

Pam asintió.

—Entonces eres la más indicada para permanecer en la sombra y sorprenderle.

—¿Cuál es tu idea? —preguntó Elijah interesado.

—Podríamos salir cada noche y volver juntos, si nos está vigilando, tus compañeros —señaló con la barbilla hacia la puerta—, y Pam podrían sorprenderlo y detenerlo.

—¿Y qué pasa si sus intenciones son otras? —preguntó Elijah.

—Sí, como dispararos en plena calle —apuntó Pam.

Erin negó con la cabeza.

—No es así como actúa.

—Lo de involucrar en esto a Wyatt y a Michael queda descartado —dijo Pam tajante.

Elijah plantó las manos en la mesa ante Pam.

—Pues voy a poner esa condición. Si dejas a Dan fuera de esto, permite que tus compañeros y yo mismo nos protejamos.

—Joder, Elijah.

—Si hubieras hablado con Dan él habría estado de acuerdo.

—Si hubiera hablado con Dan, Slade estaría al tanto. Y el jefe cree que estás protegido por la policía. Algo me decía que necesitabas más que eso, por eso acudí a Erin.

—Basta, chicos. Hagámoslo así. Elijah y yo seremos las cabezas visibles. Y vuestros compañeros y tú estaréis al margen, pero atentos.

Elijah renegó por dentro. Sí, Erin estaba entrenada para disparar, pero ponerla en la diana...

—No irás nunca sola —decretó.

—Está bien —concedió y después se dirigió a Pam—, ¿estás de acuerdo?

Pam pareció pensarlo un momento.

—Si puedo ponerle las manos encima, sí. Y te advierto que ese tipo no va a

ir a prisión.

Porque lo iba a matar, ya se lo había dicho antes.

—Perfecto. Elijah, estaré en la habitación de invitados —señaló Pam levantándose.

—Toda tuya. —Elijah no estaba muy seguro de querer actuar así, pero de momento lo dejó correr—. Como si estuvieras en tu casa.

—Tengo que explicarte algo —dijo Erin cuando Pam salió a gatas para subir las escaleras. La luz seguía encendida y no quería que la vieran.

—Vamos a mi habitación, te quedas a dormir aquí.

—Qué mandón.

—Acostúmbrate —contestó él guiñando un ojo.

De repente su teléfono móvil volvió a sonar.

—¡Joder! Michael —contestó furioso.

—Es tu vecina.

—¿Le pasa algo a Lo?

—Que me está poniendo muy cachondo.

—¿Qué?

—Todo un espectáculo... y sin correr las cortinas. Le gusta hacerlo con la luz encendida.

Elijah miró por la ventana incrédulo.

—¿Y para eso me llamas? ¿No deberías estar vigilando la calle? —Las ventanas del hotel estaban oscuras a estas horas de la madrugada. Así que no pudo ver a su compañero.

—Y eso hago. Wyatt está dando una vuelta a la manzana.

—Deja de mirar a mi vecina, Michael. Céntrate.

—Así no se puede. Pero tengo que hacerte una pregunta.

—Escupe —pidió deseando cortar la llamada de una vez.

—¿Confías en ella?

—Hace años que la conozco.

—Dime cuál es su coche; marca y modelo. Necesitamos descartar a la

gente que entra y sale del *parking*.

Cortó la llamada en cuanto le dio la información y miró a Erin que se estaba riendo. Sabía que Michael era capaz de alegrarse la vista con Lo y su amiguita de hoy, y al mismo tiempo, ver si algún energúmeno entraba en su portal, pero que le llamara para esto...

—Lo siento —se excusó Erin levantando la mano.

—Bueno, creo que esto no tiene explicación alguna. Es Michael, pertenece a mi equipo y está como una puta cabra.

Ella volvió a reír mientras se tumbaba en la cama, encima de las sábanas totalmente vestida. Se puso a su lado y la abrazó por detrás.

—¿Estás bien? —preguntó junto a su oído.

—Ahora, mejor. Te parecerá absurdo, pero si estamos juntos no tiene el poder de asustarme.

—Lamento que logre asustarte, aunque lo entiendo —dijo besando su cuello.

—No me he explicado bien, Elijah. Me asusta el hecho de que pueda hacerte daño. Yo... no sé qué haría si él llegara a ti.

La estrechó entre sus brazos.

—Yo siento lo mismo.

Ella se dio la vuelta y quedaron de frente.

—Bésame.

## Capítulo 31

Slade entró en casa furioso, Sue no era consciente de lo peligroso que era que Jack anduviera suelto por el edificio donde ella trabajaba, pero se lo iba a explicar ahora mismo.

—¡Sue!

—¿Slade? —Su preciosa voz vino desde la cocina.

—Tenemos que hablar —dijo abriendo la puerta al mismo tiempo que ella.

La sostuvo por la cintura antes de que perdiera el equilibrio ya que su pequeña nariz había aterrizado en su pecho.

—Lo siento.

Ella lo miró frunciendo el ceño y miró la taza que llevaba en una mano, no se había derramado por muy poco.

—No levantes la voz, los chicos están durmiendo.

—De acuerdo, y ahora que lo pienso, ¿qué haces levantada?

Sue resopló.

—He bajado a hacerme un té y te recuerdo que has entrado llamándome.

Slade se pasó una mano por el pelo.

—Joder, nena. Lo de esta tarde...

—Lo de esta tarde no tenía sentido, Slade.

Le cogió la mano y lo llevó al centro donde estaba la isla. Él la levantó y la sentó en la encimera, abrió sus piernas y se colocó entre ellas para después acariciar su rostro y apartar un mechón de pelo rubio de su rostro.

Sue lo era todo para él, no podía permitir que ese loco la acechara, ya había pasado por eso. Ella lo había pasado muy mal y él fue testigo. No lo diría en voz alta, pero las ganas de romperle el cuello solo habían sido superadas por su amor hacia ella. No merecía perderlo, ni sus hijos tampoco.

—Siempre cargaré contra quienes quieran hacer daño a mi familia.

Ella dejó la taza a un lado y puso las manos en su pecho, el calor que de ella emanaba lo reconfortó, como siempre lo hacía.

—Ya está arreglado. Cada vez que necesite enviar algo llamaré a un mensajero.

—Pero estarás limitada...

—Merece la pena, ahora soy madre y ese hombre puede arruinarme la vida, no se lo permitiré. Al menos, estaré pendiente de si sigue en la empresa o se va. Y tampoco quiero más enfrentamientos entre vosotros. Te quiero, Slade, pero lo de esta tarde me ha sobrepasado. Sabes que no me gusta la violencia.

Puso las manos sobre sus muslos descubiertos, ya que el camisón de tirantes rosa que llevaba era muy corto y apenas le tapaba el trasero. Ella acarició su pómulo amoratado.

—Me he vuelto loco.

—Un poco —dijo ella con esa sonrisa que la mayoría de veces lograba ponerlo de rodillas.

—Si llegas a estar sola...

—Había gente, cariño. Y yo habría pasado de largo en cuanto lo hubiera visto.

Slade levantó una ceja.

—Te hubiera acosado.

—Y yo habría llamado a la policía. Cielo, hazte a la idea de que no soy ninguna muñequita. Sé lo que tengo que hacer.

Encerró su cara entre las manos. No iba a comentarle que la próxima vez podía haberla sorprendido en el *parking* del edificio, pero eso lo iba a arreglar a su manera.

—Lo sé y lo siento. Mi primera intención es siempre defenderte. Y a ese tipo lo tengo cruzado.

Sue puso un dedo en sus labios.

—Te perdonaré solo si me haces el amor, aquí y ahora.

Miró hacia la puerta.

—Te gusta el riesgo, ¿eh?

—Ajá.

La besó, mientras ella se sostenía en sus hombros, sus pulgares llegaron hasta la tela de las braguitas y acariciaron su piel más íntima.

Sue gimió ante el contacto lo que hizo que su polla saltase a la vida. Notó la humedad de su centro e introdujo el pulgar haciéndolo girar.

—Slade —jadeó contra su boca.

—Siempre estás lista.

—Tú lo consigues —dijo mordiendo sus labios.

Se desabrochó los pantalones y entró en ella de una sola vez. Joder, era el puto paraíso. Sue era una diosa y él siempre la adoraría.

—Te quiero, nena.

\*\*\*

Un sonido agudo penetró en la cabeza de Eva, intentó moverse, pero no fue capaz. Este embarazo le estaba dando más sueño de lo normal. Y hambre, mucha hambre. La noche anterior había cenado pronto, y antes de irse a la cama aún se hubiera comido una vaca entera. Pero Brad la distrajo de una manera muy sensual.

El ruido volvió a hacer acto de presencia en sus oídos. Levantó la cabeza para mirar el reloj digital de la mesita de noche entrecerrando los ojos. El portero automático volvió a sonar.

—¡Qué! —Brad se sentó de golpe en la cama.

—Están llamando desde abajo —le informó somnolienta.

—Joder son las seis de la mañana, solo media hora más, ¿vale, nena? —Y dicho esto se dio la vuelta.

Pero la persona que estaba llamando volvió a insistir.

—Está bien, iré yo. —Aunque Brad ya dormía de nuevo.

Su marido ni se inmutó. Salió al pasillo y llegó hasta el telefonillo

descalza, con solo una camiseta de Brad y prefería no imaginar el nido que debía llevar por cabello.

—Espero que sea algo urgente —dijo nada más descolgar.

—Vaya modo de contestar.

¿Esa era la madre de Brad?

—Eva, soy Helen. ¿Podemos subir?

¿A las seis?

«Joder».

—Pues claro que podemos —soltó la bruja.

Simplemente apretó el botón y volvió a la habitación con Max siguiéndola de cerca. Debería enseñar al perro a atacar a su suegra cada vez que entrara en casa, con que le destrozase la ropa sería suficiente. Casi se rio en voz alta.

—¡Brad! —gritó a todo pulmón.

—Mmmm...

—¡Brad, despierta, tu madre y tu hermana están subiendo!

Él se dio la vuelta y los pantalones del pijama formaron una perfecta tienda de campaña.

—Cariño, acabo de decirte que sube tu madre, ¿por qué está eso en pie? —preguntó señalando su entrepierna.

En ese momento llamaron a la puerta.

Él abrió un ojo y la miró. Después siguió su mirada y se encontró totalmente empalmado. Puso una mano sobre su polla obligándola a comportarse, pero esta iba por libre.

—¡Oh, joder! Nena, atiéndelas, no puedo aparecer así. Me lo dijo, pero lo olvidé completamente —dijo saliendo de un salto de la cama y metiéndose en el baño.

—Maldita sea —refunfuñó cabreada—. Esa mujer...

Volvió por el pasillo, se detuvo delante del espejo del recibidor e intentó arreglarse el pelo. Tarea difícil después del sexo de anoche, ese de reconciliación en el que les echó toda la culpa a las hormonas. Sonrió.

Que le dieran a esa loca, si no le gustaba su aspecto de recién follada solo tenía que volver por donde había venido. Helen le caía bien, era una cuñada ejemplar y la apreciaba.

—No deberían tardar tanto —oyó a través de la puerta.

—Mamá, te he dicho que lo más probable es que estuvieran durmiendo. Debimos ir a desayunar a la cafetería antes de venir.

—Es la casa de tu hermano, podemos desayunar aquí.

Abrió la puerta de golpe.

—Buenos días, señoras —saludó cogiendo a Max por el collar.

Helen la abrazó y le dio un beso en la mejilla mientras susurraba un «lo siento».

—Buenos días, Eva. —La madre de Brad lanzó un beso al aire cerca de su mejilla con la altanería que la caracterizaba. Y la observó con ojo crítico.

—¿Os hemos despertado? Es que hemos venido en tren para comprar algunas cosas. Y mi madre ha insistido en venir —se disculpó Helen de nuevo en voz alta.

—¿Dónde está mi hijo? ¿Sigue en la cama? —preguntó su suegra antes de que ella pudiera contestar.

—Está en la ducha. —De repente le sobrevino una arcada.

Se llevó la mano a la boca y se dobló sobre su vientre. Maldita sea, no era el mejor momento.

—¿Te encuentras bien? —Helen parecía genuinamente preocupada.

Levantó un dedo y salió corriendo.

—Debió beber anoche.

Oyó perfectamente la acusación de su suegra, esa bruja no tenía filtro. Abrió la puerta del baño justo a tiempo para vomitar en el váter.

—¿Nena? —Brad asomó la cabeza por al lado de la mampara de la ducha —. Joder, deja que te ayude.

Salió y se puso a tiempo una toalla enrollada en las caderas cuando entró su hermana de golpe.

—¡Wow! —dijo él aguantando fuertemente la toalla.

—Oh, lo siento, Brad. Eva ha salido corriendo y...

Otra arcada los cortó a los dos.

—Cariño. —Brad recogió su pelo en una cola con el puño y aguantó su frente—. Agua, Helen.

Mientras ella salía hacia la cocina corriendo, Eva se dejó caer sentada en el suelo.

—Cree que tengo resaca —dijo limpiándose la boca con el dorso de la mano.

—¿Helen? —preguntó Brad frunciendo el ceño.

Ella lo estudió un momento.

—Tu madre —graznó.

Sí, necesitaba agua.

—Toma cariño, ¿estás mejor? —Helen le ofreció el agua.

—¿Puedes quedarte con ella? Voy a hablar con mamá —pidió Brad antes de que Eva pudiera contestar.

Se bebió el vaso de agua mientras él salía con paso firme.

—¿Te sentó algo mal anoche? —preguntó su cuñada.

Ella negó con la cabeza.

—¡Está embarazada, joder, mamá! ¡¿Por qué siempre tienes que pensar lo peor de Eva?! —La voz grave de Brad inundó la casa y Eva se quedó paralizada.

—¿Embarazada? Oh, Eva. No sabes cuánto me alegro por vosotros. —Helen, a pesar de llevar un precioso vestido, se sentó a su lado y pasando un brazo sobre sus hombros la abrazó.

—¡¿Embarazada?! —gritó su suegra—. ¡¿No podíais haber esperado un poco?! —

—Oh, Dios mío, no la escuches. Hoy está insoportable porque mi padre no ha querido venir con nosotras. Estoy segura de que se arrepentirá de sus palabras.

—¿Esperar?! ¿Esperar, a qué?! —contestó Brad.

—O tal vez no —contestó Eva a su cuñada.

Helen hizo una mueca. Conocía a su madre mejor que ella, Helen debía ser consciente de que «La señora» no se cortaba un pelo a la hora de opinar.

—Lo siento, Eva.

—No te disculpes por ella. No tienes la culpa —dijo levantándose.

—¿Te ha comido la cabeza para quedarse embarazada? —preguntó en ese momento su madre con desprecio.

—¡Mamá! —El grito vino de Brad y de Helen al mismo tiempo.

Vaya, su suegra podía parecer un camionero ruso cuando se lo proponía. Ya estaba harta.

—¡Eva! —gritó Helen cuando la vio salir disparada del baño—. ¡Espera!

Se giró mientras seguía caminando.

—No voy a permitir que le grite así. ¡Y voy a explicarle, exactamente, la cabeza que le he comido a su hijo para quedarme embarazada!

—Ya te lo dije antes de que os casarais, esa chica pretende atarte a su lado para siempre. No está preparada para ser madre, viene de una familia desestructurada...

Mierda, que no estaba preparada ya lo sabía, no hacía falta que se lo recordara. Solo había un fallo grande en la última frase: su familia no estaba «desestructurada», amaba a sus padres y a su hermano. Y que sus progenitores quisieran viajar no significaba que no quisieran a sus hijos.

Cuando entró en el salón, Brad estaba enfurecido y estudiaba a su madre con frialdad.

—No vuelvas a hablar así de ella, no estás en tus cabales, mamá. Y ahora, sal de mi casa.

Eva frenó en seco detrás de Brad, que ni la había visto.

—¿Eso quieres que haga? ¡Solo estoy abriéndote los ojos!

—Eso es exactamente lo que quiero, si no la aceptas de una vez, vas a perderme. ¿Lo entiendes?

No, eso no lo podía permitir. Brad amaba a su familia y ella no iba a ser el motivo por el que las cosas terminaran así.

—Señora Holmes —dijo lo más tranquila que pudo y respetando a la madre de su marido, aunque por dentro ardía de rabia—. Estoy embarazada, de mellizos, para ser exactos. Su hijo tal vez merezca a una mujer que esté a la altura de sus expectativas, pero resulta que me quiere a mí y yo a él. Debería aceptarlo. Vamos a ser padres y eso debería ser motivo de alegría para usted.

¿Ella acababa de soltar esa jodida frase?

—Creí que se cansaría de ti, que solo eras una más, pero se casó contigo y ahora vais a formar una familia. Eres una desequilibrada que se encaprichó de mi hijo, me lo has robado. No, nunca vas a estar a la altura. Ni tú ni tu familia de descerebrados —decretó la mujer con el rostro encendido.

Vaya, estaba viendo por primera vez el verdadero rostro de su suegra. Aunque no estaba nada sorprendida, no se podía decir lo mismo de sus hijos.

—¡Entonces, vete! —bramó Brad.

—Brad, no...

—Basta, Eva. He tomado una decisión. Si ella no se disculpa...

—¡Mamá! ¿Cómo te atreves... —Helen también estaba enfurecida.

—Me voy, Helen, ¿vienes? —la cortó cogiendo el bolso que había dejado sobre la mesa.

—No, no iré contigo. Eva es como una hermana para mí. No tienes ningún derecho a decir lo que has dicho. Siempre has intentado controlar nuestras vidas y hoy has cruzado el límite.

—Está bien, llamaré a un taxi.

Salió de la casa dando un portazo y los tres se quedaron en medio del salón.

—Voy a ducharme, tengo que ir a trabajar.

Ni Brad ni Helen dijeron nada, aún estaban en estado de *shock*.

Volvió al baño y se metió en la ducha dejando que las lágrimas por fin hicieran acto de presencia.

## Capítulo 32

Erin había dormido poco y muy a su pesar, había tenido que acudir a su apartamento, cambiarse de ropa y llegar a su despacho a tiempo.

Lo cierto era que cada vez le gustaba más estar al lado de Elijah. Y no le importaba perder horas de sueño junto a él; las ocupaban en algo realmente bueno y muy satisfactorio.

—Buenos días, parece que no has descansado.

Ashton acababa de asomar la cabeza por la puerta.

—Buenos días, teniente. —No iba a darle los detalles de su noche.

—Wilson nos espera en su despacho.

—Voy enseguida —recogió de nuevo la carpeta que acababa de dejar sobre la mesa y salió del despacho.

—¿Cómo va la investigación? —preguntó Wilson nada más verlos entrar.

El hombre calvo que era su jefe estaba sudando profusamente de buena mañana, tenía sobrepeso y eso no ayudaba en nada a que el calor de Nueva York inundara su sistema. Ni el aire acondicionado conseguía refrescarlo.

También estaba el hecho de que apestaba.

—Está en un punto muerto, ese tío es un fantasma, no encontramos nada a nombre de Gabriel Russo, ni tarjetas ni propiedades —contestó el teniente.

—Eso puede cambiar. Me han mandado, hace diez minutos, las grabaciones de una cámara de seguridad de un gimnasio cerca de la casa de Elijah Cranston. Tenías razón, Erin, merodea su apartamento.

Ashton la miró de reojo.

—No me habías comentado nada.

—Tuve una ligera sospecha de que él podía estar vigilando al señor Cranston. Y se lo comenté al capitán Wilson.

—No se preocupe, teniente, tarde o temprano hubiéramos tenido que buscar

esas grabaciones.

Erin lo miró de soslayo, esos dos se crecían pensando que eran más inteligentes que cualquier mujer del departamento. Era injusto que ahora el jefe intentara que Ashton se sintiera cómodo.

Vieron el vídeo y detuvieron la imagen cuando el supuesto asesino cruzó la calle, la cámara lo pillaba por un ángulo a la derecha. Su rostro no era muy nítido y la complexión era muy parecida a la de Elijah, no le extrañó lo más mínimo que alguien pudiera confundirlo.

—Perfecto, intentaremos que los informáticos aclaren más la imagen, ¿qué pensáis?

—Es él —dijo ella segura de que así era.

—No corras tanto, podría no ser él.

—Viste tal como nos dijo Julia Tejada.

Taladró a Ashton con la mirada. ¿Por qué narices tenía que retrasar las cosas? Estaba claro que ese tipo de la imagen era Gabriel Russo.

Se levantó de golpe.

—Si no hay nada más estaré en mi oficina hasta que los informáticos avisen.

Dos horas después ya no pudo aguantar más y bajó al departamento informático. Peter era el encargado de tratar las imágenes y se acercó a él.

Usaba unas gafas de cristales gruesos y era enjuto como un junco, pero era un tipo agradable.

—Ah, hola Erin.

—Peter.

Se puso detrás de su asiento y miró la pantalla por encima de su hombro.

—Está bastante bien.

—No puedo hacer nada más, inspectora.

La imagen era más clara ahora, se podía apreciar el rostro anguloso, aunque seguía siendo algo borroso.

—Pásamela al móvil, yo se la daré al teniente Fenn.

—De acuerdo.

—Gracias, Peter, has hecho un gran trabajo.

Pudo ver cómo se sonrojaba antes de volver a su despacho. Por el camino le llegó el pitido de un mensaje entrante y miró la fotografía que le acababa de enviar, acto seguido se la envió a Elijah y entró en el despacho de Ashton después de llamar con los nudillos.

Lo observó mientras caminaba hacia él, estaba con la mirada fija en la pantalla del ordenador. Sus duras facciones no le quitaban ni un poco de atractivo a su rostro.

—Ya tenemos la imagen.

—Perfecto, podemos ir a ver a Julia Tejada, es la única que lo tuvo cerca.

—Está bien.

—Creo que has tenido un buen presentimiento. Te felicito, Erin.

—Gracias.

Vaya, eso sí que la sorprendió.

Esperaba que Julia actuara con normalidad después de lo de la noche anterior. Si Ashton sospechara algo se le echaría encima.

Camino del Bronx no cruzaron ninguna palabra. Pero justo antes de encontrar un sitio donde estacionar Ashton abrió la boca.

—Voy a dejar a Alix. Que vayamos a ser padres no significa que debamos estar juntos.

Puso los ojos en blanco.

—¿Y necesitaba saber esa información? —soltó a bocajarro.

—Quiero recuperarte, recuperar tu confianza en mí, Erin. Lo que hice no tiene ninguna explicación, y la verdad es que no sé en qué coño estaba pensando.

—No me metas en esto. Lo nuestro se acabó, lo que Alix y tú decidáis es asunto vuestro.

Ashton aparcó en zona de carga y descarga y se giró en su asiento.

—¿Todo esto es por Cranston? ¿Te has enamorado de él?

—Sí —soltó sin más.

Simplemente salió del coche y caminó por la acera hasta llegar al restaurante chino. Él la siguió de cerca sin decir nada más.

—Buenos días —saludó entrando.

—Buenos días. —Julia salió a su encuentro.

—Señorita Tejada, ¿nos recuerda? —preguntó el teniente.

Ashton tenía una capacidad innata para pasar de un estado emocional a otro con la misma velocidad que se podían chasquear los dedos.

—Sí, por supuesto.

Julia miraba a su compañero con apreciación.

—¿Podemos hablar con usted? Solo será un momento —preguntó ella.

—Sí. —Pero giró la cabeza en dirección a la cocina como esperando que salieran los propietarios del restaurante.

El teniente sacó el teléfono y le enseñó la foto de Russo. La de cuerpo entero y el primer plano que había conseguido Peter.

—¿Lo reconoce? —preguntó Ashton no demasiado confiado en su respuesta.

—Es él —afirmó la chica.

—¿Está segura? —preguntó Erin.

—Segurísima, iba vestido siempre igual. Jersey de cuello alto negro, y cazadora y pantalones vaqueros. Creo que solo lo vi en una ocasión con un jersey diferente, azul tal vez.

—Gracias, nos ha sido de gran ayuda —dijo Erin.

Cuando salieron al exterior. El teniente se paró a mirar de nuevo el edificio donde habían encontrado a la primera víctima.

—Seguimos sin saber dónde encontrar a ese tío.

—Por lo menos ahora tenemos algo más que un retrato robot.

Ashton metió las manos en sus bolsillos.

—¿Y si es algo personal?

—Tiene pinta de ser algo personal. —No podía explicarle lo que Elijah le había contado sobre el padre de Russo.

—Me refería a Cranston,

—¿Qué insinúas?

Sus preciosos ojos la estudiaron.

—Piénsalo, te besó y tú has caído en sus redes. Puede ser que nos esté obligando a estar pendientes de Gabriel Russo. Muchos hombres han vuelto de la guerra con traumas...

—Tú también fuiste soldado y aquí estás, protegiendo a la población. ¿Qué te hace pensar que Elijah pueda estar involucrado en algo así?

Puso todos los medios para no dejar salir el enfado que se estaba construyendo dentro de su corazón. Le dolía que Ashton lo viera como un asesino de mujeres.

—El rechazo de la sociedad, esas chicas...

Se plantó ante él.

—No sigas por ahí. Te has acostado con más mujeres de las que puedo contar, yo misma incluida, ¿y ahora esperas que por hacer algo así él se dedique a matarlas? No creo que las mujeres lo rechazaran y por eso las torture.

Solo ella lo había rechazado y Elijah se comportó como un caballero.

—No estaba pensando en eso. He sabido que salió del ejército por algún problema interno, puede estar desequilibrado.

—Trabaja en una respetable empresa de seguridad, en la que, por cierto, pasan test psicológicos. Cuando estuve con él nunca tuvo una mala reacción. Ni siquiera cuando lo dejé por ti.

Se dio una bofetada mental por soltar la última frase. Se había entusiasmado demasiado para defender a Elijah.

—¿Qué?

—Nada.

Continuó caminando hacia el coche.

—Erin. —Él la agarró por la muñeca—. ¿Salías con él y lo dejaste?

—Sí, una mala decisión, por cierto.

Ya no le importaba que él lo supiera. Tiró de su mano y se acercó al coche.

—Maldita sea, Erin. ¿Y si se está vengando de ti? ¿Lo has pensado? Se está ganando tu confianza. Esa clase de tíos son capaces de superar un detector de mentiras, ¿crees que no pudo superar un test psicológico?

Una sombra de duda cruzó por su mente, pero rápidamente la descartó. Había conocido a Pam y nadie defendería a muerte a un hombre si no lo conociera a la perfección.

—No sabes de lo que estás hablando, no lo conoces.

Ashton metió las manos en los bolsillos de los pantalones y, con ese aire arrogante que lo hacía tan atractivo, soltó el aire.

—Te quiero, Erin.

—Demasiado tarde, Ashton.

Abrió la puerta del coche y se metió dentro. Su móvil vibró.

«Sé quién es, nena. ¿Podemos vernos?»

«Estaré libre en una hora» —contestó.

Se guardó el móvil en el bolsillo de la cazadora y esperó a que Ashton arrancara el motor. Era un día caluroso, pero llevar una cazadora de cuero fino ocultaba su arma. Miró de reojo a su compañero; parecía estar sumido en sus propios pensamientos, así que se dedicó a mirar por la ventanilla.

En unas pocas horas volvería a estar con Elijah, solo esperaba que esta vez el departamento pusiera en funcionamiento la «maquinaria» y espabilara a buscar coincidencias en la base de datos. Ese tipo sabía esconderse, pero no lo lograría por mucho tiempo. Ahora ya tenían un rostro.

Decidió que entraría en su portal de forma natural y sin levantar sospechas, iba armada y los compañeros de Elijah estarían atentos a cualquier tipo que accediera también. No le quedaba muy claro lo de que Pam no quisiera que ellos supieran que estaba allí, tenía que preguntárselo a Elijah.

## Capítulo 33

—Creí que iba a salir hacia Europa enseguida, y llevamos aquí tres días — dijo Mara mientras desayunaban en la cocina.

Denis la miró, ¿cómo le explicaba que le costaba separarse de ella ahora que estaba a su lado?

—Viajarás en el avión privado, y no está listo. Necesita una revisión después del viaje de vuelta de Nadia.

Valiente excusa. Pero seguiría mintiendo con el único pretexto de tenerla con él. Contaba con cinco guardaespaldas, los Taylor no se atreverían a acercarse. Y también estaba el hecho de que nadie sabía de la existencia del ático en el que estaban en pleno centro de Salvador de Bahía. Solo lo sabía Slade Ward y le había dado la dirección por precaución, no era idiota. En un momento dado podía necesitar a ese hombre y a su equipo.

—Ah, aunque ya sabes que no me gusta volar, me gustará ver a tu familia.

—Iré contigo.

—¿Vendrás?

—Sí, así también veré a Jude.

Mara abrió los ojos sorprendida.

—¿Jude? ¿Nuestro Jude?

—El mismo —contestó con una punzada de celos, demasiado entusiasmada la veía con la perspectiva de ver a su amigo de la infancia.

—¿Está en Europa?

—¿Creías que iba a dejar a mi familia en manos de desconocidos? Él vive en España desde hace dos años. En Barcelona, para ser exactos.

Mara volvía a ser ella de nuevo; fuerte y decidida, después de haber llorado, lamentado y dedicado algunos insultos a los Taylor, y a él mismo. Habían pasado los dos días anteriores encerrados, viendo películas y

cocinando. Y podía decir que hacía mucho tiempo que no se sentía tan a gusto.

—¿Qué quieres hacer hoy? —preguntó mientras observaba como ella untaba mantequilla en una tostada.

—¿Salir de compras? —contestó socarrona.

—¿Necesitas ropa interior? Porque puedo enviar a Joel a comprar...

—¿Tu guardaespaldas? Ni de coña.

Él sonrió.

—Vamos, Mara, tienes que admitir que no estamos tan mal aquí. Estás más relajada.

Ella bajó la vista.

—Siempre produces ese efecto en mí.

Dios, estar encerrado con ella y no poder tocarla lo estaba matando. Puso un dedo debajo de su barbilla y enfrentó sus ojos.

—Nunca voy a dejar de quererte, Mara. Da igual la situación en la que me encuentre, nadie te va a sustituir nunca en mi corazón.

—Pero ella...

—Es la única que consiguió enamorarme.

—¿Has estado con otras mujeres antes que con Nadia?

—Sí, no te voy a mentir.

Mara cerró los ojos con fuerza.

—Creo que no necesitaba esa información. No debí preguntar.

Denis se puso a su altura.

—¿Y si te dijera que desde que te he vuelto a ver todas mis creencias fundamentales han cambiado? No sé qué he estado haciendo hasta ahora, pero si echo la vista atrás soy muy consciente de todo lo que perdí.

—¿Te arrepientes?

Él se enderezó.

—No. Lo volvería a hacer.

Vio el dolor en los ojos de Mara.

—Ellos merecían perderlo todo, de la misma manera que nosotros

perdimos a nuestros padres.

—Sacrificándome a mí.

—Sacrificándote a ti —ratificó.

—Entonces pasemos a la acción —soltó Mara.

Se la quedó mirando sin saber muy bien a qué se refería.

—¿Acción?

Ella se levantó y empezó a quitarse la ropa. Primero la camiseta, después el sujetador. Denis siguió cada movimiento con la mirada.

—¿Qué haces? —preguntó cuando iba a desabrocharse el botón de los vaqueros cortos.

—Te deseo Denis, dices que siempre me vas a amar, yo también lo hago. Y, aunque soy consciente de tu próximo matrimonio, no me importa. En este momento estamos solos.

¿Qué?

—Mara... me lo estás poniendo muy difícil. Te haría el amor, te adoraría como mereces. Pero no eres la mujer con la que voy a compartir mi vida. Tú misma me negaste ese privilegio, no me pidas ahora que le haga daño a alguien que no tiene la culpa de nada.

Unos golpes en la puerta hicieron que Mara recogiera la ropa del suelo y no pudiera contestar. Mejor así, había tenido que echar mano de todo su control para no abordarla y hacerle el amor en el suelo.

—¿Qué pasa? —preguntó sin abrir.

—Señor, es urgente. —La voz de Joel lo puso alerta.

—Vístete, Mara. Voy a abrir.

Pero ella ya estaba poniéndose la camiseta de nuevo, su mirada furiosa lo decía todo.

Nada más abrir Joel entró y lo enfrentó.

—El señor Ward está aquí, han seguido a un hombre hasta la entrada, dice que hay más y están rodeando el edificio, me ha pedido que los saque de aquí.

Denis buscó a la chica con la mirada, confiaba plenamente en Joel y sabía

por su mirada cuándo tenía que mover el culo a toda velocidad.

—Mara, arriba. ¡Ya!

\*\*\*

Mara vivió esa sensación extraña que se tiene cuando todo se detiene de golpe, como cuando alguien hace correr la aguja de un tocadiscos y todo queda en silencio. Se había atrevido a pedirle a Denis que la tocara, le había dicho que lo deseaba, pero su reacción no era la que había esperado.

Después, todo se había precipitado, ni siquiera la vergüenza y la desazón habían hecho acto de presencia cuando él se negó a su propuesta, había cogido su mano y corrido escaleras arriba mientras se aseguraba de llevar el teléfono móvil encima.

—¿Son ellos? —preguntó intentando correr tanto como él.

—Sí, nos han encontrado.

Nadie sabía de este ático, eso le había dicho Denis.

—¿Cómo?

—No lo sé —contestó mientras empujaba una puerta al fondo del pasillo y se encontraban con otras escaleras —. No te detengas, Mara. Joel y los otros no los dejarán pasar, pero hay que ponerte a salvo.

—¿Adónde vamos?

—Arriba, a la azotea, el helicóptero nos espera.

Subieron el último tramo y Denis abrió una pesada puerta para salir. Mientras empujaba con fuerza, ya que la puerta metálica parecía pesar y el aire exterior ejercía presión hacia adentro, lo estudió. Ya no era aquel chico joven, delgado y alto, que vivía en un barrio obrero y pobre. Ahora era un hombre, con cuerpo de hombre y a punto de vivir un cambio en su vida. Y ella no estaba incluida. Claro que primero tenían que salir de esta.

Cuando accedieron al exterior, el fuerte viento la hizo tambalearse, la mano de Denis la estabilizó cogiéndola por el brazo. Pero no la miraba a ella, sus

ojos estaban fijos en la cabina del helicóptero.

De hecho, ese trasto debería hacer un ruido atronador, pero solo el silbido del potente viento llegaba hasta ellos.

—Mierda —dijo Denis.

—Está muerto, ¿verdad?

El piloto yacía sobre los mandos, con el casco puesto, y un brazo le colgaba fuera del aparato.

—Sí, retrocede.

Los dos caminaron de espaldas de vuelta al edificio. Miró a Denis para preguntarle qué iban a hacer ahora, pero él observaba los edificios a su alrededor. Un disparo pasó a escasos centímetros de su cabeza e impactó en la puerta.

Los dos se agacharon al mismo tiempo.

—¡Mara!

—¡Denis! —gritaron al mismo tiempo.

—Mierda, por poco. ¿Estás bien?

—Sí, ¿de dónde ha venido?

Otra bala golpeó la pared al lado de la puerta, no les iban a permitir volver.

—Vamos —Denis la empujó suavemente hacia la parte trasera de la especie de caseta por donde se salía, la contraria a la puerta, allí no había edificios tan altos —. Aquí estaremos a salvo.

—No podemos volver.

—Lo sé.

—Si tuviera una pistola...

—No, Mara. Los hombres de Ward y mis guardaespaldas harán su trabajo, solo debemos esperar.

¿Qué? Ni de coña.

—No voy a esperar a que me peguen un tiro, Denis, tenemos que volver a entrar...

El teléfono de Denis sonó en ese mismo instante.

—Demasiado tarde... el piloto está muerto o desmayado... nos están disparando desde el edificio que está al norte...Está bien – dijo antes de colgar.

—Ven aquí. —Se arrimaron a la pared y él la abrazó—. No puedo perderte, Mara.

\*\*\*

Slade ya se había coordinado con los guardaespaldas de Vides. Estaban dentro del edificio y ellos buscarían al cabrón o cabrones que estaban disparando al constructor y a la señorita Lima.

—Dan, Matt, al edificio —señaló la entrada a su izquierda—. Encontradlos.

—Sí jefe.

Iban vestidos con pantalones cargo negros y camisetas también negras, cuando corrieron armados por la acera la gente se apartó asustada. Los escoltas de Vides iban trajeados y con corbata, así que pasaban desapercibidos mientras escudriñaban la calle con las armas a punto, pero escondidas a los ojos de los viandantes. Slade también había trabajado como guardaespaldas y sabía lo incómodo que era ir vestido de esa manera. Nunca se había llegado a acostumbrar.

—Phoenix, tienes que subir a la azotea, necesitare que pilotes ese helicóptero.

—Estoy en ello —contestó disponiéndose a entrar.

—Mata a todo el que no lleve corbata, joder.

—Copiado, jefe.

No había podido contabilizar a esos sicarios contratados por los Taylor, pero había unos cuantos dentro del edificio y según Denis, alguien disparando de una azotea a otra.

—Te seguiré en un par de minutos —buscó a Ian con la mirada—. Asegura el perímetro, no puede entrar ni salir nadie. Jacob a la parte de atrás.

—¿Qué hacemos con la policía? La gente habrá oído los disparos.

—No os dejéis ver, a mi señal corred a la azotea.

—Oído —Jacob corrió pegado a la pared del edificio y Slade entró y empezó a subir escaleras a toda prisa sin dejar de mirar hacia arriba en previsión de que algún sicario asomara la cabeza.

—Phoenix, ¿en qué piso estás? —preguntó apretando su garganta para que lo oyera mejor.

—En la sexta, intenta no tropezar con algunos cadáveres.

Prefecto, Killian estaba limpiando el camino. Los otros apartamentos estaban cerrados a cal y canto. Los escoltas de Vides se habían ocupado de avisar a los vecinos.

Eran diez pisos y en cada rellano había una puerta de acceso a las escaleras. Se oyeron disparos y un tipo armado y vestido de camuflaje salió disparando delante de él.

## Capítulo 34

Cuando el hombre fue consciente de su presencia se dio la vuelta para disparar; Slade fue más rápido y apretó el gatillo.

Subió corriendo el siguiente tramo y volvió a oír disparos. Killian se estaba encontrando con más tarados.

—¡Phoenix!

—Llegando a la azotea, jefe —informó por el pinganillo.

Oyó correr a alguien y miró por el hueco; otro hombre corría escaleras abajo, la mano que apoyaba en la barandilla para darse impulso en las curvas aguantaba una pistola y también vestía de camuflaje. ¿Un desertor?

Valiente idiota.

—Paquete bajando —informó a Ian.

—Copiado.

Estaba llegando arriba.

—Mueve ese culo, capitán

—Que te jodan, Phoenix. —Esto último se lo dijo en directo ya que lo acababa de alcanzar.

—En cuanto vuelva a casa, jefe —señaló a uno de los guardaespaldas—. Apartamento despejado según él.

En el suelo había un hombre en medio de un charco de sangre, era uno de los escoltas de Vides.

—Lo siento.

El hombre asintió.

—Suban las escaleras, vayan a la puerta que hay al fondo y desde allí a la azotea.

—Gracias tío —contestó Killian, él solo dio un golpe de barbilla.

Esta vez fue él el que llevó la delantera con Killian pegado a su espalda.

—Por aquí.

Cuando llegaron arriba se colocaron uno a cada lado de la puerta y cambiaron las pistolas por los fusiles.

Slade hizo una cuenta atrás con los dedos y abrieron para salir dando una voltereta en el suelo, cada uno hacia un extremo opuesto de la azotea. Una ráfaga de disparos barrió la pared cercana.

Corrieron hacia la parte posterior.

—Es un solo francotirador —dijo Killian.

—Ya lo he notado. No ha sabido a quién apuntar.

Vieron a Vides y a la chica sentados en el suelo mirándolos pegados a la pared y seguramente pensando que eran un par de chiflados. Él se agachó frente al hombre y Killian junto a Mara Lima.

—¿Algún herido? —preguntó.

—No, estamos bien.

—Lo que pasa en Brasil se queda en Brasil —advirtió Slade.

—Conforme —contestó Vides.

Si a ese tío se le ocurría explicar a Sue la manera en la que tentaban a la suerte, le cortaría las pelotas y le obligaría a tragárselas. Y después se tragaría las suyas propias en cuanto Sue le diera la brasa con los peligros. Hasta ahora todo había ido bien.

—Voy a abatirlo —dijo Killian muy seguro.

—¡Phoenix, no!

Se arrastró hasta el borde, en mitad de los disparos, y sacó el fusil por encima del pequeño muro.

—Ese tío está loco —dijo Mara.

—Si no lo matan yo mismo lo haré, no os mováis de aquí.

Dio la vuelta y se apoyó en la esquina antes de llegar a la puerta, otro disparo le dio la bienvenida. Apuntó y observó por la mira telescópica. No se veía nada. Siguió observando hasta que un destello iluminó una ventana, había sol, pero pudo verlo con claridad.

—Objetivo neutralizado. —La voz de Dan destilaba triunfo.

—Buen trabajo. Reportad.

—Todo bien por aquí —contestó Matt.

Tanto Jacob como Ian también contestaron afirmativamente y Slade soltó el aire, como siempre hacía cuando sus hombres no terminaban hechos papilla en una operación, fuera o no urbana.

—Todos a la azotea. ¡Ahora!

—Killian, encárgate del piloto y arranca ese trasto.

Cuando él se fue hacia el helicóptero Slade observó a Vides ayudando a Mara Lima a incorporarse.

—¿Cómo estáis?

—Bien. —Denis no soltó la mano de Mara

Se fijó en la mirada aliviada del hombre y cómo después se fundían en un abrazo. Levantó una ceja. ¿En serio este tío se iba a casar con esa pija? Los ojos de esos dos decían muchas cosas, aunque él no estaba por la labor de descifrarlas.

—Gracias Ward —Vides le ofreció la mano.

—No hay de qué, es nuestro trabajo.

—¿Seguían en Brasil?

—No, descubrimos que Ryan Taylor había vuelto a Estados Unidos, pero solo para reforzar su ataque. Cuando Aylan hizo un seguimiento lo vio subir a un avión privado en Newark. Hizo varias llamadas antes de aterrizar. Aylan está en ello. Te mantendremos informado.

Cuando oyeron el escandaloso ruido del helicóptero, les hizo una seña con la cabeza para que subieran.

—Jefe, ¡alerta! —gritó Ian en su oído.

Iban agachados cuando un hombre, con sobrepeso y armado, salió por la puerta. Slade tuvo un centésimo de segundo para reconocerlo. Era el otro hermano Taylor, el que había logrado escapar cuando intentaban liberar a Mara.

Antes de que él hombre pudiera siquiera enviar la orden a su cerebro para disparar, Slade lo abatió.

—¡Oh, Dios! —gritó la chica por encima del sonido de los rotores del helicóptero.

Vides había sido rápido y la había empujado detrás de su cuerpo.

—¡Subid! ¡Rápido! —él caminaba de espaldas apuntando a la puerta.

Killian ya se había puesto el casco y los auriculares, y estaba trasteando botones en el panel de delante. Ian y Jacob llegaron al mismo tiempo y de un salto se metieron dentro.

—¡Ese cabrón, ha salido del sexto piso, no nos ha dado tiempo a disparar su culo!

—La policía está buscando piso por piso, no saben quiénes disparaban ni a quién. Van a perder mucho tiempo antes de llegar aquí arriba.

Mierda.

—¡Matt, Ian!

Todo tenían que decirlo a gritos.

—Llegando —contestó Ian.

Matt fue el primero en atravesar la puerta y correr hacia el aparato, Ian le pisaba los talones. Slade sostuvo la puerta y en cuanto entraron cerró de golpe.

—¡Killian!

El teniente asintió y el helicóptero empezó a elevarse. Pero de repente dio un giro inesperado y todos tuvieron que aferrarse a algo. Slade vio como el rotor de cola pasaba rozando la pared en donde estaba la puerta de salida a la azotea.

—¡Eh! —gritó Ian.

—¡Joder! —Hacía tiempo que el capitán no veía a Dan santiguarse.

Matt entrecerró los ojos y miró la puerta, dispuesto a saltar si hacía falta. Vides pasó un brazo por encima de los hombros de Mara y la apretó contra su cuerpo.

—Me falta práctica, un poco de paciencia, tíos.

Los que estaban detrás del asiento de Killian se giraron para maldecirlo. Teniendo en cuenta que el teniente era un saco de nervios sabía temprarlos en circunstancias como estas.

Se elevaron de nuevo y esta vez fue el otro rotor principal el que, por poco, roza el suelo de la azotea, todos se inclinaron hacia delante.

—¿Quieres matarnos?! —vociferó Jacob esta vez.

Por fin salieron disparados de la azotea hacia el mar. Y la carcajada de Killian resonó por toda la cabina.

Maldito tarado.

Se sentaron en sus asientos, no había para todos así que Dan y Matt terminaron en el suelo y apoyados en los laterales.

Todos guardaron un silencio sepulcral mientras Killian viraba hacia el aeropuerto en donde los esperaban los aviones privados. El suyo y el de Denis Vides.

Killian aterrizó el helicóptero, con más soltura, aunque sus traseros se resintieron del golpe final contra el asfalto.

Apagó el motor y se giró en su asiento.

—Todos sanos y salvos.

—Vete a la mierda, teniente —gruñó Dan abriendo la puerta y saltando al exterior.

—La madre que lo parió. —Ian estaba bastante cabreado, y el corazón le latía tan rápido en el pecho que creía que le iba a explotar.

—Has conseguido acojonarme, Phoenix —soltó Matt dando la mano a Mara Lima para que bajara.

A todos les sorprendió ver una sonrisa en sus labios.

—Algún día... —empezó a decir Slade.

—Cuando llegue ese día estarás a mi lado para salvarme el culo, jefe —lo cortó Killian.

Vides volvió a coger a Mara de la mano.

—Slade, pasaré por tu oficina.

—Cuando quieras.

—Gracias por todo, chicos. Ha sido un placer conoceros. ¿Dónde está Elijah?

Todos pudieron ser testigos de cómo Denis se envaraba a su lado.

—En Nueva York, te envía recuerdos y espera volver a verte pronto.

Todas las miradas fueron a Killian que era el que había hablado. Que nada más soltar la frase se estaba encendiendo un cigarrillo como si la cosa no fuera con él.

—Volvemos a Nueva York. Nos vemos —se despidió Vides con tono seco.

Esperaron a que ellos se alejaran para interrogarlo con la mirada.

—¿Qué queréis que os diga? Soy un romántico —soltó con una gran sonrisa.

—Eres un capullo, Killian, asúmelo —decretó el capitán.

Slade empezó a caminar hacia el avión que los esperaba con los motores en marcha.

—¡Vamos! Quiero salir de este maldito país.

Sí, el capitán estaba hasta los huevos de estar en un lugar que le recordaba a esa furcia con la que se casó, todos lo sabían.

Sin embargo, a Ian le parecía un lugar magnífico para pasar unas vacaciones con Isabella. Sonrió mientras subía la escalerilla de acceso. Solo por el hecho de pensar en ella estaba consiguiendo que el acojonamiento producido por el temerario pilotaje de Killian fuera disminuyendo.

Slade aún no había dado la orden de despegar al piloto cuando su teléfono empezó a sonar. Miró la pantalla; era Pam.

«¿Pam?»

—Pam —contestó.

—*Jefe, sé que estáis en plena...*

—Estamos a punto de despegar de vuelta a casa.

Dan le echó una mirada preocupada.

—*Entonces, en unas horas estaréis aquí...*

—¿Dónde estás? Te hacía en el rancho de tus padres. —Pam parecía divagar y no le estaba haciendo ninguna gracia.

—*Es una larga historia, estoy en Nueva York y Elijah ha desaparecido.*

—¿Cómo que ha desaparecido?

—*Hace horas que lo estamos buscando, Slade. Creo que Russo se lo ha llevado.*

—Mierda.

Se pasó una mano por la frente.

—¿Aylan está en ello?, que busque en todas las cámaras de seguridad de la zona. ¿Dónde ha ocurrido?

—*En su casa. Está todo patas arriba. Y Carter está herido, aunque no parecía grave.*

—Bien, mantenme informado. En cuanto lleguemos te llamaré.

Todos habían guardado silencio y estaban esperando que el jefe soltara lo que estaba pasando.

—¿Es Pam? ¿Está bien? ¿Por qué no me ha llamado? —Dan estaba empezando a hiperventilar.

—Pam está bien, Dan. Pero Elijah ha desaparecido.

—¿Cómo?

—¿Qué?

—Joder.

No podían hacer nada hasta que no aterrizaran en Nueva York, así que se limitaron a mirar por las ventanillas. Todas sus mentes ocupadas en intentar adivinar qué cojones le había pasado a su compañero.

Cuando el avión despegó, las bromas ya no tenían sitio en la cabina de los pasajeros.

—Jefe. Voy a pedir a Aylan que nos envíe por fax lo que tenga hasta ahora. Killian estaba demasiado inquieto.

—Lo haremos, pero cuando alcancemos una altura estable. Voy a pedir al

piloto que despegue.

## Capítulo 35

—Pam.

—Erin.

Se saludaron nada más verse. Y no le gustó nada los rostros preocupados que tenía delante.

—Te presento a Wyatt y a Michael, son también compañeros de la unidad —continuó Pam.

Los dos tipos eran grandes y musculosos. Y tenían el ceño fruncido.

—Hola. ¿Qué ha pasado? Cuando he recibido tu llamada ya estaba de camino hacia aquí. ¿Dónde está Elijah? ¿Está bien?

Pam la miró, en sus ojos había compasión.

—No lo sabemos...

—¿¿Qué?! —inquirió alarmada.

Todos se removieron inquietos.

—Estaba con él cuando llamaron a la puerta, era su vecina que venía a tomar una cerveza; lo hacen a menudo, según dijo Elijah —explicó Pam—. Así que llamé a estos dos para informar de que estaba con Elijah en su casa.

—¿Te fuiste?

—No exactamente. Me llamó el detective Carter. Me contó lo de las semejanzas entre estos asesinatos y los de Veerek, el tipo que está en el corredor de la muerte. Estábamos abajo en la entrada hablando y después me dijo que subiría a casa de Elijah.

—Nosotros vimos a Lorraine Cohan volver a su apartamento y a Carter entrar en el de Elijah —apuntó Michael.

—Cuando subí ya no estaba y Carter estaba herido y había perdido el conocimiento, lo han llevado al hospital. Iré a verle, espero que recuerde algo a pesar del golpe. He llamado a la unidad, están de camino. Y la policía

también está viniendo. He hecho una llamada anónima.

—No puede haberse desvanecido. —Erin tenía ganas de empezar a buscar. Pero sabía que debían seguir el procedimiento —Lo, ¿aún está en casa?

—Salió con su coche, iba sola.

—¿No visteis entrar a nadie más?

—No. Tenemos controlados a todos los vecinos y sus vehículos. Solo una mujer mayor, que no pertenece al vecindario, ha entrado. No hemos visto ahí una amenaza.

—Voy a llamar a mi compañero. —Hubiera querido prescindir de Ashton, pero no podía hacerlo.

—Hay otra cosa —expuso Pam en cuanto ella colgó—. Elijah me mostró una fotografía, dijo que estaba seguro de que el hombre que aparecía en ella junto a su amigo en una de sus salidas para escalar, podría ser Gabriel Russo.

Ya se oían las sirenas de la policía.

Erin sacó su móvil y les mostró el mensaje que Elijah le había enviado horas atrás.

«Sé quién es, nena. ¿Podemos vernos?»

—Mierda —soltó Michael—. Esto pinta mal.

—¿Quieres decir que se ha escabullido de nosotros? —Wyatt no las tenía todas consigo.

—No, no lo creo —dijo Pam.

—Ni yo tampoco —secundó Michael.

—Creo que sé por dónde empezar —dijo Erin.

\*\*\*

Elijah recibió el golpe y el pómulo le explotó de dolor. No lo vio venir, básicamente porque tenía los ojos vendados. También lo habían amordazado y

atado las manos y los tobillos.

Lo habían metido en un maletero y no había oído ni una sola palabra durante todo el recorrido. O era solamente una persona o no hablaban por no descubrirse. De lo que estaba seguro es de que no habían recorrido demasiados kilómetros en tan solo unos treinta minutos.

Un par de brazos fuertes lo habían sacado y lo habían llevado a trompicones hasta el interior de algún lugar, lo habían obligado a sentarse en una silla y acto seguido le habían dado el puñetazo. Pudo captar el olor de la naturaleza, estaban a las afueras.

—¿Creías que podrías esconderte de mí?

No reconoció la voz, pero algo le decía que se trataba de Russo, ese desequilibrado había conseguido sorprenderlo.

Carter se presentó en su piso para hablar con él y Lo dijo que tenía una cita y se fue. Fue a buscar un refresco para Carter cuando oyó un golpe y algo caer al suelo. Acudió de nuevo al salón y vio la figura del detective tirado entre el sofá y mesa de delante del televisor. Sacó su arma, pero fue demasiado tarde, alguien lo golpeó en la nuca y no recordaba mucho más.

El tipo le arrancó de golpe la mordaza mientras intentaba recordar los hechos.

—Miré a los ojos de tu compañero cuando abrí el último mosquetón, en el que debía dejar su peso, la incredulidad en sus ojos me hizo sonreír. Supongo que la misma sonrisa que mostrasteis a mi padre cuando disparasteis.

—Mataste a Greg por nada, hijo de la gran puta. ¿Quieres saber quién disparó a tu padre? ¡Fui yo, idiota! Es a mí a quien has estado buscando todo este tiempo. —La voz le salió ronca; tenía sed.

—Lo he sabido desde el principio. —Otro golpe hizo que cayera de lado llevándose la silla con él; se golpeó el hombro y la cabeza en el duro suelo.

Gruñó mientras el otro hombre lo levantaba y volvía a colocarlo en la posición inicial. Se pasó la lengua por el labio y el sabor de la sangre inundó su boca.

—Tu compañero, Scott, me lo contó todo a cambio de su vida. Pero, cosas del destino, el desgraciado tenía que morir igualmente.

Y Scott pensó que Russo iría únicamente a por él, no vio las consecuencias de sus palabras y Greg también pago por algo que había hecho él mismo.

—Tú, maldito cabrón, fuiste el que mató a mi padre, sí. Por eso te dejé para el último en la lista.

—¿Sabes a lo que se dedicaba tu padre?!

—Claro que lo sé. Y nuestro gobierno no quiso pagarle por su duro trabajo.

—Y no se le ocurrió nada más que vender su arma a los chinos. ¿Eres consciente que la hubieran utilizado en nuestra contra?

—Él nos hubiera sacado del país. Amaba a su familia. Mi madre murió por culpa de este gobierno. No pudo soportar la pérdida.

Vaya familia de tarados.

—Tu madre...

El siguiente puñetazo le llegó por el otro lado.

—No te atrevas a hablar de ella.

No dijo nada más y escuchó atentamente los ruidos a su alrededor. No estaban solos, había alguien más. Mierda, lo iban a machacar.

—Rompe la camiseta —dijo el mismo que había hablado antes.

Alguien se acercó y enseguida captó el perfume, era una mujer. Y sabía de quién se trataba. Pero decidió reservar esa información para más tarde.

—Date prisa, ya lo deben estar buscando.

Pero nadie lo tocó.

—Maldita sea, ¡hazlo!

Russo la golpeó y ella sollozó.

La bilis subió por su garganta, si le pudiera poner las manos encima a ese desgraciado...

—Déjala ir. Me quieres a mí —dijo intentando controlarse.

—¡Cierra la boca! ¡Joder!

Había movimiento y algo rasgó la tela de su camiseta. Sí, era ella.

—Voy a por mis herramientas.

Y eso sonaba bastante mal.

—Lo —la llamó cuando lo oyó alejarse.

Pero ella no contestó, seguramente la había sorprendido.

—Lorraine —susurró de nuevo.

—No me nombres. Él cree que no sabes quién soy.

—¿Estás bien?

—No, pero no puedo ayudarte.

—¿Con qué has cortado la camiseta?

—Gab me ha dado una navaja.

Respiró hondo.

—Libérame las manos, y los dos saldremos vivos de aquí.

Ella se alejó, lo pudo notar en su respiración.

—Lo, cuando termine conmigo iré a por ti. No creo que quiera dejar testigos...

—No, no lo hará.

—Eso no lo sabes. Por el amor de Dios, Lo. Mató a Claudia, tu amiga.

La oyó sollozar de nuevo.

—Es mi hermano, Elijah.

Mierda, mierda. ¡Joder! Gritó mentalmente. Pero se calmó y uso el poco tiempo que tenían para convencerla.

—Lo, terminarás en el corredor de la muerte. ¿Eso te lo ha explicado? Tienes un trabajo que te gusta, sales con quién quieres y vives la vida a tope. No dejes que tu hermano arruine eso.

—Él lo va a hacer todo...

—Y tú serás su cómplice, incluso te culpará. Piénsalo. Está muy jodido.

—No, no lo hará.

Pero ya había intuido la duda en su voz. Bien.

—Hemos sido amigos durante mucho tiempo...

—Sí, y lo siento. Pero tú asesinaste a nuestro padre, él me lo contó hace

años.

—¿Sabes toda la verdad?

Los iba a poner a uno en contra del otro. Era una estrategia militar bastante recurrida en tiempos de guerra. Y estos dos no estaban preparados para que él los hiciera dudar. Creía que con Lo lo conseguiría, solo tenía que jugar bien sus cartas.

—Sí.

—¿Querías mucho a tu madre?

—Eso no importa ahora.

—Tu hermano la mató —mintió.

—No, ella se suicidó porque no podía vivir sin mi padre.

—No, eso no es cierto, he visto el informe judicial. Gabriel la obligó a tomarse las pastillas y la dejó morir —susurró.

Russo ya estaba entrando por la puerta.

—¡Cállate! —gritó ella.

—Lo puedo probar, Lo —insistió.

—¡No, no es cierto!

Lo abofeteó varias veces antes de que Russo le arrancara la venda de los ojos.

—No cabrees a Lo. Puede ser muy creativa con mis herramientas.

Vio como Lo fruncía el ceño, a pesar de verla borrosa. Miró a su alrededor mientras ese tarado sacaba herramientas de dentro de una bolsa de deporte.

Estaban en un granero y no se escuchaba nada más que los pájaros, ni coches ni algún otro habitante cerca. Entre las maderas entraba algo de luz del exterior, pero procedía de una farola.

—Dijiste que yo no tenía que hacer nada —le reprochó Lo.

—Pues tengo planes para ti —contestó su hermano.

Perfecto, eso le iba a favor.

Los estudió a los dos. Pero todas sus esperanzas se esfumaron cuando Lo se acercó a su hermano y miró dentro de la bolsa.

—¿Qué tengo que hacer?

La noche iba a ser larga, muy larga.

## Capítulo 36

—El teniente Fenn está en casa de la viuda de Gregori Arnes. Preguntando por la fotografía, parece que se hizo buen amigo de ese hombre y terminó matándolo.

Pam se movía por dentro de su casa junto a Wyatt y Michael. Los había llevado allí en cuanto la policía hizo acto de presencia en las inmediaciones del piso de Elijah.

Intentaba aguantar el tipo, pero era bastante complicado. Se había enamorado de Elijah, de su forma de ser y de tocarla. Y ahora él no estaba con ella.

—Erin, ¿estás bien?

La pregunta de Pam la sorprendió, ¿tanto se le notaba?

—No. —Decidió sincerarse con ella.

La compañera de Elijah la miró con compasión. No quería compasión, quería a Elijah.

—Aylan está buscando las propiedades de Russo, tiene que estar en algún lugar de Nueva York.

Ya le habían explicado que Aylan era otro compañero del equipo. Lo cierto, es que los había visto a todos cuando detuvo a Elijah, pero, obviamente no había habido presentaciones.

Wyatt contestó a su teléfono cuando sonó.

—De acuerdo. ¿Les puedo dar tu dirección? —le preguntó.

Ella asintió.

—Gracias —dijo cuando colgó— Ya han aterrizado y vienen hacia aquí, no creo que tarden. Han subido a un helicóptero. Van directamente al complejo y de allí se desplazarán en coche hasta aquí.

—Perfecto —contestó Michael —, espero que para entonces sepamos algo.

Ahora el que sonó fue su teléfono.

—¿Te suena el nombre de Donna Murray? —Le preguntó Ashton.

—¿Donna Murray? No.

—Es a nombre de quien está la casa en donde dijo vivir Gabriel Russo cuando hacía escalada con Arnes. Dice su esposa que hacía unos cuatro años que se conocían. Pero que nunca fueron a visitarlo, siempre iba Russo a buscarlo. Por cierto, ellos lo conocían como Joe Garth y solo hacían escalada en verano, el resto del tiempo nunca lo veían.

—Pero los tenía controlados, a los cuatro integrantes del equipo, incluyendo a Elijah.

—Así es.

—Voy a preguntar por la zona, en algún lugar debía comprar, alguien más tuvo que verlo o saber dónde vivía. Volveré a llamarte.

—Ten cuidado —dijo por costumbre, aunque no deseaba que Ashton saliera herido. Podía ser un insensible con las mujeres, pero no merecía que alguien le disparara. O tal vez, sí.

Se sintió mal al momento.

Cuando colgó, Pam hablaba con Aylan.

—Date prisa, se nos acaba el tiempo —le dijo a su compañero.

—Suele ser más rápido que la policía —decretó Michael.

Y como si lo hubiera oído, el móvil sonó de nuevo.

—Dime —dijo Pam—. Envíamelo... perfecto.

—Tenemos una dirección, solo espero que sea la correcta. Donna Murray es el nombre de la madre de Russo, pero es su apellido de soltera.

Todos se pusieron en marcha hacia el coche de Erin.

—Llamaré a Slade —dijo Michael.

Cuando subieron al coche arrancó y se incorporó al tráfico.

—Son las dos de la madrugada, con suerte no habrá mucho tráfico, es a las afueras —apuntó Wyatt.

Solo tardaron veinte minutos en llegar a un camino de acceso de tierra, en

los que Pam, que iba a su lado, no dejaba de observarla.

—Apaga el motor, caminaremos los últimos dos kilómetros —propuso la chica.

Sí, esa era una buena idea. Erin no estaba pensando con claridad y tal vez se hubiera aproximado demasiado, llamando así la atención.

Sí Elijah no estuviera allí, tendrían que empezar de cero. Y teniendo en cuenta que a ese animal le gustaba asesinar... Prefirió centrarse en buscarlo, en ayudarlo a salir de esto y en decirle que lo quería a su lado, siempre.

¿En serio? ¿Ahora pensaba en eso?

Le envió un mensaje a Ashton antes de empezar a correr junto a los otros.

—Dispersaos —Pam comandaba este pequeño equipo, pero no le importaba. Alguien tenía que hacerlo.

Rodearon la casa con las pistolas a punto. Pero parecía estar vacía.

—No hay nadie. Pero miraré en el sótano —anunció Wyatt cuando se volvieron a reunir.

—Espera, ahí hay dos coches —dijo mirando lo poco que alumbraba una farola.

Todos hablaban en voz baja.

—¿Sale luz de ese granero? —preguntó Michael.

Todos miraron hacia la derecha.

—Mierda —susurró Wyatt.

—¿Qué? —preguntaron ella y Pam al mismo tiempo.

—Es el coche de Lo, la vecina.

—¿Qué coño hace aquí? —preguntó Pam.

—Entremos —sugirió ella, tenía que encontrar a Elijah.

—Tú y yo a la puerta. Wyatt, Michael, por detrás.

Se acercaron de manera sigilosa. Y contaron tres coches en total, el blanco de Lo, y dos negros tipo camioneta. Pam se asomó a la parte trasera y vio cepos y cuerdas.

—Parece que es de un cazador.

—Un lugar extraño para cazar —contestó.

Tenía un mal presentimiento.

—No se oye nada —dijo acercando el oído a la puerta.

—Apártate.

Pam se puso delante de la madera y la abrió de una patada. Entraron apuntando a todos los posibles peligros, pero allí no había nadie.

—Joder, nos ha hecho perder el tiempo —gruñó Pam.

—Por favor, no disparen.

Pam estaba apuntando a Lo antes de que esta hubiera terminado de hablar. La chica salía de detrás de un banco de trabajo con Michael apuntando directamente en su nuca.

—Mirad lo que me he encontrado —dijo cabreado.

—Empieza a hablar o te vuelo la tapa de los sesos —aseveró Pam.

—Me dijo que te llamara, inspectora, pero mi hermano me ha quitado el teléfono y me ha encerrado aquí.

—¿Quién coño es tu hermano? —preguntó Slade Ward entrando tan tranquilo, aunque suponía que no lo estaba —Killian, están todos bien.

Todos entraron detrás de él. Eran los mismos que había visto en el avión cuando detuvo a Elijah. Qué idiota había sido.

—Hemos encontrado a este por el camino —dijo uno de los hombres señalando a Ashton que los miraba furioso.

—Hola, nena —dijo un hombre bastante alto y fornido.

—Hola cariño —contestó Pam sin perder de vista a Lo.

—Tenemos una conversación pendiente —dijo él de nuevo.

—Por supuesto —contestó Pam.

Uno de los hombres se dirigió a Lo.

—Ya puedes devolverme mi pistola —exigió su compañero.

—Ah, sí, eso. Ian —dijo sin dejar de caminar.

El tal Ian la lanzó al aire para que el teniente la cogiera.

—Se te ha hecho una pregunta —inquirió el tipo a dos centímetros de la

nariz de Lorraine.

—Gabriel Russo, es mi hermano.

Erin se puso detrás de ella y sacó las esposas.

—Tú lo sacaste en tu coche, ¿verdad? —preguntó esposándola.

—Gab, me obligó.

—Gab es idiota y esta noche va a morir —sentenció Dan.

—Intenté ayudar a Elijah, os lo juro.

—¿Dónde están? —preguntó el capitán.

—Lo están cazando.

Estaba segura de que a todos se les había helado la sangre.

—¿Qué? —preguntó ella.

—Mierda, Erin. El coche —dijo Pam.

—Lo hemos visto, Pam. Es de unos cazadores.

—¿Una cacería?

—Mierda.

—¿Hacia dónde han ido? ¿Cuántos son? Elijah, ¿está herido? —preguntó Ward.

—He escuchado pasos hacia allí —contestó Lo.

—Al este —dijo otro.

—He contado ocho hombres, son amigos de mi hermano.

—¿Está herido? —preguntó ella sacudiendo las esposas entre las muñecas de Lo.

—Sí, en el vientre y en un brazo. Yo... lo desaté, pero fue tarde...

—Joder. Ashton ocúpate de ella —dijo dirigiéndose a la puerta.

—Bien, quedas detenida —dijo el teniente—. Me quedaré con ella hasta que lleguen los agentes. Erin, ve con cuidado.

—No le va a pasar nada, teniente Fenn— dijo Wyatt.

No contestó a Ashton, el hombre había sido lo suficientemente inteligente como para quedarse con Lorraine sin poner impedimentos. Por una vez, parecía entender que ella era su superior. ¿Por fin se habría dado cuenta de

que Elijah le importaba? Si no era así ella se lo haría saber a su debido tiempo.

—¿Ella es... —preguntó alguien a su espalda.

—Sí, es ella.

¿Qué estaban diciendo?

—Erin, vendrás conmigo. No estás preparada para esto, necesitas apoyo.

Se giró y miró a Pam.

—Pues vamos.

—Alto ahí. Debemos dividirnos —dijo el capitán y acto seguido empezó a dar órdenes.

Cuando llevaban unos diez minutos caminando con unas gafas para ver en la oscuridad se oyó el primer disparo y eso la puso alerta.

«Elijah, aguanta», dijo mentalmente.

—Ya pueden rezar lo que sepan para que Elijah no se haga con un arma, si lo consigue no quedará ni uno vivo —decretó Pam.

—Pero está herido.

—Herido, puede ser letal —decretó Pam.

—Quiero encontrarlo cuanto antes, Pam. Él... significa mucho para mí.

Hablaban en susurros.

—Lo sé, lo adiviné cuando os vi juntos. Nunca había visto a Elijah tan enamorado de alguien.

—Le hice daño, hace tiempo.

—Lo arreglareis, ahora céntrate.

Asintió, aunque Pam no podía verla ya que iba delante. Tenía razón. No podía estar lamentándose por algo que después podían hablar, y esperaba que él no le guardara rencor.

## *Capítulo 37*

Elijah se apoyó en un árbol y respiró profundamente. Podía oír a esos locos merodeando cerca, no eran demasiado ágiles y eso le estaba dando un tiempo muy apreciado para esconderse. Pero solo hasta que lograra capturar a uno de ellos. Entonces, se cambiarían las tornas.

La camiseta rota estaba taponando su herida cerca del costado, se había hecho un vendaje provisional con ella. En el último momento había logrado esquivar al tipo que lo apuñaló, pero el brazo también estaba en la trayectoria. Miró las dos heridas; habían dejado de sangrar, pero dolían.

Lo habían cogido entre cuatro y lo había dejado a su suerte tirándolo por un pequeño barranco y habían huido como cobardes, poco tiempo después supo que lo estaban cazando como a un animal. Lo, había cortado las bridas, pero esos tipos ya habían entrado y lo habían acorralado. Malditos energúmenos. Esperaba que Lo hubiera llamado a Erin con su teléfono, el mismo que su hermano le había robado cuando lo metió en el maletero del coche. Sabía que Lo podía acceder a él, o eso deseaba.

A su izquierda, algún inútil estaba pisando la hojarasca y ni siquiera era consciente de ello. Se preparó, llevaban gafas de visión nocturna y tenía que hacerse con una de esas aparte de con una escopeta.

Rodeó el árbol lentamente, con la espalda pegada a la corteza, dejando que pasara de largo, y cuando lo tuvo delante llevó sus manos a su cabeza e hizo un giro brusco. Elijah pudo sentir los huesos crujir. Lo dejó caer despacio y lo arrastró entre la maleza. Se puso las gafas y le quitó la escopeta, cogiendo, además, algunos cartuchos que se metió en los bolsillos. Antes ya había intentado dispararle, pero un árbol lo había protegido.

—¿Fred? —susurró otro hombre, y estaba cerca—. Joder, no te veo ni con esta mierda.

Dejó la escopeta en el suelo, con cuidado sin hacer ningún sonido, y le salió al paso. Un golpe seco en la garganta lo dejó en el suelo buscando aire y haciendo ruidos de ahogamiento. Dos menos.

Sus heridas le dieron una punzada de dolor.

El problema es que había contado ocho, pero podían haberse unido más. Dio un amplio rodeo, caminando por las zonas que había más tierra y menos hojas, algo que esos tarados no tenían en cuenta. Así que cargado con la escopeta y sin dejar de observar a su alrededor siguió el sonido de algún patoso a sus doce.

De repente, oyó pájaros, pájaros nocturnos. Esos pájaros característicos, no podían ser otros que sus malditos compañeros. Joder, la unidad estaba aquí.

Cuando los silbidos cesaron él contestó. Tenía que hacerles saber que estaba vivo, hecho una mierda, pero vivo. Esos magníficos cantos habían venido de diferentes direcciones, los estaban rodeando.

Un hombre pasó ante él y supo que era Russo, este tío tenía que morir. Se agachó cuando vio su figura verde, a través de las gafas, girarse en redondo.

—Eh, Russo —dijo en voz baja.

—Joder. —Disparó en su dirección, tenía que conseguir que se quedara sin cartuchos antes de atacar, y desde luego, no iba a permitirle recargar.

—Mal —soltó socarrón.

Él volvió a disparar, pero Elijah era rápido cambiando de ángulo a pesar de las heridas.

—Morirás como un perro, Cranston —amenazó.

No dudó ni un instante antes de apretar el gatillo. El objetivo era el vientre y acertó de lleno haciendo que gritara de dolor antes de llevarse una mano a la herida. Con la respiración irregular, no hacía otra cosa que maldecir e intentar apuntar a un objetivo fantasma.

Elijah se acercó por detrás y barrió al tipo con la pierna haciéndolo caer. La escopeta se disparó al aire. Se agachó y se la quitó de las manos.

Varios disparos retumbaron en la montaña.

—Tú y yo tenemos algo pendiente. —Elijah lo giró en el suelo dejándolo boca arriba y se sentó en su pecho.

—¡Fred, Mario, Erik! ¡Aquí! —gritó en un último intento por salir con vida alzando un machete.

Pero cogió su muñeca y la retorció hasta que lo soltó.

—Nadie va a venir en tu ayuda.

Su puño aterrizó en la boca de Russo.

—Mataste a Greg —gruñó Elijah.

Otro puñetazo en un ojo.

—Asesinaste a esas chicas.

Fue directamente al otro ojo.

—Metiste a tu hermana en esta mierda tuya.

Russo intentaba defenderse, pero cada vez tenía menos fuerza.

Estaban en un pequeño claro y cuando levantó la cabeza sus compañeros lo estaban rodeando.

—Termina con esto, tenemos que irnos —dijo el jefe plantado justo enfrente—, y te veo jodido.

Alguien corrió hasta él.

—¡Elijah!

La preciosa cara de Erin apareció ante él.

—Lo pudo avisarte —dijo aliviado por verla.

—No, tus compañeros fueron rápidos. Ella está detenida.

Erin se arrodilló junto a él. Y lo cierto es que ahora su rostro se estaba desdoblado.

—Ha pedido mucha sangre —dijo Jacob cogiéndolo de un brazo—, Vamos, hay que tratar esas heridas, hermano.

Pero él se zafó de su agarre. Cogió el machete del suelo y lo puso debajo de la barbilla de Russo.

—Tengo cosas que hacer, Doc. Será un momento.

—¡No! Elijah, no lo hagas. Pagaré por lo que ha hecho. —Erin acarició su

magullado rostro, pero él no apartó la mirada de Russo que lo observaba con miedo en los ojos.

—Elijah, no merece la pena. Deja que muera solo en un hospital, esa herida no pinta bien, está condenado— Slade se acercó lentamente.

—Merece...

—Lo sé, pero tú también mereces vivir con la conciencia tranquila, no cambies eso. Porque te quiero a mi lado. Siempre —susurró Erin en su oído.

Eso hizo que la mirara fijamente. Erin era maravillosa, la mujer que necesitaba en su vida. No iba a dejarla escapar otra vez, no se lo permitiría.

Lanzó el cuchillo a los pies de Slade y salió de encima de Russo.

—Cogedlo —ordenó el capitán.

Mientras sus compañeros levantaban a Russo de mala manera y lo empujaban hacia el camino, él se dejó caer al suelo apoyando la cabeza en el regazo de Erin.

—Cariño —dijo Erin con suavidad mientras le acariciaba el cabello—, deberías...

—Necesito descansar un poco, nena.

Jacob se agachó junto a ellos.

—Déjame ver. —Destapó la herida en el costado del abdomen e hizo una mueca—. No es muy profundo y, aunque poco, sigue sangrando.

—Eh, tío, me alegro de volver a verte. —Dan tocó su hombro pasando por su lado.

—Te pondrás bien —dijo Pam antes de seguir a Dan.

—Te doy un minuto —decretó Jacob—. Ni uno más.

—Gracias —contestó sin dejar de abrazar la cintura de Erin.

Sabía que no irían muy lejos.

—¿Lo has dicho en serio? —le pregunto incorporándose.

—Sí, quiero estar contigo.

—Vale, haré el esfuerzo —dijo con una media sonrisa.

Ella acunó su rostro con las manos cuidando de no hacerle más daño.

—Lo haremos los dos, gracioso.

Besó sus labios.

—Te quiero, Elijah. No sabes cómo me he sentido... No saber en dónde estabas me estaba matando. Y ahora sé que no quiero volver a perderte.

Él limpió una lágrima que resbalaba por su mejilla.

—No llores, estoy bien, y pienso demostrártelo en cuanto deje de dolerme todo, tal vez antes. Y te quiero, nena. Te quise antes de te marcharas de mi lado.

—Eso...

—Está olvidado. Todos tenemos fallos y el tuyo fue descomunal. Dejar escapar a alguien como yo es un gran error.

Ella sonrió, pero su mirada era triste.

—Vamos, tienes que ir a un hospital.

—De acuerdo, dejaremos la noche de sexo salvaje para más adelante.

Ella golpeó su hombro. Y él gruñó.

—Lo sé, nena. Es una putada.

—Siempre bromeas en los peores momentos —dijo ayudando a su hombre a levantarse.

Él pasó un brazo por sus hombros y caminaron hacia Jacob que era el que estaba más cerca. Puso una mano en su vientre para mitigar el dolor que sentía, pero del que no pensaba quejarse. Doc se adelantó y también lo ayudó pasando un brazo por su cintura.

—No estaba bromeando —soltó con chulería.

Erin se rio y él la observó, deleitándose en su rostro.

—Estás como una cabra —dijo Doc negando con la cabeza.

\*\*\*

Tres horas más tarde Elijah estaba en la cama de un hospital, con varios puntos de sutura en el brazo y en el costado. Y una montaña de hombres a su

alrededor.

La estancia se había reducido y ahora parecía una caja de cerillas. Erin salió a por una botella de agua de la máquina expendedora y se quedó en el pasillo. Llevaba un rato allí cuando vio venir a Ashton que salía del ascensor. Se apoyó en la pared y se cruzó de brazos.

—Erin —saludó al llegar a su altura —, ¿cómo está?

—Bien, magullado y zurcido, pero bien. Tienen que hacerle algunas pruebas más y después le darán el alta, si todo sale bien. Aunque a los médicos les preocupa el golpe en la cabeza y estará en observación las próximas veinticuatro horas. No creo que salga antes, a pesar de los resultados.

Se apoyó a su lado en la pared.

—¿Y tú? ¿Cómo estás? —pregunto genuinamente preocupado.

—Bien, aunque cansada —confesó.

La cogió del brazo y la llevó hasta los asientos que habían pegados a la pared del pasillo.

—Siéntate —dijo haciendo lo mismo a su lado—. ¿Por qué estás aquí fuera?

—Sus compañeros están con él ahora.

Ashton frunció el ceño.

—¿Todos ahí dentro?

—Sí, creo que no falta ninguno.

Sonrieron.

—Él ha ganado, ¿verdad? —preguntó Ashton mirándose las manos que tenía apretadas en un puño—. Se lleva a la mejor chica de mi departamento.

—Así es, Ashton.

—Mereces a alguien como él.

Ella levantó una ceja.

—¿Hablas en serio?

—Sí, sé el daño que te hice y lo siento. Es un buen hombre, si no, no

tendría a todos esos tipos de su lado, sé que cuidará de ti.

—Gracias.

—Hoy he hablado con Alix, tendremos a nuestro hijo en común, pero no estaremos juntos. —continuó—. No voy a volver a lastimar a nadie más.

—¿Cómo se lo ha tomado? —Sentía lástima por ella.

—Mejor de lo que pensaba, no le he hablado de ti. Tal como acordamos, en el departamento no tienen por qué saberlo. Pero quiero que sigamos siendo compañeros.

Ella se mordió el labio.

—Prométeme que respetarás mi relación con Elijah.

—Eso está hecho.

—Entonces seguiremos con una buena amistad dentro y fuera del trabajo.

Se estrecharon la mano y él se despidió diciendo que volvería en unos minutos acompañado de alguien que quería ver a Elijah. Lo siguió con la mirada mientras avanzaba por el pasillo. Una chica que venía de frente lo miró interesada. Casi que podía imaginar la sonrisa descarada que él le había dedicado. Ashton nunca cambiaría.

Y ahora que lo pensaba, ¿a quién iba a traer?

\*\*\*

—Erin, ¿dónde estabas? —le preguntó Pam cuando volvió a entrar en la habitación.

Debía reconocer que no le gustaba estar mucho tiempo separada de él.

—He salido a por una botella de agua.

—Está preguntando por ti —dijo su pareja, Dan.

—Ah.

Todos hablaban y se reían.

—¿Y qué se supone les pasó a esos tipos? —pregunto el doctor de la unidad. Jacob, se llamaba, si no recordaba mal.

—Fueron a cazar y se dispararon entre ellos —dijo Ward encogiéndose de hombros.

—¿De veras? —preguntó otro.

—Pero si eran cazadores experimentados, según sus permisos.

El que se llamaba Killian, se carcajeó.

—Hay inútiles en todas partes —dijo entre risas.

Elijah le dio la mano cuando ella se acercó a la cama.

—¿Te los han presentado a todos?

—Sí, Killian hizo las presentaciones.

—Creo que molestamos, tío —dijo Dan.

Él la miró y sonrió.

—¿Qué te parece? ¿Los echamos?

Todos los observaron expectantes.

—Sí —dijo guiñándole un ojo.

—Hay que joderse.

—Son tal para cual.

—Yo ya me iba —dijo finalmente Slade Ward—. Te llamaré más tarde.

Cuando todos se fueron entre bromas y risas, le dio un beso en los labios a Elijah.

—¿Cómo te sientes?

—Ahora, mejor. Esos tarados estaban cargándome la cabeza. Pero son mi familia y tengo que aguantarlos.

Dos golpes en la puerta los hizo fruncir el ceño.

—¿Y ahora qué? —susurró él.

—¿Se puede? —Era la voz de Ashton.

—Adelante —contestó Elijah, aunque su tono no era demasiado amigable.

Ashton entró acompañado del detective Carter y eso pareció gustarle más a Elijah. Ella ya se había interesado por él y sabía que estaba bien, aunque había tenido una conmoción cerebral debido al golpe que le dio Russo.

—Hola, detective, te veo mejor de lo que estoy yo.

Carter se echó a reír.

—Ya sabes lo que dicen: mala hierba nunca muere.

## Capítulo 38

*Tres días después.*

*East hampton, Nueva York.*

—¡Elijah! —Mara lo abrazó—. Me dijo Denis que habías resultado herido en una operación.

—Estoy bien, gracias.

Levantó la vista y vio el ceño fruncido de Vides mientras él también abrazaba a la chica.

—Mara, Denis nos mira mal —dijo en su oído.

—Que se joda, se va a casar, ¿no? Yo me quedo contigo blanquito. ¿Aún llevas los preservativos?

Se echó a reír mientras se separaban.

—Llegas tarde, morena —Elijah se echó hacia atrás y buscó a Erin con los ojos.

Ella estaba hablando con Wyatt y Matt.

—Estás jodidamente enamorado —soltó Mara siguiendo su mirada y estudiándolo después.

—Me temo que sí —confesó.

Ella se rio.

—Me alegro de verdad.

Denis estaba cada vez más cerca.

—Gracias, Mara. Por cierto, ¿te quedarás mucho tiempo en Nueva York?

—Solo unos días más, mi vida está en Brasil.

Vides carraspeó al llegar.

—¿No querías visitar varios sitios? Eso lleva semanas, Mara —dijo Denis detrás de ella.

—Ya veremos. —Mara echó a andar hacia la piscina y se sentó en el borde

con una Coca—Cola en la mano.

Pedro, que estaba de permiso y por esa razón los habían invitado a todos, se sentó a su lado, y los pequeños dejaron de jugar para ir detrás de su hermano mayor.

El hijo adoptivo de Sue y Slade estaba ya en la Marina y se había convertido en un hombre de honor, todos estaban orgullosos de él.

Elijah se echó a reír.

—¡Qué sutil, Vides!

Sue se unió a ellos.

—Me gusta Erin, es una chica fantástica. Consévala, Elijah.

—Sí, mamá —contestó besando su mejilla.

Ella le dio un manotazo en el brazo y se dirigió a Denis.

—Denis, te estaba buscando.

—Perdonad un momento —intervino Elijah, frunciendo el ceño sin mirarlos —. Michael ha puesto las zarpas sobre Erin, voy a cortarle las pelotas.

Sue y Denis lo miraron extrañados y después sonrieron.

—Me alegra que la hayas traído. —Sue señaló a Mara con la barbilla.

—Me costó convencerla, quiere volver a Brasil.

Sue vio el tormento en los ojos de Denis.

—Es ella, ¿verdad? La mujer que ocupa tu corazón desde hace años — inquirió muy segura de sí misma.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó él con media sonrisa.

—No miras así a Nadia y no creo que lo hagas nunca.

Denis no dejó de observar a la chica que se reía con Pedro.

—Sue, no voy a dejar a Nadia. Ella entiende mi trabajo. Mara no quiere ninguna relación, por el momento, y menos conmigo.

—Necesita tiempo.

—Tengo que dejarla ir de una vez. Lo nuestro fue bonito, pero es pasado.

Sue puso una mano en su brazo.

—No dejes que su actitud te engañe. También te mira a menudo.

Dan y Pam estaban hablando cerca de ellos con dos sendas cervezas en las manos y Dan no parecía contento, aunque Pam lo besó y él cayó rendido a los cinco minutos atrapando su boca.

—Mia, ¿te ha hablado Killian del viaje en helicóptero? —preguntó Dan de repente. Pam le dio un codazo.

—No necesita saberlo, tarado.

—¿Qué viaje? ¿Ese en el que por poco nos mata a todos? —preguntó Matt que abrazaba a Thomas desde detrás por el cuello.

—¿Killian? —inquirió Mia preocupada.

—Nena, he perdido un poco de práctica conduciendo esos trastos, pero están todos aquí. ¿No los ves? Están bien. Se cagaron en los pantalones y ahora se quieren vengar.

—¡Serás cabrón!

—No digas palabrotas, tío Dan —dijo Manuelita con soltura.

Dan se agachó y levantándola la sentó sobre sus hombros. La pequeña ya casi no se trababa al hablar, había hecho grandes progresos.

—Mis disculpas, princesa. ¿Vamos a por un par de hamburguesas de esas que hace tu padre?

—¿De las quemadas?

—Esas, cariño. Es un profesional.

Todos se rieron.

—Eres una mala influencia para ella, animal —soltó Slade.

—No mentimos nunca, ¿verdad, cielo?

—No, tío Dan, nunca. Lo prometo. ¿Qué es infu...

Eva se puso al lado de Slade y se acercó a su oído.

—A Brad y a mí nos gustaría dar la noticia del embarazo, ¿te importa?

Slade la miró de arriba abajo.

—No, puedes hacerlo sin problema, ¿desde cuándo pides permiso para hacer algo?

—Te lo pido para hacerlo aquí, a tu lado. Podría ser que con la emoción

nos dejaras sin cena, que nos conocemos, Slade.

—Vete a la...

—Papá Slade, contrólate —dijo Sue cogiendo la mano libre del capitán.

—Está chiflada —murmuró.

—Te he oído —aseguró Eva.

—Como si eso me importase, Eva. Suéltalo ya.

Eva se rio y buscó a Brad con la mirada.

—¡Brad! —gritó a pleno pulmón.

Sue y Slade hicieron una mueca.

—Voy, nena.

Brad pasó entre la gente y llegó hasta ella.

—¿Ahora? —preguntó acariciando su largo pelo negro.

—Sí.

—¿No os importa? —preguntó a la pareja anfitriona.

—Claro que no, Brad —Sue sonrió.

Cogió la copa de vino de Brad y le quitó las pinzas a Slade que la miró confundido. Se puso a golpear la copa con las pinzas.

—¡Hola, chicos! Grandes y pequeños.

Slade le quitó las pinzas.

—Pero, ¿dónde te crees que estás?

Brad y Sue se carcajearon contagiándose a los otros.

—En la mansión de Sue, no lo olvido.

—Ya.

—Brad y yo queremos daros una noticia... agradable —soltó la muy tarada.

—¿Agradable, Eva? —inquirió Sue.

—Eva y yo, queremos haceros partícipes de nuestra alegría al saber que vamos a ser padres —dijo Brad guiñándole un ojo.

—Eso es lo mismo que he dicho yo —refunfuñó Eva.

Brad la levantó en el aire y la besó. Sue lo observó, sabía por Eva lo del

altercado en su casa con su madre y también cómo la mujer se había ido después de soltar barbaridades sobre Eva. El abogado lo estaba llevando bastante bien, aunque imaginó que debía estar dolido, igual que su amiga.

Todos estallaron en aplausos.

—¡Sí! —gritó Sarah levantando el puño y todos los pequeños la imitaron contentos.

—Vaya, eso sí que es una sorpresa —dijo Ian felicitándolos.

Cada uno de ellos los felicitaron y después, Eva soltó la bomba.

—Felicitadnos por partida doble, ¡son mellizos!

Un silencio se instaló entre los adultos, pero se oían las risitas de los más pequeños. Se miraron unos a otros y Eva miró a Sue de manera inquisitiva.

—¿Ves? No me ven apta —susurró.

—No digas tonterías, Eva.

Una carcajada retumbó en el jardín, una carcajada grave y profunda que salía de la mismísima garganta de Slade y que no estaban acostumbrados a oír. Eva lo imitó y también empezó a reírse. Poco a poco terminaron todos riéndose de nuevo, sin entender muy bien por qué se estaban carcajeando.

—¿De qué te ríes, Slade? —preguntó Eva entre carcajadas.

—De lo que siempre has estado proclamando a los cuatro vientos y ahora vas a ser madre de dos criaturas de golpe. Es para reírse. Sí. Lo que no entiendo es de lo que te ríes tú, esperaba que te pusieras hecha una furia.

El humo negro envolvió a Slade y un fuerte olor a carne chamuscada empezó a inundar sus fosas nasales. Slade se giró deprisa y sacudió el trapo que llevaba colgado al hombro.

—De eso. —Eva señaló la parrilla.

—¡Joder!

Se disponía a poner la tapa metálica para cortar el oxígeno y apagar las llamas cuando una manguera salió de algún sitio y el agua cayó sobre las llamas, la carne y sobre él mismo.

—Lo siento jefe, creí que te estabas quemando —soltó el tarado de Killian

apartando la manguera.

—La fama te precede, Slade —dijo Eva con sorna.

—Amén a eso. Deberías dejar de cocinar, jefe —masculló Dan.

—Cariño, ¿estás bien? —Preguntó Sue sin poder contener la risa.

—Yo lo haré —se ofreció Matt.

—Vamos a limpiar todo esto —dijo Thomas.

—¡Maldita sea, Killian! —Bramó Slade.

Se encaminó directamente hacia él. Mientras todos se reían a gusto.

Wyatt se acercó el último para felicitarlos. Abrazó a Brad y besó la mejilla de Eva. Nayeli hizo lo mismo y después se miraron para darse valor.

Wyatt carraspeó.

—Brad, a Nayeli y mí nos gustaría hacerte una consulta.

—No hay problema, apartémonos un poco —besó a Eva—. Nena, enseguida vuelvo.

## *Epílogo*

—¿Tienes un avión privado? —inquirió Erin saliendo del coche a pie de pista.

—No, nena. ¿Tengo pinta de tener un avión privado? —preguntó riéndose y cogiendo su mano.

Hoy se había puesto un precioso vestido que realzaba su figura y unas sandalias de tacón, estaba tan bonita que llamaba la atención en un lugar tan insólito como una pista de aterrizaje.

Erin observó el reluciente aparato. La escalerilla de acceso parecía esperarlos.

—¿Y por qué no? —contestó resuelta.

—Esto es amor, estás cegada por mí. No te engañes.

Ella se carcajeó mientras subían las escaleras.

—Buenas tardes, me llamo Cecilia y voy a ser su asistente de vuelo en este viaje —se presentó la chica que los esperaba en la puerta—, acomódense por favor, en cuanto despeguemos les serviré la cena.

Saludaron y se sentaron en los asientos de piel de color blanco, tenían una mesa delante con un plato de frutos secos.

—¿Lo has robado?

—No, nena. Es difícil hacer eso con una cosa tan grande.

—Ajá. ¿Puedo saber ya a dónde vamos?

—A Barcelona —dijo triunfal.

—Oh, me encanta España, siempre hace buen tiempo y Barcelona es muy bonita.

Elijah levantó una ceja.

—¿Has estado?

—No, pero veo el canal de viajes.

Elijah aún se estaba riendo cuando el Jet despegó. Los pilotos también habían acudido a saludarlos. Y después se habían vuelto a quedar solos.

—Deja de reírte de mí.

Él soltó su cinturón y cogiendo su mano hizo que se sentara en sus rodillas.

—Este trasto es de Denis Vides, estoy seguro de que es en agradecimiento por haberle salvado la vida a su chica...

—¿Mara, es su chica? Pero...

—Créeme, Mara es su chica —aseguró categórico—, aunque es idiota y no lo ve. Esa Nadia le va a fundir los plomos.

Ella se rio acariciando su cara.

—Pues me alegro de que te haya regalado este viaje.

—Me dijo que ya estaba programado para él y Mara, pero que quería retenerla un poco más en Estados Unidos. ¿Ves? Está colgado por ella.

—Eso parece.

—Y nosotros aprovechamos el cambio de planes.

—Somos unos pobres damnificados. Mira que regalarnos un viaje a Europa, por ahí hay gente que no tiene corazón —bromeó ella.

—Lo pasaremos bien.

\*\*\*

Cecilia sirvió la cena a base de marisco y una botella de Codorniu Ars Collecta, que era un cava gran reserva catalán. Estaba frío y era delicioso. Comieron a gusto y la asistente les entregó un par de mantas de viaje. Se acomodaron en sus asientos y Erin se dispuso a dormir en sus brazos cuando se cansó de mirar las estrellas.

Pero los últimos días vinieron a su mente. Los asesinatos de Russo habían sido un intento de llamar la atención de la policía, y supuso que pensó que imitando a un famoso criminal tendría todos los ojos puestos en él, de hecho, lo consiguió. La palabra Mía, le ayudó en su tarea, como confesó antes de

morir en el hospital por las heridas en el vientre.

Lorraine Cohan, había cambiado su apellido en cuanto cumplió la mayoría de edad. Su hermano la había maltratado siempre, obligándola a hacer lo que él ordenaba. Y seguía haciéndolo, por eso alquiló el ático al lado de Elijah para que ella viviera allí, Lorraine buscaba información sobre Elijah, y Russo estaba bien informado de con quién salía y cuándo estaba en casa, sobre todo por las noches.

También fue ella la que consiguió la información sobre los nombres de los hombres que viajaron a China. Era informática y, además, una magnífica *hacker*. Los archivos descargados de sus ordenadores lo dejaron bastante claro.

El sonido del aviso de que se abrocharan el cinturón de seguridad los despertó a los dos.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó soñolienta.

Elijah la besó.

—Ya estás en Barcelona, conmigo. Y a punto de aterrizar.

—Contigo —repitió ella mirando por la ventanilla el inmenso mar que ofrecía un horizonte dorado ya que empezaba a amanecer. No soltó la mano de Elijah hasta que el avión se detuvo en la pista.

Un coche de la compañía de Denis los esperaba y ellos bajaron del avión, y caminaron abrazados hasta él entre bromas.

—Buenos día señores, ¿a dónde debo llevarlos?

—Al hotel Arts, gracias.

Una vez arrancó, Erin no hacía más que mirar a todas partes, después de dejar la autopista se adentraron en la ciudad y La sagrada familia a medio construir se elevó en un lateral.

—Es preciosa.

—Sí que lo es, ¿quieres visitarla?

—Sí, claro que sí.

Ella se apoyó en su hombro.

—Imagino que lo del hotel ya es cosa tuya.

—Denis nos ofreció su piso aquí, pero sé que ese hotel te gustará. Lo mejor para ti, siempre.

Ella se giró y se lanzó a sus brazos.

—Gracias, será un viaje inolvidable.

—Ya lo creo —dijo enigmático.

El hotel estaba frente al mar y Erin siguió con la mirada la fachada hasta arriba.

—Es raro —dijo de repente haciéndole reír a él y al conductor.

—Estás acostumbrada a los rascacielos de Nueva York, créeme no tiene nada que envidiarles.

Ella se colgó de su brazo y entraron juntos mientras el chófer cargaba con las maletas. Las dejó en recepción y les entregó una tarjeta que Elijah guardó en el bolsillo de sus pantalones chinos.

—Llámenme y los recogeré para volver al aeropuerto. Espero que disfruten de su estancia en Barcelona.

—Gracias —contestaron al unísono.

—Buenos días señores, ¿cuál es el nombre de su reserva?

Diez minutos después estaban entrando en la Arts Suite, y era descomunal, su apartamento de Nueva York cabía solo en el salón principal. La mayoría de los muebles eran blancos y olía a flores.

—Elijah, esto es fantástico —dijo acercándose a los grandes ventanales.

El mar se extendía ante ellos y estaba salpicado de pequeñas embarcaciones de recreo con sus velas de colores y varios yates.

Él la abrazó por la espalda.

—Ya te lo he dicho: lo mejor para ti, nena.

Se dio la vuelta en sus brazos.

—¿Estrenamos la suite?

—Por supuesto —dijo levantándola contra su cuerpo —. Soy todo tuyo,

nena.

La cama era grande y cuando Elijah la dejó encima ella extendió los brazos.

—Eres preciosa —dijo mirándola desde su altura.

Elijah empezó a desnudarse y Erin lo observaba con atención. Ese escultural cuerpo que iba dejando al descubierto le nublabla la mente. Era un hombre magnífico. En todos los sentidos.

Sin dejar de mirarse a los ojos ella se quitó el vestido por la cabeza y se quedó en ropa interior cuando él ya lanzaba al aire la última prenda.

Levantó una de sus piernas y besó su tobillo, después siguió acariciando con los labios un poco más arriba, ella no lo perdía de vista. Le gustaba ver la delicadeza con la que la trataba.

—Voy a comerte entera.

Ella sonrió cuando besó su cadera y siguió subiendo aún más.

—Te deseo desde que hemos despegado de Nueva York, nena.

—Hace horas de eso...

Él asintió y besó su clavícula.

—Por eso estoy a punto de entrar en ti y olvidarme de los preliminares.

Le guiñó un ojo.

—Pero no lo haré, no me perdería esto por nada del mundo —explicó tirando de sus braguitas hacia abajo.

Sus dedos buscaron su sexo y se colaron entre sus pliegues. Besó sus labios y descendió hasta posar su boca en el clítoris hinchado. Lo succionó y lamio con ganas. Después introdujo un par de dedos y entró y salió varias veces. Y, por último, lo hizo todo al mismo tiempo provocando que ella gimiera y se retorciera. Sonrió cuando sus manos empujaron su cabeza queriendo más. Y no paró hasta que ella se estremeció y lanzó un grito.

—Sí, cariño —dijo acariciándola lentamente en el mismo lugar.

—Ni siquiera lo he visto venir —murmuró Erin con los ojos cerrados.

—Es que soy así de bueno, Erin —fanfarroneó mientras se incorporaba y

dejaba las rodillas a cada lado de sus caderas.

Ella abrió los ojos y sonrió.

—Qué petulante. Aun así...

Se sentó y mirándolo sonriente cogió su pene y se lo introdujo en la boca.

—Joder, Erin.

Ella se retiró y lamió la cabeza del grueso miembro mientras movía la mano arriba y abajo.

—Explotaré.

No le hizo caso y siguió, la respiración de Elijah se estaba acelerando y eso le gustó, lo tenía en sus manos, podía dominarlo...

—¡Ya! —exclamó apartándola suavemente.

—¿Qué?

—Te dejaré jugar más tarde.

Ella levantó una ceja.

—Tenemos que hablar de esto.

Él negó con la cabeza mientras se tumbaba sobre ella obligándola a echarse sobre el colchón. Cuando estuvo tumbada Elijah cogió sus caderas y la giró poniéndola boca abajo. Levantó un poco su trasero y entró en ella desde detrás.

—Sí —dijo él moviéndose.

—Elijah...

—¿Todo bien? —preguntó él apretando los dientes.

—Sí, sí...

Sus embestidas fueron cada vez más fuertes mientras sus manos seguían ancladas en su cintura.

—Déjate ir, nena...

Oh, sí. Claro que lo haría. Cuando el orgasmo subió por su columna gimió y el gruñido de Elijah inundó su oído izquierdo, se había curvado sobre su espalda y ahora abrazaba su cintura con un solo brazo mientras la otra mano descansaba en el colchón cerca de su cabeza.

—Te quiero, Elijah.

—Lo sé. Yo también a ti. Y quiero esto que tenemos, nena.

¿Aún tenía dudas?

Se pasaron casi todo el día en la suite durmiendo y haciendo el amor cuando se despertaban, incluso medio dormidos se buscaban el uno al otro. Después de ducharse, decidieron cenar en el restaurante de la planta baja, que según le explicó Elijah, había recibido varios premios por su fantástica gastronomía.

—Estaba todo delicioso —dijo ella nada más poner el pie en la calle, a la salida del restaurante.

Elijah la abrazó y se rio.

—Nunca había visto a nadie comer de esa manera, ¿te estabas reservando para la cena?

Ella le dio un golpe en el hombro.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¡Tú te has zampado tres platos de paella valenciana!

Él se rio a carcajadas.

—No sé qué coño pretenden esos chefs, poniendo esos platos de degustación al personal. Joder, te lo comes en menos de un minuto y tenía hambre. ¿Tengo que recordarte lo que me has hecho trabajar hoy?

Ella frunció el ceño y dio media vuelta para caminar en dirección a las ramblas.

—A todo le llamas trabajar.

No había hecho más que terminar la frase y sintió como su cuerpo despegaba del suelo.

—¡Elijah! —chilló por la sorpresa.

—Trabajos forzados, además —dijo él dejándola en el suelo.

—Voy a fingir que no he oído eso —contestó muy digna.

La semana pasó volando. Habían visitado museos y castillos, paseado por

Las Ramblas, nadado en el mar y tomado el sol en la blanca arena de la playa de la Barceloneta. También habían comido al borde del mar y visitado el mercado de La Boqueria. La montaña de Montjuïc le había gustado por sus vistas al puerto. Y la zona de La Villa Olímpica los había sorprendido por su gran extensión.

La vida nocturna en Barcelona era bulliciosa y alegre, así que la última noche cenaron en un restaurante cerca de la playa, degustando pescado y luego pasearon por la arena. La silueta de la vela del hotel W, al borde del mar, se recortaba en el horizonte.

Elijah y ella caminaban por la orilla a las diez de la noche. Él llevaba una camisa azul marino y unos pantalones de color caqui y ella se había puesto un vestido blanco que le llegaba a los tobillos y que tenía vuelo a partir de la cintura. Los dos iban descalzos y sostenían los zapatos con la mano libre. Elijah se había remangado los bajos de los pantalones, pero a ella ya le había alcanzado el vestido alguna ola. No le importó. Caminar sin tener ninguna preocupación en mente era realmente motivador.

«Ahora es un buen momento», pensó Elijah. Lo había comprado en el hotel y quería dárselo ya. Pero no se detuvo y siguió caminando al lado de Erin sin soltar su mano.

«Cobarde».

La observó y viendo la sonrisa que le devolvió tomó la decisión.

—Dame tus sandalias, las dejaré junto a mis zapatos.

—¿Ya no quieres pasear más? —preguntó confundida.

La apartó unos metros de la orilla, hacia la arena seca, y dejó los zapatos y el pequeño bolso que ella llevaba a un lado. Después hundió una rodilla en la arena y metió la mano en el bolsillo, pero la cajita no quería salir.

—¿Qué haces?

Levantó el dedo índice y miró el jodido bolsillo.

—Un momento.

Al final la sacó.

—¿Elijah?

—Nena, quiero que me escuches atentamente —pidió escondiendo la caja en la mano que llevó a su espalda.

—No, espera, ¿Qué...

—¿Quieres casarte conmigo? —preguntó cortándola y abriendo la caja delante de ella.

El anillo no era demasiado recargado, ella era una chica sencilla y no la veía llevando un gran pedrusco al estilo de Nadia, la prometida de Denis, que lo mostraba en todas las malditas fotos. El diamante era más pequeño y gris, como los ojos de Erin.

Ella se inclinó un poco y lo miró.

—¿Te has vuelto loco? —susurró.

—¿No te gusta?

—Claro que me gusta, pero...

—No quieres casarte conmigo —terminó por ella.

—¡No! —exclamó.

—¿No? —preguntó haciendo ademán de levantarse.

Erin puso las manos en sus hombros para detenerlo.

—Elijah hace poco que estamos juntos.

Él se rascó la nuca. Pocas veces se ponía nervioso, pero ahora lo estaba. Necesitaba un trago de algo fuerte.

—Lo sé, pero tienes tendencia a irte de mi lado de un día para otro —soltó antes de poder detener su maldita lengua.

Ella se echó a reír.

—¿Y pretendes atarme con papeles que nos vinculen? —preguntó incrédula.

Él no contestó. En su cabeza todo iba bien hasta que ella había dicho «no». Y ahora se sentía ridículo.

Ella se arrodilló frente a él y la miró extrañado.

—Sí, sí quiero. Me casaría contigo una y mil veces, ya te lo dije, te quiero

a mi lado, Elijah.

Abrió los ojos con la sorpresa. Y los ancló en los de ella, ¿hablaba en serio?

—¿Sí?

—Sí, cariño.

Se abalanzó sobre ella haciendo que cayera de costado, la abrazó y la besó, su lengua la buscó frenéticamente mientras ella cogía su rostro.

—¡Sí! —gritó extasiado.

Sacó el anillo y se lo puso.

—Ya eres mía, pequeña.

—Y tú mío, grandullón. Es precioso —dijo mirándolo con el reflejo de las lejanas farolas.

—Como tú, nena. Nunca me cansaré de decírtelo.

Se quedaron tumbados viendo las estrellas y regulando sus respiraciones. Estaba seguro de que ella estaba tan excitada como él. Pero estaban en un lugar público y no quería que terminaran detenidos.

Ella lo había aceptado y ahora era el jodido rey de la noche. La llevaría a Canadá a conocer a su familia. No le había preocupado que Russo los encontrara, ya que usaban otro apellido. Aun así, Slade los había puesto al tanto por si algún desconocido intentaba contactar con ellos.

—¿Sabes que los papeles pueden romperse, no? —soltó Erin de pronto.

—Sí, pero los mantendré bajo llave. Necesitaras una razón de peso para querer divorciarte de mí, bruja.

Le hizo cosquillas y la risa de Erin inundó toda la playa. Un sonido precioso que quería oír el resto de sus días.

*Fin*

## *Agradecimientos*

Gracias a mi familia, que me apoyáis y seguís mis escritos, mis idas de olla y mis carcajadas sin venir a cuento. Os quiero, petardos.

A las chicas de mi grupo *Locas por los chicos de Slade*. ¿Qué haría yo sin vosotras? Gracias amores, sois espectaculares. No os voy a nombrar a todas porque sois muchas y no quiero dejarme a nadie en el tintero. Mil gracias por estar ahí. Se os quiere muchísimo.

Al «no humano» de la familia, Kyle. Nuestro gato, el que siempre está a mi lado cuando escribo y se asusta cada vez que suelto un taco por quedarme bloqueada. Me habré cargado alguna de sus siete vidas, estoy segura. Lo siento, minino.

A mi compañera Sara, por esas conversaciones largas y divertidas en las que nos vamos descubriendo. Te quiero, cielo.

A mi Isa, la mujer con más paciencia del mundo cuando le explico cómo me siento en esta nueva etapa de mi vida. Gracias por animarme siempre. Te quiero.

A Rosa, gracias por leer todos mis libros y darme tu opinión, que siempre me anima. Te quiero.

A mis amigas personales que siempre me siguen el ritmo y me divierten con esas maravillosas veladas. Os quiero también.

Sayo, Inés, Vanessa, Marisa y Carolina, sin vosotras me volvería loca, gracias por vuestra ayuda. Sois maravillosas y os adoro.

Voy a hacer una mención especial a Etiene que me ha estado ayudando y poniéndome al día sobre un país tan maravilloso como es Brasil. Mil gracias corazón, me has ahorrado muchas horas de investigación. Espero que te guste el resultado. Te haces querer.

A ti, gracias por llegar hasta aquí, eso quiere decir que estás siguiendo la saga y te está gustando; me haces la persona más feliz de la tierra.

Si no quieres que la espera para el próximo libro se haga muy larga, te invito a conocer la trilogía Alaska, creo que te gustará; también hay hombres y mujeres valientes dispuestos a enfrentarse al mundo. Un besazo enorme.

## ***Biografía.***

N.Q. Palm, escritora aficionada, con sus manuscritos guardados en un cajón y ahora decidida a mostrarse humildemente, es una gran devoradora de libros; le gustan todos los géneros, pero en especial la literatura romántica adulta, la paranormal y la histórica. Vive en Cataluña junto a su familia, cerca del mar y de la montaña. Gran aficionada a la música y una enamorada de la informática y la edición gráfica.